UNIV. OF ARIZONA
863.59 E774 mn
Espronceda, Jose de/Sancho Saldana : o,
3 9001 03944 5203

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

Bibliotéca Lírico-Dramática del Siglo XIX

Sancho Saldáña

ó

El Castellano de Cuéllar

Novela histórica original del siglo XIII

POR

D. José de Espronceda

SEGUNDA EDICIÓN

Precio: DOS PESETAS

Editor, MANUEL P. DELGADO
LAGASCA, 21
MADRID

3383
PRINTED IN SPAIN

SANCHO SALDAÑA

Ó

EL CASTELLANO DE CUELLAR

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO XIII

POR

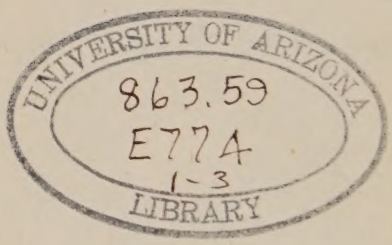
D. José de Espronceda

TOMO I

MADRID
IMPRENTA DE REPULLÉS

AÑO DE 1834

SPANISH and FRENCH BOOKS
BALA
WEST 47th



Reimpresión.—Imp. LA EDITORA, San Bernardo, 19, Madrid, 1914.

Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar

CAPÍTULO I.

En resolucion él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran persona de calidad y bien nacida.

Las barbas y los cabellos
.....
tiénelos fasta la cinta,
fasta la cinta y aun mase;
la cara mucho quemada
del mucho sol y del aire,
con el gesto demudado
muy fiero y espantable.
(Anónimo.) Rom. del conde Dirlos.

SERIAN las tres de la tarde un dia del mes de agosto, cuando un mozo de apariencia pobre y en trage muy derrotado, despues de haber atravesado el arenoso pinar de Olmedo, se sentó á las frescas orillas del rio Adaja al pie de un árbol que sombreaba la corriente y convidaba á descansar. Parecía ser de edad de diez y ocho años, y aunque el polvo del camino y el calor

42079

del sol le traian algo desfigurado, su mirada era alegre, su semblante noble y su cuerpo airoso, siendo este elogio tanto mas justo cuanto menos su trage y adornos le ayudaban á merecerlo. Traia un coleto de ante tan acuchillado, roto y mugriento, que apenas se conocia de qué era; una sobrebesta que habia sido de color verde, y de que aun quedaban algunos girones raidos; un sombrero tejido de hojas de árboles, las piernas y pies descalzos, y una lanza en la mano derecha, que tal parecia el palo de que venia armado, y que tenia por contera un regaton de hierro.

—Veamos, dijo al sentarse, si aun aqui dentro del agua me mortifican tambien estos malditos tábanos que me persiguen.

Y entró ambos pies en el agua hasta la rodilla con mucho cuidado de no mojarse el vestido, como si lo tuviera en mucha estima y no quisiera echarlo á perder. Luego que se refrescó del fuego de las arenas y repuso de las picaduras de los tábanos, sacó un pañizuelo blanco muy limpio de un zurron que traia, pero tan desgarrado y abierto por tantas partes que por la mas pequeña le cabia el puño. Tendiólo sobre la yerba á guisa de servilleta, y esclamó:

—¡O cara camisa mia, que por tanto tiempo fuiste mi mas intima amiga, y que tan aficionado me tenias que siempre te quise tener conmigo y te traje tan á raiz de mi carne por tanto tiempo! ¡á qué punto hemos llegado, amada camisa mia, que cuando creí que de tanto andar juntos y tan apegados te habrias convertido en mi propia carne, y que eramos los dos uno mismo, hallé que de tus anchos y espaciosos vuelos no quedaba ya otra cosa que este pedazo que encontré á du-

ras penas buscándote por mi cuerpo, y que ha venido á parar en mantel á cuenta de tus servicios! *Omnia moriuntur,* como decia el abad de Benedictinos que me crió. Consuélate, que por ti no se dirá al menos de tu amo que no come pan á manteles; consuélate, celosía de mis manjares, pues tal te puedo llamar, que eres mas trasparente que el cristal, mas diáfana que el aire, y tienes mas heridas que el guerrero mas veterano y acreditado.

Mientras apostrofaba de esta manera al triste resto de su malograda camisa, iba sacando del alforja las consumidas y poco apetitosas viandas que llevaba para el camino, y se entretenia en colocarlas con el mejor orden, simetria y cuidado que le era posible. Consistia su repuesto en dos ó tres mendrugos de pan algun tanto petrificados, un pedazo de queso ovejuno no muy tierno tampoco, dos ó tres tomates crudos, y una bota de vino blanco, aunque mas llena de aire al parecer que de vino. Sacó tras esto un estoque, que no era menos larga la navaja que le servia, contempló un rato con muestras de mucho gusto la armonía y distribucion de sus platos, y empezó su ocupacion gastronómica con aire desenfadado y apetitoso.

—Algo rebelde te encuentro, dijo al dar una dentellada en uno de los mendrugos, y que él presumió que le costaba un diente: no crei, prosiguió, que despues de quince dias que te llevo en mi compañia, y cuando mas amañado y suave de trato debia encontrarte, te hallase cada vez mas duro de corazon y menos sociable. Pero ya te castigaré, y haré ver hasta dónde raya mi valor y tu presuncion.

Dicho esto clavó el diente á modo de perro de presa

en el endurecido mendrugo, quedando indecisa la victoria por un momento, hasta que al fin el ruido de los demolidos coscurros, y el simultáneo movimiento de las poderosas quijadas, la declararon por el mancebo, que no satisfecho con este importante triunfo, siguió con el mayor denuedo hasta sepultar en su vientre desde el primero hasta el último de sus enemigos. Concluida esta operacion, y sino satisfecho su apetito, aliviada su necesidad, se echó al rio de bruces y bebió agua: lió en seguida el mantel, tentó la bota, y viendo que estaba vacía dió un suspiro, y doblándola la guardó en el zurron con los demas utensilios de su comida. Tomó en seguida unas hojas de un libro manuscritas de buena letra en latin en que venia envuelto el queso, y tendiéndose á la larga sobre la yerba, empezó á deletrear á voces como es uso de mal lector. Luego que hubo leido un rato esclamó: ¿Y qué quiere decir todo esto? ¿Y es posible me haya costado tanto azote, y al fin y al cabo no haya podido el buen abad salir con la suya de que yo aprendiera? Aunque á decir verdad, yo creo que él no sabia mucho mas de lo que me ha enseñado. ¡O vida regalada del monasterio! ¡Cuántas veces te echo de menos! Solo por aquello de *dulces, exubiæ dum fata Deusque sinebant*, como repetia el buen abad cuando me regalaba el rostro con alguna palmada y no de las mas suaves en prueba de su cariño: solo por eso conservo estas pocas hojas, de que no he podido aun entender la primera llana, y por lo que me imagino, y no sin razon, que tampoco entenderé la última. Pero en fin, basta de lectura, y dormamos un poco hasta que caiga la tarde y me pueda aprovechar del fresco para seguir mi camino.

Diciendo esto se cubrió el rostro con el sombrero, y de allí á poco empezó á roncar con tanta fuerza y estrépito que su ronquido bastaria á despertar los siete durmientes, y aun á hacer levantar los muertos el dia del juicio final.

Era entonces la hora de la siesta, y el sol en toda su fuerza abrasaba los estendidos campos de Castilla, que si bien mas poblados en aquellos tiempos, no por eso los hacia menos áridos la sequedad propia de la estación, y sobre todo desde Olmedo á Cuellar, que era el camino que á lo que parecia llevaba nuestro galan. Un bosque de pinos cubre aun hoy dia este camino arenoso, en que se hunde á veces la pierna hasta la rodilla, y donde el sol, quebrando sus rayos en cada grano de arena, reverbera del suelo con un esplendor tal que deslumbra, dobla el calor y aumenta el cansancio y la fatiga del caminante. Solo se oye el chirrido cansado de la chicharra y el zumbido monotono de los tábanos, y si algun soplo de viento viene acaso á mecer la copa de un pino cuando el viajero abre los secos labios con ansia para recojerlo, respira el viento abrasado de los desiertos, ó un cierzo de fuero que le consume de sed y le quema en vez de regalarle con su frescura. Tres rios, si tal nombre merecen tres arroyos algo crecidos, dividen este camino á corta distancia unos de otros, que los naturales distinguen con los nombres de Adaja, Piron y Cega, siendo este último la línea ó frontera que separa las tierras del castillo de Iscar de las de Cuellar. El Adaja, vadeable aun en invierno, y último linde de Olmedo á Iscar, moja humildemente esta tierra, que se lo sorbe; pero en sus sombrías orillas, cubiertas de frondosos árboles, se respira

ya aire mas fresco, y ofrece una isla de verdura en medio de aquel desierto.

En sus riberas, pues, como hemos dicho, descansaba nuestro desembarazado mozo de la penosa marcha que habia traido, y no haria aun media hora que dormia á pierna suelta cuando sintió una cosa fria que levantando el sombrero que le tapaba la cara, se refregaba contra él, al mismo tiempo que un peso en el pecho, que se removia. Abrió los ojos, y vió que era un perro mastin de gran tamaño y adornado de sus carlancas, que despues de haber satisfecho su sed en el rio se habia llegado á olerle, y le afirmaba las manos en el pecho mientras le humedecia el rostro con el hocico.

—Voto al perro, y mal año para tu amo, gritó con enfado de verse despertar tan fuera de sazon. ¡Quitáte! y lo empujó al mismo tiempo con fuerza echando mano al desmesurado baston, que hemos tratado de describir.

El perro se retiró atras dos ó tres pasos gruñendo como preparándose para embestirle, y el mozo, ya puesto en pie, enarboló el palo en alto, y aguardó á su enemigo con resolucion. En esta actitud estaban *frente á frente careados*, cuando la voz de un hombre y un silbido llamó la atencion del mastin haciéndole mudar de intento, y de alli á poco volvió tranquilamente hácia su señor, que saliendo de entre los árboles descubrió una facha tan rústica y salvage que no dejó de sorprender á nuestro campeon. Era de poca estatura, cuadrado, ancho de espaldas, y muy fornido de miembros: sus brazos, que llevaba desnudos, estaban cubiertos de un bello tan espeso, largo y cerdoso, que parecia crines: las piernas arqueadas, sus maneras

bruscas, su pelo y barba negros, siendo esta tan poblada, crecida y rizada, que le cubria todo el rostro, sin dejar ver en él mas que dos ojos grandes y verdes que parecia que lanzaban rayos, y acaso de tiempo en tiempo dos hileras de dientes blancos como el marfil y tan juntos que parecian uno solo. No obstante, aunque su traza imponia, y aun podria decirse asustaba, no se sentia al verle aquel horror que inspira la vista de un animal feroz, y en la viveza y valentía de sus ojos se notaban quizá mas señales de nobleza que de crueldad. Traía vestido un sayo baquero y abarcas por zapatos, llevaba en la mano izquierda un arco y algunas flechas suspendidas de un cinto de cuero, que le aseguraba asimismo un hacha de armas de dimension disforme y estraordinario peso, y pendiente de una cuerda que le rodeaba los hombros, colgaba á su espalda una bocina ó cuerno de cazador. Todo esto vió y observó el roto mancebo, dudando si se pondria en defensa, ó iría, ó le aguardaria con tranquilidad. El primer pensamiento le pareció perjudicial y disparatado, considerando la desigualdad de sus armas; el segundo casi le pareció mejor; pero viendo que el recien venido no hacia movimiento ninguno ofensivo, y que muy lejos de eso le habia evitado la riña con el mastin, se determinó á esperarle á pie firme.

El perro entre tanto llegó coleando á su amo, que alargándole la mano y pasándosela por el lomo,

—Sagaz, le dijo, quién diablos te manda meterte con un hombre dormido: no te tengo yo enseñado á tan poca cosa. Serénate muchacho, añadió acercándose al derrotado, y descubriendo con una sonrisa irónica el marfil de su dentadura, que no parece sino que ibas á

venir á las manos con un leon segun lo alborotado que te pusiste.

—No me alboroto yo por tan poco, y aunque el gozquejo es de buen tamaño, no sé cómo le hubiera ido si le hubiese arrimado yo la punta de mi baston.

—Quizá mejor que á tí, repuso el de la barba negra, porque no hubiera encontrado en que morder sino en la carne, segun lo ligera y escasamente que vas vestido.

—Es el mejor trage de verano que tengo, replicó el mancebo con desenfado.

—Y el que mas generalmente todos los dias á falta de otro mejor, repuso el otro con sorna.

—Me he dejado el equipage ahí cerca por caminar mas á gusto, respondió sin cortarse el derrotado mozo.

—Pareces arriscadillo y resuelto, continuó el recien venido en el mismo tono.

—Quizá más de lo que tú crees, le contestó el mancebo.

—¿Y hácia dónde se camina tan á la ligera, señor galán? preguntó el de la barba negra.

—Pregunta es esa, repuso el mozo, sobre que es necesario pensar mucho antes de responder, y todo lo que yo puedo decirte es que el fin de mi camino será donde yo me pare, y que el lugar donde me quede será donde me vaya bien, y encuentre donde ejercitar mis talentos.

—Segun eso no llevas otro camino que el que te dé tu buena ó mala ventura, y si aqui mismo te se ofreciese un acomodado tal como tú deseas, aqui mismo te quedarías.

—Ciertamente, repuso el mozo, aunque á decir ver-

dad no sé qué comodidad puede hallar un hombre como yo en medio de este desierto.

—Puede hallar, replicó el Velludo, una colocacion libre y honrosa que le ponga al igual de los señores mas poderosos, y aun le dé derecho á veces para alternar con ellos; puede hallarla tal, si le sopla el viento de la fortuna, que llegue á ser él mismo un señor, y á tener castillos, ejércitos y vasallos.

—¡Brillante colocacion, amigo mio! respondió el derrotado. ¿Pero no podía yo saber qué genero de talento es preciso para entregarse con fruto á ocupacion de tanta monta y tan productiva?

—No hay duda, pero antes es necesario que sepa yo quién eres, qué papel has representado en el mundo, cuál es tu inclinacion decidida, y cuáles tus mas aventajados talentos, que puesto me pareces mozo de disposicion todavia necesito examinarte mas antes de darte un honroso cargo.

—Sino viera que hablais con seriedad, repuso el mancebo, dudaria de lo que me decís, porque á calcular por vuestra apariencia (y esto sea dicho salvo el respeto que me inspira ese colgajo de hierro que llevais al cinto) no promete vuestra traza mas ventajas al que vuestra señoría proteja que ofrece la mia (sin faltar sea dicho al respeto que mereceis), y esto dijo echándole una mirada picaresca de la cabeza á los pies, y concluyó su discurso con una profunda inclinacion jocoséria.

El hombre de la barba negra se sonrió, y le miró como agradado de su desemboltura, y dándole una palmada en el hombro le dijo:

—¡Pobre niño! ¡cómo se conoce que aun no has visto

el mundo sino por un agujero, como se suele decir, y que juzgas solo por las apariencias, sin considerar que si yo te juzgase por la tuya no te propondria en mi imaginacion para empleo de tanta importancia! ¡pobre niño! No sabes tú con quién hablas, si lo supieras temblarias en mi presencia en vez de bufonear.

—Todo puede ser, contestó el roto, pero desde que dejé de oir en boca del abad de Benedictinos la cruel máxima de que la letra con sangre entra, no he vuelto á temblar nunca, escepto cuando me acuerdo de la sangre fria y cachaza con que ponia en ejecucion su inexorable sentencia.

—Pues tengamos paz si es asi, dijo el del hacha, porque si un abad te hacia temblar con sus máximas, yo tengo algunas que si te las dijese pareceria que te habias quedado de pronto sujeto á convulsiones y perlesías, y así repito que tengamos paz, y sentémonos sobre la yerba, donde me contarás tus hazañas, y veré si eres digno del empleo en que he pensado ocuparte.

Y diciendo y haciendo se sentó, y tirándole del brazo con fuerza obligó á nuestro mozo á que se sentase á su lado. La impresion de la mano del de la barba negra en el brazo del derrotado, dándole una alta idea de su musculatura, le quitó la gana de chancearse, y el tono con que pronunció su amenaza le pareció que tenia un no sé qué de verdad tan espresivo, que le infundió cierto respeto, y le llenó de consideracion hácia su persona.

—Pídoos perdon, le dijo, si os he tratado con demasiada libertad, pero mi buen humor es tal, que cuando no tengo de quién hasta de mi mismo me burlo.

—Basta ya, le respondió el de la barba, y dime cómo te llamas, que me parece que me has de acomodar para mi servicio.

Volvióle á mirar el mozo, y no le pareció hombre de muchos criados el que se le proponia por amo; pero el respeto que le inspiraba le impidió hacer más observaciones, y empezó su historia de esta manera:

—Yo me llamo Usdrobal, soy natural de Leon, y nunca he conocido á mis padres: cuando tuve uso de razon me hallé recojido en un convento de monjes Benedictinos, y al cargo de un abad que se empeñó en enseñarme á leer, y en que aprendiese latin. Aunque mi talento era despejado á voto de aquellos padres, yo era mas inclinado al juego que no al estudio. Y como me empeñé en no aprender, me salí con la mia, y con la de no entrar en la regla, que era el piadoso intento de mi maestro. Dios me llamaba á mí por diferente camino, y asi mi primera hazaña fué convertir en pájaras y otras transformaciones las hojas de una biblia que habia costado diez años de trabajo á un copista, y que hallé en la celda del buen abad. Costóme esta diversion tanto azote, que tomé odio á los libros, y de aplicado que podria haber sido llegué á aborrecerlos con tanto ahinco, que determiné no volver á abrir ninguno mas en mi vida, mas que me fuese en ello toda mi fortuna y mi bienestar. Tenia ya doce años, y era lo que se llama una alhaja: llevaba regularmente dos palizas al dia, robaba cuanta fruta habia en la huerta, y hacia mas daño que la langosta: bebia el vino de la bodega, y siempre estaba haciendo diabluras ó meditándolas. Si entraba en la cocina, me entretenía en echar ceniza en las ollas, y me reía de los gritos del

cocinero y de los gestos de los buenos padres, echaba sal en las camas para que no pudieran dormir, tocaba las campanas á vuelo cuando estaban, á mi entender, en la mejor parte de su descanso, perseguia cuantos animales habia en el convento desde la cuadra hasta el gallinero, y por último, hasta el respetable abad no se halló tampoco exento de mi jurisdiccion. Juntábame yo con otros chicos de mi edad, que sino eran de lo mejor eran al menos de lo mas malo, y como para sus empresas y las mias necesitabamos dinero, y yo siempre he tenido altos pensamientos, pagaba por todos y buscaba para todos lo necesario. El bolsillo del abad me parecia á mí inagotable, y asi por esto como por las razones ya dichas le hacia yo frecuentes sangrías, hasta que le forcé á guardarlo, y le puse sospechoso de todo el mundo. Viéndome ya sin tesoro, pasé de caballero á mercader, quiero decir, que vendia lo que topaba en su celda, amen de lo que podia estraer de la dispensa cuando el dispensero se descuidaba. Creia yo inocentemente que aquellos buenos padres no se enfadarian conmigo por tal cual friolera que á mí me pareciese bien y me conviniera para mi uso; pero me engañé; porque habiéndome atrapado en una de estas travesurillas, me llevaron á la celda del padre abad, que me echó un largo discurso sobre los inconvenientes que traia para el cuerpo y el alma el feo vicio del robo, y me hizo sentir en seguida los que traia para el cuerpo mandándome coger por cuatro robustos legos, quienes á pesar de mis gritos, patadas y mordiscos, me molieron á azotes, encerrándome ademas en un sótano, de donde no salí sino para dejar el convento, aunque esto no fue hasta que encojé las mulas de

la labor, y satisfice á mi venganza como mejor pude y me pareció.

—No me disgusta el principio, interrumpió el del hacha, y para tan niño hiciste cuanto se podia esperar de un muchacho bien inclinado. Supongo que no solo te saldrias del convento, sino del pueblo.

—Así fue, continuó Usdrobal: no bien habia vuelto las espaldas al claustro, cuando sin saber adónde iba, eché á correr por los campos, y no paré hasta que fatigado de andar, y no viendo donde recojerme por ser ya entrada la noche, empecé á afligirme, me recosté contra un árbol y me eché á llorar. Ya estaba yo pesaroso y arrepentido de lo que habia hecho, y no sabia si volver al convento y pedir por caridad que me recojiesen, ó qué hacer de mí, sin conocer el mundo, muerto de hambre, solo, y en medio de un monte; pero el temor de ser desollado vivo por mis hazañas, y la imágen de los cuatro legos se me representó tan al vivo, que deseché al momento esta idea como un mal pensamiento, y resolví morir primero que verme otra vez objeto triste de su injusto resentimiento. Aunque no habia dormido casi nada la noche antes ocupado en mis venganzas, y habia caminado sin descansar todo el dia, el hambre habia desterrado el sueño de mis ojos de tal manera que los tenía mas abiertos que una liebre, y todo era acordarme de la buena mesa que habia perdido, y de la imposibilidad en que me hallaba de cenar por entonces, y aun de comer en mucho tiempo, á lo que yo no sin pesadumbre me imaginaba. Estando en estos melancólicos pensamientos, y registrando á un lado y otro por si veía alguna luz que me encaminara, ví venir por la falda del monte dos luces

hácia donde yo estaba, y que á pesar del deseo que tenia de hallar alguna que me sirviese de guia, no dejaron de imponerme un poco, de hacer pensar á mi sobresaltada conciencia si seria cosa del otro mundo. Púseme en pie al instante, y poco despues ví dos hombres cada uno con un hacha encendida y armados de punta en blanco que acompañaban unas andas, que traian suspendidas otros dos marchando con mucha lentitud por no incomodar al caballero herido que venia en ellas; detras venia otro soldado á caballo con uno del diestro, que era del caballero, segun supe despues, y que iba todo encaparazonado de hierro; llegaron adonde yo estaba, y uno de los soldados dijo en viéndome: «Aquí está justamente un chico que podrá ir á avisar al castillo para que todo esté dispuesto á la llegada de nuestro amo.» Y habiendo convenido todos en mi utilidad, me dieron las señas del castillo, y me enviaron de mensagero. Llegué al castillo, y despues de haber desempeñado mi comision, aguardé la venida del dueño de la fortaleza, que aquel dia no sé con qué intencion habia tratado de saltar con su caballo de mas alto que lo que es permitido saltar sin hacerse daño, y se habia quebrantado cuantos huesos tenia en su cuerpo. Todo estaba ya arreglado, y sus gentes en movimiento cuando él llegó; entraron sus soldados, acostáronle en su cama, y nadie se volvió á acordar de mí, ni yo me atreví á preguntar nada á nadie. Llegó la hora de cenar, sentáronse todos á la redonda, y empezaron á dar del diente con tanta gana que se redoblaron las mias. Nadie me habia convidado, ni aun me habian echado de ver, lo cual, visto por mí, deliberé sentarme tambien, y empecé á comer con ellos con el

mayor desembarazo del mundo. Miráronme todos y algunos se sonrieron, pero uno de muy mala cara y muy serio, despues de haberme mirado de hito en hito largo rato sin pestañear, preguntó si yo era espía, para en ese caso colgarme de una almena en menos tiempo que habia tardado en decirlo. Respondí al momento que no, y casi me quitó las ganas de cenar la pregunta de aquel buen hombre; pero habiendo esplicado el motivo de hallarme en la fortaleza, y viendo algunos allí de los que me habian enviado, atestigué con ellos, conté mi historia, y quedaron muy complacidos. Diéronme ocupacion al momento, y me recibieron todos por su criado; procuraba yo servirles en un principio lo mejor que podia, pero como eran tantos y yo uno solo, el servicio iba siempre atrasado; ellos me maltrataban, y yo, que empezaba á disgustarme de servirles de dominguillo, dejé rodar la bola, y propuse hacerme hombre de armas para darles á entender que no sufria mas pulgas que las que no me podia echar de encima. Habian ya pasado dos años, y tenia yo diez y siete: no habia cosa buena ni mala que no supiera; manejaba la espada, el arco y el caballo tan diestramente como el mejor veterano, me habian dicho algunas mozas que tenia aire de caballero, y no deseaba mas que una ocasion de señalarme. La primera que se me presentó fue justamente con el que me quiso colgar por espía la primera noche. No se me habia olvidado su buen deseo, y hacia mucho tiempo que asi por esto, como por algunos malos tratos que habia esperimentado de él, le andaba buscando quimera. Un dia se me proporcionó su caballo. Era uno de los mejores que habia en el castillo, y él lo queria como á las niñas de sus ojos;

uno de los que yo cuidaba riñó con él y le acertó un par de coces tal que le dejó cojo. El veterano que lo vió, echándome á mi la culpa, tiró de la espada, y se vino á mí decidido á probar el temple en mis costillas. Tiróme una cuchillada que le paré con un palo que hallé á la mano, y á tiempo que levantaba el brazo para segundarme con otra levanté el palo y le acerté un garrotazo en la sien tan de lleno, y aplicado con tanta fuerza, que cayó en el suelo cuan largo era. No me entretuve en ver si estaba muerto ó aturdido del golpe, sino ensillando un caballo monté en él, y fingiéndome portador de un aviso de mucha importancia pasé el puente levadizo, y en llegando al campo dejé al animal la rienda libre, y huí por donde quiso llevarme. Andube dos dias, y al tercero caí en una emboscada de moros, que despues de haberme quitado el caballo y cuanto llevaba, me dieron cien palos, y me dejaron por muerto. Recojióme un pobre pastor que se compadeció de mi juventud, y luego que estuve curado dispuse mi viaje á Cuellar, donde pienso entrar en el cuerpo de aventureros que mantiene el dueño de aquel castillo.

—Amo muy sombrío y melancólico te ibas á echar sino me hubieses hallado aqui, dijo entonces el de las barbas, porque Sancho Saldaña es mas oscuro que la mas oscura noche de invierno.

—Sí, eso dicen, y...

—Y si fuera eso solo, pero no me toca á mi hablar mal del que me ha proporcionado mas de una ocasion de lucirme en mi facultad. Ya le conocerás si sigues conmigo algun tiempo.

—¿Con que teneis relaciones con él? preguntó el mozo.

—Y tantas, replicó el del hacha, que puedo decir no hace cosa alguna sin consultarme, y aun sin valerse de mí en la mayor parte de las que emprende. Pero no preguntes mas, que has de ver maravillas si te enganchas en mi servicio. Solo te aconsejo si entras en él, que hables poco y hagas mucho, porque entre mis gentes una palabra suele costar la vida, y la accion mas reprensible del mundo no vale la pena de que piensen un momento en ella.

—Pues señor, esclamó Usdrobal, dicho y hecho: aunque no os conozco soy vuestro, no sé qué teneis que pareceis digno de mandar hombres de mi disposicion: manos á la obra, y ya vereis que no os dejaré mal en ningun peligro, que aunque nada habeis dicho presumo que sobrarán.

—Sobrarán, respondió el del hacha, en donde alcances la estimacion de tus compañeros, y adelantes en tu carrera. Ahora...

Apenas habia dicho esto, cuando dos silbidos que venian del otro lado del rio interrumpieron su conversacion y el de la barba negra se levantó, y mirando hacia donde se oian, vió venir á Sagaz, que se habia alejado mientras hablaban, corriendo hácia él y ladrando con la intención de avisarle.

—Vamos, dijo su amo á Usdrobal, ven conmigo, y no te estrañes de lo que veas, por raro, malo ó bueno que te parezca.

—Vamos, repuso Usdrobal, que ya te he dicho que tuyo soy. Y asi diciendo siguió los pasos de su nuevo amo, vadearon el rio, y de alli á poco se perdieron de vista entre los pinares de la otra orilla.

CAPÍTULO II.

Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas de estos dos por la apariencia,
viendo del uno el garbo, y los valientes
miembros; edad perfecta y esperiencia:
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolescencia,
aunque á tal opinion contradecia,
la muestra de Orompello y osadia.

(Ercilla.)

Poco tiempo habian andado, cuando en medio de una plaza de arena que se formaba en el bosque vió Usdrobal hasta ocho ú diez hombres cuyas estrañas cataduras, diversos trages y armas no le hicieron juzgar muy bien del amo que habia tomado. Llevaban los mas de ellos espadas y ballestas, y su trage era muy semejante al del hombre de la barba negra. Algunos iban vestidos medio á la morisca con turbantes en vez de gorras de cuero, y usaban puñal y alfanje; pero el que más le estrañó fue uno, cuya única arma era un cuchillo de monte muy largo, y que apartado de los demas rezaba al son de un rosario de cuentas muy gordas con mucha devocion y recojimiento. Parecia absorto en sus oraciones, tenia puestos los ojos en la tierra,

y de cuando en cuando cruzaba las manos, alzaba los ojos y suspiraba de lo amargo. Cuando ellos llegaron no hizo mas movimiento que si no perteneciese á este mundo. Todos los demas saludaron con mucho respeto al de la barba negra, como gefe suyo, y uno que se señalaba por su alta estatura, ojos saltones, y lo cariredondo y colorado que era, se llegó á él, y llamándole á parte le estuvo hablando en secreto con tanto recato, que á pesar que Usdrobal tenia el oido listo, y trató de coger algo de lo que hablaban, solo pudo entender el nombre del señor de Cuellar entre el sordo murmullo de sus palabras. Parecióle con todo que su amo oia con gusto lo que decia aquel truan, y que iba poco á poco mostrando los dientes como señal de contento, aunque no se le ocultó que habia algo de siniestro en sus ojos y en su sonrisa.

Concluido este coloquio volvió el de la barba negra, y tomando á Usdrobal de la mano lo presentó á su gente, que no habia hecho mas caso de él hasta entonces que si hubiese sido invisible.

—Caballeros, dijo, aqui traigo este mocito, que aunque como muestra es de poca edad, tiene el corazon bien puesto, y es hombre que nos conviene: desde hoy tendrá su parte en nuestras empresas, nuestro botin y ganancias. Zacarías, á tí encomiendo este niño, edúcale y cuida de él; no le falta disposicion, y creo que has de sacar un escelente discípulo. Ya sabes lo que te he dicho, prosiguió dirigiéndose á Usdrobal, muchas manos y poca lengua; buen maestro tienes, procura tú imitarle, y desde ahora puedes contarte alistado á las órdenes de Belludo.

—Todo se hará como vos mandais, respondió el

maestro con un tono de voz tan débil y afeminado que se le podria haber tomado por muger á no ir vestido de hombre: pondré á este jóven en el camino de la virtud, y le enseñaré la moral necesaria para que se lave de las gotas de sangre que manchen su manos por casualidad; y sin alzar los ojos siguió en sus meditaciones.

—Lo primero que hay que hacer es armarle, y que se quite esos trapos, dijo el Belludo, porque claro está que el soldado se ha de vestir de la hacienda de su señor: que uno de vosotros se llegue á nuestro almacen y traiga con que vestirlo.

No habia acabado de decirlo, cuando uno de los moriscos echó á correr con tanta ligereza que no le alcanzára el viento, y de alli á poco volvió cargado con todo lo necesario.

—Toma, cristiano, le dijo entregándole un sayo de cuero, una gorra de lo mismo, el resto del vestuario y las armas correspondientes, toma, y quítate ese espantajo de la cabeza (aludiendo al sombrero de rama), que pareces un asno cargado de leña verde.

—Gracias, repuso Usdrobal, y por los muchos que habrás desnudado, sin duda alguna, en tu vida, ayúdame á vestir ahora, y cuéntame entre tanto si la ocupacion que traeis en este desierto es mas santa de lo que á mí se me ha figurado.

—Yo no hago mas que lo que me mandan, repuso el mozo con aspereza, y en cuanto á si es bueno ó es malo no me entremeto, cuanto mas que haí está el señor Zacarías, que sabe leer y reza en latin, y dice que en el mundo hay de comer para todos, y que el que no tiene es menester que busque, y yo juro por Mahoma que lo que él dice me parece bien.

—Lo que yo digo, dijo entonces Zacarías, que entreoyó la conversacion, en su tono melífluo y afeminado, es que tú eres un pagano, que aplicas mis máximas como mejor te conviene, *tuo more*. La moral, hijo mio, prosiguió con Usdrobal, es la ciencia que yo predico, y puedo tener la vanidad de decirte que gracias á mí, ha hecho grandes progresos entre estas gentes.

—No creo, dijo entonces Usdrobal, que aqui haya venido tanta gente honrada á aprender únicamente eso que llamais moral, y si no creyera que otras ocupaciones mas nobles os sirven de entretenimiento, no me quedaria aqui mas tiempo que tarda en cantar un pollo.

—Dos años hace que estoy en la compañía, dijo el morisco, y desde que oí al señor Zacarías le he dejado el encargo de esas cosas que nos predica, y si he pensado media hora en ellas, Alá permita que no vea yo ponerse el sol esta tarde.

—Fariseo excomulgado, esclamó el moralista sin mudar de tono, ¿cómo te atreves á hablar así? ¿quién te ha enseñado á ensangrentar tus armas, *lababo manus*, como Pilatos? ¿quién te ha adiestrado en meter la mano en el bolsillo ageno sin que faltes á la caridad? y por último, ¿quién ha hecho mas célebre en estos contornos la partida de nuestro insigne, formidable y respetabilísimo capitan el Velludo, sino este humilde gusano que ves aqui? *humilisimus vel miserabile*.

—Toma, dijo el moro. ¿Y quién lo niega? ¿digo yo lo contrario? yo lo que digo es que no entiendo esas jeringonzas, y que sin saberlas sé manejar mis armas como el primero. Lo que quisiera era que se armase una tramoya donde se viera á las claras quién era

Amete el izquierdo, aunque ya se ha visto mas de una vez que yo no soy nuevo como este mozo recien venido.

—Pero vamos claros, preguntó Usdrobal, ¿es esta una partida de ladrones, ó qué clase de gente somos?

Aun no habia acabado de preguntarlo, cuando un puñetazo en el cogote de buena marca que lo dejó medio atontado, y le hizo zumbar los oidos por media hora, le dió á conocer la insolencia de su pregunta, y el peso enorme de la mano descomunal del gigante de los ojos saltones que habia estado hablando con el Velludo. No le pareció á Usdrobal muy bien el aviso, y echando mano á su puñal como pudo, en medio de su aturdimiento, tiró un golpe con él á su advertidor con tanta fuerza, que á haber ido con mejor tino no le hubieran vuelto á dar ganas de avisar á nadie tan bruscamente. Pero Zacarías le tuvo el brazo en lo mejor de su furia, y poniéndose entre los dos estorbó al mismo tiempo al gigante que le embistiese.

—¡Paz, hijos mios! la cólera nos arrastra á cometer acciones de que luego nos arrepentimos, y el hombre es una bestia feroz cuando se deja arrebatar de su ira: *indomita silvarum fera*, como dice no me acuerdo quién. A sangre fria se debe herir á su enemigo, y tomar venganza de las injurias.

—Mosen Zacarías, dijo el de los ojos saltones medio en provenzal, medio en castellano, voto á Deu que si este mozo llamar lladre á nos, que le haga yo se arrepienta.

—¡Cómo! ¿qué es esto? gritó el capitán á Usdrobal: ¿no hace una hora que estás con nosotros y ya has armado quimera?

—No es quimera, replicó el catalan, es que yo en-
ñe á parlar á este home.

—Por cierto, Usdrobal, dijo el Velludo, que te creí
e mas penetracion y mas mundo; ya te he dicho que
lengua casi está demas entre nosotros, y que mires
en lo que hablas.

—No tengais cuidado, repuso Usdrobal, que ya veo
or mí mismo cuán á la letra toman aqui ese consejo
e callar y hacer, y esto me servirá á mí para en
lelante; pero juro... añadió lleno de cólera y entre
entes.

—No jures interrumpió con tono suave el hipó-
ita Zacarías. *Utrum juramentum,* y no me acuerdo
é mas: puedes tomar la venganza que sea justa,
esto que es justa la defensa propia, *justum et tena-
m,* sin que cargues tu conciencia con juramentos,
e es lo principal, la conciencia, hijo mio.

—No sé, dijo entonces un viejo que tenia toda la
ra llena de cicatrices, para qué trae aqui el capitan
iquillos.

—Los traerá, dijo otro con un ojo remellado y el
ro bizco, para que nos sirvan de diversion.

—A su edad, replicó el morisco, ya habia yo hecho
as de una hazaña, pero éste apostaría á que no tiene
erza para cortar el dedo meñique á un hombre de
lo una cuchillada.

—Usdrobal, esclamó el capitan sonriéndose, ¿qué
ablos tienes que no vuelves por tu honra? parece
e estás aturdido aun con el aviso de nuestro te-
ente.

Lo que decía el Velludo en parte era cierto: Usdro-
l, aunque determinado y animoso, naturalmente pro-

vaba en aquel momento la sorpresa que causa ger
ralmente á un muchacho de poca edad la reunion
mucha gente desconocida, y cuyos usos, lenguaj
vestidos no dejan de estrañarle, puesto que la princi
causa de su silencio mas provenia del mal humor c
habia engendrado en él la improvista bofetada del
talan, y el ansia de vengarse que le punzaba.

—Estoy reconociendo el terreno, contestó no ob
tante con mucha calma.

—Mejor te han reconocido á tí el cogote, replicó
morisco, que todavia te está echando humo el bofet

—Como fue á puño cerrado no le duele, añadió c
mofa el de los ojos bizcos.

—No creo que me hayais traido aquí, dijo Usdroba
Velludo mostrando un sosiego que desmentia el co
encendido de sus mejillas, para servir de juguete á vu
tros soldados, ó lo que sean, y juro que si tal supier

—Amigo mio, le respondió el capitan, yo no te
tomado para nada de eso, pero si te pican mosca
tí te toca sacudírtelas, que no á mí.

—Sí, hijo mio, añadió Zacarías con su voz melo
acercándose al corro que ya se habia formado al
dedor de Usdrobal, aqui cada uno tiene que mirar p
sí, y de otro modo no hay santo que le socorra: *nu
est redemptio.*

—Al contrario, dijo el bizco alargando la cara s
carronamente y aparentando compadecerse de él, a
está mejor que en casa de su padre, y tiene una po
cion de amigos que le servirán á su voluntad. ¿Os
hecho mucho daño? continuó llegándose á él.

—No os acerqueis á mí, repuso Usdrobal, porq
aunque os parezca manso...

—Pero hombre, yo, replicó el bizco, no vengo con
ala intencion, al revés; la mia es buena; os veo solo
os he tomado cariño desde que os ví. ¿No es verdad
e da lástima de él? preguntó volviendo la cara á los
ros á tiempo que hizo un gesto al morisco para que
pusiese á cuatro pies detras de Usdrobal sin que
te se apercibiese. A mí no me gustan juegos, con-
uó, y viendo ya que su compañero estaba en la dis-
sicion que le habia indicado, se hizo él mismo em-
jar de otro, y cayendo sobre Usdrobal le dió un pe-
ugon tan fuerte que yendo éste á echarse hácia tras
pezó sobre el morisco y cayó de espaldas.

Las carcajadas y la grita que se movió á su caida
toda aquella desalmada gente aturdieron un mo-
ento al pobre mozo, que no pudiendo contener mas
mpo su ira, y levantándose como un rayo, tiró de
alfange y se arrojó sobre ellos, sin considerar su
mero, ni pensar en otra cosa que en su venganza.

—¡Á él! ¡á él! gritaron todos. ¡Á él, que se ha vuelto
co! vamos á atarle á un pino: ¡se ha vuelto loco!

Y diciendo y haciendo, cayó sobre él una nube de
agidos, y á pesar de su valor y la cólera que le her-
, se vió al momento cercado de todos ellos, y asido
fuertemente que no podia menearse. Pintar la rabia
e se apoderó entonces del animoso mancebo seria
posible; baste decir que la palabra se le cortó entre
dientes, y que arrojaba espuma y volteaba los ojos
mo si de veras estuviese demente, y sin duda le ha-
a ahogado su furia si el capitan no le hubiese hecho
tar diciendo:

—Aqui no permito yo que se riña sino uno á uno, y
o por la Vírgen de Covadonga que no hay uno de

vosotros que solo á solo haga perder un palmo
tierra á este mozo, á pesar de su poca edad.

Los vandidos, pues tal era su oficio, creyeron en
principio que el Velludo se chanceaba; pero habien
conocido en sus ojos que no hablaba en broma, se s
pararon dejando á Usdrobal, á quien él prosiguió
ciendo:

—Si quieres satisfacerte del agravio que has reci
do, yo te apadrino, y elige el que quieras para pele

—Eso es hablar, dijo Usdrobal ya mas sereno, y p
de pronto quiero medir la cara de un tajo á ese gra
dullon que avisa á bofetadas, y despues uno tras ot
podrá venir el que quiera.

—¡Bravo! gritaron los vandoleros, para quienes
habia en el mundo espectáculo mas divertido que v
dos hombres hacerse pedazos; y al punto se presen
el catalan esgrimiendo una espada, que en lo larga
pesada podria haberse creido la del Cid que se guar
en la catedral de Burgos.

—Hijo mio, dijo Zacarías á Usdrobal, no te dej
arrebatar de la ira.

—Sí, si tins algo que dexá al mundo, podes enca
garlo á ese home, gritó mofándose el catalan, ya pod
encomendarte á Deus.

—Y tú al diablo que te lleve, le respondió Usdrob
echando mano á su alfange, que ahora puede que
envie yo á hacerle compañía á los infiernos.

—Buen ánimo, Usdrobal, y no me dejes mal, le gri
el capitan viéndole que se iba para su contrario.

- ¡Espera! ¡Espera! gritaron todos; y formando u
corro bastante ancho para que los peleantes pudiese
moverse acá y allá, ya retirándose ó avanzando, fijaro

s ojos en ellos, muy persuadidos de que á las prime-
s de cambio iria el atrevido mozo á contar al otro
undo el resultado de su combate.

El catalan estaba parado en medio muy ufano con
espadon riéndose de la poca estatura de Usdrobal,
ıe apenas le llegaba al hombro, y mirándole con tanto
sprecio como el gigante Filisteo cuando vió venir á
avid. Usdrobal le miró de arriba á bajo con mucha
lma, y el capitan, dando dos palmadas, dió la señal
la acometida. El primero que embistió fue el catalan,
ıe levantando el brazo en alto tiró una cuchillada tan
gorosa, que á haber cogido á Usdrobal le hubiera
ndido de medio á medio. Pero éste con la ligereza
un corzo saltó hácia tras, y hurtando el cuerpo dejó
aire que recibiese en su lugar el golpe, y acometién-
le con la misma presteza en el mismo instante se
gó á él tan de cerca y descargó su golpe con tanto
ıo, que le rajó el sayo de cuero de arriba á bajo, ara-
ndole de paso el pecho con el alfange. Este movi-
ento tan rápido y tan acertado volvió la esperanza
el ánimo del Velludo, y cambió la idea que todos
bian formado del resultado de la pelea, quedando
ora suspensos, y sin saber por quién se decidiria. El
talan que vió tan cerca de sí y tan pronto á su impe-
oso enemigo, no pudo menos de sorprenderse, y mu-
o mas considerando que como se habia metido casi
bajo de él no le dejaba espacio para herirle con la
pada ni tiempo de retirarse, esponiéndose en este
so á recibir la punta del alfange en su corazon. En
aprieto no tuvo mas recurso que abrazarse con él,
cha muy desigual para Usdrobal á no haberle éste
gido por la cintura, lo que al cabo le daba alguna

ventaja. Entonces fue cuando todos creyeron que inmensa mole del catalan sin duda le abrumaria, esp cialmente el capitan, que á pesar del poco tiempo q le conocia se le aficionaba cada vez mas por su intr pidez.

—¡Firme, muchacho! gritaban unos.—¡Agárrate bie decian otros: mientras que Usdrobal, mas enlazado cuerpo de su contrario que las serpientes de Laocoon volteaba acá y allá con los pies en el aire á cada sac dida del catalan. La mas viva alegria brillaba en l rostros de los concurrentes, viendo alargarse la dive sion, y asi unos azuzaban, otros aconsejaban, todos s saberlo ellos mismos, echándose hácia adelante y e trechando el circulo á pesar del Velludo, que los co tenia; por último, el catalan y su enemigo, que se hab cogido á él como un gato acosado se agarra y sostie de una pared, cansado el uno de forcejear para derr barle y el otro para sostenerse, soltáronse ambos brazo derecho con intencion de echar mano á los p ñales que tenian al cinto y concluir de una vez. Pe Usdrobal, mas listo, habiendo conocido el intento su contrario y asiéndose bien con la mano izquierd sacó del cinto de éste su propio puñal dejándole de armado, y á tiempo que el catalan pugnando por imp dírselo les desciñó ambos brazos, el determinado mo desembarazándose de sus garras dió un salto atras otro adelante en el mismo punto con tanto brio, lleva do el puñal en alto, que le atravesó de parte á parte le hizo venir al suelo al empuje de su arremetida.

—¡Viva! ¡bravo! ¡bien! y cien palmadas resonaron e medio de estas aclamaciones, victoreándole á porf los mismos que poco antes le habian despreciado,

bre todos el capitan, que yendo á él le abrazó di-
ndo: — ¡Viva! Usdrobal, me has dejado con luci-
ento.

—Preguntad, respondió éste, si hay alguno mas que
iera reemplazar á ese pobre bestia; y recogió del
elo con mucho sosiego su alfange.

—No, amigo mio, replicó el Velludo, no creo que
ieras quitarme el mando quitándome mis vasallos.
mos, Urgel, continuó volviéndose al derribado ca-
an, ¿qué tal las manos del mocito? ¿sabe lo que se
ce? ¿eh? ¿en dónde te arañó?

—Voto va Deu el noy, que creo que me ha dejado
nco, repuso Urgel á tiempo que se levantaba son-
ndose, sin muestras de resentimiento.

Miráronle la herida, que no le dejaba mover el bra-
y aplicándole un poco de aguardiente que traía el
co en un zaque de cuerno, le apretaron una venda
mejor que pudieron, riéndose todos y festejando el
ce, como si hubiese sido el mas gracioso sainete.

—Voto va Deu, decia el bizco, te descuidaste: no
o nunca haber reido mas sino el dia aquel, hace seis
ses, que estabamos bebiendo vino, y te cortó Zaca-
s por entretenimiento las pantorrillas con su cuchillo.

—Estaba éste, dijo el morisco riéndose, borracho
no una uva, y el otro mas, y éste le decia, corta,
ta, y el otro dijo corto, y le hizo dos ó tres sajadu-
que ni pintadas.

—Pues hoy, voto á Deu, no dije yo corta, mas volia
tar, y non pas pude, pero non pas hablemos de eso,
tinuó el provenzal dirigiéndose á Usdrobal, y así
la mano izquierda que esta non podo dártela, y
edamos amigos.

—Sí, tómala, y pelillos á la mar, respondió Usdrob alargándole su derecha, todo está olvidado.

—Hijo mio, dijo Zacarías, que habia vuelto á toma su rosario, buen ojo tienes y buena mano: si arregla tu conciencia y aprendes bien el oficio, te corregirá del defecto que tienes de ser algo violento en tu có lera, y demasiado pacífico á sangre fria.

Dicho esto se retiró á un lado y volvió á sus acos tumbradas meditaciones. En esto estaba ya Usdrob muy querido y considerado de sus compañeros, merce á su buena suerte y animosa disposicion, cuando u hombre que por su trage no parecia pertenecer á compañía llegó á ellos con mucho misterio mirando un lado y á otro como receloso de que le siguiera llamó al Velludo, y se apartó con él á un lado secret mente.

—¿Qué hay de nuevo? le preguntó el capitan: ¿sa mañana el conejo de su madriguera, ó no sale?

—Sale, le respondió el otro, y lo que hay que hac es tener buenos perros para que no se escape.

—Eso va de mi cuenta, respondió el capitan: tu am el señor de Cuellar y yo hemos tratado lo que hay qu hacer, y seria yo el perro mas perro del mundo sino s la entregase como desea. La cosa está en que ella s asome siquiera á la puerta de su castillo.

—Pues mañana se te cumple el gusto, repuso el r cien llegado, y cuando yo te lo afirmo no lo dudes. N han salido antes á caza por la muerte de aquel peta viejo de su padre, pero ahora lo que sé decirte es q para mañana me han mandado que prepare los halc nes, y doña Leonor, si cabe, es mas aficionada á caza todavia que su hermano.

—Pues dicho y hecho, dile al señor de Cuellar que mañana en todo el dia cuente con ella: ¿y á qué lado van, sabes?

—Correrán regularmente todo el pinar de Iscar, replicó el halconero.

—No hay mas que hablar, está bien, contestó el Velludo.

—Pero cuidado, ya sabeis que ella debe ignorar que todo esto se hace de orden del señor de Cuellar. ¡Pobrecilla! casi me daba lástima esta tarde cuando la ví, pensando en quién se la va á llevar.

—En efecto, respondió el capitan, si se la llevase el diablo seria mejor para ella que no ir á poder de tu amo; y creo que es linda como un sol.

—Es la mejor moza, dijo el halconero, que he visto en mi vida: no hay un halcon mas listo ni mas gallardo.

—Pues señor, eso no nos toca á nosotros considerarlo, contestó el capitan; si se fuese á pensar en lástimas, se tendria que estar un hombre toda su vida sin matar un pájaro. Dile á tu amo que está corriente. ¿Quiéres echar un trago?

—Vaya, venga una gota de vino y me voy, no sea que ese maldito viejo de Nuño, que desconfia de todos, sospeche de mí no viéndome en el castillo.

El capitan entre tanto mandó á su perro que tragese la bota que llevaba uno de los ladrones, y habiendo vuelto con ella la alargó al halconero, que la besó un rato muy cariñosamente. Luego que hubo bebido se despidió y alejó con el mismo recato que habia venido, y el Velludo volvió adonde estaba su comitiva.

Como ya se habia puesto el sol, determinaron de re-

tirarse á su habitacion, y emprendieron alegremente su marcha.

Llevaban á Usdrobal en medio agasajándole á su manera, y tratándole como si hiciese un siglo que anduvieran juntos, y cada cual le refirió sus proezas durante las dos horas largas que tardaron en llegar á las márgenes del Piron, donde habia una cueva en la misma orilla, de entrada muy estrecha y disimulada.

No pudo menos Usdrobal de horrorizarse de algunos hechos que le contaron, pero no habia otro remedio, y hubiera sido mirado como una flaqueza manifestar el menor disgusto; disimuló lo mejor que pudo, entró en la cueva, bajó una cuesta muy pendiente, guiado por el Velludo, y en un espacioso salon subterráneo, donde habia algunas camas de yerba seca, durmió aquella noche con sus nuevos cofrades los vandoleros.

CAPÍTULO III.

Hermosa cazadora
.....
Con el cabello de oro suelto al viento
de rosas y flores coronado
¿eres Napea de este valle estrecho
que alcanza con ligero movimiento
al javalí sediento
y del ciervo la planta voladora?

(Herrera.)

Rondaba en torno dél un cuerpo muerto,
negra fantasma ó sombra descarnada
.....
.....
.....y con amiga
caricia le adestró con ir delante
pidiéndole por señas que le siga.

(Balbuena.)

APENAS el sol brillaba en el orizonte, cuando un confuso estruendo de bocinas, ruido de gente y estrépito de caballos resonaron á la redonda por el pinar, y anunciaron la grita y algazara que precede á una cacería.

—Arriba, muchachos, gritó el Velludo á su gente,

que ya despierta estaba dando fin á un lechon de que habia cenado la noche antes, y vaciando algunas botas de vino, sentada á la redonda á la entrada de su habitacion.

—Hoy tenemos que hacer, prosiguió; y aunque la empresa no creo que sea arriesgada, pido no obstante que estemos alerta, no se nos escape la liebre.

Concluyeron su almuerzo, y todos se pusieron en movimiento muy alborozados con las noticias de su capitan, que dirigiéndose á Zacarías le llamó para que reemplazase en su empleo al catalan, que aquel dia, á causa de su herida, tenia que quedarse de guardia. Zacarías llegó al Velludo con el rostro muy compungido y los ojos cubiertos de lágrimas, lo que habiendo notado éste le preguntó qué le habia sucedido que así lloraba.

—He tenido un sueño esta noche, le contestó suspirando con voz muy ténue, que me tiene estremadamente afligido. ¡Ah!

—Pues entonces, respondió el capitan sonriéndose, no me lo cuentes, y oye las órdenes que voy á darte, y dejémonos de maulerías.

—Es que en medio de mi sueño, replico Zacarías debilitando mas el tono de voz y sollozando, he sentido que me llamaban: ¡hi! ¡hi!—Vive Dios, esclamó el Velludo no sin enojo, que si venis á llorar ahora, que os haga yo que lloreis de veras.

—*Placida, cuput exultit unda* ¡hi! ¡hi! ¡hi! mostradme la cara plácida, respondió Zacarías.—¡Por la Virgen de Covadonga, repuso enfadado el Velludo, pensad que no soy un ama de cria, y que teneis ya cerca de cincuenta años.

—Si os enojais conmigo me callaré, replicó el hipócrita gimoteador: yo solo queria deciros... ¡hi! ¡hi! Sino hubieran sido la destreza y habilidades de Zacarías tan útiles al Velludo, sin duda éste no habria aguantado su impertinencia, ni oídole llorar apenas, cuando le hubiese enjugado los ojos con el mango, sino con el filo de su hacha, de modo que no hubiera vuelto á tener necesidad otra vez de nadie que le consolara; pero la conocida sutileza del viejo hipócrita para ciertos planes, y su mucha destreza para ponerlos en práctica, le hacian tan necesario á su capitan, que viendo que persistia en llorar tuvo á bien callarse y oirle, aunque no sin juntar las cejas de cuando en cuando, mover la cabeza, mostrar su impaciencia, interrumpiéndole con un ¡hem! ú otra espresion de enfado mas de una vez.

—Tengo que oiros por fuerza, dijo el Velludo; decid lo que querais y breve.

—No gastaré mucho tiempo, repuso el dolorido moralista, porque el diablo suele aprovecharse de aquel que pasamos ociosamente.

—¡Hem! decid, interrumpió el capitan.

—Voy á ello... esta noche... *temor in ánima*, y no sé mas.... *¿Quare conturbas me?* ¡hi! ¡hi!—¡Hem! volvió á esclamar el Velludo dando una patada en el suelo violentamente.

—Vino, como digo, continuó Zacarías. ¡Ah! Si estuviera aqui el ermitaño que me enseñó latin, ¡cuán oportunamente encajaria aqui sus textos... pero yo miserable gusano! *¡miserabilis!*

—Adelante, gritó el capitan.—¡Ah! Sí, no os irriteis. La ira... aqui venia bien un texto; pero no me acuerdo,

seguiré: vino la voz, y dijo: ¡Zacarías! ¡Zacarías! y creí yo que me llamábais vos, que habíais tenido alguna vision...

—¡Diablo! gritó el capitan: ¡qué vision! sigue: ¡voto va!...

—¡Señor! ¡señor! no os enojeis con vuestro humilde siervo. ¡Hi! ¡hi! paso adelante, prosiguió Zacarías. Pues es el caso que siguió la voz diciendo: el infierno se abre ya para devorarte, y no te basta para evitarlo el viaje que hiciste á tierra Santa de peregrino, ni haber sido sacristan, ni vivir ahora en el Yermo, nada, sino predicas á tus compañeros y logras de ellos que no echen maldiciones, ni blasfemen, ni juren como acostumbran... Está bien, ¡yo lo predicaré! ¡yo lo predicaré! dije, y no oí mas: ¡hi! ¡hi! ¡hi!

—¿Has acabado? preguntó el capitan.—Sí señor, vuestro siervo no oyó mas: pero es preciso que vos seais el primero que os corrijais del vicio de jurar á cada momento.

—Pues dame por corregido y óyeme.

—¿Me lo prometeis?

—Te lo juro, y óyeme, que antes es la obligacion que la devocion.

—A un mismo tiempo, señor, á un mismo tiempo, replicó Zacarías enjugándose los ojos con los dedos.

—Está bien, contestó el Velludo; tratemos ahora de lo que hay que hacer, y no canses. En primer lugar, hoy desempeñarás las funciones de teniente en vez del catalan, y dispondrás de la mitad de la tropa, dividiéndola en varias emboscadas por todo el pinar acá y allá, segun mejor te parezca. En segundo lugar, ¿no oyes? ¿qué diablos estás ahí murmurando?

—Si oigo, replicó Zacarías con su acostumbrada mansedumbre; pero estoy al mismo tiempo repasando un texto.

—Pues como digo, seguirás sin perder de vista una jóven... esto es si va por donde tú estés; ya la conoces, la del castillo de Iscar.

—¡Ah! sí, la que no quiere dar al Cesar lo que es del Cesar, contestó Zacarías, es decir, la que se niega á un hombre tan santo como el señor de Cuellar.

—La misma, pero no hay que mentar delante de ella semejante nombre ni aun por asomo, respondió el Velludo.

—Entiendo, replicó el gazmoño, entiendo lo que se quiere.

—Para esta noche ha de estar ya en mi poder, cueste lo que costare, aunque el de Cuellar me ha encargado que no se haga nada á la fuerza, y procedamos con astucia en todo.

—Se hará, respondió Zacarías, como deseais.

—Sin hacerla daño alguno, replicó el Velludo, ni tocarla al pelo de la ropa, aunque de esto yo cuidaré, porque ninguno de vosotros es de fiar: y cuidado, que el que tenga la suerte de apoderarse de ella la haga el menor mal, porque de un hachazo haré yo que le bailen los sesos. Ahora llévate la gente que necesites, y ve arreglando la emboscada por la parte de la derecha al otro lado del convento, que yo me voy por la izquierda. Si pudiera ser, seria mejor evitar un encuentro con los cazadores y retirarnos á la cueva al momento que se haga el robo.

—Se hará como deseais, respondió Zacarías con mucha humildad, y vuestro siervo os obedecerá; *ser-*

vum erat... erat... ¡maldita memoria la mia! me alegro de hacer este servicio al señor de Cuellar, que tiene trazas de ser un bendito.

Dicho esto contó su gente, llevándose seis hombres consigo, y entre ellos á Usdrobal, predicándoles por el camino que no jurasen, sino al contrario imitasen su devocion, no dejándose tentar del demonio &c.; y el Velludo, seguido de su mastin, echó á andar con otros tantos hácia la parte opuesta del bosque.

En este tiempo los cazadores habian soltado los halcones, que ya remontándose hasta las nubes, ya deteniendo el vuelo, ya desprendiéndose por los aires, habian levantado una garza que perseguian. El tropel de los caballos lanzados á la carrera resonó al punto por todo el bosque, y Leonor de Iscar, que acompañaba efectivamente á su hermano, como el halconero avisó al Velludo, no habia sido la última que á rienda suelta seguía el vuelo del pájaro cazador, muy agena de la celeda que la preparaban. El estrépito que traían dió á conocer al Velludo el camino que debia seguir sin ser visto, aunque mas de una vez oculto entre las ramas vió pasar la divertida tropa no lejos de donde estaba; y la rubia cabellera de Leonor que ondeaba suelta en elegantes rizos sobre su espalda brilló como un rayo de sol entre los árboles á los ojos del vandolero. Seguida de su hermano y algunos otros, aguijaba un generoso caballo tordo con tanta bizarría y atrevimiento como el cazador mas experimentado, y á su agilidad y á la presteza de su carrera se la habria podido tomar por una Silfide, volando en álas del viento llena de belleza y de gallardía. Cualquier mal paso que se ofrecia á su camino, cualquiera zanja, era ella la

primera que la saltaba, á pesar de los gritos de su hermano, que trataba de contenerla, y con admiracion de todos los que la veían y su halcon, que habia sido el primero lanzado sobre la garza, parecia querer imitar á su señora en el empeño con que la acosaba, de lo que iba ella no poco vanagloriosa. Ya se cernia sobre su presa con airosa confianza, ó ya calando de lo alto se arrojaba con velocidad, mientras la garza dando temerosos graznidos buscaba en vano donde acogerse de su enemigo. Por último, Leonor vió á su halcon caer sobre ella, y venir ambos pájaros al suelo revoloteando.

Era entonces el momento de gloria para los cazadores, que miraban como un triunfo la dicha del que llegaba primero á arrebatar al halcon su presa. Todos en aquel momento espolearon á sus trotones con mas ahinco que nunca, impeliéndolos con la velocidad del rayo, y cortando por diferentes caminos, para llegar antes al sitio donde el halcon y su presa se habian derribado luchando. Leonor fue la primera que lo vió, y á que primero arrojó su buen tordo por el sendero que se le presentó delante. Ya unos á otros se atropellaban, trabajando este por ganar y aventajar al que venia á su lado, aquel por interponer su caballo y detener al que le seguia y trataba de adelantársele, y Leonor sola delante de todos volaba sin reparar en zanjas ni precipicios. De repente el caballo de su hermano se precipita y llega á juntarse al suyo, y un hoyo hondísimo y de bastante anchura parece oponerse á su velocidad. Era preciso torcer á un lado, ó de lo contrario despeñarse en aquella sima que no habria podido saltar el troton de mas ligereza. Ya iba Leonor

á tomar la vuelta, cuando volviendo la cabeza para ver á qué distancia llevaba á los que la seguian, ve al caballo de su hermano furioso de la carrera desbocarse y precipitarse, y sin que bastasen á contenerle el freno ni la destreza de su ginete, abalanzarse desesperadamente hácia el precipicio. No era tiempo de pararse á reflexionar: Leonor lanza un grito, da vuelta de pronto á su palafren, y como un viento se pone entre su hermano y el despeñadero, coge la rienda al desenfrenado animal, y tirándole fuertemente de un lado corta el ímpetu de su carrera y salva la vida de su hermano, dejándole mas que nunca sorprendido de su agilidad.

Este suceso fue causa de un momento de detencion: no obstante, Leonor se arrojó la primera á quitar al halcon la desdichada garza apeándose de su caballo, y cuando los demas llegaron ya el pájaro vencedor pulía las plumas de su pecho airosamente posado en la mano de la intrépida cazadora. Alzaron todos mil aplausos á su victoria, y Hernando (que asi se llamaba su hermano) no pudo menos de abrazarla cariñosamente, jurando que la debia la vida.

—¿Y qué hubiera sido de mí en el mundo si te hubiese perdido? respondió Leonor con una dulce sonrisa: al único apoyo que me ha dejado mi padre; pero tú dices eso por galantería.

—No á fé de caballero, replicó Hernando: tan cierto es eso, como que nadie puede disputarte el triunfo en la caza, no solo entre las damas, sino entre los mas ágiles caballeros.

—¿Te burlas, Hernando? respondió Leonor: te he visto mas de una vez sujetar tu caballo á tiempo que me alcanzabas; pero dejémonos de cumplimientos, y

vamos á ver qué tal nos dan de comer estos buenos monjes que nos aguardan.

Diciendo asi, con aquella gracia que presta la hermosura de una muger ó cuanto dice, saltó sobre su caballo con mucho donaire y delicada soltura, y habiéndola imitado Hernando se encaminaron todos hácia el convento, que á lo lejos entre los árboles se descubria.

Este edificio aislado, de que hoy dia quedan algunas ruinas, estaba situado yendo de Iscar á Cuellar á la derecha de los pinares sobre las márgenes del Piron: su arquitectura gótica, sus punteagudas torres y su fachada lóbrega y espaciosa correspondian al gusto del siglo en que se construyó, y solo en aquel desierto, era un asilo muy á propósito para los que deseáran retirarse á la soledad. Un estenso cercado que servia de huerta daba entrada á un cementerio, donde estaban enterrados los primeros poseedores del castillo de Iscar, y en que se contaban hasta veinte lápidas escritas con los nombres y hazañas de los ilustres abuelos de los dos hermanos. En otro tiempo había habido en aquel sitio una ermita dedicada á un santo célebre por sus milagros, pero la devocion y las limosnas de los señores de Iscar la convirtieron por último en un convento, engrandeciéndola con sus dádivas, y desde entonces todos los propietarios del castillo habian tomado á los monjes bajo su proteccion, habiendo hecho allí grabar las armas de su nobleza y establecido su panteon. A pesar de las vicisitudes de los tiempos, la fé y devocion de los habitantes de Iscar no habia perdido nada de su primer ardor, y asi Hernando como su hermana acostumbraban de tiempo en tiempo á ofrecer á Dios en aquel templo sus oraciones, y á visitar los

sepulcros de sus antepasados. El abad, á quien de antemano habian avisado, los aguardaba ya en una habitacion fuera de clausura en el vestíbulo del convento. Habia hecho disponer allí una abundante comida para los señores, mientras para los criados se preparó el banquete á la sombra de los pinos con la misma abundancia, aunque con menos preparativos. Todos los pobres de los alrededores habian acudido al gaudeamus que les esperaba, porque en tales festines tenia todo el mundo entrada libre, el vino iba á cántaros, y el regocijo era general.

Los señores de Iscar cuando llegaron fueron recibidos con mil vivas de los parásitos que aguardaban hartar su hambre á costa agena aquel dia, y el abad del convento, hombre respetable por sus años y grave aspecto, salió á recibirlos acompañado de otros padres, y en llegando á ellos los saludó inclinando la cabeza ligeramente.

—El Señor sea con vosotros. Ambos hermanos, apeándose de sus caballos, hincaron rodilla en tierra, y le besaron la mano uno despues de otro con mucho respeto, y el abad levantándolos con magestad, y como acostumbrado á recibir semejantes muestras de consideracion, los llevó á la iglesia para que orasen.

—Ya, hijo mio, que habeis venido hoy á visitar los humildes siervos de nuestro Señor, dijo el reverendo, os pagaremos con la mejor voluntad la honra que nos haceis, porque en la mesa del pobre no hallará el rico lo que arroja de la suya para sus perros.

—Señor, respondió Hernando, si esta mansion es agradable á Dios, ¿por qué no lo ha de ser para los potentados de la tierra?

—El que se humilla ante Dios será ensalzado.

Entraron luego en la iglesia, arrodilláronse todos, y rezaron sus oraciones. No obstante el recojimiento de la hermosa hermana de Hernando, no pudo menos de distraerla y admirarla el éxtasis de un hombre que á poca distancia suya, ya se golpeaba furiosamente el pecho, ya besaba la tierra, ó ya puesto en cruz parecia como enagenado. Era alto, seco y amojamado, y no era la primer vez que aquel dia se habia presentado á sus ojos figurándosele, y no sin fundamento, que le habia visto ya en el bosque tan cerca de ella, y siguiéndola á todas partes como si fuese su sombra. A despecho de la humildad que manifestaba, su apariencia no le era muy favorable, teniendo mas trazas de hipócrita consumado que de verdadero religioso, y sin saber por qué. Leonor sintió cierta repugnancia al verle que no pudo menos de comunicar en voz baja á su hermano. Pero éste, sin reparar casi en él, le contestó que era una simpleza tener miedo de un hombre que seria sin duda algun pobre atraido alli por el olor del banquete como otros muchos. Con esto Leonor quedó tranquila, ó aparentó quedarlo, y al tiempo que estaban en todo el fervor de su devocion, el supuesto padre vino andando de rodillas hácia ellos como si quisiera llegarse asi hasta el altar en un éxtasis tan profundo que sin reparar en Hernando tropezó con él, de lo que éste muy irritado, y sin poder contenerse, indignado de la torpeza de aquel villano, le dió un empellon sin mirarle que le arrojó de sí haciéndole caer en tierra. Pareció el pobre llevar este golpe con resignacion yéndose á otro lado al instante, sin interrumpir sus rezos al parecer, donde despues que estuvo en oracion algunos minutos

se levantó y salió de la iglesia andando de espaldas hácia la puerta. De allí á un rato, Hernando, su hermana y el abad salieron tambien de la iglesia, y cuando entraron en la sala del comedor, Hernando echó de menos su rosario de oro que llevaba colgado al lado, y que no pudo hallarse por mas que se buscó en todas partes. Sin duda el pobre se lo habia llevado por equivocacion. Pero este suceso, no habiendo alterado en ningun modo la alegría de los convidados, el abad bendijo la mesa, y los dos hermanos se sentaron á la cabecera mientras que algunos otros gentiles hombres de su comitiva se colocaron á los estremos.

—¿Y qué tal, buen padre, ahora que no interrumpen las armas la paz de vuestro retiro, preguntó Hernando al abad, se ha repuesto el convento de las pérdidas que sufrió en las últimas disensiones?

—Dios prueba al justo en las tribulaciones, respondió el Abad; pero ahora que se ha servido dar la paz á sus reinos, gozamos de bastante tranquilidad.

—¿Y vos creeis que esta paz sea duradera?

—Nosotros al menos lo deseamos, replicó el abad.—Pues yo no, repuso el señor de Iscar, ni lo deseo, ni creo tampoco que el usurpador del trono de su padre goce largo tiempo del poder que con tan poca razon ejerce, y dia llegará...

—Hijo mio, interrumpió el abad, los caminos de Dios son desconocidos al hombre: cuando yo en otro tiempo vestí la cota en vez de la cogulla, no deseaba menos que vos la guerra, pero era contra los infieles enemigos de la religion y no contra mis propios hermanos, como ha sucedido ahora, y como esperais que vuelva á suceder dentro de poco tiempo.

—¿Y vos, que habeis recibido tantos agravios de uno e los primeros favoritos del rey don Sancho, quiero ecir, de Rodrigo Saldaña, que tanto ha perseguido uestro reposo, cómo no deseais vengaros de vuestros nemigos? esclamó el jóven señor de Iscar con impe-uosidad.

—La venganza es un sentimiento profano que no ntra nunca en el pecho del humilde siervo de Dios, epuso el abad, y el señor de Cuellar desaparecerá omo su impío padre, y sobresaltarán su vida los remor-imientos.

—Asi es, dijo Leonor, que he oido decir que Sancho aldaña no tiene una hora de tranquilidad. Hernando yo le hemos conocido cuando eramos aun niños, y quién habia de pensar que aquel Saldaña seria el mis-no que hoy hace hablar de su impiedad en todos estos ontornos?

Poco despues de esta conversacion, y habiéndose vantado de la mesa los dos hermanos, salieron al ampo, y Leonor repartió entre los pobres que mas in-lices le parecieron algunas monedas que llevaba para efecto. Colmada de bendiciones de los ancianos, y dmirada de los jóvenes por su belleza, volvia ya adon-e su hermano y el abad disputaban sobre el derecho ue tenia á la corona Sancho el Bravo, rey de Castilla aquella época, cuando notó que una muger cubierta e pies á cabeza de una almalafa ó capa morisca, cuya pucha le cubria el rostro, la seguia tirándole del ves-do como tratando de detenerla. Ya habia vuelto Leo-or la cabeza mas de una vez á mirarla, y habiéndola mado por una pobre, le habia dicho con dulzura que retirase y no la molestase mas, pues habia dado

para todos la limosna que le pedia. Pero no por es
la impertinente pobre dejaba de seguirla sin quer
separarse de ella, y tirándole del vestido cada vez co
mas fuerza. Viendo Leonor su tenacidad, creyó ser
alguna mas infeliz que las otras que no tenia bastan
con lo ya dado, y sacando una moneda de oro, alarg
la mano para dársela sin pararse. Pero cuál fue su so
presa viendo que aquella muger que con tanto empeñ
la perseguia, y que ella creía una de las mas miser
bles, se negaba á recibir el dinero que habria llena
de regocijo al mas descontentadizo mendigo.

—Muger, le dijo entonces, ¿qué quieres de mí? ¿
qué otra cosa puedo yo darte?

—Yo no quiero ni necesito nada de tí, le respond
una voz suavísima en tono tan bajo que Leonor tu
que acercarse para oirla bien: al contrario, prosigui
vengo á hacerte un favor; no desoigas la voz del q
habla en mí, y sino quieres antes de la noche que
trueque en lágrimas tu alegría, retírate ahora mismo
tu castillo y no vuelvas á los pinares, porque hay qui
te cela, y sigue, y te ojea, y antes de tres horas te te
drá en su poder.

En diciendo esto se retiró y ocultó entre la confusi
de la multitud, sin que Leonor, que habia queda
atónita y sorprendida, pudiese seguirla ni aun pregu
tarla quién era el que asi la seguia y trataba de roba
cuando parecia mas arriesgado que nunca intentar
en un dia en que iba rodeada de un séquito numero
y pronto á sacrificarse por ella. En medio de estas r
flexiones la buscaba, no obstante, vanamente pregu
tando por ella á cuantos hablaba sin poderla encontr
en ninguna parte, no habiendo visto nadie semejan

muger, lo que aumentando el misterio redoblaba su curiosidad.

El hombre seco y devoto que habia sin duda robado el rosario de oro á su hermano en la misma iglesia era el único que ella habia visto algunas veces á su entender como si la observara; pero fuera de que un hombre solo no podia acometer semejante empresa, hubiera sido ridículo creer capaz de ella á un viejo villano á quien Hernando de solo un leve empellon habia hecho rodar por tierra. Sin embargo, un secreto presentimiento la molestaba: cuanto mas se decia á sí misma,

—¿Qué fin podria llevarse esta muger en engañarme tan neciamente? lo mejor será decírselo á mi hermano y dejar para otro dia la prueba de los galgos, que harto tiempo queda para correr una liebre. ¿Y si se mofa de mí, diciéndome que creo en brujerías? ¿Y si piensa que desdoro mi linage y me reconviene de tener temores indignos de una dama de mi gerarquía? No, no se lo diré; él dispondrá lo que guste, y cúmplase la voluntad de Dios.

Pensando asi, y esforzándose á disimular el sobresalto que á su despecho alborotaba su corazon, llegó adonde su hermano, que ya habia concluido su disputa con el abad, examinaba dos galgos nuevos, hablando con un montero mientras se disponia todo para probarlos. Estaba tan ocupado de su diversion, que no percibió la mudanza del rostro de Leonor, que en vano se animaba interiormente á sí misma y procuraba disfrazar su sobresalto bajo la máscara de la alegría.

—Veremos si esta tarde, le dijo Hernando volviéndose á ella con muestras de mucho contento, te llevas

la palma en la caza de liebres, como esta mañana en la del halcon.

—Mejor seria, le respondió su hermana con timidez, dejar para otro dia la prueba...—¡Cómo! repuso su hermano: ¿tú, la reina de la caza, y que aguardabas esta tarde alcanzar nuevos triunfos, quieres retardar ahora la prueba de los dos mejores galgos que han acosado una liebre?

—No... pero... replicó Leonor sin saber qué decir: ya ves... el cielo está muy nublado, y por la parte de Olmedo parece anunciar una tempestad.

—Puede ser, le contestó Hernando echando una ojeada hácia arriba; pero antes que la tormenta empiece habremos nosotros acabado nuestra faena, y al contrario mejor, porque asi el sol no nos molestará como esta mañana y el aire es mas fresco.

—Entonces haz lo que quieras, dijo Leonor viendo que eran inútiles sus escusas, pero te ruego que no te separes de mí durante la caza.

—¿Tienes miedo? le preguntó su hermano riendo.

—No, replicó Leonor, pero ya ves, asi estaremos mas cerca y podremos ausiliarnos en caso de algun peligro.

—Es cierto, repuso su hermano, podrás tú ausiliarme á mí como esta mañana, que si no es por tí me despeña el brioso en aquella sima.

En esto ya los cazadores estaban á caballo aguardando las órdenes de su señor, los perros alborotaban con sus ladridos, pudiendo apenas los monteros contener su alborozo, y los caballos, hiriendo la tierra con sus ferradas manos, mostraban con sus relinchos y su inquietud el fuego que los animaba. Leonor y su her-

mano se despidieron de los buenos padres, y en particular del abad, que habiéndoles echado su bendicion volvió al convento, mientras ellos, saltando á caballo, rompieron la marcha entre los gritos de la multitud, que aun se entretenian con los restos del banquete, y algunas botas de vino, puestos acá y allá en diferentes corrillos sobre la arena. En uno de ellos estaba sentado el piadoso Zacarías, que cuando vió pasar á los dos hermanos tuvo buen cuidado de encogerse y agazaparse, ocultándose detras del que tenia al lado, no gustando sin duda de darse á la luz á causa de su humildad. Luego que los hubo visto alejarse, dió en el hombro al bizco y al musulman, entre quienes se habia sentado; y poniéndose en pie tomó una bota, diciendo:

—Hijos mios, vaya el último trago: tú, fariseo, levántate, y tú, hijo bizco, vé, si puedes hacerlo también. No se por qué bebes vino sabiendo que te hace mal. ¿No sabes que la gula es un enorme pecado? Es verdad que no has bebido arriba de diez cuartillos, pero sino te sienta bien, ¿por qué quieres tentar á Dios? Y tú, morisco, tampoco debias beber vino por tu religion; pero tú eres un moavita enemigo de Israel.

—Yo lo bebo á la salud de Mahoma, respondió el morisco, y asi no creo que lo lleve á mal.

—Vamos, vamos, ayuda á ese hombre, respondió Zacarías, y no perdamos tiempo, que ya viene la caza por este lado.

El morisco ayudó á su compañero á levantarse, que apenas podia abrir los ojos, y que puesto en pie se quedó con mucha gravedad mirándolos, y siguiendo con la parte superior de su cuerpo el movimiento pausado de una péndola de reloj.

—Cuida que no te vea el capitan, le aconsejó Zacarías, no sea que te haga dormir la borrachera de modo que no vuelvas á despertar, y vé por donde te escondes, y hasta la vuelta.

—Creo, le dijo el morisco, que con el vino se te han puesto los ojos derechos: á Dios hasta que te se pongan torcidos.

Zacarías y el moavita echaron á andar, dejando á su compañero apoyado en el tronco de un árbol hablando solo, y dando tales berridos de cuando en cuando que atrajeron á su alrededor los que ya no teniendo mas que comer hallaron para postre en su borrachera un agradable entretenimiento.

Entre tanto las dos divisiones de los vandidos habian ido poco á poco estrechando la distancia, viendo el punto que los cazadores habian tomado, sin perderlos nunca de vista, con la esperanza de que Leonor en el calor de la caza echaria por algun sendero sola, ó acompañada á lo mas de su hermano y alguno de sus servidores. En toda la mañana se les habia ofrecido ocasion para poner su intento en ejecucion, y el Velludo, ya desesperado de no poder cumplir la palabra que habia dado al señor de Cuellar, bramaba de corage, sin haber querido probar bocado, dudoso ya si los embestiria con su gente, y la arrebataria por fuerza. Era este el plan mas acomodado al carácter del capitan, y el que á dejarse guiar por su corazon hubiera él llevado á efecto con mas placer. Pero la promesa que habia hecho al de Cuellar encerraba justamente la cláusula de no ejecutar nada á la fuerza, y esto le tenia ligadas las manos, porque él sabia muy bien que asi Hernando como su tropa no dejarian robar á Leonor

sin vender antes sus vidas tan caras como pudiesen. Esto le traia pensativo, y mucho mas viendo que Zacarías, el mas ingenioso de los suyos, y en quien él en asunto de tramoya tenia toda su confianza, no habia ideado nada hasta entonces que le sacara del apuro. Distraido asi estaba y apesadumbrado, cuando poniendo por casualidad los ojos en su mastín, que estaba tendido al pie de un árbol, pensó que la astucia de aquel animal podia serle de utilidad.

Era este perro uno de los personages mas principales de la partida, leal á toda prueba y valiente como un leon. Le habia enseñado su amo á obedecer á la voz, entendiendo con tanta prontitud y haciendo tales cosas, que parecian increibles si no tuviésemos en el dia tantos ejemplos del instinto particular de estos animales. A una voz acometia y se retiraba, reunia los bandidos donde le mandaba su amo, era un centinela incansable, cazaba como un lebrel, buscaba los rezagados en las noches oscuras y los conducia adonde estaban sus compañeros, atraía los viajeros perdidos y se los entregaba á su amo para que los despojase, siendo su inseparable compañero en todas las espediciones. La vista del perro le sugirió un pensamiento que reanimó su esperanza ya decaida, y haciendo llamar á los seis hombres que tenia en acecho, les ordenó reunirse y marchó con ellos al encuentro de los cazadores, habiendo enviado orden á Zacarías para que estuviese mas vigilante que nunca, pues le iba á enviar la dama por aquella parte. El ladrido de los perros y el sonido de las bocinas indicaba el camino que seguia la liebre á la alegre tropa de Hernando, que muy agena del peligro de su señora, seguia á rienda suelta la vista.

Leonor, sin embargo, temerosa aun del aviso de aquella misteriosa muger, no se entregaba á su diversion con el arrojo que habia manifestado por la mañana, siguiendo siempre el camino menos espeso de árboles y al mayor número de cazadores, sin atreverse á separarse nunca, yendo siempre detras de ellos en la carrera.

De repente Sagaz, á la voz de su amo, sale ladrando de entre los pinos, embiste á su caballo, y clavando los dientes en las ancas del animal le asusta y alborota de modo que poniéndose de manos coge el freno con los dientes, y sin poderlo sujetar la dama escapa dando botes arrebatado de todo brio, y sin cesar perseguido del inteligente mastin, que cada vez le acosa mas, mordiéndole cuantas veces puede alcanzarle. Iba Leonor como hemos dicho la última, y los cazadores, ocupados en perseguir la liebre, ni vieron su apuro ni oyeron sus gritos por el momento. Su hermano, que nunca la abandonaba, fue el único que al ver su riesgo volvió su caballo con intento de favorecerla. Su primer impulso fue arrojar al perro la javalina ó lanza corta de que venia armado; pero ya fuese que el ímpetu de la carrera, ó la precipitacion con que la arrojó, no le dejasen tiempo bastante para apuntarle, la javalina, sin herir en su blanco, quedó temblando clavada en tierra hasta la mitad. La violencia del palafren de Leonor obligó al señor de Iscar á lanzarse en su seguimiento á toda la furia del suyo, y asi por esto, como por ser el bosque muy espeso, por pronto que á su voz acudieron algunos de los suyos no pudieron acertar el camino que habian tomado. El Velludo, viéndolos que volvian, mandó á su gente que dieran voces andando

sin detenerse para atraerlos hacia otra parte, lo que haciéndoles creer que era aquel el camino que habian tomado sus amos, acabó de trastornarlos del todo, obligándolos á que siguiesen la direccion enteramente contraria. El sendero que primero se ofreció al desatentado caballo de la afligida Leonor era precisamente aquel donde se habian emboscado Usdrobal y Zacarias, y el Velludo no dejó de darse el parabien de haber salido adelante con su empresa cuando pensó que dentro de poco estaria la dama en poder de sus dos satélites. Entre tanto ya habia sentido Zacarías el ruido de los caballos que se acercaban, y echando mano al cuchillo avisó á Usdrobal que se preparase.

—Hijo mio, le dijo, ya llegan los enemigos; ten caridad, enfrena la ira; á sangre fria no hay que dejarse arrebatar de la cólera: tú cuidarás de la dama; pero ten cuenta que la carne es frágil, y no caigas en tentacion. Ahí estan, hijo mio!

A ese tiempo, saliendo de donde estaban ocultos en el momento en que el caballo de la hermosa cazadora pasaba en toda la violencia de la carrera, Usdrobal se arrojó encima y apoderándose de una rienda le hizo volver de pronto, haciéndole parar de golpe con tanta furia que la dama perdió los estribos y estuvo á pique de caer al suelo. El caballero que la seguia metió entonces las espuelas hasta los talones á su caballo tratando de libertarla; pero Zacarías, que aunque rayaba ya en los cincuenta era listo como una pluma, se interpuso entre él y la dama con tal presteza dando el lado para estorbar que le atropellase, que le cortó al momento al animal los tendones del brazo con un cuchillo, haciéndole caer de golpe con su ginete.

—¡Bravo, Usdrobal! ¡la espada parece que es la de Absalon! ¡Ha echado por tierra al soberbio! esclamó Zacarías enseñándole su cuchillo. Monta á caballo y toma en brazos á esa dama, que se ha trastornado del susto.

—Vamos, hijo mio; y dando dos silbidos, se presentaron al momento el morisco y los otros dos que estaban ocultos en aquel lado.

—¡Perros! gritó el caballero que habia caido debajo de su palafren, y forcejaba por levantarse: soltad esa dama, sino voto á tal, juro, villanos... Pero no, venid, tomad mis tierras, mis castillos, mi vida; venid, yo os daré oro, todo os lo daré por ella, ¡infames!

—Vamos de prisa, hijos mios, dijo á Usdrobal el moralista, porque yo soy compasivo y me enternecen los lamentos de ese infeliz. En mí puede mucho la caridad: ¡vamos, vamos, que no vuelva yo á oir los gritos de ese pobre hombre, porque me rasgan el corazon!

—Por cierto, dijo Usdrobal conforme iban andando, que la presa que llevamos mas vale que el trabajo que nos ha costado ganarla.

—Usdrobal, hijo mio, no mires en la belleza de esa dama, contestó Zacarías á tiempo que la echó él una mirada á hurtadillas, y no de lástima. Las mugeres perdieron á Salomon. Señora, no lloreis, añadió dirigiéndose á ella, Dios prueba nuestra paciencia en las adversidades, y si teneis la conciencia limpia, no os debeis apesadumbrar por nada. Aqui no se os quiere mal, solo que nuestro capitan es tan caritativo, que siempre está dispuesto á socorrer á las doncellas menesterosas. No es mala alhaja esta, prosiguió, echando mano al collar de la dama; yo no soy inteligente, pero...

—En verdad, maestro Zacarías, esclamó Usdrobal, ue como pongais la mano en cualquiera cosa de esta eñora, que á pesar del respeto que mereceis nos he- os de ver las caras.

—Por poco te enojas, hijo mio, respondió Zacarías, no sabes mucho de caridad cuando ignoras que la ejor ordenada empieza por uno mismo.

—Por ahora, repuso Usdrobal, no quiero atender á uestras lecciones: me queda demasiado tiempo para prender.

Y volviéndose á la dama, se esforzó á consolarla, es- usándose como mejor pudo de su tropelía, y ofreciéndose por su defensor entre aquella gente. Hasta entonces habia ido esta sin notar casi lo que la pasaba, y en edio de su trastorno se habia imaginado mas de una ez que todo aquello era un sueño; pero la voz de Us- robal, dándola á conocer que su desgracia era cierta, hizo al mismo tiempo tomar ánimo, y volviendo hácia sus hermosos ojos llenos de lágrimas, mostró en los una espresion tan dulce de lástima y de dolor, ue Usdrobal no pudo menos de jurarla que moriria rimero que permitir la ofendiesen en su presencia.

—Yo os doy gracias, mancebo, le respondió Leonor on un eco de voz que penetró á lo mas íntimo de su razon; yo os doy gracias, pero mi desventura no es enos cierta por eso. Con todo, aun hay una cosa que haria menor si vos me quisieseis informar de ella. El caballero que me seguia, qué es de él? ¿Erá suya sangre que me parece que ví correr por su vestido tiempo de su caida?

—Tranquilizaos, señora, repuso Usdrobal, la sangre a de su caballo, y él vino al suelo sin mas daño que

haber caido debajo del animal. Fue un golpe maestro de mi caritativo director que aqui veis, incapaz de hacer mal á una hormiga sino forzado de la necesidad como él dice, y sin dejarse arrebatar de la cólera.

La dama pareció tranquilizarse, y aun animarse, con la noticia del caballero. Puso entonces los ojos con mas cuidado en su defensor, que no quitaba los suyos de ella, y su juventud, nobleza y alegre fisonomía la hubieran acabado enteramente de tranquilizar si los hundidos ojos de Zacarías, su rostro seco y sin barba su talante hipócrita y su paso de gato que va en acecho no la hubiesen dado á conocer el distraido devoto que la habia seguido aquel dia y tanto le repugnaba. Habia éste echado delante un rato para servir de guia y como descuidado de lo que pasaba detras de él, iba segun su costumbre, entregado á sus oraciones con un rosario en la mano y los ojos bajos, y detras venian el morisco y los otros hablando de su compañero el bizco, y riyéndose de su borrachera. Era voz comun entre los de su partida que cuando Zacarías parecia mas distraido y devoto sin levantar los ojos del suelo, veia y oia mas que el que parecía mas atento. A pesar de poco tiempo que habia que andaba Usdrobal con él su sola penetracion le habia enseñado á desconfiarse de todos sus gestos, palabras y movimientos, y así aunque su deseo mayor era entablar con la dama una conversacion útil tal vez para en adelante, el recelo que le inspiraba su director le hizo contentarse con soltar al descuido tal cual pregunta de cuando en cuando.

—Si yo supiese quién sois, dijo en voz muy baja á la dama, y conteniendo el paso de su caballo, avisaria á vuestros parientes y amigos para...

—Usdrobal, hijo mio, ¿que haces? aguija presto, dijo esta sazon Zacarías sin volver la cara y sin perder n paso, no te dejes tentar del demonio de la concupisencia, la carne es frágil.

—Voto á tal, murmuró Usdrobal, que ese maldito hipócrita no parece sino que tiene hecho pacto con el demonio. ¿Vuestro nombre? añadió en voz muy baja.

—Leonor de Iscar, respondió la dama.

—No creo, amado discípulo mio, interrumpió Zacarías continuando su camino, y en tono de voz muy dul-, sino que esa dama y tú os habeis conocido antes, ó e tú, siguiendo mis lecciones, vas oyendo sus pecas y la exhortas á la paciencia.

—Asi es como vos decis, repuso Usdrobal sin titubear, trato de salvarla de las garras de Satanás: que te ve á ti y á tu casta, añadió mas bajo.

En esto llegaron á la orilla del rio á la entrada de la eva, donde el capitan habia vuelto ya con su gente, se alegró mucho de la llegada de Zacarías.

La compañía no era de las mas á propósito para a dama. Todos voceaban, todos hablaban á un tiem-, estaban comiendo entonces á la redonda, y ya haan apurado mas de una bota de vino, y solo se oian tos por razones, amenazas y rústicos juramentos. s diversas lenguas que hablaban, sus caras quemas por el sol, su trage, sus armas, sus maneras salvas, y las recias carcajadas con que celebraban de mpo en tiempo sus dichos, todo contribuia á hacer as horrible la escena que se ofreció á los ojos de la licada Leonor, que no pudo menos de estremecerse nsiderando su situacion, y las gentes con que se haba. El Velludo se adelantó á recibir la dama con

mas muestras de cortesía que lo que prometia su apa
riencia, y habiéndola ayudado á pasearse, mandó
Usdrobal que echase pie á tierra diciendo:

—Tú, Usdrobal, cuidarás de esa dama; creo que d
todos nosotros eres el que puedes tratarla con ma
atencion.

—Asi es, continuó Zacarías; creo que no necesita d
mis lecciones. Todo el camino ha venido predicándol
un sermon acerca de la paciencia en los trabajos, y l
caridad hácia nuestro prójimo, con tanta madurez
elocuencia como podría hacerlo yo mismo. Y la dama
á lo que me pareció, le escuchaba con aire contrito
con tanta atencion que edificaba mirarla.

—Hola... gritó el catalan, que habia salido de su cue
va á recibir á sus compañeros. ¡Lladre de donas!

—Señor, dijo la dama al Velludo, si sois aqui el gefe
por Dios que mientras esté bajo vuestro poder que no
permitais se me ultraje. Sea cualquiera vuestro desig
nio, yo os prometo un buen rescate si quereis devol
verme mi libertad.

El aire de nobleza y resignacion con que pronunció
estas palabras no dejaron de sorprender al Velludo
acostumbrado á ver temblar siempre delante de él, no
ya mugeres débiles, sino hombres intrépidos y foragi
dos. No obstante, en vano trataba Leonor de encubri
bajo una apariencia firme la turbacion que agitaba su
alma: una lágrima se desprendió á pesar suyo por sus
mejillas, como una gota de rocío sobre la rosa de la
mañana, y sentia su sangre helada mientras se esfor
zaba á mostrarse con tranquilidad.

—Yo, señora, respondió el Velludo, no entiendo de
obsequiar damas; cumplo con mi oficio en teneros

presada, y os aviso que en vano tratará de libraros el ue lo intente; pero os juro por la bendita Vírgen de ovadonga que el tiempo que esteis con nosotros seis respetada de todos, ó dejaria de llamarme Roque Velludo.

—¿Y no puedo esperar mas de vos? preguntó la ama.

—Aunque me ofrecieseis el tesoro del rey de Marruecos no haria mas que lo que os he ofrecido.

Alzó Leonor los hombros en muestra de resignarse su desventura al oir las palabras del capitan, y no udiendo mas se sentó al pie de un árbol, y cubriéndose la cara con ambas manos derramó un mar de lágrimas agoviada de su pesadumbre.

—Buena cara tiene la muchacha, y ya me alegraria o de hallarla en el paraiso cuando vaya allá de este undo, dijo á este tiempo el morisco contemplándola on brutal codicia, y acercándose á ella para mirarla.

—Cuando tú dejes el pellejo colgado de algun árbol n este mundo, repuso otro de la compañía, irás al infierno á acompañar á los diablos en sus quehaceres.

—Voto va Deu, gritó á esta sazon el teniente, que la oza es guapa, y tin una cara como una reina.

—Yo no sé por qué hemos de trabajar siempre para tros, dijo el morisco, y nadie es mejor que nosotros, ue tan buenos los he visto yo servir de pasto á los ajos, y estar colgados por los caminos.

—No, pues como no tuviera otro que le defendiese as que ese á quien se la han encargado, dijo el bizo, que á duras penas habia acertado con la cueva, ltándole aun el vino por los ojos, abierto de piernas con una bota en la mano izquierda, juro á Dios que

todos se habian de ir á cazar hembras al otro mun
si antes que ellos no cataba yo de la caza. Vamos, re
na mia, no esté vuesa merced tan triste; veamos e
carita de rosa, añadió alargando una de sus callos
manos al rostro de la desdichada Leonor: no esteis ta
triste, que aqui los podeis elegir como peras.

Hasta entonces Usdrobal habia sufrido la mofa q
le habia hecho sin decir palabra, y habia reprimido
deseo de despertarle de su embriaguez. Pero cuan
vió la mano grosera del bandido tocar á la dama
pudo contener su cólera por mas tiempo, y alzando
mano le descargó la mas recia bofetada que pudo e
gendrar su cólera, y dió con él á sus pies. Hecho es
y antes que los otros tuviesen lugar de dar crédito á
que habian visto, saltó sobre él, y echando mano á
espada se puso en estado de defenderse y ofender
que le acometiera. Algunos de ellos tiraron al punto
sus puñales, y hubiera ciertamente perecido víctima
su honradez si el capitan en este momento, esgrimie
do su formidable hacha en lo alto, no se hubiese arr
jado en medio de la pelea.

—Alto, canalla, gritó con voz de trueno, que en b
biendo una gota de vino no parece sino que todos l
demonios del infierno estan dentro de vuestros cuerp
Voto á tal, que el que no envaine su espada, le envai
yo el hacha hasta los dientes en el cerebro.

Callaron todos atemorizados, y pararon en su co
tienda, retirándose cada uno al puesto que ocupa
antes de la pelea.

—Bravo, Usdrobal, añadió el Velludo, defiendes
dama como el mejor paladin. Estas buenas gentes, p
siguió tratando de escusarse con la doncella, han be

lo un trago mas, y hasta que yo no mate uno de ellos
ıo sacaremos partido. Levántate tú, belitre, añadió dan-
lo con la punta del pie al ladron que habia derribado
Usdrobal, y cuyo vino habia hallado alli su centro de
ravedad, y juro por la Vírgen de Covadonga que el
ue vuelva á mentar esta dama le cierre yo la boca para
ıientras viva. Vamos, que ya va llegando la noche, y
l cielo parece que anuncia una tempestad: entremos
n nuestra cueva y descansemos hasta mañana.

Entraron todos en ella, y Usdrobal y el Velludo, ayu-
ando á Leonor, la bajaron en brazos casi desmayada
l sombrío recinto que servia de habitacion á los ban-
oleros. La noche entre tanto habia cerrado ya entera-
ıente, adelantada por la tempestad, en medio de los
stampidos de los truenos, que retumbaban en las con-
avidades de las montañas. Las tranquilas aguas del rio
orrian ahora con alborotado rumor en medio del silen-
o de la oscuridad, y el ruido sordo de los árboles
gitados y el graznido de las aves nocturnas, que vo-
ıban á buscar un asilo contra la tormenta, presagiaban
ı espantoso huracan. De repente sus bramidos zum-
aron entre los pinos, semejantes al estruendo que
roduce á lo lejos el motin y las voces de una populosa
udad. El crujido de los añosos árboles, tronchados
or la violencia del huracan, resonó de tiempo en tiem-
o, y cielo y tierra parecieron envueltos y confundidos
ı la furiosa discordia de los elementos. Una lámpara
oribunda ardia en medio de la cueva, y derramaba su
ıdulante reflejo acá y allá sobre las feroces caras de
s bandidos. Algunas camas de yerba seca sobre que
staban sentados ó recostados era el único adorno de
quella triste mansion, y en una especie de hueco que

parecia servirles de chimenea habia un asiento á u
lado, donde habian sentado á la dama. Estaba Usdro
bal mas atento á cuidarla y á defenderla que si fues
la joya de su felicidad, y el capitan á cierta distancia
teniendo á sus pies su perro, reposaba tal vez con me
nos interes por ella, pero no con menos cuidado. Algu
nas lágrimas centelleaban en los párpados de la des
venturada Leonor, y su belleza pálida, pero angelica
formaba un raro contraste con los semblantes crue
mente estúpidos de los ladrones. Hubiérase creido qu
era un angel celeste que habia bajado de la mansio
de los justos á alegrar las regiones infernales con s
presencia. De tiempo en tiempo algun relámpago p
netraba velozmente al interior de la cueva, llenándo
de lúgubre claridad, y realzando la triste hermosura d
la prisionera redoblaba el horror que la rodeaba. L
bandidos, como hemos dicho, en sus camas, hablaba
unos con otros, escepto el capitan y Usdrobal, mientr
el bizco y el caritativo maestro, que apartado de todo
habia cesado en sus meditaciones, dormian profund
mente en un ángulo de la cueva.

—Buena noche hace para la maga que vive ahi ce
ca, dijo el morisco, que esta noche parece que se
desencadenado el infierno.

—Ella será quizá la que habrá movido la tempesta
dijo otro, que ya la he visto yo en noches como es
volar de pino en pino sobre una nube de fuego dand
unos alaridos, que os confieso que me estremecia
oirlos.

—Una noche me la encontré yo, dijo un tercero
llevaba tantas luces detras y delante de ella, que par
cia un entierro. Por cierto que mientras pasó, que

iba media vara de mí, me acordé de los rezos del señor Zacarías, y me pesó de no haber aprendido algunos, por lo que no pudiendo hacer más, me estuve santiguando hasta que la perdí de vista.

—Pues yo, dijo el segundo que habia hablado, propuse en mi corazon dejar esta vida y hacerme fraile; pero luego pensé que para que me llevase el diablo al fin de mis dias lo mismo era este oficio que otro cualquiera.

—A mí darme una figa con la maga, gritó el catalan, voto va Deu, que es una dona que no fa mal.

—Tú, como ya eres diablo, repuso el tercero, no tienes miedo de tus compañeros, que todos sois lobos de una camada.

—No hableis asi, repuso el ladron anciano, y cuya cara llena de cruces indicaba que habia visto de cerca mas de una vez las espadas del enemigo, no hableis asi con mofa á estas horas, ni repitais tanto el nombre del diablo ¡Jesus me valga! añadió santiguándose, porque os puede suceder lo que le sucedió á un caballero, de quien fue escudero mi padre muchos años, y que se burlaba de todo.

—Vaya, contadlo, señor Tinieblas, y asi pasaremos el rato, dijo el morisco.

—Cuento, compañeros, cuento: hagamos corro, dijo el segundo bandido; y reuniéndose todos al rededor del viejo, le rogaron que les contase la historia de su caballero, y el veterano, viéndolos á todos atentos, empezó luego de esta manera.

—Érase que se era un señor en Castilla, que era dueño del castillo de Rocafria y de otros muchos castillos, lugares y tierras, y capitan de mas de trescientas

lanzas. Tenia este hombre muy mala vida, y no creia en Dios ni en el diablo, y juraba que desearia verse á solas con Lucifer... ¡Jesus me valga! interrumpió con voz mas fuerte el historiador, y todos se estremecieron.

En este tiempo el mastin se habia levantado de donde estaba, y con mas muestras de miedo que de arrogancia, se acercó á la boca del subterráneo, y en dando dos ó tres ladridos volvió atrás todo trémulo, rabo entre piernas, y despidiendo aullidos tan prolongados y lúgubres que podian cuando menos entristecer el ánimo mas esforzado.

—Silencio, Sagaz, le gritó su amo: ¿qué diablos tienes que estás temblando? El perro calló á la voz del Velludo, y se volvió á echar á sus pies todo azorado, como si viese delante de él sueños ó sombras de aparecidos, que era lo que se creía entonces cuando los animales sin motivo aparente se agitaban y entristecian.

—Me parece que oigo un ruido como de muchas cadenas, dijo uno de los ladrones.

—Es el viento, que grita con la voz de cien condenados, replicó el morisco.

— Pues como iba diciendo, continuó el veterano, tenia este caballero amores con una dama, y no la podia alcanzar, porque era muy honesta y hermosa, que me parece que la estoy viendo. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, el caballero se desesperó, salió al campo y compró una cuerda para ahorcarse muy retorcida, é iba maldiciendo el dia en que nació, y la hora en que vió á la dama, y maldijo luego su alma, y llamó al demonio. ¡Jesus me valga! interrumpió de nuevo, persignándose como tenia de costumbre.

—Y como digo, continuó, que iba desesperado se

levantó de repente una tempestad tan negra que no se veia á sí mismo, y el viento era tan recio que tuvo que echarse al suelo mas de una vez para que no se lo llevase como una paja: un relámpago...

En este momento la luz del que penetró en la cueva fue tan viva, que deslumbrándolos y asustándolos interrumpió el cuento tercera vez. El trueno que le siguió pareció retumbar encima de ellos con tan continuado y espantoso estrépito que no creyeron menos sino que desgajado el cielo en mil rayos se habia desplomado, hecho piezas, hasta el centro de los abismos. Quedaron todos asordados y aturdidos por largo rato, y hasta el capitan y Usdrobal agacharon la cabeza como amedrentados. La dama besó una reliquia que traía pendiente de un collar, toda sobrecojida y llena de devocion. Zacarias, que estaba como hemos dicho durmiendo, se levantó de repente despavorido, se hincó de rodillas, y empezó á pedir perdon de sus culpas como si hubiese llegado su última hora. El bizco en medio de su letargo empezó á gritar que callaran, que no podía dormir con el estrépito que traían, y que el suelo se habia hundido por donde él estaba. Por último, pasado el primer susto, é informado Zacarías de lo que era,—Mala hora, dijo, es esta para cuentos, y mejor sería que cada uno como mejor supiese rezase y examinase su conciencia poniéndose bien con Dios.

—Asi es, añadió el veterano; pero el suceso de este hombre puede servirnos de ejemplo, y no será malo concluirlo ya que he empezado á contarlo.

En esto el viento habia redoblado su furia, y azotaba con pavoroso bramido la entrada de la caverna, los relámpagos se sucedian sin interrupcion, y el trueno di-

lataba su voz estallando de tiempo en tiempo con estampidos más horrorosos. Sagaz corría á un lado y otro de la cueva lleno de espanto, desalentado, todo erizado y aullando.

—Siento otra vez el ruido de las cadenas, esclamó el mismo que habia hecho primero esta observacion.

—¡Santa María me valga! gritó el veterano sobresaltado: ¡la maga está entre nosotros!

—¡La maga! gritaron todos á un tiempo, y huyeron á refugiarse al fondo de la caverna. Un espantoso fantasma vestido todo de negro, con una antorcha en la mano, se apareció en este instante. Sus ojos lanzaban llamas, su semblante era lívido, y sus brazos largos, secos y descarnados, semejaban á los de un desollado cadáver, mostrando todos sus músculos y ligaduras. Brillaba en medio de los relámpagos como un espectro rodeado de luz, y vestido de nebuloso ropage de las tinieblas.

—*¡De profundis exaudi me!* gritó Zacarías tapándose los ojos y volviendo la cara á un lado.

—¡Bendita Virgen del Tremedal! *¡Miserere mei Domino!* esclamó Usdrobal, levantándose todo azorado.

—¡Vírgen de Covadonga! gritó el capitan andando hácia atrás dos ó tres pasos, mientras su perro temblaba con la cola baja, fijos los ojos en la fantasma, y aullando muy tristemente. Por Santiago, yo te conjuro.

La maga entre tanto tendió su mano izquierda á Leonor, que, pálida como la muerte y temblando, se dejó cojer su derecha sin tener ánimo para desasirse, y agitando la antorcha y haciéndola señas que la siguiera, la sacó medio arrastrando de la caverna sin que ninguno de los bandidos reuniera bastante espíritu para oponerse.

CAPITULO IV.

Tal de mi afrenta y mi dolor cargado
en la seguridad nunca sosiego,
y en el sosiego siempre estoy turbado.

(Herrera.)

Fuéme la suerte en lo mejor avara;
sombras fueron de bien las que yo tuve,
oscuras sombras en la luz mas clara.

(Del mismo.)

Mal venido seais, le dice,
alevoso, á mi presencia,
hijo de padres traidores.

(Anónimo.)

A la izquierda y en medio del camino de Olmedo á Cuellar, sobre una altura, se ven, aun hoy dia, los arruinados torreones del antiguo castillo de Iscar. Sus primeros propietarios fueron los árabes, que manteniendo allí una guarnicion respetable, se servian de él como de un punto central de comunicacion entre dos pueblos de tanta importancia, como eran Olmedo y Cuellar en aquella época. Tuviéronle despues en tenencia, ó como gobernadores por el rey, varios señores, hasta que arrojados los árabes de ambas Castillas,

les quedó en feudo con todas sus dependencias á los ascendientes de doña Leonor. Todos ellos habian ocupado empleos muy principales, siendo tenidos en mucha estima por los reyes á quienes sirvieron, y que premiaron su mérito con honrosos cargos. Pero en el momento de nuestra historia, las últimas revoluciones habian oscurecido el brillo de su familia, debilitado su influencia y apocado su engrandecimiento, habiéndose declarado él gefe de ella por el partido de Alfonso el Sabio, cuando las revueltas que armó su hijo, ambicioso de la corona. Sin entrar en las causas que pudieron hacer despreciable á los ojos de su pueblo un rey tan ilustrado y poderoso como don Alfonso, y tan respetado de los estrangeros, como para la inteligencia de algunos sucesos es preciso ofrecer el cuadro de la época á que se refieren, echaremos una ligera ojeada sobre la situacion en que se hallaba entonces España. Las conquistas de los dos reyes de Aragon y de Castilla don Jaime y Fernando el Santo habian reducido la potencia sarracena á los últimos rincones de la Península, siguiendo á estos reyes la victoria por todas partes, y estendiendo la fé y las armas cristianas con sus nuevos triunfos. Pero estas guerras, si bien aumentaron las fuerzas de los cristianos, enflaquecieron al mismo tiempo las de los reyes, no habiendo perdonado, particularmente el de Castilla, medio alguno para conseguir su loable empresa de librar toda España del yugo árabe, y habiendo consistido éstos en aumentar los fueros y preeminencias de la nobleza, para que con mayor empeño le socorriesen. El orgullo de aquellos hombres, criados en las armas y belicosos per naturaleza, creció de punto desde entonces de tal manera,

que cada uno pensó igual su autoridad á la de su rey, y aun los hubo que se creyeron con derecho á vengar con las armas los agravios que de él recibieran, é incitaron los pueblos á la rebelion. Asi que, cuando convenia á sus intereses y engrandecimiento se aliaban unos con otros, dejando á parte sus diferencias particulares, y hacian temblar al monarca en su mismo trono, como sucedió últimamente á don Sancho, que á despecho de su genio é intrepidez tuvo que sosegar á buenas, y aun adular el orgullo del revoltoso don Juan Nuñez de Lara por miedo de su influencia. Con hombres tan poderosos y pueblos avezados á sus antiguos usos, y á seguir el movimiento de sus señores, tenia que lidiar Alfonso el Sabio al ceñirse la diadema de sus antepasados. Sus leyes, admiradas de las naciones estrañas, y seguidas hasta hoy mismo en la nuestra, hallaron entonces tantos obstáculos, cuanto que todos temian que á su sombra el rey atropellase sus antiguos fueros y sus franquezas. El pueblo no consideró que de ellas emanase acaso su emancipacion de los derechos del feudalismo; todos las miraron como enemigas, y el vulgo bárbaro y lleno de supersticiones, ora ridiculizaba á su rey, ora llamaba inquietud á su sabiduría. Añadióse ademas que las continuas guerras de su padre, habiendo agotado los tesoros reales, Alfonso X se vió obligado á remediar de algun modo la escasez de metálico que se sentia. Aumentó el valor de la moneda que mandó labrar, siendo de menos peso que la que habia corrido hasta entonces, lo que poniendo impedimento en el cambio, fue una de las principales causas del descontento general que se manifestó en su reinado. Tacháronle de avaro, siendo asi que nunca

ha habido rey más espléndido, y le motejaron de injusto, cuando fue el primero en España que fijó el modo de administrar justicia. En todas estas murmuraciones, de que nuestro historiador Mariana hace cuenta, casi para acriminarle, tenia sin duda mas parte la envidia y el interes sórdido de algunos particulares que la verdad, pero esparciéndose por los pueblos disponian el ánimo de muchos en contra suya, y como de la murmuracion al desprecio no hay mas que un paso, y de sentirlo á manifestarlo nada, bien pronto este rey, que podria citarse como modelo, se halló envuelto en discordia civiles, vió á su familia armarse contra él, y oyó victorear al principal rebelde, su propio hijo, con el título de rey, que le concedia antes de tiempo la adulacion. La muerte del primogénito don Fernando fue el motivo de esta última desgracia, que puso en término al sabio y desventurado monarca de acojerse al mayor enemigo de los cristianos, el rey de Marruecos, para que le ayudara contra don Sancho. Este principe, que estaba por otra parte dotado de grandes prendas, apenas habia muerto su hermano forzó, por decirlo asi, á su padre á que le reconociese por heredero, con perjuicio de los dos de la Cerda, hijos del príncipe primogénito. No es este tiempo de disputar si la corona le tocaba á él, ó pertenecia de derecho á los nietos de don Alfonso; pero no podemos dejar de decir que don Sancho mostró demasiada codicia de poseerla. Su bravura, su liberalidad, su cortesanía y buena maña influyeron de tal manera en los ánimos de los castellanos, que la mayor parte siguieron sus estandartes, y asi los nobles como los eclesiásticos de mas nota abrazaron su partido, formando con él una especie de co-

unidad, como manifiesta el acta de lo resuelto en las ortes de Valladolid el año de 1282. Sus hazañas, y bre todo la fortuna, que como decia Cárlos V, gusta as como muger de favorecer á los jóvenes que á los ejos, hizo de modo que el mayor número se declara- en contra de la razon, y que á pesar de los esfuer- s de don Alfonso, y de la excomunion lanzada con- a el mal hijo por el Pontífice, la victoria diese al fin color de la justicia á las pretensiones de Sancho el avo. Murió en estas agonías don Alfonso, y sus nie- s quedaron escluidos de la corona, habiéndoles obli- do á vivir en Játiva por un convenio hecho con el y de Aragon; y don Sancho, que hasta entonces por rla ó hipocresía se habia contentado con el título de fante mientras vivió su padre, subió al trono despues haber hecho enterrar suntuosamente como rey, al e habia arrebatado la corona mientras vivia.

Quedó España, como es de suponer al cabo de esta scordia, tan trastornada y revuelta, que al principio l gobierno de don Sancho puede decirse reinaban en lugar mas que sus órdenes los furores de la anarquía. s odios mas inveterados renacieron en el trastorno la revolucion, renováronse las pretensiones de la bicion, y los robos, los desórdenes y todos los crí- enes juntos hallaron ancho campo en que desplegar- habiendo incendiado la antorcha de la discordia sde el palacio del soberano hasta el pacífico hogar l labrador. Bastaba que una familia se declarase por partido para que la otra se decidiese por el contra- : asi que, la guerra seguia aun despues de la muerte don Alfonso, y cada castillo, cada pueblo era un mpo de batalla, donde á sombra del interes público

combatian el rencor, la codicia y la ambicion de algu
nos particulares. Las hordas de ladrones que infestaba
los caminos descaradamente, estaban protejidas c
oculto por los señores que se valian de ellos para la
acciones que un resto de vergüenza les impedia come
ter á las claras, haciendo instrumentos de su amor ó d
su venganza á la escoria de la sociedad.

Tal era la situacion del pais cuando don Jaime c
Iscar se retiró á este castillo, no habiendo querido d
blar la rodilla delante del nuevo rey, como habian he
cho el mayor número de los partidarios de don Alfons
y haciéndose tachar de sus enemigos como defens
oculto de los de la Cerda. De todos sus señoríos sol
habia conservado este castillo, habiendo perdido
resto de sus posesiones en el tumulto de la guerra civi

Quedó, pues, arruinado y declarado rebelde por
partido vencedor, y el viejo caballero, que habia segui
do constantemente la suerte de Alfonso el Sabio, reci
bió por premio de su lealtad el sentimiento de verse a
fin de sus años sin tener mas que dejar á su posterida
que el esplendor de su sangre, y el mucho mas brillant
aun de una larga vida gastada en defensa de su patri
y de la causa noble de la justicia. Dos hijos que tenia
y algunos veteranos llenos de heridas y cubiertos d
canas en su servicio, fueron los únicos compañeros d
su destierro. Su hijo mayor Hernando tenia entonce
veinte y tres años, y habia hecho sus primeras arma
en la última revolucion, y al lado de su anciano padre
Su juventud, su valor, y el porte y continente de su per
sona, hacian que el generoso don Jaime fundase en é
las esperanzas de su casa y la gloria de su nombre par
lo futuro; pero la ternura, el gozo de su corazon, la ale

ía de sus canas era una que tenia entonces diez y
eve años, y reunia á una hermosura poco comun
das las gracias de su sexo, toda la gallardía de la ju-
ntud y un carácter tan dulce y suave como lleno de
tereza y de magestad. Era el angel consolador de los
sares de su anciano padre. Cuando este, poseido del
scontento natural á su avanzada edad, y perdonable
un desgraciado, se entregaba á pensamientos tristes,
vista de Leonor bastaba á disipar enteramente sus
nas, y una caricia de su hija era para su corazon el
cío de la tranquilidad que renovaba el brio de su
ma, marchita por los años y las desgracias. Pero como
fin la mano de la muerte...

> Nos corta á todos de vestir un paño.
> sin hacer diferencia en la medida,

mo dice uno de nuestros poetas, y sin que basten á
landar su encono las lágrimas de la orfandad ni de
hermosura, las enfermedades del anciano se aumen-
ron por último con sus disgustos, y el dia que recibió
nueva de que le declaraban rebelde, murió de pesa-
mbre y en brazos de sus hijos á poco tiempo de su
stierro. Quedó Leonor huérfana, y bajo la guarda y
tela de su hermano Hernando, que aunque duro de
rácter la amaba con todo su corazon. Fortificado éste
su castillo, bien provisto de víveres, y defendido por
s leales guerreros que habian seguido á su padre, no
nia que temer ningun asalto de aquellos á que esta-
n espuestos en tiempos tan revueltos los que eran
clarados rebeldes por el partido de Sancho el Bravo.
ro un enemigo mas temible que todas las partidas
bandoleros y todas las órdenes de la corte amena-

zaba turbar la paz del corazon de Hernando, el repos
de sus gentes y la seguridad de su hermana. Un amig
íntimo, mirado ya como enemigo por la diferencia d
los partidos y el rencor inherente á las revolucione
acabó de convertirse en enemigo mortal de su tranqui
lidad.

El señor de Cuellar, Sancho Saldaña, de quien y
mas de una vez han hablado algunos individuos d
nuestra historia, poseía en aquella época el soberbi
castillo que hay en este pueblo, y se llamaba entonce
el de la Rosa. Era el señor mas poderoso de todo
aquellos contornos, estendiéndose su poder sobre l
mayor parte de las poblaciones que ahora forman e
partido de este corregimiento hasta el Duero, cerca d
Valladolid por un lado, y por otro hasta Segovia y mu-
chas leguas á la redonda. Su padre, que habia sido
compañero y amigo íntimo de don Jaime hasta la rebe-
lion de don Sancho (en que como se ha dicho tomó
cada uno su partido), habia ganado muchas de estas
tierras de los partidarios de don Alfonso, entrando en
ellas á fuerza de armas, vinculándolas en su provecho,
y estendiendo de este modo su poderío. Asi por est o
como por haber sido antes amigos y no haber seguido
contra su opinion las armas de don Alfonso, cobróle
tal aborrecimiento el viejo don Jaime, que el nombre
de Saldaña era para él mas villano que el del mas infi-
mo bandolero, y llevado de su tenacidad se negó á oi
cuantas proposiciones de paz le hizo en todas ocasio-
nes su compañero. Añadíase á esto lo que del hijo
dueño absoluto ya de tan cuantiosos bienes, publicaba
la fama en aquellos pueblos. Teníanle unos por ase-
sino y cruel, otros por cobarde; tal le creía temerario,

quel le juzgaba bueno, y mientras no faltaba al-
uno que le tenia por generoso; otro le tachaba de
iserable, y la mayor parte creían al ver su rostro,
empre tétrico y melancólico, y su amor á la so-
dad, que era algun demonio revestido de figura
umana por algun tiempo, que sentia ver acercar-
e la hora en que habia de desaparecer para siem-
re y volver á los fuegos de que habia salido.
yudaba á creer esto que su padre habia sido ente-
ado secretamente, y que era voz pública se apa-
ecia de noche en las bóvedas del castillo, y sobre
odo la repentina desaparicion de una hermana suya,
ue aunque de mucha belleza y sin el ceño y cruel
specto de Sancho Saldaña, tambien la habian visto
iempre triste, melancólica y pálida, como una estre-
a próxima á oscurecerse. Añadíase ademas que
adie de afuera sabía la verdad de lo que pasaba den-
ro de la fortaleza, tal era el silencio que reinaba
n sus habitadores, y que todos hablaban única-
ente por conjeturas, lo cual hacia que se exagerasen
os hechos é inventasen algunos, adornándolos con
an increibles sucesos y tan ponderados, que el pa-
agero se llenaba al oirlos de espanto y curiosidad.

El padre de Sancho Saldaña habia cautivado una
ora muy jóven en una de sus correrías, que habia
uedado desde entonces en el castillo, y este era otro
ema que daba no menos materia que los anteriores á
nfinitos cuentos y hablillas. Imaginaban algunos que
sta cautiva era una artificiosa bruja, que por sus en-
antos y sortilegios habia hechizado al hijo del difunto
eñor de Cuellar, mientras otros aseguraban que era el
enio maléfico y enemigo de la familia, disfrazado en

aquel trage, que conspiraba continuamente en su des
truccion. En fin, todo era misterioso en el castillo,
todo era misterio cuanto acerca de él se hablaba e
sus cercanías Hoy mismo al mostrar sus almenadas to
rres al caminante, y sus muros cubiertos de musg
donde asoma el pintado lagarto su fea cabeza,
corre la rápida lagartija entre derribadas piedras, ves
tido el suelo de yerba y vil cascajo, el paisano, cuand
refiere las tradiciones de este castillo, habla todavi
de aquella época, sembrando su relacion de fábulas
milagros.

Habian pasado Sancho Saldaña y su hermana I
primer parte de su juventud al lado de Leonor y Her
nando, dividiendo con ellos sus juegos con todo e
candor y cordialidad con que son amigos los jóve
nes. Tenia poco mas ó menos la edad de Hernan
do, y sus padres, acostumbrados á mirar los hijos d
cada uno como propios suyos, miraban con gusto e
cariño que Sancho tenia á Leonor, prometiéndose uno
y otro á sí mismos de unirlos en cuanto llegasen á la
edad precisa, si seguian como hasta entonces mirán
dose con afecto. Cumplió Leonor catorce años, y San
cho tenia diez y ocho, cuando cesando los juegos y la
confianza de niños, entró á galantearla ya como caba
llero, mostrándose suntuoso en festejos, y haciendo en
su honra sus primeros hechos de armas.

Era entonces Saldaña el jóven mas bizarro y galan
de la Corte, el de mas donaire en las danzas, mas arro
jado y venturoso en las armas, como Leonor era entre
las damas la gala y la flor de la hermosura y la genti
leza. No podia menos Leonor de ver con gusto su
nombre en mil cifras, célebre ya en los torneos, de oi

n placer músicas y trovas en su alabanza, y saber
e era envidiada de las hermosas; pero ya fuese por
ta de sensibilidad, ya, lo que es mas probable,
causa de sus pocos años, se contentó mirar con
rado los obsequios de Sancho Saldaña, sin sentir
r él otro afecto que el de la amistad, y el que conce-
el amor propio de una dama lisonjeada.
Con todo nadie habia que no creyese tan efectuada
a union como si hubiesen recibido ya la bendicion
la Iglesia, y sin duda habria sido asi, si la rebelion
don Sancho contra su padre no hubiese separado
dos familias, llevándolas, como hemos dicho, á di-
entes partidos, deshaciendo sus planes para lo futu-
y dejando burladas sus esperanzas y las de los que
ndo todo por hecho habian ya asegurado mas de una
z que habian visto los contratos matrimoniales.
do cambió desde entonces, y habiéndose retirado
dre é hijo á su castillo de Cuellar, este último cono-
aili á Zoraida (que era el nombre de la cautiva), y
dó por ella perdido de enamorado. Olvidó, pues, á
nor, olvidó todo, y en menoscabo suyo se entregó
u nueva pasion con tan desenfrenada locura que no
o crímenes que no cometiesen sus arrebatos, de
lquier género que puedan imaginarse, ciego con los
hizos de aquella muger, que no parecia complaci-
sino teniéndole siempre al borde del precipicio. Ro-
do de crímenes, entregado á un solo pensamiento
el mundo, lleno de hastío, ansioso de algo que nun-
podía encontrar, desasosegado en el sosiego, agi-
o de tristes imaginaciones, y finalmente, cargado de
osos remordimientos que sin cesar le seguian y
mentaban en todas partes, llegó, en fin, á hartarse

de la ponzoña que en copa de oro le presentaba
máscara del deleite, y á odiar al fatal objeto de s
amores con tanto mas aborrecimiento y mas fu
cuanto le habia amado con mas delirio. Volvió en sí
no pudiendo encontrar nada que bastase á satisfac
sus deseos, á consolar su tristeza, á hacerle olvidar s
remordimientos, se halló en la flor de su edad con
alma árida como la arena, y velado ya su rostro con
sombra de los sepulcros.

En vano buscaba en las diversiones que su opule
cia podia ofrecerle el alivio á sus penas que deseab
La música servia solo para entristecerle, los cantar
mas alegres, las trovas mas dulces le fastidiaban,
alegria de los bailes le inspiraba el despecho, y el lu
de los torneos, las voces, el rumor del gentío
los ojos de las hermosas eran para él vastos desiert
donde se perdia sin hablar con nadie, solo siemp
con sus pensamientos en medio de la multitud. Se h
biera creido al verle distraido, melancólico y solo
medio de los placeres, que era la sombra de un hom
bre que vagaba acá y allá sin destino, ó una estátu
sepulcral arrancada de la tumba que adornaba, é ir
pelida de algun resorte oculto que la movia. La pasi
que habia tenido á Zoraida habia agotado en su cor
zon las fuentes del sentimiento, y solo le habia qued
do fuerza para sufrir, y memoria para hacer eterno
gusano que le roía.

Fastidiado de los placeres se entregó á toda cla
de vicios, para sepultar en el delirio del juego ó en
embriaguez el tormento que le hostigaba. Pero ni la g
nancia le alegraba, ni la pérdida le entristecia, mie
tras el vino, lejos de borrar de su fantasía las imág

es de su tristeza, poniéndole en el estado de inercia bsoluta á que reduce este vicio generalmente, ó comunicándole el júbilo con que trastorna y alienta el nimo mas caido, le entregaba mas profundamente á odo el horror de sus pensamientos.

Entonces fue cuando siguiendo el impulso natural al ombre de buscar su felicidad, recordó á su olvidada eonor, propuso reformar su vida, halagó un momento us penas con las dulces memorias de su juventud, y l recuerdo de los dias en que lleno de gozo sintió el nocente fuego del amor puro á vista de su hermosura. Nada prueba tanto el poder de la virtud como el homenage que la tributa el vicio, y el hombre mas criminal es el que admira mas la inocencia, y el mas corrompido suele ver con enfado las costumbres estragadas de los demas, y gusta tanto del candor, que á veces ya que no puede hallarlo en las personas que le odean, exige al menos las apariencias. Sancho Saldaia estaba ya harto de libertinage, y creyó que Leonor, l encanto de sus primeros amores, podria volverle la paz que habia perdido, y sintió renovarse en u pecho, ya que no su primer amor, al menos un senimiento mas dulce que los que le habian agitado hasa entonces. Su alma se abrió al soplo de la esperana por un momento, y la idea de un enlace dichoso ue pusiera fin á su inquietud en brazos de Leonor, y n medio de caricias desconocidas todavia para él, ra tan halagüeña, que á veces llegaba hasta ahogar n algun modo los gritos de su agitada conciencia.

Resolvió, pues, pedírsela por muger á su padre, que un vivia, y volviendo á vestir las ya casi olvidadas alas, ordenó á sus pages y escuderos que se adorna-

sen y engalanasen, disponiendo al mismo tiempo los mejores caballos do sus cuadras soberbiamente enjaezados. Un rayo de luz brilló en su encapotada frente por un momento, bien asi como un rayo de sol entre las nubes de la tormenta, y la guarnicion del castillo vió con asombro la mudanza que habia habido en su gefe, y aquel dia fue el primero, puede decirse, que alumbró el sol el castillo.

Solo la despreciada mora veia con despecho y zelos aquellos preparativos. Sus hermosos ojos negros, en que brillaba el fuego de una osadía mas que varonil, giraban vertiginosos acá y allá, y la fiereza de su altiva y pronunciada fisonomía parecia realzada con su inquietud. Sus miembros temblaban de cólera, y la sangre africana, irritada con los desprecios de su amante, hacia latir con tanta fuerza su corazon, que parecia querer saltarse del pecho. Habia sido cautiva Zoraida cuando apenas rayaba en los quince años, y era lo que podia llamarse un modelo de hermosura árabe. De airoso continente, alta y briosa de cuerpo, su marcha era la del cisne cuando gira sereno en las aguas, y su mirada la del águila que desafia el sol frente á frente. Sus pasiones impetuosas y vehementes daban á todos sus deseos un carácter tal de fuerza, que su voluntad habia de cumplirse, ó debia ella perecer en su empeño. Estaba acostumbrada á arrostrar los caprichos de la fortuna, y aun á veces á vencerla y á sujetarla, y esta lucha contínua en que habia pasado toda su vida la habia dotado de un valor á toda prueba en los riesgos y de un arrojo en sus empresas, que rayaba en temeridad. Pocas veces habia llorado en su vida, y siempre que habia derramado lágrimas habia sido implo-

ndo venganzas ó meditándolas. Amaba, no amaba es
co; deliraba, idolatraba, miraba á Sancho Saldaña
mo á su Dios, como á su todo, y á consecuencia de
nto amarle, su mismo frenesí, su mismo amor rayaba
aborrecimiento, de suerte que le odiaba y le idola-
ba á un tiempo, y á un tiempo le arriesgaba y le
otegia, le despreciaba y le defendia, buscándole y
yendo de él, insultándole y acariciándole, y sintien-
afectos tan diferentes con la misma violencia que la
sion frenética que los movia.

Tal era la muger que habia trastornado el genio, el
tro y el corazon de Saldaña; pero que si le habia
ecipitado en un abismo de males, no habia titubeado
arrojarse tambien con él, y que si le habia llenado
remordimientos, su corazon ardia en la pasion mas
ebatada, y sin esperanza, que puede sentir muger.
tal era su amor y la arrastraba á tantos desaciertos,
ndose pacíficamente correspondida, ¡cuál sería su
ia cuando hallase una rival que combatir, una ene-
ga tan temible como Leonor! Supo para qué eran los
parativos de su amante, penetró la causa de su ale-
a, y sin darle una sola queja, reprimió su ira, calló,
in derramar una lágrima ni siquiera exhalar un sus-
o, se retiró á meditar su venganza, determinada á
rir ó á llevarla á cabo, imaginándola cruel, terrible,
igna del ultraje que se le hacia. El resultado probó
sta dónde llevaba sus planes el rencor con que los
zaba.

Sancho Saldaña entre tanto, habiendo dispuesto su
nitiva, se encaminó al castillo de Iscar, resuelto á
rificar su orgullo y á sufrir cualquiera mala razon de
Jaime con tal de lograr el blanco de sus deseos.

Llegado que hubo al puente levadizo hizo sonar trompeta y que se anunciase un heraldo, á cuya señ habiendo respondido desde el castillo, el heraldo anu ció que su amo el ilustre conde de Saldaña deseal hablar en particular con el muy noble señor de Iscar, que aguardaba alli su respuesta. Estaba en este m mento don Jaime hablando con Leonor de lo que co taban del señor de Cuellar, y cuando oyó su nomb no pudo contener su cólera.

—¿A qué viene aqui ese malsin, ese traidor á su re ¿Viene á insultarme? Se engaña, porque me queda aun fuerzas bastantes para obligarle á que me respet ¡Hernando! gritó á su hijo, pon los arqueros en las a menas, y dile que yo no respondo á traidores sino co las armas.

—Pero señor, contestó Hernando, su trage y séquito son de paz, y no sería honroso responder co armas al que se nos entrega sin ellas.

—Es verdad, y has apuntado muy bien, repuso viejo, cuanto mas que el heraldo debe ser respetad segun la ley de la guerra: me acuerdo todavia que Sevilla, cuando estaba alli la flor de la caballeria España con el santo rey, padre de nuestro monarc degollamos una partida de moros que habia ahorcad de un árbol un heraldo nuestro que llevaba á la ciuda un mensage, obrando segun la ley de la guerra.

—Señor, ¿qué mandais que se le responda? interrum pió respetuosamente su hijo.

—El padre de ese muchacho estaba alli entonce continuó el buen viejo como distraido, y por cierto qu era una de las buenas lanzas que habia... ¡Ah!... sí, s me olvidaba, repuso volviendo en sí; nada, que s

yan, que aqui no tienen que hacer; que se vayan, y anto antes.

La respuesta era tan definitiva que nada quedaba que plicar; pero Leonor, considerando los peligros á que esponia su padre haciendo este desaire á Saldaña, terminó sacar de él una respuesta mas dulce, y que le espusiese para lo futuro á los riesgos que cualiera indiscrecion podia atraer sobre ellos en circunsncias tan espinosas, y asi añadió con voz tímida:

—Padre mio, ¿y si viene á proponeros una reconciacion?

—Entre nosotros no cabe ninguna, hija mia.

Y deteniéndose un momento como pensativo, esamó:

—Sí, que entre, que entre; quiero seguir el parecer nuestro sabio rey don Alfonso, que decia que antes sentenciar es menester oir las partes.

Mucho debió de agradecer Saldaña que este dicho Alfonso I se presentase á la memoria del caballero, es de lo contrario hubiera tenido que volver pies as; pero las sentencias del sabio Alfonso eran para n Jaime tan sagradas como los preceptos de la relion, no conociendo otro rey ni otra autoridad que la ya, y aunque Sancho el Bravo era el verdadero rey Castilla entonces, él siempre daba este título á su dre, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran r al hijo otro nombre que el del *rebelde*.

En esto Sancho Saldaña, habiendo recibido el perso de entrada, llegó al salon donde estaba sentado n Jaime aguardándole, y de que habia salido Leonor r respeto á su padre y decoro de su persona. Conservaba aun Sancho algunos restos de su belleza, mar-

chita ya por el rigor de sus pasiones y el estrago que habian hecho en el los vicios á que últimamente se habia entregado; pero en medio de la palidez y severidad de su rostro y la espresion melancólica de su fisonomía, creyó descubrir el anciano en su porte vigoroso y caballerosa apostura alguna semejanza con la marcialidad y belleza del padre en los tiempos de su juventud. El primero que habló fue don Jaime, y dijo:

—Mucho me estraña vuestra visita, señor conde, que puesto que vuestro padre y yo fuimos amigos y compañeros en mejores tiempos que los presentes, ya hace años que acabó nuestra amistad y rompimos lanza con punta de tal modo, que se hizo imposible entre nosotros toda reconciliacion.

—No vengo ahora, respondió el conde con aire noble, aunque sumiso y arrepentido, á discutir con vos los motivos de vuestros resentimientos con mi padre. Baste deciros que mi poca edad me perdonó el disgusto de mediar en ellos, y que las causas que os resintieron con él no creo que existan para conmigo.

—Tendriais razon, joven, repuso el señor de Iscar, si vos, dejando á un lado las opiniones de vuestro padre, hubiérais depuesto al menos las armas y no hubiérais seguido tambien el partido del hijo rebelde, que no podrá hallar paz nunca en su corazon por haber levantado bandera contra su mismo padre.

Estremecióse Sancho Saldaña al oir estas palabras que pronunció el señor de Iscar con sentimiento, frunció las cejas, y el temblor convulsivo de sus labios anunció que algun remordimiento le fatigaba; pero el anciano, sin echarlo de ver, continuó diciendo:—Digo, pues, que tendríais en ese caso razon; pero vos des-

bisteis la voz de vuestra conciencia, seguisteis el ejemplo de vuestro padre, y aunque puede ser mas perdonable en vos que en él, á causa de vuestra edad, yo he jurado odio implacable á los enemigos de mi rey, y si acaso puedo compadecer á algunos por el merecido castigo que les aguarda del vengador de los justos, no podré nunca en mi vida reconciliarme con ellos. Ahora decid lo que tengais que comunicarme.

Dicho esto se puso á mirarle con atencion como aguardando su respuesta; pero Sancho Saldaña no se hallaba en estado de responderle. Por una parte veía frustradas sus esperanzas, y se juzgaba condenado á ser eternamente infeliz, mientras por otra algunas palabras de las que habia dicho el anciano tenian tanta relacion con alguna de las causas de sus remordimientos, que sintió ahogársele la palabra y un estremecimiento convulsivo se apoderó de todos sus miembros. El anciano esperó un rato la respuesta, y habiendo notado sus movimientos los atribuyó á su orgullo ultrajado por haberle supuesto un momento capaz de humillarse hasta el punto de venir á implorar de él una reconciliacion.

—Veo en vos, dijo, el carácter de vuestro padre, y sé que los Saldañas han sido siempre demasiado altivos para mendigar la amistad de cualquiera que sea; pero como podiais tener algun intento que proponerme sobre el que requirieseis mi asentimiento, he empezado por haceros ver que conmigo es imposible toda reconciliacion.

—¿Y si dependiese de ella, esclamó tristemente Saldaña, la esperanza, la felicidad de un jóven que, aunque criminal, nada os ha hecho para merecer vuestro

odio, si dependiera de vos que un alma se ganara todavia para el cielo en vez de que entregándola á la desesperacion quede abandonada á todas las asechanzas de Satanás, entonces, señor, entonces, qué diriais? ¿qué determinariais?

—Hablad, repuso al momento don Jaime: el sabio rey don Alfonso decía que todos tienen derecho á exigir siempre que se les oiga.

—Señor, continuó el conde lleno de agitacion, de este momento depende mi vida ó mi muerte; vos solo podeis pronunciar mi sentencia, vos solo podeis salvarme, de una sola palabra vuestra depende mi felicidad. No me considereis como el hijo de Rodrigo Saldaña, miradme como un estraño; suponed en mí un pasagero que en la oscuridad de la noche no puede encontrar un asilo donde refugiarse de la lluvia y os pide hospitalidad: mirad en mí un pecador arrepentido, un hombre que va á arrojarse á un abismo, y cuya muerte podeis evitar con solo tenderle una mano que le separe. Miradme asi, y no me negareis el tesoro único que deseo en el mundo, el dia, la vida, el cielo de mi corazon.

—Hablad, pues, esclamó conmovido el anciano, y yo os prometo que como mi honor y el de mis hijos no peligre ni se mezcle en lo que me pidais, que olvidando todo resentimiento os concederé lo que me suplicais tan de veras.

Sancho Saldaña bajó un momento los ojos al suelo como indeciso, miró á don Jaime, volvio á bajarlos, y como un hombre que arroja de sí un peso superior á sus fuerzas, dió un suspiro, y dijo en voz apenas inteligible:

—Yo amo á Leonor.

—Sé que la habeis amado; continuad, repuso grave-
ente don Jaime.

—La he amado, sí, pero nunca tanto como ahora,
e veo en ella la fortaleza de mi descanso, repuso el
nde, la he amado; pero ahora veo en ella sola el re-
so y la paz de toda mi vida. Yo vivo ya ha mucho
mpo fatigado, y harto de cuanto bueno y malo me
dea; el mundo es mas viejo para mí, á pesar de mis
cos años, que lo es para vos al cabo de vuestra
ad: todo está usado en él; nada hallo nuevo en la
turaleza; la luz del sol, la noche, la primavera, lo
s bello, lo mas tremendo con que puede recrear el
lo, ó amenazar en su cólera, nada me inspira un sen-
iento nuevo; solo Leonor es el único objeto que
ede inspirármelo, solo ella puede volver á mi alma
ensibilidad que ha perdido. Su mano...

—Jóven, ¿sabeis lo que me pedís? repuso don Jaime
antándose con dignidad: nunca mi sangre se mez-
rá con la vuestra, asi como la lealtad no se ha mez-
do nunca con la traicion.

—Ved, señor, esclamó el conde, que va mi dicha en
stras palabras.

—Silencio, replicó el caballero; os he oido con pa-
ncia, y es cuanto podiais exigir de mí; os compadez-
pero no penseis mas en Leonor.

—¿Y me abandonareis asi á mi suerte? dijo el conde
actitud decente, pero suplicante; ¿desechareis mi
go, y me dejareis en el camino de la perdicion?

—Basta, basta, replicó el anciano, y en verdad que
umillante para un hombre de vuestro linage aba-
e tanto delante de su enemigo.

—¿Quereis serlo? respondió Saldaña recobrando su natural fiereza, impelido de su altivez; pues bien: sobre vos caigan los nuevos crímenes que me haga cometer la dureza de vuestro corazon; sobre vos caigan las maldiciones de un jóven perdido en lo mejor de sus años, y condenado ya en vida á todos los tormentos del infierno. Sobre vos...

—Basta he dicho, replicó irritado don Jaime: salid de mi castillo, y dad gracias al modo y la intencion con que habeis venido que no os mando arrojar por una ventana.

—¿Á mí? repuso todo encolerizado don Sancho: ¿á mí? pero conteniendo su ira, continuó: viejo cruel, no me precipiteis: un crímen es para mí poca cosa; dame tu hija, yo te pediré perdon, yo seré feliz, y yo te lo deberé á tí solo, sino... Poseerla no me costará mas que cometer un delito.

—¡Hernando! gritó el anciano á su hijo, que se presentó al momento á su voz, echa del castillo á ese traidor, hijo de un traidor, que viene á insultar mis canas.

—¡Conde don Sancho!... dijo entonces Hernando.—¡Hernando! ¡amigo! esclamó Saldaña.—¡Conde don Sancho! repito, obedeced á mi padre.

—Está bien, repuso el conde, salgo de vuestro castillo; no mancharé mi espada en la sangre del amigo de mi juventud, porque ya tengo bastantes manchas de sangre inocente en mis vestidos; pero juro que ha de ser mia Leonor, ha de ser mia, ¡vive Dios! de fuerza ó de voluntad.

Dicho esto dejó el castillo, y metiendo espuelas á su caballo corrió á rienda suelta hasta Cuellar, sin ver el camino que llevaba, ni reparar si le seguia ó no su

gente. Desde entonces mil imaginaciones, mil venganzas le agitaron, y la cólera y el orgullo luchaban en su corazon; pero ya sea el miedo de irritar á Leonor, particularmente si atropellaba el castillo de su hermano asaltándolo para robarla, ya que creyese, vista la guarnicion de la fortaleza, que era empresa de mucho tiempo y dificultad, lo cierto es que pareció haber olvidado su juramento, y no hizo ó no aparentó hacer intencion de cumplirlo. Con todo, dia y noche pensaba en su felicidad, y por consiguiente en Leonor, y resuelto por último á poseerla de cualquier modo, imaginó robarla como único medio que le quedaba.

El Velludo, á quien daban este mote por el mucho vello de que estaba cubierto, era el ladron mas famoso en Castilla y el terror de aquellos contornos. Habia sido soldado en su mocedad y militado en diversas partes, habiendo alcanzado en todas ellas fama de esforzado, y debiendo esta gloria tanto á su buena suerte como á su intrepidez natural. Era entonces de edad de cuarenta años, y no habia perdido nada de la robustez y fuerza de su juventud. Fiero y colérico en demasía, no dejaba de ser á veces cruel si le arrebataba la ira, pero su índole era generosa naturalmente, y mas bien hacia mal por oficio que por inclinacion. Durante las refriegas de Castilla, y en medio de la confusion que dominaba en el reino, habia tomado las armas y formado su tropa de bandoleros, saqueando acá y allá, tan pronto á un partido como á otro, prestando sus servicios á todos cuando la utilidad de éstos se convenia con su interes propio, y distinguiéndose siempre en sus hechos tanto por su astucia como por la osadía de sus planes.

Á éste, pues, comunicó los suyos Sancho Saldaña, imaginando diestramente el modo de robar á Leonor sin que él pareciese culpable.

Ya hemos dicho que habia dejado pasar el Conde mucho tiempo desde la entrevista con don Jaime hasta el momento de cumplir su empresa, y en mas de un año despues de la muerte del caballero no tuvo medio ó no se resolvió á efectuarla. Presentósele la mejor ocasion que podia esperar; sabia que la caza era una de las diversiones favoritas de los dos hermanos, y habiendo introducido un halconero de su confianza en el servicio del señor de Iscar, tuvo aviso del primer dia en que pasado el tiempo del duelo volverian los hermanos á su acostumbrado divertimiento.

Llamó al punto al Velludo, y ofreciéndole una recompensa considerable, trataron juntos del modo de robar la dama sin que él se comprometiese, y al contrario ganase su voluntad. Para esto se valieron del modo ya referido en el capítulo anterior, teniendo Saldaña el intento de al siguiente día presentarse delante de los bandidos que habian de huir á su vista, y abandonarle á Leonor para que él, como libertador suyo, mereciese de este modo su afecto con menos dificultad. Pero el cielo, que vela sobre la inocencia y convierte en humo las asechanzas y los pensamientos del impío, hizo que en medio de la agonía de Leonor se presentase á deshora un ser en apariencia sobrenatural, que aterrando con su vista aquellos hombres supersticiosos y crédulos, la libertó por entonces de sus enemigos, y desbarató los planes del tétrico y desesperado Saldaña.

CAPITULO V.

El bosque era muy espeso,
todos perdidos se hane,
.....
andando á un cabo y á otro
mucho alejado se hae:
tantas vueltas iba dando
que no sabe donde estae.
La noche era muy escura,
comenzó recio á tronare.
.....

(Rom. del marques de Mántua y Valdovinos.)

A este tiempo toda la tropa de Iscar estaba vagando por los pinares. Los cazadores, despues de haber registrado el bosque por todas partes en busca de sus señores, habian hallado al fin de mucho tiempo caido aun debajo de su caballo, que le había cogido una pierna, al único testigo de la pérdida de Leonor. Estaba éste con el humor que fácilmente podemos imaginarnos se encontraria en su situacion un hombre de un genio intrépido y arrebatado. Habia visto robar á su hermana ante sus mismos ojos á dos hombres que creía por su clase incapaces é indignos de medirse nunca con él, y

que entonces se habian burlado de su valor derribándole, cometiendo su intento y mofándose de sus amenazas. Añadíase ademas á esto, que ya era bastante para exasperar otro ánimo menos colérico y orgulloso que el suyo, haber estado mas de dos horas caido con su caballo, haciendo esfuerzos para levantarse, y sin haber podido siquiera mover la pierna, que tenia cogida debajo con tan crueles dolores, que solo podia calmarlos un tanto la ira que le sofocaba En esto llegaron como se ha dicho los cazadores, y Hernando en cuanto los vió,—Juro á Dios, dijo, canallas, perros, que os he de mandar colgar de una almena: id, seguid por ahí todo derecho, á la izquierda han llevado á vuestra señora dos malsines como vosotros. Seguid por ahí, ¡vive Dios. ayudadme á salir de este maldito animal, que creo que me ha de haber roto esta pierna.

No habia acabado de decir esto, cuando un cazador ya viejo, y que parecia el gefe ó capataz de los otros, gritó: —Vamos, pie á tierra dos de vosotros, tú Cantor, buen viejo, y tú Garci-Perez, ayudadme á sacar á nuestro amo.

Y diciendo y haciendo, cogidos dos de la cola del animal, y el viejo tirando de ambos brazos al caballero, lograron ponerlo en pie, aunque con mucha dificultad.

—Asi me sucedió á mí en la batalla de... dijo el que parecia capataz mientras apoyaba la pierna derecha en la barriga del animal, y tiraba por bajo de los brazos de su señor. Vaya una noche que pasé; toda la noche debajo de mi caballo sin poderme menear mas lejos que un caracol en medio minuto.

—¿Y qué diablos importa á nadie lo que te sucedió

a noche? interrumpió Hernando lleno de enfado, y
ı saber con quién desahogaria su cólera.
—Cierto es que no le importa á nadie, replicó el ve-
rano con la misma calma, pero á mí...
—¡Basta por Dios, Nuño, basta! y dadme ahi otro
ballo y vamos, interrumpió otra vez el señor de Iscar.
—¡Que nunca me ha de dejar hablar! Vamos, es lo
smo que el padre: no podia sufrir que hablasen de-
nte de él, murmuró Nuño entre dientes. ¿Pero qué,
tais herido? añadió mirándole con cuidado.
—No, no tengo nada, repuso Hernando con impa-
encia.
—La sangre es de este pobre animal, respondió el
ejo á quien Nuño habia llamado Cantor; ha caido, sí,
ro como un pino herido por el hacha del leñador.
—Pobre Brioso, dijo entonces Nuño acariciando la
nte del alazan: ¡en dónde has venido á caer! ya sé
que tú eres leal para tu ginete; vaya, que se encar-
e alguno de llevar este pobre bicho al castillo; quiero
este caballo, porque lo montaba muchas veces el pa-
e de don Hernando y nos hemos hallado juntos en
ıs de un encuentro.
—Vamos, Nuño, Nuño, á caballo, gritó Hernando,
primiendo su ira por el respeto que le imponia el
ıs antiguo servidor de su casa. Vamos, ¿asi olvidais
e está mi hermana en peligro?
—Á caballo, contestó el veterano, y saltando en el
yo con mas ligereza de lo que prometian sus años,
osiguió diciendo: vamos, guiad adonde querais.
—Voto va, continuó, siguiendo á galope la senda
r donde habia echado su amo; voto va, que es doña
onor la joya mas rica que hay en la casa. ¡Como la

queria su padre! ¡Y á mi me quiere tanto! Por Santiago que me muera yo esta noche si no la saco aunque se de manos de los filisteos. Mira, Cantor, añadió dirigiéndose á su compañero, ¿te acuerdas de don Jaime mira, mira cómo se le parece su hijo; ahí va á caballo que por detras me se figura que le estoy viendo. T juro que como yo vuelva á hablar á doña Leonor... ¿cómo la llamabas tú en tu cancion?... Aquello de u cielo...

—Todo es poco, repuso el Cantor, para alabar aque llos ojos de dulzura y de magestad.

—Sí, pero dí la cancion, insistió el viejo.

—¿Cómo quieres que recite yo versos al paso qu vamos? ¿Te parece á tí que mis canciones son par oidas á galope, y en un camino?

—Toma, mas de una vez, replicó Nuño, las he tara reado yo yendo á escape á embestir á los enemigos me acuerdo en la batalla de...

—Calla, que el amo ha hecho alto y me parece qu nos hace señas de que vayamos.

—Está de Dios, murmuró entre sí el buen viejo, qu nunca me han de dejar hablar. En efecto era asi como decia el Cantor. Hernando, adelantándose de toda su tropa, habia seguido á todo el galope de su caballo e camimo por donde presumia que Usdrobal y Zacarías habrian conducido á Leonor; pero habiendo llegado á un sitio cubierto todo de maleza, y donde no habia seña de pisada alguna, creyó que habia perdido la senda, y los llamaba para tratar con ellos el rumbo que habian de seguir. Empezaba ya á oscurecer, y la tempestad, que habia hecho recojerse á los bandoleros, anunciaba ya su furia con algunos relámpagos de

iempo en tiempo. Poco impedimento era este para el nimo del señor de Iscar, y mucho menos en la impaciencia que le agitaba; pero la absoluta ignorancia en que se hallaba del camino que habian tomado los robadores le tenía suspenso, y no sabia si pasar adelante ó volver atras. El convento del Pinar, único edificio aislado en aquel desierto, se descubria apenas á cierta distancia entre los árboles, y era de presumir que no habrian elegido aquel camino los bandoleros, siendo por razon del convento el mas facil que habia de hallar. Por otra parte el rio Piron, que corre alli cerca, era el paso que dividia las tierras de Iscar de las de Cuellar, y no era probable que hubiesen vadeado el rio hácia este punto, siendo fama que aquella parte era la única en todo el pais respetada de los ladrones. Perdido en estas imaginaciones habia hecho alto, y á poco tiempo tuvo á su lado al Cantor y á Nuño, que llegando á él muy quedito le preguntaron si habia descubierto algo.

— Nada, por mi desgracia, repuso Hernando. He venido todo el camino ojo alerta figurándome ver á Leonor tras de cada mata. La hemos perdido, añadió meneando la cabeza, y haciendo cierto rumor con la lengua contra los dientes de arriba que anunciaba la poca esperanza que le quedaba. ¡Como ha de ser! Será menester que nos retiremos; la noche trae mala cara.

—Poco importa la cara que traiga la noche, repuso Nuño, si sabeis algo, ó podeis darme á mí indicios de dónde podria yo encontrar á doña Leonor. Que por Santiago, las tempestades y yo nos conocemos ya ha mucho tiempo, y ni uno ni otro nos hacemos mal, y yo os prometo que como siquiera me indiqueis lo bastan-

te para que yo imagine dónde se puede hallar, la he de traer, ó me he dejar de llamar Nuño Vero. Me acuerdo una noche...

—Lo mismo digo, interrumpió el poeta. ¿Qué será de nosotros en el castillo si no vemos brillar nuestra aurora en los ojos celestiales de la vírgen de Iscar? No, es preciso buscarla á todo trance; es preciso.

—Bravo, buen trovador, esclamó Nuño, que aunque resentido de las interrupciones continuas que ponia el poeta á su conversacion, le habia hecho olvidar la que acababa de sufrir el buen deseo que manifestaba; tú me acompañarás en mi espedicion esta noche; y vos, continuó dirigiéndose al señor de Iscar, os podeis retirar con la gente.

—La gente se podrá ir sola, repuso el señor de Iscar, que por Dios no se ha de decir nunca que dejé en el peligro á la que mi padre confió á mi cuidado.

—Pero señor, replicó Nuño, la noche va entrando, y el huracan amenaza ser espantoso, y aunque ya mas de una vez os he visto enristrar lanza contra. .

—Ya he dicho, interrumpió Hernando, que la gente se puede ir, y que yo me quedaré con vosotros.

—Está de Dios que nunca he de acabar de decir lo que siento, susurró á media voz Nuño Vero, para quien no habia nada tan incómodo como que le interrumpiesen cuando estaba hablando.

—Mandad á la gente que se retire, continuó su amo.

—Sí, replicó el veterano, todos se irán, menos ese halconero nuevo que viene ahí con nosotros, y que conoce esta tierra como la palma de la mano. Y cuanto mas, que siempre me acuerdo que vuestro padre reco-

mendaba tomar un guia para ciertos casos, y mas de un ejército se hubiera perdido si...

—Pues bien, llámale y vamos, interrumpió el Cantor.

—Voto va, señor trovador, dijo irritado Nuño, que mas de una vez os he dicho que nunca me interrumpais cuando hable, y no parece sino...

—Vamos pronto, Nuño, antes que sea mas tarde, dijo Hernando.

—Otra que tal, esclamó el veterano al verse interrumpido de nuevo; y metiendo espuelas á su caballo llamó al halconero, y ordenó al resto de la tropa que se retirase al castillo, lo que hicieron obedeciéndole, aunque todos con mucho disgusto y mas gana de acompañar á su amo que de retirarse. Quedaron, pues, solos los cuatro, y habiendo preguntado al halconero si sabia la habitacion de los bandoleros, ó hácia qué parte podia caer, este respondió, que aunque no podia fijamente decirlo, creía que poco mas ó menos acertaria. Y sirviéndoles de guía echó delante, y poniéndose todos en marcha emprendieron su camino á poca distancia de él. Era este halconero el espía que, como se ha dicho, habia introducido Sancho Saldaña en el castillo de Iscar, y el que avisó al Velludo del dia y sitio en que habia de suceder la caza. Conocia á palmos aquella tierra, y era en efecto el mejor guía que podia haber tomado nuestro caballero si hubiese ayudado su buena intencion á su habilidad Pero su voluntad era de las mas torcidas, y en este momento no trataba nada menos que de entregarlos en manos de los bandidos para que los robaran y aprisionaran, y haciéndoles pagar su rescate, tener él parte en la presa

sin apariencia de culpa alguna. Con este mal intento caminaba en medio de la oscuridad á la luz de los relámpagos que de tiempo en tiempo envolvian el bosque en un mar de fuego, deslumbrando á los caminantes, y sepultándolos en nuevas sombras y lobreguez. Era el halconero naturalmente cobarde, y el estallido de los truenos y el brillo de los relámpagos espantaban su caballo de tal manera, que á cada instante paraba, renovando el miedo de su ginete con la supersticion que corría entonces de que estos animales veian espíritus y aparecidos cuando rehacios á la brida no seguian adelante su movimiento. Pero el veterano Nuño, que tenia un temple de alma muy diferente, aunque en otras cosas pagara tambien tributo á la supersticion de su siglo, se acercó á él, y dijo á su amo:—El miedo de este necio le va á hacer perder el camino, y lo mejor será poneros á su lado no sea que vuelva grupa en medio de la oscuridad y nos deje, como nos sucedió una vez el año de 1243, poco antes de...

—No me parece mal tu consejo, interrumpió Hernando, y poniéndose junto al guia, le dijo si estaba seguro del camino por donde iba.

—No mucho, repuso el guia, y creo que hariamos mejor en volvernos, porque el huracan amaga romper muy pronto, y puede sepultarnos entre la arena, cuando no debajo de algun pino de los que tronche.

—Cobarde criatura, respondió el Cantor, debias dar gracias al que te ofrece ocasion de ver uno de los espectáculos mas sublimes de la naturaleza, cual es una tempestad.

—Mas me gusta en noches como esta, replicó el guia, una bota de vino con buena cena y una mala cama

bajo techado, que la tempestad mas bonita que vos os podeis pensar. Que por Dios, no es bueno andar á estas horas por los caminos.

—Siempre he oido decir lo mismo á todos vosotros, replicó Nuño, pero ya yo entiendo á los guias, que de algo me han de servir cuarenta años que llevo de andar por el mundo, y ya no soy ningun niño y no me la pega nadie. Me acuerdo una vez que le metí á un paisano .. hará ahora diez años, el de 1274, dia de San José por la noche, cuando entramos en el reino de Granada diez mil peones y mas de tres mil caballos, que como iba diciendo...

—Acabareis, voto á tal, interrumpió Hernando, que con los truenos y vuestra sempiterna charla no puedo oir bien las voces que me parece suenan ahí cerca.

—No son malas voces, respondió el halconero; es el bramido del huracan, y lo mejor será que echemos hácia este lado, añadió dirigiéndose á las orillas del Adaja, sino queremos hallar aqui nuestra sepultura.

No habia acabado de decir estas palabras, cuando se desató el huracan con tanta furia, que tuvieron que apearse de los caballos, y de alli á poco sintieron crugir junto á sí los árboles y oyeron el estruendo de su caida.

—¡Dios mio! ¡Vírgen Santa! gritó el halconero, tan despavorido y amedrentado, que sus miembros se paralizaron y no acertaba á moverse.

—Sácanos de aqui, ¡Vive Dios! esclamó Hernando, cogiéndole fuertemente de un brazo, ó te barreno el pecho de una estocada.

—Adelante, pillo, gritó Nuño asiéndole del otro brazo, adelante, ó te ato ahí á un arbol para que ob-

serves despacio la tempestad como nuestro amigo el poeta, que está en sus glorias. Vamos, Cantor, ¿en qué diablos estás entretenido que no nos sigues?

El poeta entre tanto, sin acordarse del peligro que le rodeaba, contemplaba absorto á la luz de los relámpagos el trastorno sublime y la confusa belleza de la tempestad. Ya veía rasgarse el cielo en llamas y descubrir á sus ojos otros mil cielos ardiendo, ya seguido de espantosos truenos lanzarse el rayo en los aires brillante como las armas de mil guerreros, ya imaginaba que oía en los bramidos del huracan los cantos de guerra de un ejército numeroso.

—Vamos, trovador, síguenos, le dijo Hernando cogiéndole de la aljuba á tiempo que un relámpago le mostró el éxtasis de su poeta. El guia temeroso de Nuño, que iba aconsejándole de desvanecer el miedo, so pena de verse obligado á cumplir la promesa que le habia hecho, emprendió de nuevo su marcha, y el Cantor echó detrás de él con su amo.

—En verdad, dijo, que mejor tempestad ni mas magnífico espectáculo hacia ya tiempo que no se presentaba á mis ojos. ¡Qué grandiosidad! No parece sino que el cielo, y el bosque, y todo está ardiendo en la naturaleza, y el bramido del huracan suena como los quejidos de las fieras que ven desaparecer entre las llamas el abrigo á que se recojian.

En esto llegaron á la orilla del rio, en cuyas aguas rielaban los relámpagos como si el fondo fuera todo de fuego, y el guia pidió licencia para reconocer el terreno, pues, segun dijo, estaba alli cerca la caverna de los ladrones.

Como no habia motivo ninguno para desconfiar, el

señor de Iscar no tuvo reparo en dársela, aunque muy á despecho de Nuño, que queria seguirle. Trató con todo de echar tras de él, y dejando su caballo al Cantor empezó á caminar á su lado; pero habiendo tropezado en las raices de los árboles á tiempo que un relámpago le deslumbró con su luz, cuando volvió á levantarse halló que el guia habia desaparecido, haciéndoselo creer del todo que habiéndole llamado á voces no respondia.

—Mal haya yo, esclamó, que te solté el brazo cuando caí por no romperme las narices, y no hice que te rompieras el alma haciéndote caer conmigo. ¡Tunante! ¡Hola, malsin! ¿dónde andas? yo te juro que si te cojo, que te he de enseñar á no abandonar otra vez en tu vida al que te tome por guia. Y no es eso lo peor, sino que, ¿cómo vuelvo yo ahora adonde ha quedado mi amo y ese maldito Cantor, que siempre me interrumpe en lo mejor de mi conversacion? Mira, malsin, prosiguió gritándole al guia, vuelve, voto á tal... Bien decia mi amo el padre de don Hernando, que á veces era precaucion necesaria llevar atado al guia de modo que no se pudiese escapar. Si yo le pudiese coger; ¿pero qué? pies para qué os quiero; irá ese tunante por ahí con el miedo que lleva que no le alcanzará el viento. Hasta el castillo lo menos no pára de correr. Pero á bien que mañana será otro dia.

No era el camino de Iscar el que habia tomado el halconero, y el buen Nuño se engañaba en su pensamiento, no siendo el miedo solo sino su mala intencion lo que le hizo desaparecer. Con todo, las voces de Nuño le asustaron de tal modo creyéndose perseguido, que sin ir directamente á la cueva de los bandidos se

agazapó y escondió entre unos matorrales hasta que cesó enteramente de oirlas. Entonces, arrastrándose como pudo, se deslizó hácia el rio junto á la boca de la caverna por dar el alarma entre los ladrones, y avisar al Velludo que sorprendiese y robase al señor de Iscar. Pero cuando ya estaba próximo á cumplir su traicion é iba á entrar en la cueva, fue cuando un espectro que él temia mucho, y conocia muy bien, salia de ella agitando una encendida tea, teniendo asida de la mano una hermosísima jóven que le seguia toda trémula y demudada, y en quien el halconero reconoció á Leonor. No creyó menos al ver la repentina aparicion, sino que aquella cueva era la entrada del otro mundo y recojiendo en su mente cuantas oraciones y rezos pudo recordar en aquel apuro, empezó á santiguarse muy de prisa y á correr con mas miedo de la aparicion que de todo el riesgo con que le amenazaba la tempestad. Entre tanto la maga apagó la antorcha, acaso por precaucion, y emprendió su marcha sin hablar palabra á Leonor, y sin soltarla del brazo, mientras esta la seguia como por instinto.

En esto Nuño, que siempre hablando entre sí habia seguido adelante por la orilla del rio, tropezando aqui cayendo allá, y cada vez levantándose con mas brío con la esperanza de hallar al guia, vió á la luz de un relámpago un bulto negro que se deslizaba y desvanecia entre los árboles.

—¡Ah malsin! esclamó; ya te he visto, y por Santiago que te he de atrapar ó mal me han de andar las manos.

Y favorecido de otro y otro relámpago que se sucedieron, siguió el camino que á su entender habia tomado el bulto que él imaginaba el guia. Pero no habia

andado muchos pasos, cuando crugiendo en mil astillas y estallando un pino en dos partes tronchado por el huracan, vino al suelo con grande estrépito tan cerca de él, que rozándole con las ramas le hizo dar en tierra cuan largo era. Mil remolinos de arena pasaron sobre el pobre Nuño, y cuando pudo levantarse y abrir los ojos á la luz de un relámpago, divisó una cosa negra en el viento á cierta distancia, que á su entender cuando volvió la oscuridad habia desaparecido en el aire con el relámpago. Ya hemos dicho que Nuño no dejaba en ciertas cosas de ser algo supersticioso. Habia visto aquel bulto, que él imaginaba el guia, justamente junto al arbol que le habia á él derribado atropellándole en su caida, y siendo de presumir que el bulto negro hubiese caido precisamente debajo, cuando fue con intencion de ver si estaba reventado ó no, halló únicamente el tronco del arbol, y no oyó quejido alguno, ni tentó ningun cuerpo humano, como él aguardaba encontrar. La vista del mismo bulto poco despues en el aire, á lo que él se habia imaginado, trastornó completamente su juicio, y se dió á pensar que el halconero habia muerto efectivamente en la caida del arbol, pero que apenas habia espirado, los diablos se lo habian llevado por los aires en cuerpo y alma.

Ya me figuraba yo, se decía á sí mismo, que tú no eras bueno segun el mucho miedo que tenias de andar de noche á estas horas; pero nunca creí que apenas cayeses en tierra muerto te hiciesen volar por los aires. ¡Jesus! ¡Jesus me valga! Siempre me acordaré de aquel peregrino de tierra santa que contaba el caso de aquel condenado. ¿Pero qué diablos habria hecho este pobre halconero sino beber algun dia algun trago de mas,

ó dar suelta al halcon de cuando en cuando sin que l supiese el amo? Yo para mí tengo que con un poco d purgatorio tendria bastante. ¡Quién sabe!...

Entretenido en estos pensamientos caminaba, si saber dónde, cuando el ruido de dos caballos que s acercaban le despertó de ellos, y parando el oido po si acaso le engañaba el viento, dijo:

—Ya os conozco, ya os conozco, que son el Rubí el Moro que traen al amo y á nuestro músico. No ha caballo en el castillo que si le siento andar no le co nozca yo por su nombre. No habia acabado de deci esto, cuando su amo y el Cantor llegaron junto á él, y pararon habiéndole conocido en la voz.

—¿Qué diablos haces ahi, Nuño? le dijo su amo ¿dónde está el guia? ¿y cómo nos habeis dejado all tanto tiempo?

—Muchas preguntas son esas, replicó Nuño, y para responder á todas con claridad...

—Vamos, hombre, responde, interrumpió Hernando, sin meterte en dibujos...

—Señor, respondió Nuño, no tengo que decir mas, sino que el pobre halconero, por muy lejos que esté el infierno, debe á estas horas estar ya en él, segun el paso á que ví le llevaban los diablos.

—¿Estás loco, Nuño, esclamó Hernando, ó te atreves á burlarte conmigo?

—Señor, respondió Nuño con gravedad, hace cuarenta años que entré al servicio de vuestro abuelo, y desde entonces hasta ahora no hay hombre viviente que pueda decir que me ha oido mentir una vez en mi vida. Lo que digo es tan cierto como que lo he visto yo, y repito que le ví llevar en volandas por los aires

como no quisiera que me llevasen á mí; y como no creo que haya volado nadie hasta ahora, sino es en posta para el infierno, ó por permiso de Dios para ir al cielo, me inclino á creer que nuestro guia ha tomado el primer camino.

—Vamos, maese Nuño, sin duda que estais loco, respondió el Cantor.

—Vos lo estareis, señor músico, replicó Nuño encolerizado, que yo no lo he estado en mi vida, y sabed que si al hijo de mi amo le sufro que me diga lo que le parezca, no por eso aguanto que...

—Reportaos, Nuño, interrumpió el señor de Iscar, y vamos á nuestro castillo, si es que podemos acertar con él. ¡Cómo ha de ser! continuó dando un suspiro; hemos perdido á Leonor, y ya veo que esta noche es imposible encontrarla.

Dicho esto, dió el Cantor su caballo á Nuño, y llevando del diestro el que habia servido para el guia, echaron á andar en silencio, aunque Nuño no dejó de murmurar todo el camino picado con el poeta que le habia llamado loco, y á cada paso le interrumpia. Por último, al cabo de muchas vueltas y revueltas, y despues de haber perdido mas de una vez el camino, llegaron al castillo de Iscar, en cuyas almenas ardian las alumbradas, que se llamaban almenaras, y que habia costumbre de encender de noche siempre que se queria comunicar algun aviso á otras fortalezas, ó de dirigir tropa ó caminantes estraviados. Poco antes de llegar, y para mayor desgracia, la tempestad se deshizo en lluvia con tanta furia que parecia que el cielo se desgajaba y deshacia en agua: asi que, muertos de cansancio, calados y desesperados del mal éxito de su em-

presa, entraron en el castillo Hernando, el viejo Nuño y su contrapunto el Cantor, lleno el primero de impaciencia y de mal humor y deseando que amaneciese, agitado de mil temores por la situacion en que su hermana se encontraria. Al echar pie á tierra Hernando, el page que le tenia el estribo se acercó á él y le dijo, que aquella tarde, poco antes de oscurecer, un caballero armado que venia del castillo de Cuellar habia estado á avisar que el robo de Leonor se habia cometido de orden de Sancho Saldaña. Era la peor noticia que despues de tantos hazares podia recibir el señor de Iscar, y la que mas lastimó su orgullo y su corazon. Hasta entonces el cuidado por su hermana limitaba á chocar con una horda de bandidos y deshacerla; pero cuando supo que era el señor de Cuellar el robador de su honra, y recordó la escena que habia pasado entre su padre y él, su cólera rompió en mil imprecaciones y amenazas jurando estinguir hasta el nombre de su enemigo. Subió á su cuarto acompañado de Nuño, bramando como un toro, confuso y desesperado, sin saber qué partido tomar en circunstancias tan apuradas, adoptando ya uno, ya otro, y desechando todos. Por una parte conocia el poder del señor de Cuellar y la nulidad del suyo si le declaraba abiertamente la guerra, por otra no tenia otro medio de romper con él. Por último, se resolvió á ir á buscarle á su castillo, tacharle de traidor y desafiarle.

—¡Infame! gritaba en su desesperacion paseándose por la sala; tú no querias mancharte en la sangre del amigo de tu infancia, pero querias mancharle con la deshonra de su propia hermana. Yo te juro ¡oh! ¡sí! que mi venganza será terrible. ¡Traidor, traidor

á tu rey y al que llamabas en otro tiempo tu amigo!

—Señor, esclamó Nuño, tranquilizaos: ¿qué nuevo motivo hay para que os dejeis arrebatar de esa furia? ¿Ha sucedido algo mas á doña Leonor?

—¡Leonor! ¡Leonor! esclamó Hernando lleno de pesadumbre: ¿por qué no moririas en la cuna ante de deshonrar la sangre de nuestro padre? Pero no, tú no tienes la culpa, tú eres inocente y pura como el dia en que naciste... ese monstruo... solo ese monstruo, ¡oh! ¡oh!

—Y diciendo esto se arrojó boca abajo contra la cama, bramando de cólera y de dolor.

—Señor, gritó Nuño, ¿qué teneis?

—Nada, repuso el señor de Iscar, levantándose como avergonzado de haber dado rienda suelta á su dolor delante de su criado, nada; vete, déjame.

—Pero señor... replicó el veterano, sentido de que su amo no se franqueara con él.

—Nada, Nuño, nada, repuso Hernando con calma. ¡Cómo ha de ser! hemos perdido á Leonor. Vete á descansar, vete; y empujándolo suavemente cerró la puerta, quedándose solo en su habitacion, donde pasó la noche entre quejas y maldiciones, pensando en los medios de vengarse de su enemigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO

SANCHO SALDAÑA

Ó

EL CASTELLANO DE CUELLAR

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO XIII

POR

D. José de Espronceda

TOMO II

MADRID
IMPRENTA DE REPULLÉS

AÑO DE 1834

Reimpresión. - Imp. LA EDITORA, San Bernardo, 19 y 21, Madrid, 1914.

Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar

CAPITULO VI.

¿Qué duende ó qué patarata
es el que veis, embusteros?

El Dómine Lucas.

No bien se habia retirado Nuño del cuarto del señor de Iscar, cuando al bajar al patio donde estaban las caballerizas el primer objeto que vió, ó creyó ver, fue al montero, que el creia á aquellas horas en el infierno. Pensó que era ilusion de sus ojos, y frotándoselos con ambas manos, volvió á mirar y volvió á verlo, y frotóse otra vez los ojos y los abrió otra vez, y otra vez vió la misma cara, y la apariencia misma del guia. Creyó entonces que era una aparicion, y alzando la voz empezó á decir:—En nombre de Dios te digo que me digas quién eres, y á qué has vuelto al mundo, porque no creo que ningun muerto vuelva á él sin motivo. Y tú eres sin duda la aparicion del guia en

su misma forma, y como tu muerte fue tan inesperada, sin duda dejaste algunas cuentas que arreglar por acá.

No pudo menos el halconero de echarse á reir oyendo que le apostrofaba ya como si fuese ánima del otro mundo; pero el temor que tenia á Nuño (y él sabia bien por qué), le hizo contener la risa y responder con mucho comedimiento:—Estais equivocado, maese Nuño; yo no me he muerto nunca, ni soy ánima del otro mundo; soy el pobre montero á quien el miedo de la tormenta entorpeció tanto que no acertó á serviros de guia.

—No, repuso Nuño; tú eres algun diablo en carne, y puede ser que estés vivo; pero que tú no has volado esta noche por los aires, eso no habrá nadie en el mundo que me lo quite de la cabeza.

Una carcajada que oyó detras de él interrumpió en este momento la conversacion, y volviendo la cara halló que el que se reia era el Cantor, que habia estado oyendo sus exorcismos. En ningun tiempo podia haberse presentado el Cantor á peor hora que aquella en que tan de repente se ofreció á los ojos de Nuño, y hubiera dado éste todos los dias que le quedaban de vida porque no le hubiese oido ni visto estar hablando con el halconero. Con todo, reprimiendo la ira que le causaba para él su intempestiva risa,

—Por cierto, dijo, señor poeta, que no creo en esta ocasion haber dado motivo á que se burle nadie de mí, y que si no fuera por el mucho...

—Vaya, buen Nuño... interrumpió el Cantor.

—No me interrumpais, gritó el veterano.

—Pero hombre... fue á decir el Cantor.

—No me interrumpais, vive Dios, gritó otra vez Nuño encendido en cólera.

—Pues bien, seguid, repuso el Cantor.

—Pues bien, sigo, prosiguió Nuño, y digo... que... cuando... ya perdí el hilo; por vida de las interrupciones que no parece sino que tratais de divertiros conmigo, y voto á tal que...

—No es eso, replicó el poeta, sino...

—Otra vez; ¡juro á Dios! esclamó el veterano cada vez con más enojo, que si me volveis á interrumpir, que os enseñe yo á hablar conmigo.

No era el Cantor hombre á quien imponian los gritos y las amenazas; pero á pesar de las continuas quimeras que á cada momento tenian, eran él y el buen Nuño compañeros inseparables, y ya hacia mas de veinte años que eran amigos. Uno y otro tenian su flaco, siendo el de Nuño figurarse que sus palabras eran de mucha importancia, y no sufrir que nadie le interrumpiese, y para hacer perder los estribos al poeta no habia mas que despreciar ó censurar su música ó las trovas que componia. Uno y otro habian sido los favoritos de don Jaime, que si en el uno premiaba la lealtad y el valor con su estimacion, en el otro, como buen admirador de su rey, respetaba el talento, siguiendo la máxima de aquel verso de Alfonso el Sabio:

Cá siempre á los sabios se debe el honor.

Hernando, fiel en un todo á los principios de su padre, los miraba como dos joyas de su casa, y los tenia en tanta consideracion como si fuesen parientes suyos. En este momento conocia el Cantor que la cólera de su amigo no provenia tanto de las interrupciones, como de la carcajada con que le habia saludado al sorpren-

derle con el halconero, á quien él creía ánima del otro mundo, y así torciendo la conversacion le dijo:—¿Pero cómo diantres ha venido ese hombre aqui primero que nosotros?

—Yo no sé siquiera, replicó Nuño, cómo está aqui despues de haberle yo visto ir por el aire como si fuese una pluma.

—Sobre las alas del huracan como si fuese el genio de la tormenta, enmendó el poeta. ¿Pero vos creeis, Nuño, de buena fé que sea este *montero* que vemos aqui el mismo de carne y hueso que nos iba sirviendo de guia?

—Eso es lo que no afirmaré nunca, respondió el veterano.

—Tocadme y vereis, maese Nuño, dijo el halconero acercándose á él.

—*Vade retro*, gritó el veterano andando hacia atras, que sin duda tú eres algun demonio que vienes aqui para tentarnos, y no seria malo llamar al capellan del castillo que te rociára de agua bendita.

—Pues yo te juro, Nuño, replicó el poeta palpando al halconero, que ó este demonio está hecho y formado de la misma materia que lo estamos tú y yo (lo que no puede ser), ó es un hombre como nosotros que no se ha muerto ni condenado nunca.

—No quisiera yo ser como él, respondió Nuño, y lo mejor será que, sea quien sea, se quite delante de mí, porque ya que le he visto volar esta noche, no quisiera verle hacer más milagros.

No aguardó el *montero* á que se lo dijese dos veces, antes á la primera se alejó y fue á su camaranchon á reposar, si podia, del susto que le habia dado la vista de la fantasma, y dándose la enhorabuena de haber

salido libre de las manos de Nuño á tan poca costa, despues de haberle dejado solo sin guia en medio de la tormenta.

—¿Pero es posible que un hombre como tú, esclamó el poeta, con sesenta años á la cola, crea que ese hombre se ha muerto, se ha condenado, y haya vuelto á salir del tártaro sólo para engañarte y alucinarte?

—Dejemos eso, repuso Nuño con algún enfado; yo juro que le he visto volar, y afirmo que si no es diablo le falta poco; y sobre eso que dices de haber vuelto solo para alucinarme, te digo que con todas tus trovas y más años que yo no sabes lo que te pasa, y ahí está Garciperez que el año de 1250 en el mes de Enero en las montañas de Leon vimos un condenado...

—Quita allá, interrumpió el Cantor, que no sabes lo que te dices, y hablas como hablaria un caballo si tuviera don de hablar.

—Y tú no tienes mas que mucho imaginarte, repuso Nuño, que sabes todo porque haces ahí cuatro coplas y rascas un poco el laud...

—Calla, profano, y no hables de lo que no es dado comprender á tu pobre imaginacion, respondió el trovador con enojo: ¿con que ese halconero está condenado? añadió con cierta ironía.

—Así lo estuvieras tú y tus trovas y tu laud, que maldita la falta que haceis, repuso Nuño.

—No las volverás á oir, y la culpa es mia en querer regalar orejas de Beocia con mis canciones.

—¿Orejas de... de qué? preguntó Nuño encolerizado: ¿de qué has dicho?

—De nada; á Dios, replicó el poeta.

—Sí, anda con Dios, y si me vuelvo á llegar á ha-

blarte, quiero quedarme mudo para mientras viva. Y viendo que se alejaba su compañero, continuó entre sí á tiempo que se retiraba á su cuarto:—Ese maldito Cantor todo se le vuelve querer precipitarme, y un dia nos la vamos á hallar los dos. Si no fuera que al fin y al cabo es un pobre hombre, y luego canta tan bien, y ha enseñado á cantar á doña Leonor, pobrecita, ¿qué será de ella á estas horas sin ningún amigo, sola entre una caterva de pillos?... No quisiera más que verme allí con ella, que yo solo bastaba para libertarla contra todos juntos. ¿Quién ha de descansar así? añadió echándose sobre la cama. ¡Cómo ha de ser! como dice don Hernando, mañana será otro dia, que decia siempre don Jaime cuando no llevábamos lo mejor de alguna batalla, y teniamos que retirarnos. ¡Cómo ha de ser! volvió á decir: murmuró luego entre dientes algunas palabras, y se quedó por último profundamente dormido.

CAPÍTULO VII.

Digo que es tentar á Dios
.....
si mi amo es un menguado
.....
un impío que no cree
que hay familiares, espectros,
lamias, brujas de copete,
vampiros, mágica blanca,
y mágica negra y verde;
yo confieso que hay de todo,
y confieso finalmente
que por presencia y potencia
existís.....

Cosme en la Dama duende.

Mostraba apenas el sol sus rayos derramando vida en la naturaleza, y desvaneciendo las últimas nubes de la tempestad, cuando un caballero armado de punta en blanco, montado en un soberbio caballo negro, salía del castillo de Cuellar, camino de Olmedo, seguido de alguna gente de armas. Llevaba la visera alzada, y la cabeza inclinada sobre el pecho, pensativo y triste, y en sus apagados ojos, rostro enjuto y sombrío ceño, daba á entender que aunque en toda la fuerza de la

juventud, el furor de las pasiones habia amortiguado
brillo de su fisonomía. Caminaba al trote, y parecia ta
ageno de lo que le rodeaba, como si fuese un ser pr
vado de todo sentido, ó llevase embebecida la ment
en la contemplacion de otros mundos. La escena qu
le ofrecia la naturaleza era en aquel momento bellísi
ma. Al frente y á lo lejos se descubrian las almenas d
Torregutierrez, doradas del sol naciente; á un lado
otro brillaba el rocío en las rubias espigas que ondea
ban mansamente al soplo del céfiro de la mañana
mientras en los oteros que ciñen aquel camino se veia
colorar abundantes racimos entre los verdes pámpa
nos de la viña aun destilando el agua de la pasada llu
via, en cuyas argentadas gotas, que temblaban al vien
to, quebrando el sol sus rayos reflejaban mil iris de lu
de vario y trasparente color. Mas allá se divisaba á l
lejos el verde oscuro de los elevados pinos, aun con
fusos entre la niebla, que levantándose poco á poc
entre visos y reberveros, parecía envolver misteriosa
mente el bosque como para ocultar en él á los huma
nos ojos la mansion de las Silfides y los aéreos alcáza
res de las Hadas. Pero nada de esto llamaba la aten
cion de nuestro caballero, que solo y delante, como
hemos dicho, de su comitiva, no levantaba siquiera los
ojos, ni se distraía un momento de sus áridas imagina
ciones. Seguíale su gente guardando el mismo silencio,
y en su ademán triste y sombrio aspecto podria haber
los comparado el poeta de Iscar á una banda de ago
reros buhos, confusos y deslumbrados, huyendo de la
luz del día. No obstante, á pesar de su apariencia
lóbrega y disgustada, el señor de Cuellar sentía en
tonces latir con más fuerza que de costumbre su

corazon á impulso de la esperanza que disipaba algun tanto el hastío que le dominaba. Sus tormentos habían calmado un momento, su conciencia reposaba de su continua inquietud, y la imagen de Leonor, suya ya, á lo que él presumia, vagaba ante sus ojos, despertando de su largo sueño sus sentidos aletargados. Era para él el primer dia que podia decir que le lucia sereno despues de seis años de padecimientos, y si no se veía mas alegría en su rostro que la que ordinariamente manifestaba, no era que no sintiese ensancharse su corazon, sino el hábito del fastidio que habia contraido los músculos de su semblante. Imaginábase presentarse á Leonor bajo el agradable aspecto de su protector en el triste estado en que ella debia encontrarse; complacíase en figurarse que en su humildad y arrepentimiento reconoceria ella aquel Saldaña á quien si no habia amado con todo el delirio del primer amor, habia mirado al menos con aficion; deleitábase ademas con la dulce idea de verse correspondido, y volviendo entonces á su pensamiento la memoria de los primeros dias de su juventud, recordaba con placer aquella edad en que su alma veía todo con los ojos del entusiasmo brillante, hermoso, y representábase un porvenir de encanto y felicidad. Pero su alma en medio de estos castillos que fabricaba su fantasía estaba llena de zozobra, y un negro presentimiento venia aun á turbar los sueños de su imaginacion. Habia estado tantas veces tan cerca de poseer y aun poseyendo lo que en otros semejantes delirios habia mirado como el colmo de su dicha, y habia hallado tanto hastío, tanto disgusto después del goce, que aun en estos instantes sombreaban su esperanza las tinieblas de la desespera-

cion. Todos estos pensamientos, y otros mil que seria imposible pintar, agitaban en aquel momento su corazon, ya cercándole de imágenes agradables, ya llenándolo de inquietud y desasosiego, porque Saldaña, aunque endurecido en el delito, era menos malvado que criminal. Ya habian andado buena parte de su camino cuando vadearon el Cega, y entraron en los pinares que están entre este rio y el Piron.

Llegado que hubo al sitio que le pareció más oculto mandó hacer alto, y llamando á un jóven, page suyo, y en quien tenia su mayor confianza, le comunicó su designio, mandándole que le siguiese, asi como al trompeta que le acompañaba. Dió órdenes á su tropa de colocar vigías é ir acercándose poco á poco al Adaja, manteniéndose prontos al primer toque que oyesen para acudir al punto donde él se hallára y la trompeta les indicare. Hecho esto, metió espuelas á su troton, y seguido de sus dos satélites tomó á escape el camino donde él presumia que habia de hallar á Leonor. Entre tanto los bandidos, que le aguardaban á la otra orilla, no para entregarle la dama como él creía, sino para avisarle del extraordinario acontecimiento que les habia privado de poder cumplir su promesa, ofrecian un cuadro particular. Á un lado se paseaba el Velludo, cruzados los brazos á guisa de pensativo, y meneando la cabeza de tiempo en tiempo entre colérico y avergonzado; sus ojos lanzaban chispas, y echándose tal vez mano á las barbas se las mesaba y arrancaba, distraido de lo que hacia.

—¿Qué pensará de mí Saldaña—se decia á sí mismo—cuando hoy sepa que una fantasma, un ente aéreo una muger, en fin, porque qué es la maga sino una mu-

ger, ha bastado para arrancarme mi presa, solo con presentarse, estando armado y en medio de toda mi tropa? ¿Qué pensará de mí sino que no soy otra cosa que un baladron, y que todo mi valor se enfría, y que toda mi resolucion se pierde con solo que me hagan el pu como si fuere un niño de pechos? ¿Y qué hubiera hecho menos que yo una muger? Por la Virgen de Covadonga que con esta aventura voy á perder la fama que tantos años me ha costado ganar.

Mientras el Velludo se paseaba acometido de estos pensamientos, Usdrobal, mucho más triste, aunque menos encolerizado, se habia sentado al pie de un pino pensando en la hermosura de la dama, reconviniéndose tambien su poco valor por haberla dejado ir, y ansioso de hallarla otra vez para ofrecerle sus servicios, protejerla y defenderla en cuanto pudiera, hasta borrar asi la mala idea que ella hubiese concebido de su robador. La imágen de Leonor, sus palabras, sus movimientos, todo estaba presente á sus ojos; creía sentir aun el tacto de sus vestidos, oir aquella voz de ángel que habia encantado su alma, ver su noble resignacion en la desgracia y aquella mirada capaz de ablandar una piedra; y la incertidumbre en que estaba de su destino le tenian tan pesaroso y sobresaltado como si la hubiese conocido desde la infancia, ella le hubiese tomado por su protector, y él estuviese obligado á favorecerla. A otra parte el hipócrita Zacarías se paseaba con su rosario en la mano, entregado como de costumbre á sus meditaciones, sin acordarse de la dama mas que para sentir no haberse apoderado de las alhajas que tenia encima, y haber perdido aquella ocasion, ya que al cabo y al fin nada hacia á su conciencia haberse hecho

dueño legítimamente de lo que sin duda ya á aquellas horas habria hecho desaparecer la maga con sus encantos. Mas allá sentados sobre la arena estaba el resto de los bandidos jugando al dado con tan poca aprension y memoria de lo acaecido la noche anterior como si no hubiera sucedido nada, siendo toda gente soez y desalmada, que no pensaban jamas sino en lo que tenian delante, abandonando el porvenir á la suerte y olvidándose siempre de lo pasado. Reian, bebian, juraban y armaban á cada momento pendencia con tales voces é insultos, que cualquiera hubiera creido al oir sus amenazas é imprecaciones que iban á venir á las manos unos con otros segun lo sofocados y alborotados que se ponian. Algunos estaban de pie mirando jugar, celebrando las suertes ó criticándolas, alegrándose y rabiando lo mismo que si tuviesen parte en las ganancias ó pérdidas. Otro les escanciaba el vino, más cuidadoso de la bota que un enamorado paladin de la dama de sus pensamientos, y todos hablaban y todos se divertian. Pero entre todas las voces sobresalia como un trueno la voz de un catalan que se alborotaba y juraba mas que todos los bandidos juntos.

—Voto á Deu, gritaba á tiempo que acababa de ganar una suerte, y el mismo grito resonaba con acento duro y áspero eco en los oidos de todos cuando perdia. No se podia juzgar por sus hechos y sus palabras cuándo le iba bien ó mal en el juego, levantándose y dándose de puñadas en la cara y jurando cuando perdia, y apuñeteándose, jurando y levantándose cuando ganaba, desesperado de no haber puesto mas dinero entonces que la suerte le favorecia. Entre tanto Zacarías de cuando en cuando se acercaba al corro, jugaba, ganaba y se retiraba.

—Hijos mios, decia, mas vale pasar el rato entrete-
dos en buenas obras, que no echar el dia á perros
omo otros hacen. *Itaque homo,* como dice no me
cuerdo en qué salmo, encargando de no estar ocioso.
remuerunt gentium, está de Dios que habeis de per-
er: si no haceis mas que maldecir, ¿cómo quereis que
s proteja la Providencia?

Y con este y otros discursos se acercaba y se lleva-
a el dinero de los demas con mucha sutileza y aspec-
muy melancólico.

—Voto á Deu, esclamó el catalan, que este ira de
omo se mama el dinero rezando, y cata que se lo
eve.

—Pues yo voto á Mahoma, gritó el morisco, que
mo vuelva á entrar la mano, jugando yo... que ya
e lleva ganado casi todo lo que tengo, y...

—Paciencia, hijo mio, replico muy dulcemente Zaca-
as; no te enojes ni aires por haber perdido este vil
etal, que tú eres de los que dijo el Profeta, *dabo alie-
bus,* daré todo cuanto tenga al que sea cristiano.

—No entiendo yo latines, maestro Zacarías, repu-
el morisco encolerizado; pero sé manejar la daga
mo el mejor de los que aqui estan, y ya os lo he di-
o mas de una vez.

Hízose Zacarías el desentendido, y se retiró á un
do á pasar cuentas á su rosario, haciendo como que
zaba, y fijos los ojos al mismo tiempo en el juego sin
rder suerte alguna de las que pasaban.

—Vamos, no haya disputa, dijo á este tiempo el la-
on viejo que habia contado la noche antes el cuento
l caballero; ¡juego! y echando la taba, que era de di-
rsos colores y estaba pintada de cada lado, la tiró al

aire, teniendo todos los ojos clavados en ella cuan
cayó para ver el color que habia quedado hácia arrib
y que era señal de la ganancia ó pérdida de cada un
Aquí fue donde perdió enteramente los estribos el c
talan, que habia pasado tres suertes con esta sin gan
en ninguna de ellas. Echóse mano á las barbas y
las arrancó de cuajo, levantándose de repente como
le hubiera picado la víbora, gritando y renegando
tirando el dado, que no parecia sino que se habia vu
to loco, y tenia en su cuerpo un enjambre de diabl

—Voto á Deu, mala ira me trinque el coll, grital
que non ha pas suerte que la mia.

En esto volvió á llegarse Zacarías al corro, á tie
po que el morisco tomaba la taba para tirarla, y cua
do estaba en el aire echó en el suelo algunas moned
diciendo:—Al blanco, que es el color del alma de
justos.

A pesar de que no habia jugado á tiempo todos
llaron, y el morisco no avisó ni dijo palabra, pensan
que saldria otro color y le ganaria; pero la suerte p
tejió esta vez á Zacarías como las demas, y él pa
detras de su antagonista para recojer su ganancia.
morisco, que sintió que apoyaba su mano izquier
sobre su espalda á tiempo de inclinarse adelante pa
ejecutar su intento, como estaba ya irritado viendo c
siempre perdia, y no quedándole además dinero c
que jugar, y siendo la cólera á que provoca el juego
perdidoso la mas violenta y arrebatada de todas, ec
hácia atras ambos codos empujando á Zacarías con
fuerza, que lo arrojó de sí gran trecho, dando trasp
y dejando caer el dinero que habia cogido. Riéro
todos de ver al viejo hipócrita andar de espaldas

tal viveza y poca seguridad, y el morisco dijo con aire de desahogo, volviendo la cabeza á mirarle:—Vaya, señor Zacarías, idos á rezar, y no vengais á ganar aqui con trampas el dinero á quien, aunque no reza tanto, es tan bueno como vos y como pudo ser vuestro padre.

—Tin firme, gritó el catalan riendo, que el vino os fa mal, y andais con él á patadas.

No respondió Zacarías á ninguno de estos insultos, ni mostró en su fisonomía señal ninguna de descontento, antes acercándose otra vez recojió su dinero con mucha calma, diciendo en el tono melancólico que acostumbraba:—Hijos mios, el cielo proteje á los buenos, y este moabita hace mal en enojarse con el justo, porque *su alegria será pasagera*, aunque á decir verdad, todo esto es una chanza, y me alegro que no haya perdido el buen humor, ya que ha perdido el dinero.

—No lo doy yo por perdido, señor justo, repuso el morisco, mientras esté en vuestro bolsillo, y vos sigais en mi compañía, que todavia me quedan manos para ganarlo.

—Tienes razon, hijo mio, contestó Zacarías, y para que veas que quiero darte el desquite, dame esa taba, que voy á darte la suerte. Diciendo esto la tomó, y llegándose cerca del morisco, se sentó á su lado diciendo:—¡Atencion! vamos: que Dios nos dé á todos buena ventura. Y echó el dado al aire con tal presteza, que no parecia sino que habia sido aquella la ocupacion de toda su vida. Ganó él, y el morisco perdió de nuevo algunas monedas que le habian prestado. Echóla otras dos veces al aire y volvió á ganar, pero la última creyó el morisco que le habia visto volver la taba al

tiempo de echarla, y gritó que estaba haciendo trampas, lo que no era creible en la santidad, buena fe y natural desprendimiento de Zacarías; pero, á pesar de estas conocidas virtudes, otros afirmaron lo mismo, y el morisco, alzando el grito, juró ó que le volvería el dinero, ó que se lo habia de quitar por fuerza; á lo que Zacarías respondió, que no debian creer la voz del impío, y que habia jugado lealmente; pero el morisco, que ya no aguardaba á razones, montando en cólera se arrojó á coger el dinero que tenia Zacarías en la mano izquierda, jurando y perjurando que se lo habia de arrancar, ó poco habia de poder.

—Déjame y no precipites al justo, le gritaba Zacarías, mientras los demás azuzaban al morisco para que se lo arrebatase.

—¿Qué quieres de mí, hijo mio?

—Quiero que me des, perro, lo que me has robado, repuso el morisco sin soltarle la mano, y forcejando por abrírsela y cobrarse lo que habia perdido, y algo mas si podia; pero se las habia con quien hubiera soltado el alma mil veces antes que un solo cornado. Con todo, sin perder nada de su dulzura, y como si no comprendiese la causa de la embestida de su compañero, repitió:

—No te dejes llevar de la ira de Satanás. ¿Qué quieres de mí, hijo mio?

—Mi dinero, ó tu corazon, replicó el morisco furioso de la cachaza de Zacarías.

—Vaya, repuso éste sin mudar de tono, ¿te has empeñado? pues toma.

Un grito del morisco, que cayó en tierra nadando en sangre, fue el primer aviso que tuvieron los bandidos

que estaban viendo la escaramuza de la especie de regalo que le habia hecho el justo, viendo despues en la derecha de éste relucir el cuchillo de que habia echado mano sin que ninguno le apercibiese. El morisco quedó tendido sin decir palabra, y los que se acercaron á reconocerle vieron que estaba muerto. Este acontecimiento despertó á Usdrobal de su letargo y al Velludo le distrajo de sus imaginaciones; pero como para este último era todo aquello cosa de poco momento, y estaba muy acostumbrado á ver diariamente escenas de esta naturaleza, se contentó con restablecer el orden y hacer que por entonces el juego se suspendiese.

—Este pobre mentecato, dijo mirando con frialdad el cadáver, no sabia que el cuchillo de Zacarías es como las uñas del gato, que arañan antes de que se vean. Llevadle de ahí, y echadle ahí mas abajo en el rio.

—Para qué nos hemos de cansar tanto; que se quede en un lado, que se lo minchen los grajos, respondió el catalan.

—Bien puede mi maestro, dijo Usdrobal, enseñar á dar puñaladas cara á cara sin que le vean, que no parece sino que las da por la espalda. Vaya, y qué bien que sabe aplacar la cólera de cualquiera. ¿Pero dónde está? ¿Se ha ido?

En esto al volver la cabeza le vió que se paseaba allí á un lado con el mismo aire compungido y devoto que de costumbre, con su rosario en la mano, y rezando con mucha tranquilidad como si acabase de oir misa.

—Me alegro, dijo Usdrobal, que no pudo menos de horrorizarse al verle rezar, ó aparentar que rezaba con las manos ensangrentadas, me alegro que os quedeis

tan fresco despues de haber enviado al infierno el alma de ese pobre morisco.

—Me quedo asi, querido Usdrobal, repuso el maestro, porque mi conciencia está limpia, y has de saber que la muerte de un sarraceno, de un moabita, no es pecado, y si no ya ves que el santo rey don Fernando mató muchos...

—Con la espada en la mano, respondió con indignacion Usdrobal, cara á cara y por la verdadera causa de Dios, y no villana y traidoramente como vos hicisteis.

—*Pauci vero electi,* respondió Zacarías; pocos son los escogidos, pero si alguno lo estaba para la horca era ese enemigo de Dios, y asi no me remuerde la conciencia, antes bien me alabo de haber ahorrado á otras buenas gentes la incomodidad de colgarle y el gasto de la cuerda.

—Tambien me parece á mí, replicó Usdrobal, que sois vos de los escogidos para morir sin poner los pies en el suelo, porque á fé mia que os huele el pescuezo á cáñamo de una legua, á no ser que alguno haga con vos lo mismo que vos habeis hecho con el moabita en pago de vuestras buenas obras.

El tono de estas últimas palabras fue tan siniestro, que Zacarías no pudo menos de echarle una mirada de arriba abajo temeroso de algun asalto, y seguramente no habria tenido buen fin esta conversacion á juzgar del ceño de Usdrobal, y el desprecio con que miraba la hipocresía de aquel miserable, si el Velludo, que vió venir de lejos al señor de Cuellar, no le hubiese interrumpido en este momento para que viniese á recibirle con él.

—Vamos, le dijo segun iban andando, á confesar nuestra vergüenza, á decir á ese señor que vino el coco y asustó doce hombres. Por la Vírgen de Covadonga que en la vida me ha sucedido otra igual.

—Fue la sorpresa, capitan, repuso Usdrobal, que nos dejó sin saber qué hacer.—¿Y cuándo ha habido nada en el mundo que haya sorprendido al Velludo? ¿Y habia de ser una bruja ¡vive Dios! la que me habia de quitar mi fama?

En esto llegó á ellos Sancho Saldaña, que habiéndolos visto que se acercaban no pudo menos de sobresaltarse, pensando si habria sucedido algo á Leonor, ó habria hallado medio de evadirse de los ladrones. Su rostro mostraba el desasosiego, y sus ojos giraban acá y allá como desatentados; traia el caballo fatigado del largo escape que habia corrido, y venia cubierto de lodo hasta la cincha.

—¿Dónde está? ¿está ahí? preguntó con voz ahogada, y fijando los ojos en el Velludo.

—Ahí estuvo, respondió éste, pero ya se la han llevado.

—¿Quién? repuso al momento el señor de Cuellar. ¿Quién, vive Dios? ¿Y vosotros os la habeis dejado quitar, cobardes?

—No creo, replicó el Velludo mordiéndose los labios de rabia, que haya yo merecido nunca ese título, pero ahora teneis razon, no soy mas que un gallina.

—Responde, canalla, replicó el de Cuellar. ¿Donde está Leonor? ¿Quién se la ha llevado? Por todos los santos juro que estoy tentado de hacer un estrago en todos vosotros, añadió frunciendo las cejas y contrayendo todos los músculos de su rostro con tan sombrío

ceño, que Usdrobal creyó que estaba delante del príncipe de las tinieblas. El Velludo entre tanto no respondió ni hizo movimientos algunos, clavados los ojos en tierra, una mano en la boca, y batiendo el suelo muy de prisa con la punta del pie derecho. Miróle Saldaña un instante, y echándole encima el caballo, le cogió del brazo izquierdo zamarreándole.

—Dí, pillo, dí, ¿dónde está? ¿quién te asustó? Alzó la vista el Velludo, y mirándole con ojos que parecian centellas.—Conde, le dijo, no me cojais asi... Por la Vírgen... Soltadme, conde, soltadme, añadió arrancándose con fuerza de su mano. Yo sé lo que he hecho, sé que voy á perder mi reputacion...

—Tú me has vendido, malsin, esclamó el conde.

—Usdrobal, respondió el capitan, dile lo que pasó, yo no puedo; dile el ejército que tuvo que venir á llevársela.

—Un demonio, señor, repuso Usdrobal, una bruja, un fantasma, que entró á deshora en la cueva, nos confundió á todos, y delante de todos se la llevó en medio de la tempestad.

—¡Dios! ¡Dios! esclamó el conde mirando al cielo, y retorciéndose las manos de ira. ¿Es posible que todo el infierno junto me persiga? Tú mientes, canalla, añadió dirigiéndose á Usdrobal. ¿Y quién es ese fantasma?

—Yo no miento, conde, repuso Usdrobal; lo que os he dicho es verdad, y en cuanto á saber quién es la bruja no será muy dificil, porque creo que ha de vivir ahí en las cercanías.

—¿Dónde? llévame al punto, que juro á fé de caballero entrar y sacarla aunque sea de las garras de Satanás. Tantas fatigas por alcanzarla, y siempre huyen-

do de mí, y ahora cuando ya era mia... ¡Por Santiago! ¿He de ser yo siempre infeliz? ¡Infeliz!

Acompañó el conde estas últimas palabras con un rugido como el de un leon que siente en su pecho el venablo del cazador y se ve arrancar su presa en el momento de devorarla.

—Señor, respondió el Velludo, no sé fijamente el camino que va á la habitacion de esa maga (que Dios maldiga), pero aqui habrá quien lo sepa. ¡Ojalá nunca hubiera sabido ella el de la mia!

—¿Pensais ir, señor conde?, preguntó Usdrobal.

—Sí, replicó Saldaña, que habiendo perdido ya la energía del primer movimiento, habia quedado pensativo oyendo la respuesta del capitan. ¿Y quién ha de venir conmigo?, continuó.

—Yo, repuso Usdrobal con resolucion, en habiendo quien me indique el camino.

—¿Tú te atreves? preguntó el Velludo.

—¿Y por qué no? respondió Usdrobal; es preciso lavar el borron que nos cayó anoche.

—Sí, sí, es preciso, dijo entre sí el capitan, iremos; voy á ver si hay alguno que se atreva á enseñar siquiera el camino; y diciendo esto, echó á andar hácia su compañía.

A pesar de ser todos hombres tenidos por animosos, no hubo ninguno que se resolviera á acompañar en esta empresa á su capitan.

—El señor de Cuellar, dijo uno, puede ir solo, que ya debe conocer el camino de los infiernos, si es verdad lo que dicen que anda en negocios propios con Lucifer.

—No le acompañaré yo ni me acercaré por allí ni en cien leguas, respondió el viejo de la cara cortada.

En fin, por mas que les rogó, mandó, amenazó y ofreció el Velludo, no pudo lograr otra cosa sino la promesa de uno de ellos, que ofreció proporcionar un paisano de Olmedo, hombre muy temido de las brujas por ser de oficio saludador, que los llevaría adonde quisiera, si la paga era correspondiente al peligro á que se ponia. En este tiempo Sancho Saldaña habia vuelto á su estado de insensibilidad, y Usdrobal estaba contemplándole detenidamente. Admirábale el ver su frente cargada de arrugas, sus ojos grandes y hermosos, pero mustios, sus cejas ya naturalmente juntas á fuerza de contraerlas, sus mejillas secas y hundidas, al mismo tiempo que en su apostura y gallardía á caballo se descubria en él el porte, el continente y la arrogancia propios de un caballero tan poderoso.

—¿No ha vuelto aun tu amo?, preguntó á Usdrobal como volviendo lentamente de un sueño.

—Ahí viene mi capitan, respondió Usdrobal recargando en esta palabra.

—¿Hay guia?, preguntó Saldaña.

—Habrá uno, con vuestro permiso, que vendrá esta noche, respondió el Velludo.

—¿Y ahora no? Ya me lo imaginaba yo, dijo el conde con alguna muestra de despecho: tú me avisarás. El Velludo iba á escusarse de no poder ofrecer un guia en aquel momento, pero Sancho Saldaña sin oir mas volvió su caballo maquinalmente, y se alejó á escape por donde habia venido, seguido á cierta distancia de su page y de su trompeta.

—Parece hombre estraordinario, dijo Usdrobal siguiéndole con los ojos, y no tiene trazas de tener nunca muy buen humor.

—El de un condenado, contestó el capitan, aunque
o creo que es el mismo diablo en persona.
Dicho esto, volvieron adonde estaba la banda, muy
ontento Usdrobal en parte de que la maga, robando á
eonor, hubiese asi estorbado que se cumplieran los
eseos del señor de Cuellar.

CAPÍTULO VIII.

¿Mas qué será consuelo á un desdichado?
Todo le cansa, aflige y le acongoja,
fuego es el agua, el céfiro pesado,
aunque vaya saltando de hoja en hoja:
sierpes las flores, áspides el prado,
del claro arroyo el murmurar le enoja,
que cuanto por el campo alegre suena
sospecha que murmura de su pena.

(Lope de Vega.)

Mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en su cabeza.

(Cervantes.)

Sancho Saldaña volvió á su gente melancólico y silencioso, y mandándoles que le siguiesen llegó á su castillo harto desesperado y de mal talante. Arrojóse á tierra de su caballo, que entregó á un escudero, y llamando á su page favorito subió á una sala del primer piso, donde sin hablar palabra le hizo señas que le desarmara. Quitóle la cota de armas y el casco, y tirando Saldaña la espada sobre una mesa salió del cuarto, pasó á otro, y corrió varias salas distraido y cabizbajo, echando á un lado y otro miradas torvas

uesta la barba sobre el pecho, los brazos caidos, y or último se arrojó sobre un sillon de respaldo que staba junto á una gran mesa de mármol. Puesta la ano izquierda en la mejilla, y apretando el puño de- echo casi sin advertirlo, ya parecia colérico, ya repo- ado, ya á veces amargamente se sonreía. Hablaba olo, entre dientes, y á voces, palabras interrumpi- as.—¡Leonor! Sí... decia: el infierno... ¿Y qué im- orta?.. ¿No somos ya todos unos?.. ¡el infierno!.. ¿Qué a robe el infierno ó yo?.. ¿No soy yo un infierno?.. qui (señalándose al corazon) ¡demonios! gritaba... o... sí... tentaré las almas por vosotros. Soy peor que osotros. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Y soltaba una carcajada histérica espantosa, capaz de poner grima á los mismos que l invocaba.—¡Ah! continuaba precipitadamente, si en l infierno pudiese yo vivir con ella... ¿Vivir con ella? —Alli, alli, añadia clavando los ojos en tierra, sería mi ielo, sí, mi cielo. Ella... es un angel. ¿Qué haré? ¿Dón- le huiré de mí?.. ¿dónde descansaré? No, mientras iva, jamás... ¿Y despues? ¿despues? ¡Qué horror! Un bismo inmenso de penas; en fin, la mayor de todas, a vida misma que detesto eterna, eterna en la agonía e los condenados. Yo no moriré nunca... Tal vez... ara volver á vivir. Yo soy réprobo de Dios, sentencia- o á vivir toda una eternidad, á respirar fuego, á ser xecracion de los hombres, mofa de los demonios... Ya echinan sus dientes de alegría: hélos, hélos alli... ¡Oh! o, no, ¡piedad! ¡maldicion! ¿Qué oigo? Sí, la maldicion e mi padre.

A esta última parte de su discurso se levantó con los jos desencajados, fuera de sí, frenético, preguntándose respondiéndose á sí mismo, como si oyera otras vo-

ces, rechinando los dientes, sus cabellos erizados, corriendo acá y allá como si alguien le persiguiera, co muestras de espanto, y gestos á veces suplicantes y veces desesperados. Duró un momento el delirio, como si se hubiesen poco á poco desvanecido á su ojos las sombras que le creaba su imaginacion, y l asombraban á su entender, arrancó un suspiro de s fatigado pecho, y arrojándose en la silla segunda ve quedó algun tiempo con apagado aspecto y sombri ademan en la misma actitud de antes enagenado. Larg rato permaneció asi sin dar otra señal de vida en su movimientos que su agitada respiracion, manteniéndo se inmóvil como una estátua, sin mover pie ni mano n mudar la vista. Por último, dando un suspiro esclamó —¿Qué haré? ¡Tengo que vivir por fuerza!!! Veamos s hay algo que me distraiga. ¡Qué! no habrá. El mal está en mí mismo, no en lo que me rodea. He oido deci que la lectura divierte: seis años ha que no leo. ¿Y qué he hecho en todo este tiempo? Nada. En fin, probemos Leeré. Y alargando la mano á algunos libros bastant voluminosos que estaban sobre la mesa, forrados en baqueta encarnada con molduras de oro en los estre- mos, y cercados con broches de lo mismo, miró los títulos que sobre pergamino blanco estaban, abriéndo- los uno tras otro, y deteniéndose un rato para leerlos Era el primero que tomó un tratado de astrología d don Alfonso el Sabio, soberbiamente manuscrito co letras de tinta encarnada sobre pergamino vitela; miró su título, y arrojándolo con desabrimiento tomó otr escrito, encuadernado con la misma riqueza, y dijo:— Veamos qué es este, y si engaña menos y sirve para mas que la astrología. «*Cantigas* et *trobas sagradas e*

labanza de Dios, et *vidas* et *fechos de caballeros, ompuestos por el famoso Nicolás de los Romances, rovador del muy noble, muy grande rey don Fernan- o III, conqueridor de Córdoba* et *de Sevilla, etc, etc.»* ibro es este que me entretuvo mucho en mi juventud. Ah! entonces yo trovaba tambien, yo canté mis amores Leonor, y ella me oía. Pero no soy ya el mismo: en- onces yo era un hombre, yo amaba, yo vivia; ahora aborrezco todo, á mí mismo, á Leonor... Sí, la abo- rezco, pues trato de sacrificarla haciéndola partícipe e mi fastidio. No, este libro no lo leeré, su lectura me tormentaria; aqui se celebra la gloria y el amor, aqui e alaba á Dios, y yo no soy digno de darle alabanzas, i me atrevo á rezarle ni á suplicarle, y la gloria y el mor son ya plantas estériles en mi alma. Veamos otro, ontinuó, echando el Romancero á un lado, y tomando tro mas voluminoso, forrado en blanco, encuadernado on riqueza, y escrito asimismo en caractéres latinos, con tinta encarnada como los otros.

—¡Ah! La Sagrada Escritura, dijo despues de haber eido el título: este es el libro de Dios: ¿será un aviso el cielo, que compadecido de mis miserias querrá mi rrepentimiento? Ya es tarde; no hay arrepentimiento an grande que baste á lavar mis culpas. Ya es tarde, yo he sido sentenciado hace tiempo. Pero en fin, eamos, añadió como resolviéndose á poner término á os encontrados sentimientos que le agitaban, y toman- o el libro y abriéndolo sobre la mesa se sentó en una illa, y despues de haber hojeado un momento, parán- ose de tiempo en tiempo como para repasar el prin- ipio de las materias, y al parecer buscando algo de- erminado, halló el libro de Job, y empezó á leer muy

despacio, aunque sin torpeza, y con bastante claridad para aquel tiempo, el versículo de Isaías que dice de esta manera: «*Debajo de tí se tenderá la polilla y te cubrirán los gusanos.*» ¿Y es este el premio de mi arrepentimiento? esclamó cerrando el libro con ira, dándole con fuerza para arrojarlo á un lado sobre la mesa. Otra maldicion. ¡Oh! Es demasiado, es demasiado: mi alma está llena de remordimientos, mi corazon de hastío, y en mi oido solo resuena el eco de las maldiciones que me persiguen. Es demasiado. ¡Oh! Salgamos fuera de aqui, continuó levantándose con precipitacion. El aire de esta sala está infecto, me ahoga; yo necesito mas aire, y aqui no puedo respirar siquiera. Amas, ¿qué tiene de estraño que me fastidie?, prosiguió como deteniéndose, y queriendo él mismo inspirarse la esperanza que no tenia. Estoy solo, y la soledad fatiga y no ofrece ningun pasatiempo ni diversion. ¿No soy el señor de este pueblo? Pues que vengan mis vasallos á divertirme. ¡Hola! ¡Jimeno! ¡Duarte! ¡García!

Jimeno, su favorito, fue el primero que respondió á sus voces y entró en la sala á ver lo que deseaba. Llegó á su amo con un aire de alegría y familiaridad que á la verdad no parecia propio del privado de un hombre tan tétrico como Saldaña; pero esto mismo era precisamente lo que le habia valido su confianza. Era este favorito de mediana estatura, y su rostro sin barba, su color blanco, sus facciones delicadas, ojos azules vivos, y sus cabellos rubios y rizados hacian de él lo que se llama una miniatura. Su boca, cuyos labios coloraba el mas vivo carmin, tenia un corte malicioso, que, aunque podia decirse que le agraciaba, habria hecho no obstante á un buen observador desconfiarse

su honradez, y tanto armado como en farseto, su
za era fina y afeminada, sus movimientos sueltos y
ompañados de un descaro y una desfachatez estra-
linarios. Traía el manto galanamente colgado del
mbro izquierdo, calzon de seda roja, medias de seda
apato blanco con un madroño de hilo de oro en
la uno, y un puñal guarnecido de piedras preciosas
la cintura. En fin, era el dechado de la moda, el
no de las damas y la envidia de los galanes. Habia
rado la privanza del conde por su discrecion, que
aba á veces en desvergüenza, y habiéndole conoci-
el humor, cuando le veía de mal temple lo dejaba
regado á sus reflexiones, y siempre sabia coger la
sion para presentársele. Habia oido sus últimas pa-
ras, y haciendo como que le adivinaba el deseo,—
réceme, dijo, que vuestra señoría podria mandar se
presentasen las jóvenes del pueblo (que no deja de
perlas bastante agraciadas), y divertirse en verlas
lar. Yo sé la historia de todas ellas, y podria mien-
s danzaban, prosiguió maliciosamente, entreteneros
tándoos sus pasatiempos.

—Está bien, respondió Saldaña con sequedad; or-
ame tú una fiesta, y cuenta con mil alfonsis de oro
ogras distraerme de mis pensamientos.

—Yo daria mi buen humor, repuso el page, con tal
separaros para siempre de ellos, pero no tomaré
mio ninguno nunca por cumplir con el deber que me
one vuestro servicio, y el afecto que os tengo.

—Ve, pues, dijo el conde, y... pero no, no vayas, no
dejes solo; llama algun otro y dale tú las órdenes
gustares.

—¡Duarte! ¡García! llamó Jimeno entonces, con el

permiso de su señor, y dos escuderos, viejo el prime
y el otro de mediana edad, se presentaron al momen
á su voz, murmurando, sin duda, entre sí de ver
obligados á obedecer á la *Niña*, que asi llamaban
Jimeno los del castillo. A pesar de esto callaron y
cibieron sus órdenes con respeto, aunque al salir
pudo contenerse el mas viejo, y dejar de decir en v
baja á su compañero:—Vaya el tono que usa ese títe
con nosotros, que por San Cosme que si le cojo
hago dar mas vueltas en mi dedo meñique que l
aspas de un molino de viento.

—Tienes razon, amigo Duarte, que nacimos an
que él y deberia tener con nosotros mas miramien
pero en cuanto á eso de cogerle, que dices, trabajo
habia de costar, porque es suelto como un gamo
valiente como un mastin.

Apenas dijeron esto se fue cada uno por su lado,
funfuñando entre dientes y maldiciéndole, á dar cu
plimiento á lo que habia mandado. La sala en
quedaron Saldaña y el page era de forma cuadrilon
muy espaciosa, y adornada con toda la elegancia
lujo que podia dar de sí la época en que pasaba e
nuestra historia; su techo acanalado, con vigas da
de blanco, tenia el fondo azul celeste labrado de
molduras doradas de mucho gusto, las paredes pin
das á la morisca, varios sillones de respaldo, la m
de marmol blanco que ocupaba el testero de la sala
suelo escaqueado de azulejos y á trechos vestido
alfombras y algunos cojines de damasco acá y all
usanza árabe de varios colores y con pasamanos
oro. Encima de estas almohadas se habia reclina
Saldaña, mientras su page instruía á sus escuderos

su voluntad, distraido ya de lo mismo que deseaba, olvidado de su page y cargado de pesadumbre. Miróle Jimeno un momento, y viendo que su amo no le veía ni hacia mas caso de él que si estuviera á cien leguas, no atreviéndose á despertarle de su letargo, quedó á un lado entretenido en arreglarse y estirarse elegantemente la gola mientras le duraba su distraccion. Volvió en sí Saldaña de allí á un instante, y pasándose la mano por la frente como si quisiera ahuyentar de aquel modo algun pensamiento fatigoso, mandó á Jimeno que se acercase.—Ven, le dijo, y háblame de algo que me divierta.

—Estaba pensando, respondió Jimeno, que debiais ir á la corte. El rey os quiere, y no faltaria allí una dama que se apiadase de vuestros pesares, y tratára de aliviarlos con sus caricias.

—¿Adónde dices? ¿á la corte, replicó el de Cuellar, á oir chismes, á fastidiarme con las intrigas de Haro, con las quejas de los Laras, á hastiarme de aquellas mugeres frívolas que vistas una vez cansan al otro dia? Quita allá, Jimeno, háblame de otra cosa.

—Pero, y ¿qué puede atraeros tanto á este desierto, repuso el page, donde no se oye la voz del heraldo que anuncia las fiestas, ni se sabe de una moda hasta que han pasado dos ó tres en Toledo, y ya es tan antigua como los usos del tiempo de don Pelayo?

—¿Y qué me importa á mí la moda ni los torneos, frivolidades que atraen la atencion del hombre feliz en su mocedad? Hubo un tiempo en que yo deseaba parecer bien, Jimeno, en que me gustaba agradar porque me agradaba todo, pero ahora que todo me cansa, ¿qué me importa á mí desagradar á todos? ¡Ah! Yo ya aunque quiera no podré nunca parecer agradable.

—Vos decís eso, contestó Jimeno, porque os apegais demasiado á un amor solo. Si fueseis como yo, que soy una mariposa... La muger que mas se resiste tarda un mes en rendirse, y entonces otra al puesto. A mí me gusta vencer, y no me contento jamas con una victoria. Ellas, generalmente dóciles, se dejan llevar por donde se las dirige, y ninguna se mata por verse abandonada del que la amó. A mas, que no se me haria cargo de conciencia que se matase una muger por mí. Al contrario, mejor, seria yo entonces el Cupido de las damas, y todas me señalarian con el dedo. Si vos hicierais asi, veriais las intrigas de una dama para descubrir vuestros pasos, os divertirian, os entretendrian las caricias de la otra con quien fingís, y reiriais de aquella cuyas tramas conoceis, y que está persuadida de que os engaña. No estariais entonces consumido de ese fastidio que os devora, de esa inquietud, de ese no saber qué haceros. Aqui me teneis á mí, que no tengo una hora de descanso... ¿pero qué, no me oís?

—Sí te oigo, y te envidio, repuso el conde; no me hables mas de amores; tú eres feliz, y yo ni lo soy, ni lo podré ser nunca en mi vida.

—Y bien, repuso el page, si desdeñais el amor, ¿por qué no buscais los laureles y los honores con que debe halagar la gloria á un hombre de vuestro linage? Acaso don Lope de Haro con su carácter falso y su genio de víbora, ¿tiene mas mérito que vos á los ojos de nuestro rey? Lara, inconstante y rebelde á cada paso, ¿acaso os aventaja en nobleza y valentía? ¿Y por qué vos no habiais de ser su igual, y aun superior á todos ellos, y al lado del trono punto menos que el rey recibir los tributos de Granada, disponer de la paz ó de la guerra

uestra voluntad, humillar el orgullo y las pretensio-
s de vuestros enemigos, engrandecer á vuestros fie-
servidores, y por último, ser el ídolo de toda la
narquía? ¿Por qué?..

—Tú tienes ambicion, Jimeno, respondió Saldaña, y
r eso te espresas con tanto ardor, y deseas tanto tu
grandecimiento. No es estraño, eres un niño... y qui-
tienes razon, continuó despues de un momento de
lexion, yo deberia ir á la corte. Tal vez la confusion,
tormentas de aquel mar de discordias y la continua
zobra que á todas horas agita el ánimo del cortesa-
... quizá... ¿quién sabe?. . acaso me distraerian. Pero
no, yo ya he estado en la corte, he tenido, esta se-
nda vez cuando estuve á prestar homenage á don
ncho, los títulos á mi voluntad, y todo me fastidiaba,
ada bastó á llenar nunca el vacío de mi alma; ni si-
era un momento me distrajo el bullicio de la corte,
un instante disipó mi melancolía. Conozco tu mérito
u disposicion para cortesano, Jimeno, y puedes estar
rto que aunque yo no esté en la corte tú harás en
tus adelantos.

—No me ha movido á lo que os he dicho, replicó el
ge disimulando su deseo bajo la máscara de la leal-
, mi propio bienestar, ni lo que mi ambicion me
nsejaria; solo en lo que os he dicho he querido
ner remedio á vuestra tristeza, porque en verdad que
lástima que un caballero como vos viva como los
res del Yermo. De mí sé decir, que si fuera señor
Cuellar, conde de Saldaña y capitan por el rey, no
saria mi vida encerrado en este castillo.

—No envidies mi poder, Jimeno, replicó el de Cue-
, cuando yo envidio tu alegria, cuando yo me tendria

por feliz, no con ser quien tú eres, sino el último
mis vasallos, con tal de poder estar como tú, y pod
mostrar una frente tan tersa como la tuya. Tú no pu
des comprender mi congoja, la angustia con que la
mi corazon, la tristeza, el luto que me rodea... ¡Ah!
eres feliz, Jimeno, tu alma es nueva, y la mia, la mi
yo la cambiaria por el alma de un condenado.

Pronunció estas palabras Sancho Saldaña con t
íntimo sentimiento, que su page, á pesar de su indif
rencia natural por las penas de los demas, quedó
saber qué decirle, bajó los ojos, y se puso á contar l
pliegues de su jubon, y á alisarlos con su mano de
cha á guisa de pensativo: Saldaña frunció las cej
miró á Jimeno con aire torvo, envidioso de su alegr
y estremeciendo sus miembros súbitamente como
seoso de apartar de sí su último pensamiento, con
nuó volviendo á su page:—¿No sabes tú alguna tro
alegre que cantarme? alli hay un laud, añadió señala
do á un ángulo de la sala, tómalo y ve si te acuer
de algo que me divierta.

—Con vuestro permiso, respondió el page; mient
esos gansos de Duarte y García arreglan la fiesta
cantaré la última cantiga que compuse á una dama
quien dejamos el otro dia tres galanes á un tiem
cuando ella creía que todos la idolatrábamos.

Y tomando el laud se sentó gentilmente en los alm
hadones enfrente de su señor, y despues de haber
corrido suavemente sus cuerdas, preludió un acom
ñamiento, y entonó en agradable voz de esta mane

Dueña de rúbios cabellos,
tan altiva,
que creeis que basta á vellos
para que un amante viva
preso en ellos
el tiempo que vos quereis:
si tanto ingenio teneis
que entreteneis tres galanes,
¿cómo salieron mal hora,
mi señora,
tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
al primero,
al segundo el rostro hermoso
le volviste placentero,
y con doloso
sortilegio en tu prision
entró un tercer corazon:
viste á tus pies tres galanes,
y diste al verlos rendidos
por cumplidos
tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
diligente!
ya tu voz al viento dabas,
ya mirabas dulcemente,
ó ya hablabas
de amor, ó dabas enojos,
y en tus engañosos ojos
á un tiempo los tres galanes
sin saberlo tú, leían
que mentían
tus afanes.

Ellos de tí se burlaban,
tú reías;
ellos á tí te engañaban,
y tú mintiendo creías
que te amaban:
¿decid, quién aqui engañó,
quién aqui ganó ó perdió?
sus deseos tus galanes,
al fin miraron cumplidos,
tú, fallidos
tus afanes.

La espresion irónica y maliciosa que tomaron tod las facciones de Jimeno mientras entonó esta trova, la bulliciosa música con que habia acompañado canto habrian puesto de buen humor á cualquiera ot que no hubiera sido Saldaña. Pero éste, en lugar divertirse del gracejo de la cancion, habia estado ent tanto comparando la dicha del buen page con la ama gura de su corazon: asi que, al acabar el canto, cuando Jimeno aguardaba por aplauso al menos alg na leve sonrisa, su amo tenia los ojos fijos en él c muestras de envidia, y dando un suspiro le dijo:—Jim no, vete, vete; yo soy ahora mas desdichado que nun ca; vete, porque no puedo ver á mi lado un hombre ta feliz como tú.

—Señor, repuso el page cambiando al punto fisonomía y aparentando el mayor dolor, si mi alegr os ofende, yo vestiré un cilicio, comeré tierra y m ofreceré á vuestros ojos como el hombre mas miserabl para daros un punto de comparacion en vuestro favo

—No, ni aun asi, esclamó el conde, serias tú tan i feliz como yo. En fin, basta: ¿qué ruido es ese?

—Son las jóvenes de la fiesta, que vienen á entreteneros, respondió Jimeno.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué fastidio! ¿Y para qué se ha ordenado esa fiesta? Vendrán á ensordecerme con su estrépito, veré en sus ojos la alegría y la inocencia, y la envidia me devorará. No: que se vayan, que se vayan; no quiero verlas siquiera, ya me han cansado.

—Pero señor, repuso Jimeno, vos mismo me lo habeis mandado.

—¿Yo? ¿Yo?... puede ser, sí; pero no importa, que se vayan.

—Pero señor, ya llegan, respondió el page.

—Y bien, yo me iré, y luego da tú orden que se retiren.

Dicho esto, se levantó precipitadamente, y como si alguien le persiguiera salió del cuarto.

Quedó Jimeno mirándole atónito de su repentina determinacion, y dudando si le seguiria ó no, temeroso de incomodarle.

—Daria, dijo, la mitad de mi vida por ser dueño de sus secretos; solo he podido saber que está enamorado de la de Iscar. Si no es mas que eso, no comprendo cómo un hombre, estando las mugeres tan de sobra en el mundo, se da por una sola tan mala vida. Yo... tambien yo estoy enamorado: esta Zoraida parece al castillo de Albarracin, que no se sabe cómo tomarlo; pero... y qué importa: divirtámonos, y ya que aqui no ha de haber baile, lo habrá fuera de la plaza del castillo: vámonos. Y arreglándose la gola despues de haberse echado una mirada de arriba abajo, enderezó su cuerpo con elegancia y salió de la sala gallardeando.

Entretanto Sancho Saldaña siguió rápidamente

atravesando salas y corredores hasta que dejó de oir el ruido del tamboril, los cantos y la bulla de los bailarines, que muy á pesar suyo se retiraban, tachando á su señor de hombre de poco gusto, y alabando á su gentil page, que calmó su enojo proporcionándoles la esplanada de la fortaleza para que allí saltasen y cantasen á su voluntad. Pero su señor no era estraño que los arrojara y despidiera sin hacer caso de su habilidad, siendo su mayor tormento en el estado en que se hallaba la dicha y el júbilo de los demas. Paseaba entonces silenciosamente por un oscuro corredor que separaba los cuartos y el tocador de Zoraida de las otras habitaciones. La soledad y la oscuridad de aquel sitio parecia agradarle sobremanera, y sin duda convenia con sus sentimientos. Su cielo angular de arquitectura gótica, su longitud, su estrechez, la tibia luz de la tarde que débilmente entraba por algunas claraboyas abiertas acá y allá en el techo, mas apagada aun por los vidrios de colores que la quebraban amortiguándola, y el eco que resonaba sordamente sus pasos, todo hacia aquel sitio á propósito para que allí Saldaña se embebiera á su placer en sus siniestras meditaciones. Llegaba á un estremo del corredor, y volvia siguiendo su taciturno paseo hasta el otro midiendo sus pasos con los ojos, y seguido de su sombra, que ya alargándose y creciendo desmesuradamente, ya disminuyéndose y achicándose en el delirio de su imaginacion, le hacia á veces pararse y estremecerse, como si viese en ella el mal genio que le perseguia. De repente el eco melancólico de un laud suave y lánguidamente vibrado hirió su oido con tan armoniosa música y melodía, que suspendiendo á deshora

s pensamientos creyó que un angel apiadado de él
divertia y regalaba trasladándole á la morada del
raiso. De repente se abrio una puerta que daba á
a sala de tocador adornada de espejos de Venecia,
as alfombras y cojines á la morisca, con rejas á un
licioso jardin, donde brillaba el último rayo del sol
niente, y mil olorosos perfumes y voluptuosos aro-
as se esparcieron como de una encantada mansion
rededor de Saldaña. Una muger se apareció entonces
sus ojos, reclinada en los almohadones, llena de her-
osura y resplandeciente en galas y pedrería. Llevaba
la cabeza un turbante de riquísimas telas, blanco y
rmesí, con pasamanos de oro y perlas, y su cabello
gro y luciente como el azabache le caía en rizos
mbreando á trechos la nieve de la mas airosa espal-
a que puede pensar la imaginacion. Traía en su cue-
, blanco como el alabastro, un collar de finísimos
bies, y así las pulseras que coronaban sus manos
mo los carcajes que engalanaban la garganta del pie,
an de oro con mil piedras preciosas allí embutidas.
Todo su trage era á la usanza mora, blanco y car-
esí, como su turbante, lo que la hacia sobremanera
llísima, aunque en sus ojos negros y penetrantes se
ía el ánimo y el orgullo, en vez de la dulzura propia
e los ojos de las hermosas. Con todo, en este momen-
se dejaba ver en los suyos la espresion del dolor al
avés de la que le era natural, y en su enérgica y her-
osísima fisonomía se mostraban claramente las seña-
s de su tristeza. Estaba de perfil á la puerta que ha-
a abierto para respirar el aire de la tarde y sentada
nto á la reja á que se enlazaban algunas ramas de
boles; con el laud se entretenia en vibrar dulces soni-

dos acordes con su melancolía. Puestos los ojos
cielo, y acaso alguna lágrima solitaria bañando len
mente el lirio de sus mejillas, parecia imágen de la h
mosa Druida llorando al son de su lira en su sagra
bosque su funesto amor por el prisionero que v
perecer en las llamas víctimas de la supersticion.

Saldaña la contempló un momento mirándola c
ojos en que se traslucía aun parte del amor que la hab
tenido y de las furiosas pasiones que le inspirab
acercándose á la puerta sin ruido entre deseoso
irse y de oir los acentos de su laud. La habia ama
como hemos dicho con frenesí, pero ahora, quedándo
le aun algunos restos de su pasion, la aborrecia cuand
recordaba que su amor por aquella muger era cau
de sus pesadumbres.

—He aqui, se dijo á sí mismo, la muger que he ad
rado con todo mi corazon, aquella en cuyos ojos ve
yo amanecer mi sol y el encanto de mis sentidos;
principio de mis desaciertos, el motivo de mis críme
nes. Héla alli. ¿Por qué ahora no la amaré? ¿Por qu
ella no podrá hacer mi felicidad?

Estaba en estas imaginaciones embebecido, cuand
una voz dulce como el primer amor, y melancóli
como su recuerdo, vino á disiparlas de nuevo con u
dulcísimo sonido que hubiera dado sentimiento á u
mármol, y Zoraida cantó blandamente acompañándos
de su laud.

Cancion de la cautiva.

Ya el sol esconde sus rayos,
el mundo en sombras se vela,
el ave á su nido vuela,
busca asilo el trovador.

Todo calla: en pobre cama
duerme el pastor venturoso,
en su lecho suntuoso
se agita insomne el señor.

Se agita: mas ¡ay! reposa
al fin en su pátrio suelo,
no llora en mísero duelo
la libertad que perdió:
los campos ve que á su infancia
horas dieron de contento,
su oido halaga el acento
del país donde nació.

No gime ilustre cautiva
entre doradas cadenas,
que si bien de encanto llenas
al cabo cadenas son:
si acaso triste lamenta,
en torno ve á sus amigos
que de su pena testigos
consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma
que en el desierto florece,
al viajero sombra ofrece,
descanso y grato manjar:
y aunque sola, allí es querida
del árabe errante y fiero,
que siempre va placentero
á su sombra á reposar.

¡Mas ay triste! yo cautiva,
huérfana y sola suspiro,
en clima estraño respiro,
y amo á un estraño tambien.

No hallan mis ojos mi patria,
humo han sido mis amores,
nadie calma mis dolores,
y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar? no puedo,
ni ceder á mi tristura,
ni consuelo en mi amargura
podré jamas encontrar.
Supe amar como ninguna,
supe amar correspondida:
despreciada, aborrecida,
¿no sabré tambien odiar?

Adios patria, adios amores,
la infeliz Zoraida ahora
solo venganzas implora
ya condenada á morir.
No soy ya del castellano
la sumisa enamorada,
soy la cautiva cansada
ya de dejarse oprimir.

Aqui dió fin á su canto la hermosa mora, y exhalando un suspiro dejó el laud tristemente sobre una almohada, se levantó y acercó á la reja, comparando el silencio, la calma y la serenidad de la noche con la tormenta y la inquietud de su corazon. La hora, la soledad, la magia de su voz, y sobre todo la melancolía de su canto, penetraron de modo el ánimo de Saldaña, que arrimado á la puerta habia estado oyendo, que largo rato quedó suspenso en el mismo sitio y acongojado, comparando la memoria de los dias pasados con la amargura y fastidio de los presentes. Entreteni-

do en esto hizo ruido sin saberlo ni volver de su distraccion, y la mora, volviendo la vista, halló á su amante, fijo á la entrada de su cuarto, inmoble como una estátua. Sorprendida de verle cuando ya no esperaba nunca que la visitase, impelida del amor que ardió repentinamente en su alma á la vista del que se lo hacia sentir, y combatida de su altivez, quedó parada un instante, dudosa de si le hablaria primero, ó si deberia retirarse. Por último, fijando en él sus ojos llenos de fuego, y mirándole con orgullo sin dar un paso á recibirle, le dijo:—Raro se me hace que el señor de Cuellar venga á visitar á su cautiva.

Detúvose aqui un momento para aguardar su respuesta; pero viendo que Saldaña la miraba sin hablar palabra, continuó:—Digo que se me hace raro, porque aunque en otro tiempo no le fuera desagradable mi compañía, hace ya mucho, muchísimo, que me ha dejado abandonada y entregada á mí misma sin cuidarse de mi persona.

—No me hagas reconvencion ninguna, respondió Saldaña, de lo que yo no tengo la culpa. Zoraida, te he amado como nunca se amó, tú lo sabes, pero ahora...

—¿Ahora qué? dilo, acaba, prosiguió Zoraida con impaciencia.

—No, déjame, replicó el de Cuellar; mi vista para tí es un mal, la tuya para mí... ¡Ah! me trae á la memoria mis vicios, mis desórdenes, mis crímenes, y sobre todo me hace conocer que soy infeliz, y que lo seré eternamente. Tú me has dejado sin alma, has agotado en mí el sentimiento, y si alguno ha quedado ahora en mí, es solo el del egoismo. ¡Ah! ¡por qué, si fue un sueño

mi felicidad, contigo no espiré yo antes de despertar
El acento de la desesperacion vibra y se corresponde en el corazon de los desesperados, y las palabras de Saldaña resonaron en el de Zoraida hiriendo su sensibilidad. Veía delante de sí triste y abatido al que á pesar de todo ella idolatraba con frenesí, le oía que echaba de menos los placeres que habia disfrutado amándola, y esto le trajo á su memoria los que ella habia gozado á su lado, y le hizo olvidar de su ingratitud.

—Saldaña, le dijo acercándose á él y mirándole con ternura, yo te amo, yo te adoro mas que nunca; ámame como antes, ten esperanza, sí, tú serás feliz todavia, yo con mis caricias distraeré tus pesares, créeme, serás feliz.

—¡Feliz! repitió Saldaña como un eco de sus palabras. ¡Jamas! ¡Jamas! Tú te engañas, Zoraida; ni en vida ni en muerte podré ser ya nunca feliz. Tú, sí, olvídame, huye de aqui, tú eres libre, huye, y olvida al que ya no conoce otras sensaciones que las de la envidia, al que aborrece á cuantos le rodean solo porque los cree felices; huye de mí te digo.

—No, jamas, le contestó Zoraida. Nunca me separaré de tí; aqui viviré dichosa si me amas, y cariñosa contigo; desdichada si me aborreces, y, no te lo oculto, no, meditando planes para vengarme. Yo no he amado mas hombre en el mundo que tú, yo he vivido solo por tí, he respirado por tí, solo te he visto en el universo; si me dejas, si me echas de tí, tiembla, Saldaña; soy una muger, no puedo medir mis fuerzas contigo, no tengo campeon ninguno que me defienda, tú eres un señor poderoso, tienes mil lanzas á tu servicio, un brazo que temen los mas valientes guerreros de mi

; yo soy sola, sola, mi brazo es débil, pero mi furia
a del huracan, la de cien tormentas, y mi venganza
cumplirá, porque yo querré que se cumpla. Pero si
ne vuelves tu amor, continuó cambiando el tono
rgico con que hablaba, y modulándolo dulcemente,
onces yo te idolatraré, yo seré tu esclava. Mírame,
laña, á tus pies, vuélveme tu cariño.
ajó Saldaña los ojos, y la vió arrodillada, encon-
do en los suyos todo lo que el amor puede espre-
con mas fuego; pero su corazon helado no sintió al
os movimiento alguno, insensible ya á todo, escep-
ara fatigarse con dolorosas memorias y atormen-
e con remordimientos.
-Muger, levántate, levántate, y olvídame para siem-
te he hecho tan desgraciada, ¿y aun puedes amar-
Levántate, y sea esta la última vez que nos en-
remos.
oraida se levantó con dignidad, y echándole una
da de indignacion,
¡Ingrato! esclamó; tú quieres que te olvide no por
erosidad, sino porque tú me has olvidado á mí ya.
é, sé todo lo que meditas; pero Leonor de Iscar no
tu esposa mientras yo viva.
¿Qué dices? ¡Leonor! repuso prontamente Saldaña.
es tú de ella? ¿Dónde está? ¿Acaso tú?... Habla...
dónde está?
¡Desgraciado! gritó Zoraida con una sonrisa sar-
ca. ¡Ah! ¿No la posees todavía? ¿se malogró tu
to? ¡Qué placer! ¡Qué placer!
Muger infernal, ¿la has robado tú? dí, ¿dónde
? Sí, tú has sido, sola tú eres capaz de entenderte
un espíritu del infierno.

—¡Ah! ¡No la posees, no la posees! continuó ent
tanto la mora en un acceso frenético de alegría, g
tando fuera de sí como enagenada. ¡Oh! ¡Bendita, b
dita la mano que lo estorbó! ¿Y un señor como tú
ha podido robar una muger?

—Calla, gritó Saldaña asiéndola fuertemente de
brazo, y tirando de su puñal; dí dónde está, ó te a
sino.

—No lo sé, replicó Zoraida sin turbarse; pero a
que lo supiera, continuó con sarcasmo, ¿crees tú
te lo diría? Todo tu poder, todas tus amenazas,
tormentos no bastarian á arrancarme el secreto que
quisiera guardar.

—¡Muger! esclamó Saldaña tirándola fuerteme
hácia sí, y acercando el puñal á su pecho, dí, dó
está, dónde, y si lo sabes no me precipites; dí dó
está: te amaré... dilo... ó por Santiago, continuó re
nando los dientes, te hago pedazos el corazon!!!

—Sí, asesíname, gritó Zoraida, y mi maldicio
perseguirá como la del sacerdote que hiciste pere
en las cárceles de este castillo, como la de tu pa
que abandonaste en su lecho de muerte.

—¡Mi padre! ¡Oh Dios! interrumpió Saldaña.

Una voz resonó en aquel momento en el corre
que le nombró al mismo tiempo, y Saldaña, deja
de pronto el brazo que tenia asido á Zoraida, salió
cuarto cerrando violentamente la puerta, y atraves
largos pasos el corredor. La voz que le llamaba seg
siempre tras él, y pasado el primer terror volvió la
beza y reconoció á su page, que le buscaba para
tregarle una carta.

—¿Qué me quieres? le preguntó con aspereza a

gonzado de su sorpresa. ¿A qué diablos vienes ahora?

—Señor, repuso el page, un escudero ha entregado á la puerta del castillo esta carta, diciendo que era un asunto importante, y que se os remitiera al punto, y yo...

—Está bien, interrumpió el de Cuellar; vamos á ver qué es.

Y entrando en la sala donde ardian sobre la mesa dos lámparas de plata se acercó á la luz, abrió la carta, y leyó.—*Si el señor de Cuellar es digno del nombre de caballero, mañana á las cinco de la mañana se presentará solo y armado de todas armas á la orilla del Cega, donde encontrará un caballero que desea medirse con él sin ventaja. Si teme alguna emboscada puede hacerse acompañar de alguna gente de armas.*

—No trae firma, dijo Saldaña sorprendido del mensage. ¿Conoces tú al escudero?

—No señor, respondió el page, no le he visto en mi vida.

—¿Está aun ahí? ¿Dijo si aguardaba respuesta?

—Lo mismo fue entregar la carta, replicó el page, que desapareció á todo el galope de su caballo.

—¿Quién será? ¡Pobre caballero! Mucha gana tiene de morir cuando desea medirse con un hombre desesperado. En fin, mañana se le cumplirá el gusto. Oye, Jimeno, continuó, dí á Duarte que para mañana á las cuatro y media esté pronto mi caballo de batalla el Morillo, ¿entiendes? y tú me prevendrás mis armas. Veremos quién es ese que aborrece tanto su vida.

El page salió á cumplir sus órdenes al momento, y él continuó hablando consigo mismo.

—Ojalá hallase yo en su lanza el término de mi

vida. ¡Leonor! ¡Leonor! ¡Oh! El infierno entero está junto en esa mora que trajo mi mala suerte á este castillo. Poco me costaria librarme de ella... pero ¿sabria yo entonces en dónde tiene á Leonor? Jimeno es astuto, quizá podria averiguarlo. Veremos: vamos á ver si puedo descansar esta noche. Esta hora es cruel. ¿Y cuál hay para mí que no lo sea? ¿Hago yo diferencia del dia á la noche?

Dicho esto, y habiendo vuelto á entrar Jimeno en la sala, despues de haberle dado parte del cumplimiento de sus encargos se retiraron, y el señor de Cuellar pasó la noche tristemente agitado de pesados sueños, y con la misma zozobra y pena que le quitaba el descanso y ahuyentaba á todas horas la paz de su corazon. Tan cierto es que una conciencia turbada es el mayor castigo del criminal.

CAPÍTULO IX.

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
. . . . . .
leal, traidor, cobarde y animoso:
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso:
huir el rostro al claro desengaño;
beber veneno por licor suave;
olvidar el provecho, amar el daño:
creer que un cielo en un infierno cabe;
dar la vida y la muerte un desengaño:
esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

(Lope de Vega.)

. . . . . .
. . . . . una vieja asi enfadada
que á nadie placer dá, ni gusto en nada.
Toda menor que de la mano al codo,
de enfermedades y de horror cubierta,
corto el cano cabello, el cuerpo todo
de flacos pliegues lleno y color muerta,
de raíces hecha. . . . . .

Valbuena. (Poema del Bernardo.)

Tarde era ya aquella misma noche, cuando á la tibia luz de la luna recorria los corredores de la fortaleza una figura blanca, aérea y nebulosa, entre la luz y las sombras, semejante á un sueño de amor ó á una aparicion celeste, hollando apenas el suelo, y agil y ligera como el pensamiento. Ya desaparecia por instan-

tes, ya otra vez brillaba sobre las almenas que plateaba la luna, ya se perdia de nuevo, ya en alguna elevada torre aparecia, sin que la rapidez de su marcha disminuyese ni se pudiese descubrir su rostro. Invisible, tal vez, para los vijías que acá y allá en diferentes puntos velaban, mostrábase siempre en los puntos abandonados, donde apenas se detenia un momento como cuidadosa, cuando se ocultaba en seguida, bien asi como si se disipase en el aire. Hubiérase creido que era el genio tutelar del castillo, que por secretos é ignorados caminos recorria todo, veía todo y en todas partes se hallaba, ya desvaneciéndose entre los rayos que destellaba la luna, ya tomando una forma bella y magestuosa al aparecerse. Viósela, en fin, en una de las torrecillas que flaqueaban el edificio, detuvo alli sus pasos, miró á un lado y á otro con ansiedad, y en aquel momento dejóse ver enteramente á la luz. Su blanco ropaje, como el vellon de una nube, ondeaba en pliegues al viento, y entre el rayo de la luna y la oscuridad de la noche se confundia: el aura susurraba en su cabellera tendida, y todo era mágico á su alrededor; pero en su ademan, aunque hermoso, habia algo de triste y abatido, y en sus ojos centelleaban acaso algunas lágrimas de tiempo en tiempo, y la inquietud é intensidad de su mirada revelaban las encontradas pasiones que la agitaban. Dos veces miró á un lado y á otro con recelo de que alguno la sorprendiera, dos veces tendió la vista por el espacioso campo, y su ojeada despedia una luz mas viva y mas ardiente que la que disipaba con su claridad las tinieblas. Parecia como si deseara las alas del águila, la rapidez del huracan, para atravesar de un vuelo el espacio á par de la velocidad

de su pensamiento. Allí en alguna parte buscaba algun objeto de odio inmenso, de amor desesperado sobre quien descargar su ira y en quien saciar su rencor, ó á cuyos pies volar para pedir piedad y alcanzar el perdon de algun crimen entre sus brazos. Su mirada penetraba como el rayo de la tormenta, volaba al igual de su imaginacion, y en sus ojos se retrataban todos los delirios de ternura y de aborrecimiento que á cada instante presentaban diversos cuadros á su fantasía. Era, en fin, Zoraida delirante, Zoraida zelosa, enamorada, cruel, vengativa, lleno su corazon de furia, de zelos, guiada por una sola intencion. Su fin era averiguar dónde estaba Leonor, morir ó asesinarla. Criminal era ya Leonor á sus ojos porque la amaba Saldaña, porque la robaba el único bien que ella poseía en el mundo, porque era, en fin, preciso marchitar la hermosura de aquella muger cuyos encantos, aunque tal vez contra su voluntad, habian hechizado á Saldaña. La imágen de ella muerta á sus pies, vengando á un tiempo con un solo golpe todos los desaires y desprecios que había sufrido, la idea de ver frustrados los intentos del infiel amante, de verle llorar, padecer y desesperarse, y de ser ella, ella sola el único agente de su venganza, hacia alguna vez asomar á sus labios una sonrisa diabólica de satisfaccion. ¿Y por quién iba á ver torcidos y descompuestos sus planes el caballero mas poderoso de Castilla, el temido de los guerreros, el señor de mil lanzas y á quien pagaban pecho tantos vasallos, el hombre á cuya voz obedecian tantos pueblos, tantos soldados y servidores, el señor de horca y cuchillo en su señorío, por quién? Por una muger cautiva, sola, sin otro apoyo, sin otro amigo en el mundo que ella mis-

ma; por una muger cuyo sexo, débil por naturaleza, hacia parecer como sin ánimo y llena de timidez á la vista del guerrero menos intrépido, cuyo brazo apenas podria levantar la espada mas ligera de un hombre de armas, y cuyo pecho sofocaria la coraza menos pesada. Por una muger sin armas en la opinion de todos los hombres que las de su hermosura y sus lágrimas, y á quien su poderoso amante habia amado y habia dejado tan sin miedo y con tanta indiferencia como un niño toma ó deja un miserable juguete. Seguramente que habia algo de sublime y de grande, y sobre todo mucho de halagüeño para el amor propio de Zoraida, cuando se comparaba con el hombre cuyos designios iba á contrastar y á desbaratar de un solo golpe, y veía la balanza del poder inclinarse por entonces á su favor. ¡Cómo iba ahora á satisfacer su venganza! ¡Cuál sería el chasco de Saldaña cuando preguntase quién habia osado desafiar su cólera, y cuando esperara ver algun señor tan nombrado y poderoso como él, algun amante zeloso de Leonor, algun guerrero capaz de sostener á todo trance su temerario arrojo, viese delante de él su cautiva teñida aun en la sangre de su víctima, y aguardando impávida todo el torbellino del primer ímpetu de su rabia, alegre con morir despues de haber inundado el corazon del perjuro de todo el veneno en que antes habia rebosado el suyo. ¡Oh! él presenciaria su triunfo, y al condenarla á morir lograria, sí, una venganza; pero no por eso volveria la vida á su amante; no gozaria por eso de su hermosura, ni aun abrazaria su frio cadáver, porque no veria mas que á la muger que despreció, un puñal y la sangre de su Leonor.

Y luego nuevos remordimientos se juntarian á los que ya roían su corazon; nuevas fantasmas turbarian su reposo; nuevos crímenes seguirian á los ya cometidos; donde quiera veria á Leonor, la llamaria, y al llegar á ella solo hallaria delante de sí su sombra, tal vez, y el brazo y el puñal de Zoraida sobre su pecho.

Tales eran los pensamientos de la mora, y tal el porvenir mas agradable y mas consolador que en su furia se prometia. Los zelos la habian hecho dejar su habitacion, agitada de una fiebre ardiente, loca, furiosa y desatentada, buscando su rival, sin saber dónde hallarla, figurándose en su delirio verla junto á sí, y verse ya en el acto de asesinarla.

Pero otras veces la imaginaba muy lejos, fuera del alcance de sus zelos, como si una muralla impenetrable se alzase entre los dos, como si un poder invisible la defendiese é hiciese inútiles sus esfuerzos para alcanzarla, y entonces la veía en brazos de su amante, y que ambos la miraban retorcerse las manos y arrojar espuma por la boca de rabia y de fatiga, burlando con risas de escarnio sus impotentes esfuerzos, señalándosela con el dedo uno á otro, y en paz dulce y en inalterable sosiego, haciéndose mutuamente caricias tan suaves, tan tiernas y tan ardientes como el amor que las causaba, viendo uno en otro su cielo y su felicidad.

Y ella entonces comparaba su estado y el de ellos, y se derribaba en el suelo y se arrastraba, mesaba su rostro, y lloraba como si realmente sucediera asi, y se mordia á sí misma como si quisiera hacerse pedazos.

Y luego corria de una parte á otra, y pensaba que en mudando de sitio se disiparia su fatal ilusion, y no hallaba descanso en ninguna parte, y donde quiera el

mismo cuadro despedazador la perseguia. En vano se lanzaba de uno en otro corredor, de una en otra torre; el mal estaba en su corazon, y en su demente arrebato llevaba las manos sobre su pecho como si quisiera arrancárselo.

Y luego tal vez recordaba los dias de felicidad que habia gozado, las palabras dulces que en tal ó cual momento habia oido enagenada de boca de su amante, y que habian quedado grabadas en su memoria, y que tantas veces habia ella repetido á sus solas con inesplicable delicia. Y ardia con la memoria de sus besos, y aun se estremecia de placer, y recordaba tambien los dias que mano á mano con él, olvidada de todo el mundo, alegre, descuidada, tierna, libre de zelos, y entregada solo al amor, habia pasado á la fresca sombra de las arboledas, en encantados bosques, al margen de claros y murmuradores arroyos, sin susto, en paz y tiernamente correspondida, y las noches de placer, y el rayo trémulo de la luna, y los besos de fuego, cuyo agradable estallido interrumpia solamente el silencio.

Y veía despues al ingrato gallardo en los torneos, cuando la nombrara reina de la hermosura con vergüenza y á despecho de las mas brillantes damas que honraban con su belleza el palenque, y con él á todos los valerosos caballeros rendirla homenage, y al tiempo de coronarle, como á vencedor de la justa, sentia penetrar todavia hasta su corazon la mirada cariñosa y ardiente del impetuoso Saldaña. Y luego le contemplaba en el festin con ella, con ella en la carrera del crimen, de la gloria, de la infamia, de la virtud y del vicio. Y sentia rasgársele las entrañas con tan amargo recuerdo, y desmayar su ánimo y escaldar sus mejillas to-

rrentes de lágrimas abrasadoras como plomo derretido.

Y él, y él, y siempre él en su corazon y en su fantasia, y suspiraba por él y por él gemia, y su llanto no parecia tener término. Y entonces ¡oh! de rodillas, inclinaba la faz al suelo, imaginando que le besaba humildemente los pies, y le rogaba, le suplicaba no ya una amorosa caricia, no ya una mirada de lástima, no ya que la amase como antes, sino que no amara á otra alguna. Que se sirviese de ella como de una esclava, que la despreciara, que la insultara, que la aborreciera, que la maltratara, pero que al menos no juntara sus labios á los de otra muger, no dijera á otra las mismas palabras que á ella, y que le dejase á su lado para únicamente mirarle, cuidarle é idolatrarle.

Que si le enojaba su vista, ella le veria desde donde él no pudiese verla, que nunca mas le cansaria con sus amores ni con su presencia, sino que resignada con su suerte se contentaria con adorarle en silencio, y velar sobre él como un ser invisible.

Pero despues resonaban en su oido las ásperas palabras de Saldaña que la arrojaba de sí, y le contemplaba loco de amor por su dichosa rival, buscándola con ansia, y entonces, volviendo los ojos al cielo, rojos de tanto llorar, pero secos ya y con desesperado ademan, blasfemaba de su Dios y de su profeta, y de la horrible fatalidad que la habia traido á amar á un engañoso cristiano, á preferir la esclavitud á la libertad, un pais estrangero á su patria, y maldecia el brazo de hierro que la tenia alli sujeta en aquel odioso castillo. Y entonces pensaba en los bizarros árabes de Granada, en las damas que rodeadas alli de su familia, y mima-

das y obsequiadas por sus animosos galanes, disfruta-
ban de su amor sin zozobra, sin remordimientos, y ha-
lagadas de las esperanzas mas lisonjeras. Y comparab-
su suerte con la de ellas, como un condenado podri-
comparar el paraiso con el infierno, y sentia un dolo-
como si le arrancasen con tenazas ardiendo pedazo-
de carne de su cuerpo, cuando se decia á sí misma qu-
aquella debia haber sido su suerte sino hubiese sid-
cautiva, sino hubiese conocido á Saldaña y no habién-
dose enamorado de él, hubiese pagado su rescate
hubiese vuelto á su patria. Que no estaria sola com-
ahora, y tendria quien enjugase su llanto si llorab-
quien sonriese con ella, y en fin, quien la defendies-
y la ayudase contra el que intentara ofenderla, y nadi-
entonces la insultaria ni serian desoidas sus quejas.

Su delirio alejaba de ella todo lo agradable, al mism-
tiempo que acercaba y engrandecia á sus ojos las imá-
genes mas crueles. Leonor estaba en todas partes, e-
donde quiera estaba Saldaña, y en la mente de la des-
venturada mora mil siglos corrian á cada momento
que pasaba, porque en cada momento sufria tanta-
penas, y tantos pesares se agolpaban á su alma y l-
despedazaban á un tiempo, que los de un solo instant-
pudieran componer el total de los tormentos de toda l-
vida humana. Su intento era buscar á Leonor y sali-
del castillo, y sin saber adónde andaba, andaba y corri-
aqui y alli, y ya se figuraba lejos del sitio de donde ha-
bia partido, cuando se encontraba otra vez en él, y otr-
vez atravesaba mil diferentes pasadizos secretos qu-
ella sabia, y nunca acertaba á salir de la fortaleza, tur-
bada toda, y perdida en el caos y el laberinto de s-
imaginacion.

La noche tranquila como el lago del valle, la luna bañando en luz pacífica las estendidas llanuras que de las torres se descubrian, el aire sin ruido, el campo sin ecos, el castillo lóbrego y en silencio, la hora ya muy adelantada, el reposo y el sueño en que estaban sumergidos los demas vivientes, todo parecia convidar al descanso, y ella sola no sosegaba, y ni su espíritu ni su cuerpo cesaban en su agitacion. Algun centinela que la divisó, ni dió ni hizo seña de haberla visto, y creyéndola algun espíritu no hizo sino persignarse. Cuando ella contemplaba la calma que reinaba á su alrededor, aquella misma paz aumentaba su inquietud lejos de tranquilizarla. Figurábase á Saldaña embriagado en sueños de amor, regalado de ilusiones felices que estaba muy lejos sin duda de gozar el tétrico castellano, pero que la zelosa mora le prestaba en su delirio para atormentarse mas á sí misma. Si contemplaba el castillo, la oscuridad y el rayo de la luna, reflejando débilmente en sus altas y ovaladas ventanas, imaginaba la fortaleza una tumba, y el pálido reverbero de la luz, la llama trémula de las antorchas fúnebres. En cada sombra veía un angel de tinieblas que la perseguia y la acosaba, ó un motivo de zelos, una Leonor enamorada que venia en busca de su amante, y que se iba á encontrar en su camino con ella.

Por fin, el ansia de vengarse, dominando enteramente su alma, sujetó su imaginacion, calmó su desvarío, y le hizo tomar un camino recto y seguro afirmándola en un pensamiento único. Entonces volviendo en sí, su marcha fue mas rápida, y con firme paso y decidido ánimo deshizo, ya con conocimiento de dónde se hallaba, las vueltas que equivocadamente habia dado, y

bajando por secretas trampas á escaleras y sitios qu
solo ella y el arquitecto del castillo tal vez conocieran
tomó el camino mas corto para salir al campo.

Llenos estaban los fuertes de aquella época de esta
salidas ocultas, de que se servian sus señores, ya par
sus empresas particulares, ya para caer inopinadamen
te en caso de sitio sobre sus enemigos, ya para facil
tar una retirada, y ninguno de cuantos secretos conte
nia aquel alcázar ignoraba Zoraida, que criada en é
habia mil veces recorrido todos. Serviase en su camin
por aquellos desiertos tránsitos de una linterna sord
de metal, y llena de sobresalto, delirando sin cesar,
murmurando entre dientes algunas veces, parecia un
maga que en sus furores descendia al infierno á evoca
las almas de los condenados.

Entre tanto, cierto rumor llegó á sus oidos, aunqu
á bastante distancia, que en un principio creyó seri
causado por el gemido del viento; pero luego sonó un
voz áspera y ronca como de un borracho de oficio
que hablaba con otros que contestaban con brindis
carcajadas, y conforme caminaba adelante sintió ma
cerca el ruido de copas de barro rotas y un estrépit
semejante al que produce una orgia desenfrenada.

Era el alboroto en las cuadras de los soldados aven
tureros, y una luz que ondulando ya alumbraba una
veces, ya otras al parecer se estinguia, y que á cort
distancia reflejaba del cuarto del capitan de este cuer
po, y los desentonados gritos que de allí se oian, mos
traban la bacanal y el desorden en que pasaban e
tiempo. Pero una voz de mujer se oyó acaso en medi
de las roncas y vinosas de los varones, y aunque ape
nas se percibió débilmente, el oido de Zoraida distin

guió el sonido, y su primer pensamiento fue que era la voz de Leonor que estaba ya en el castillo, y que á la mañana siguiente debia ser presentada á Saldaña. Esta idea absurda sin duda, y que hubiera desechado ella misma si estuviera en su cabal juicio, fue cabalmente la primera y la única que se ocurrió á Zoraida, con tanta obstinacion y tan ciegamente, que ni la borrachera de los que alli estaban, ni las groseras palabras con que agasajaban á la supuesta rival, ni las descaradas respuestas de ella, nada pudo hacerla reflexionar de otro modo. El estruendo crecia; el estrépito, las voces, las risotadas, los golpes en las mesas, los brindis y las maldiciones, todo lo oía la mora desde su encallejonado pasadizo sin perder una sola sílaba.

Callaron todos de pronto, y la misma voz más ronca y desafinada que las otras entonó una cancion, que verdaderamente tenia algo de infernal en su música, haciendo ruido al mismo tiempo con un cacharro contra una mesa para acompañarse.

Pobre diablo Satanás,
bebe vino,
emborráchate y verás
qué divino
se te figura el infierno
en verano y en invierno.

CORO

O Satanás, Satanás,
emborráchate y verás.

Vino largo, una querida,
pelear,

y beber, esta es la vida
militar;
y beber hasta caer,
y beber y mas beber.

Y otras seis ú ocho voces que se distinguian por s diferentes tonos y su desacuerdo, como de gatos q maullan unos en tiple y otros en bajo, entonaban estribillo:

O Satanás, Satanás,
emborráchate y verás.

Y concluían su canto con un grito agudo, lúgubre prolongado, semejante al que lanza el perezoso *Ay* e los desiertos de América. Dos veces repitieron es alarido, y luego bebieron, vocearon y juraron; canta ban unos, se peleaban otros, se desafiaban aquello las mugeres chillaban, y todo era confusion, alegría llanto y borrachera.

En la locura de Zoraida, aquella estancia se le figu ró mas propia de los demonios que de los hombres La hora que era, y el alboroto que traían en un siti subterráneo, daban cierta apariencia estraordinaria a festin, y ella había oido á Saldaña mismo hablarla d una aparicion, de un espíritu que habia robado á Leo nor. Este pensamiento le confirmó en su primera con jetura acerca de la voz de muger que habia oido, y s resolvió á penetrar alli si era necesario, y averiguar d cualquier modo si era ella efectivamente.

Pero aunque el amor á la vida no fuese hacia y mucho tiempo el primer móvil de las acciones de l desconsolada mora, y muchas y poderosas pasione hubieran sofocado en su corazon este deseo de con servacion innato en todos los animales, el pudor es e

último sentimiento que abandona la muger, y la idea de entrar en aquella especie de perrera, mezclarse con hombres groseros y acalorados con las bebidas, y esponerse á una gracia hedionda y desvergonzada, la hacia temblar, sin atreverse siquiera á mirar á dentro por una claraboya que adornaban dos hierros atravesados en cruz.

En esto la puerta del cuarto que caía al otro frente se abrió, y entró un soldado que salía sin duda de centinela, que saludando al que parecia ser el gefe, tomó un jarro de vino y se le echó á pechos de una sentada.

—Juro por la barba del miramamolin del infierno, que en la centinela de esta noche he sentido pasar junto á mí un alma en pena, toda rodeada de fuego.

—A la salud del alma en pena, gritó el capitan; y empinó la bota mas de media hora seguida.

—Por la muerte y pasion que hemos de sufrir todos los que aqui estamos, dijo uno con cara de leon de piedra y con ademan grave y solemne, que no hay alma en pena como la mia, que estoy penando con esta cara de baqueta vieja porque me quiera esta desgraciada.

—Sí señor; cuando digo que yo la he visto, ¿cómo se entiende?

—Mentira; yo te digo que no es posible, respondia otro muy enfadado.

—¿Pues á que sí?

—¿A que no? ¿y cómo es?

—Es una figura blanca; lleva tras de sí un gato negro.

—Es verdad, respondió otro, que yo la he visto esta noche pasearse de torre en torre.

—Y volar por el aire á caballo en una serpiente d
fuego, añadió el primero.

—¿A que no eres capaz de ir á buscarla?, apostab
uno en otro corrillo.

—Ahora mismo.

—¿A que no?

—¡Ea, muchachos! un buen trago y mano á la reta
ma, dijo y bebió, y empuñó su espada.

—¡A buscar la fantasma!

—A buscarla, á buscarla, repitieron todos á un tien
po sin saber lo que iban á hacer ni lo que decian,
con las espadas desnudas salieron de tropel, como u
torbellino de demonios vomitados por el infierno.

Pero la fantasma que buscaban era la mora; y ést
que habia satisfecho ya su curiosidad, se habia retira
do á tiempo, y caminaba entonces por un pasadiz
subterráneo, muy segura de que aquella gente trabaja
ria en vano por encontrarla. Ni era esto tampoco e
lo que pensaba: varias veces habia oido contar gran
des prodigios y milagros hechos de una bruja de la
cercanías que tenia amedrentados á los más intrép
dos. A esta, pues, quisiera hablar Zoraida para con
sultarla y pedirla que le diese un medio terrible d
vengarse, ó una bebida para Saldaña que le hechizas
y enamorase de ella de tal manera que ni aun en l
muerte se separaran sus almas, ó un veneno de odi
para ella sola que le hiciera aborrecerle tanto como
habia amado. El subterráneo por donde caminaba te
nia una salida al pueblo y otra al campo en el lad
opuesto: tomó Zoraida la segunda, y despues de hab
andado mas de una hora se halló al raso cerca d
Torre-Gutierrez, castillo perteneciente á los señore

de Cuellar. Habia andado cerca de una legua sin sentirlo, sin cansarse, y enteramente entregada á su único pensamiento.

Cuando salió al campo la respiracion le faltaba, su cabeza ardia hecha un volcan, el corazon le hervia, y su sangre, como la lava del Vesubio, habia hinchado sus venas y hacia palpitar todo su cuerpo. Habia refrescado el aire, y ella abierta la boca lo respiraba con ansia y lo bebia, y todavia quemaba á su parecer; gotas de sudor corrian de su frente ardiente como de fuego, y varias veces en algunos arroyuelos que entre juncos alli corrian refrescaba su seco paladar, que otra vez abrasaba de nuevo el incendio que arrojaba su corazon. Caminaba, no obstante, sin cesar; pero ya sin saber adónde, y solo detenia el paso y se paraba cuando alguna ráfaga de viento venia un momento á aliviar su ardor. Pero entonces figuraba que oía en su susurro besos, caricias, palabras dulces en torno de ella, y la voz de Saldaña y la de Leonor. Y luego creía que resonaban voces de maldicion ó de lástima, y oía en el murmullo de las aguas y en el gemido de la brisa, y en el rumor de las hojas, que Saldaña la maldecia, y lo que era aun mas cruel, que Saldaña idolatraba á Leonor. Y huía entonces hácia otra parte toda desatalentada, y asi, ya suspendiendo el paso, ya caminando con indecible precipitacion, se emboscó entre los pinos que estan á la derecha de Torre-Gutierrez, y alli se enmarañó y se perdió entre las sombras como un espectro errante.

Pero no habia andado muchos pasos cuando cayó sin aliento y rendida, y quebrantada con la fatiga, al pie de algunos árboles tan espesos que impedian en-

trase la luz de la luna. Allí, ya sin fuerzas y casi exánime, sintió un sudor frío que le helaba hasta los huesos sin cesar; por eso el ardor calenturiento que la abrasaba. Su cuerpo, débil y falto de alimento, no podia sostenerse, y el espíritu, trabajado y fatigado ya con tanto sufrir, no podia tampoco comunicarle mas ánimo. Cayó, pues, y no hizo ningun movimiento para levantarse, ni para mudar de postura, ni levantó la cabeza, ni gemia, ni podia llorar, y solo daba á conocer que vivia el incesante movimiento de su pecho, que parecia henchido de tormentos vivos que luchando en su centro unos con otros lo alborotaban.

Una luz á corta distancia que parecia andar sola se dscubrió que venia por el bosque hácia ella, ya á veces desapareciendo entre los espesos árboles, ya otras derramando su ondulante reflejo que aumentaba las sombras en vez de desvanecerlas, con un brillo tan pálido y moribundo como el de una vela amarilla. Nadie se veía; no obstante, la luz se acercaba, y en la imaginacion de la mora, cuyos ojos habia herido su destello una ó dos veces, aquella luz á tan escusada hora, y en aquel bosque, se presentó como cosa sobrenatural y del otro mundo. Quizá el angel Azrael, que compadecido de sus pesares venia á cortar el hilo de su vida: quizá... quien puede decir lo que se figuró, pensó y creó la enagenada Zoraida. Pero no por eso se levantó de donde estaba, sino que fijos los ojos fuera ya de sus órbitas en la misteriosa luz, miraba como demente, y tal vez, segun las imágenes que en su delirio inventaba, se descubria una sonrisa amarga como la hiel en sus labios trémulos y blanquecinos. La luz, empero, torció á un lado como si cambiara de senda, pero bien pronto

volvió á brillar, y una voz se oyó que murmuraba maldiciones entre dientes, y que en tono monótomo y como si rezara pronunciaba varias palabras mágicas ó tenidas por tales, y que en informes versos puestas, sonaban como el regaño sordo de un perro alano. Callaba en seguida como si esperara que alguno le contestase; pero sin duda no estaba de humor de responder el ser sobrenatural que evocaba ó no la oía, y la voz redobló sus conjuros. Tal vez se imaginó el encantador de la luz que habia ya recibido respuesta, y volvió á callar. Volvió entonces á andar la luz hácia donde estaba Zoraida, y un ente informe de estatura raquítica y consumida, imperfectísimo remedo de una muger, quizá una especie de animal nuevo, una vieja, en fin, de ojos de víbora, tan flaca como una cuerda, tan ruin como un mal pensamiento, y estropajosamente arrebujada en unos harapos, con una larga mecha de brea encendida en una mano, y en la otra una sarta de dientes de hombre, se presentó delante de la mora, capaz con su figura odiosa y repugnante de haber hecho creer que habia diablo al mas obstinado incrédulo.

Llevóse Zoraida dos veces ambas manos á los ojos, horrorizada de aquella vision que, á su parecer, habia salido del centro de la tierra en aquel instante, y prestándole fuerzas el miedo se levantó de pronto con intencion de huir. Pero no bien se habia puesto en pie, cuando recobrando su natural denuedo la miró de hito en hito, al mismo tiempo que el esqueleto ambulante, cuyos ojos relucian como los de un gato, la miraba con cierta diabólica malicia, y soltó una risada desagradable, muy semejante al roznido de un mulo.

—¿Qué haces aqui, linda niña?, le dijo con una voz

cascada como el sonido de una castañeta; y riéndose de nuevo continuó: no te asustes, yo soy la abuela Jila que vivo en Cuellar, y aunque me tienen por bruja todavia me creo tan buena como la que mas.

La sarta de dientes que llevaba en la mano izquierda resonó á un movimiento que hizo como el crugido de un hueso al romperse.

—Buena madre, respondió Zoraida, yo soy la mugei mas infeliz que existe, y he venido aqui sin saber adónde iba ni á qué.

—¡Pobrecita! replicó la bruja con su acostumbrada risa. ¿Y á mí qué me importa que tú seas infeliz ó no? ¡Ojalá que te veas pronto maldecida de todos como yo, y vieja y con arrugas, que yo también fui jóven y bonita, y ahora!.. ¿No eres tú la mora que quiere el señor de Cuellar?

—Sí, yo soy la que fue querida, replicó Zoraida con acento melancólico; yo soy la que fui feliz.

—¡Hola! ¿con que ya no te quiere, replicó la vieja y tal vez te ha echado de su castillo? Se cumplieron por fin, las maldiciones que yo te he echado. Pues, hija mia, ¡cómo ha de ser! ten paciencia y sufre.

Y despues de haber echado á Zoraida una ojeada de diabólica complacencia, la vieja infernal volvió la espalda é hizo ademan de alejarse murmullando estos versos:

Feas, lindas, ricos, pobres,
viejas, jóvenes, guerreros,
reyes, nobles y villanos
entran en un agujero
como hormigas
que la muerte con el pie
junta y apiña.

—Muger, gritó Zoraida con impetuosidad despues de una pausa en que el ansia de vengarse y los zelos dieron nuevo ánimo á su corazon, yo venia en tu busca: si te alegras de mis tristezas, ¿qué me importa? Yo no te he hecho nunca ningun mal, ni te he visto hasta ahora; quiere decir que no solo me aborreces á mí, sino á todo el género humano.

—Asi es, replicó la bruja; odio á los que creo felices, y rio y hago escarnio de los que son desgraciados, como otros lo hacen de mí y me persiguen.

—Pues bien, en ese caso yo quiero vengarme como tú, y mi venganza te debe á tí complacer, puesto que hará la desdicha de dos personas que tú aborreces. Dime qué tengo que hacer para lograrlo. Nada te detenga: llama á todo el infierno junto, preséntalo delante de mí con tus conjuros, oiga yo sus clamores, véngueme yo de la rival que detesto, y tuya soy desde ahora.

—Mucho fuego pones en tus palabras, replicó la vieja con un gesto que parecia otra vieja en lo desagradable. Has de saber que desde que se murió la tia Graja, hace ahora diez años, no se ha vuelto á ver el diablo por estos contornos, ni yo he montado en la escoba desde entonces, ni he dado paz al cabrío. Está esto muy mal, y hasta el amo nos desprecia, y van perdiendo su fuerza nuestros conjuros. Ya se ve, se ahorca ahora tan poca gente que es un dolor; toda la noche he tenido que andar por estos pinos buscando ahorcados á quienes arrancar los dientes, y solo he podido hallar cuatro ó cinco, y aun uno de ellos era ya viejo y le faltaban las muelas.

Era entonces costumbre, y lo fue por largo tiempo

en España, ahorcar de los árboles á los que la voluntad ó la justicia del señor feudal condenaba á muerte si eran villanos, y nadie ignora que las llamadas brujas prestaban ciertas virtudes á sus dientes y á varias partes de su cuerpo, de que se servian en sus supuestos hechizos.

—Pero, en fin, el hecho es, continuó la asquerosa vieja, que tú quieres maleficiar dos personas y vengarte de ellas, y hasta ahí alcanza mi poder, y en eso doy gusto á mi inclinacion. Una de ellas sin duda es el señor de Cuellar.

—No, repuso la mora con prontitud: yo le amo demasiado para querer hacerle directamente daño. Yo solo quiero vengarme de mi rival.

—¿Y quién es tu rival? preguntó la vieja; ¿no es la hermana del Castellano de Iscar?

—La misma, replicó Zoraida; esa es la que me ha robado su corazon, esa es la que ha llenado mi alma de amargura y desesperacion: sí, sobre ella caigan tus maldiciones; sobre ella sola, para que no la vea jamas en sus brazos el señor de Cuellar.

—¿Sabes tú dónde está? ¿tendrías tú un medio para hacerle tomar una bebida que yo te dé? preguntó la vieja mirándola fijamente.

—Si yo supiese dónde se halla... contestó Zoraida.

—En su castillo, sin duda, interrumpió la vieja con una sonrisa irónica; pero no te dé pena, esa muger no morirá en paz ni en su cama.

—Pero tú, insistió Zoraida, ¿no podrias llevarme adonde se halla?

—¿Lo sé yo acaso? replicó la vieja; y aunque lo supiera, ¿por qué te lo habia de decir? No señor, sufre,

que dia vendrá en que se cumplan todas las venganzas juntas, y en que los que ahora viven alegres lloren, y aquellos y aquellas que tienen asco de las pobres viejas, y pasan espetadas delante de ellas sin mirarlas, y que se creen infectadas con solo rozarse con las que son como yo, y las que ahora rebosan en hermosura y salud, dia vendrá, y muy pronto, en que salgan con los pies delante para el cementerio.

Diciendo esto la raquítica bruja dió á su rostro una espresion tan repugnante de alegría y de venganza que al mismo espíritu maligno le hubiera parecido desagradable. Zoraida no contestó, sino que dando algunos pasos hácia ella, aunque con repugnancia, le alargó algunas monedas, pensando que este seria el mejor medio de hacer adivinar y poner de su parte á la bruja.

Tomólas ella con avaricia, y mirándolas una tras otra á la luz, no parecia sino que nunca habia visto junto tanto dinero, lo cual era mas que probable. No sabia tal vez en dónde estaba Leonor, y menos aun podia hablar con acierto acerca de los sucesos futuros; pero era menester decir algo, y estaba demasiado habituada á servirse de la credulidad agena para titubear un momento. Quizá ella misma á fuerza de oir que la llamaban bruja, y acaso poseedora de algunos secretos, habia llegado en efecto á creer que tenia comercio con el demonio. Zoraida, crédula como todos los hombres y mugeres de su siglo, y además agitada de una pasion loca que puede hacer supersticioso al hombre mas ilustrado, la miraba como un oráculo, y esperaba con ansia saber cuál habia de ser su destino.

La bruja, pues, le hizo señas de que guardase silen-

cio, y habiendo arrancado algunas retamas les prendi fuego, profiriendo sordamente varias palabras, que n entendia ella misma sin duda, dando vueltas alrededo de la hoguera con mas rapidez que prometian su años mientras la llama tomaba vuelo. Paróse en segui da, y sacando del arrugado y cóncavo pecho un bol sillo de cuero que deslió sin dejar de gruñir entre dien tes, echó unos pelos al fuego y una especie de sain gordura de algun animal. Echóse en seguida al suelo y poniendo contra él la boca empezó á llamar á algu no primero en voz baja y despues en tono mas alto añadiendo á cada palabra una maldicion. Todos sus movimientos eran tan estraordinarios y ridículos, que hubieran podido llamar la atencion del hombre menos curioso; y su figura maléfica, que se divisaba como un espectro á la luz de la hoguera, el silencio de la noche, la luna, que oculta entre algunas nubes ceni cientas teñia el bosque de una especie de color de muerto, daba cierto carácter sobrenatural á aquella singular escena. La hoguera, sin embargo, se fue con sumiendo poco á poco, y cuando ya estaba casi es tinguida, la fatídica vieja se levantó y dió una patada con furia sobre las pocas ramas que aun ardian, como si quisiera vengarse de aquella manera del poco efecto que producian sus encantos.

—¡Ea, pues! dijo volviéndose hácia Zoraida, que ha bia observado cuanto habia hecho, y que mas de una vez habia sentido erizarse sus carnes, ¡ea, pues! demonios ya que desoís mis conjuros, ojalá que se conviertan á Dios, y eviten vuestras tentaciones cuantas almas hay en el mundo. Zoraida, el espíritu profético ha huido de mí, y no sé, ni acierto adónde está tu rival: solo sé que

un espíritu superior á los que á mí me sirven la proteje por ahora. ¡Maldito sea él! solo sé que él la libertó de las garras del Velludo. Quizá tú la volverás á ver algun dia. Tú tambien tendrás quien te proteja. Tal vez el de Cuellar te volverá á amar. Acaso...

La imaginacion de la vieja apenas podia ya inventar mas, ni suplir con profecías á bulto lo que ignoraba. Por último, y como inspirada de pronto, añadió:—Puede ser que algun dia te acuerdes de lo que has visto esta noche por tu desgracia, Es forzoso que nosotros nos volvamos á ver.

—¿Crees tú que Saldaña me vuelva á amar? preguntó Zoraida, á quien esta parte de la profecía habia conmovido y hecho temblar hasta las entrañas.

—¿La hembra del mastin no se ayunta con el lobo? respondió la pitonisa. Pero guárdate tambien que no te devore, guárdate, y teme que no maldigas algun dia la hora fatal en que te has hallado conmigo.

Pronunció estas últimas palabras con un eco de voz tan siniestro, y clavando al mismo tiempo en Zoraida una mirada tan fija y horrible, que hubiera podido intimidar al mas intrépido. La desdichada mora no pudo menos de estremecerse y sentir sus cabellos tiesos sobre su cabeza. En vano trató de esforzarse á preguntarla por qué: el temor habia helado su voz, y la fiebre que la devoraba la representó en su fantasía en vez de una bruja, mil que la amedrentaban con sus funestos presagios, y que la miraban del mismo modo. Tal vez la intencion de la vieja habia sido únicamente aterrarla, ya que no habia podido convencerla de su mágico poder; pero no obstante parecia que solo habia verdad en su último presagio, que era una amenaza que debia

cumplirse, y que aquella misma muger habia de tener parte en que se cumpliera. El tono de su voz y su mirada manifestaban quizá perversas intenciones para en adelante, quizá estaba ofendida y deseosa de vengarse de la mora, que habia presenciado la inutilidad de sus conjuros, y que podria publicar todo como habia pasado, y hacerle perder su fama. De todos modos habia un no sé qué de verdad en sus espresiones.

Zoraida entre tanto todo lo daba ya por cumplido, y cuando vuelta en algun tanto de su estupor quiso pedirla algunas esplicaciones de lo que habia dicho, la inesplicable vieja habia desaparecido.

A su entender se habia vuelto á sumergir en las entrañas de la tierra, de donde pensó primero que habia salido.

Entre tanto ya venia la mañana, el aire, mas fresco, halagaba las copas de los pinos, y el color de la aurora empezaba á pintar con su velo de nacar el horizonte. Las aves piaban, los arroyos murmuraban y se alegraban los campos. Todo respiraba el encanto de una alborada de estío, y el reposo y la paz, aun no alterada por el villano madrugador, podia compararse á la primer sonrisa de un niño. Solo Zoraida penaba, aterrada aun con el presagio de la impura vieja; pero su fiebre habia calmado, y cierta lasitud, producida por su anterior frenesí y lo mucho que habia caminado, era lo único que le quedaba de su locura. Parecia que el fuego de su corazon se habia enteramente apagado, ó por mejor decir, que su corazon á modo de un espíritu se habia evaporado, y que ya no le quedaba sentimiento para padecer ni gozar. Sus ojos estaban tristemente caidos, al color encendido de sus mejillas habia suce-

dido una palidez cadavérica, sus miembros flojos apenas obedecian á su voluntad, y en derredor de su boca la herradura de la muerte estaba estampada.

Aun no habia recobrado cabalmente su juicio, pero ya no era aquella imaginacion llameante la que mezclaba y arrebataba sus pensamientos, y como un herido falto de sangre y lánguidamente débil, solo veía colores, sombras, oía un confuso rumor, y el cielo y la tierra le parecia que habian cambiado de sitio. Todo á su vista aparecía mas alto, mas bajo, mas lejos, mas cerca de lo que estaba realmente. En su memoria se agitaban los sucesos de aquella noche como sueños casi olvidados, ó como los cuentos de la niñez. Figurábase á veces que eran cosas que habia oido contar, que habian pasado hacia mucho tiempo, y allá confusamente oía al mismo tiempo las palabras de la bruja, el canto satánico de los aventureros y el grito de los centinelas.

Examinábase á veces á sí misma en los intermedios que este segundo delirio le concedia, miraba al cielo inundado ya de ráfagas de luz hácia el oriente, consideraba la tranquilidad de los campos, y meditaba en la dicha que disfrutaban sus habitadores. De lejos ya llegaba á sus oidos la voz del leñador que arreaba su asno caminando al monte, el canto monótono de los segadores que aprovechaban la fresca, el grito del labriego en la era, y esta armonía, este bello despertar de la naturaleza le hacia penar de nuevo, y derramar lágrimas hilo á hilo.

—¡Oh, se decia á sí misma, yo soy la única infeliz entre tantos felices!

Parecíala al pensar esto que no era este mundo su

morada ni la había sido hasta entonces, sino que para mayor tormento suyo, una mano fatal la había arrancado de su centro y trasladádola allí para que pudiese comparar la gloria de aquel paraiso con el infierno en que tenia que vivir por fuerza, y que llevaba dentro de sí. Hallábase allí en medio del campo, al aire libre, á la luz del dia, tan turbada é incómoda como un rústico en medio de un magnífico palacio, ó mas bien sentia la fatiga del pez que se ve de pronto fuera de su elemento. En su interior oía una voz que le gritaba de volver al castillo; pero el dia entraba, y aun no se habia decidido á obedecerla. Por último, la parte de vida que le animaba venció su irresolucion, y la afligida Zoraida tomó la vuelta de la fortaleza.

Los trabajos del campo, propios de la estacion, habian despertado ya á los rústicos habitantes, y todo era vida y movimiento en aquella estensa campiña. Hubiera sido un espectáculo agradable sin duda para cualquier espíritu sosegado; pero Zoraida huía de los hombres, hubiera querido no oir sus palabras, y quería ocultar á sus ojos la calma y la hermosura de la naturaleza. Buscaba las sendas mas escondidas, los sitios mas sombríos, en fin, todo aquello que pudiera tener analogía con su alma.

Cuando llegó á la entrada subterránea que llevaba á las bóvedas del castillo, volvió la cabeza á mirar el sol, que como un escudo de fuego se levantaba y teñia el horizonte de mil vivísimos colores. Quiso fijar en él los ojos por un instante, y quedó tan deslumbrada y confusa, que dando un alarido se lanzó en la oscura bóveda de repente.

Hubiérase creido que era un ángel de tinieblas que

miraba la luz del sol, y despechado de no poder gozar de su hermoso brillo se arrojaba maldiciendo su suerte en el infierno.

Zoraida cansada, enferma de alma y de cuerpo, llena de visiones, de presagios, de memorias del bien pasado, y desnuda de toda esperanza, volvió por los secretos pasadizos por donde antes habia salido, y el ruido de las armas, los relinchos de los caballos y las voces de los soldados que barrian sus cuadras, limpiaban sus armaduras y vagaban acá y allá en los patios y corredores próximos al camino que ella llevaba, penetraban en su oido mezclados en un son tan confuso y desacorde que acabaron de trastornar su cabeza. Mas de una vez tuvo que apoyarse en la pared para sostenerse, y no supo ella misma el tiempo que estuvo en aquella actitud hasta que recobraba sus fuerzas. Las retorcidas escaleras que subia la mareaban, el castillo se le andaba, y cuando llegó á su cuarto, se encerró alli y se arrojó en su lecho, sintió un placer semejante al de una ave nocturna que, aturdida y ciega con el resplandor del sol, encuentra por casualidad el oscuro nicho que le sirve de asilo.

CAPÍTULO X.

Abrazan los escudos delant' los corazones,
abajan las lanzas avueltas con los pendones,
enclinaban las caras sobre los arzones,
batien los caballos con los espolones,
tembrar querie la tierra dod' eran movedores.

(Poema del Cid.)

¿Quién es aquesta dama religiosa?
.....
..... ¿Quién es la aflijida,
en igual grado bella y dolorida?

(Hojeda.) (Cristiada.)

Ya habrá supuesto el lector que el billete que entregó al señor de Cuellar su lindo page venia de parte de Hernando, que deseaba tomar venganza del que él suponia el robador de su hermana. En efecto, el tiempo, que segun el estado de nuestra alma vuela ligero como un relámpago, ó se nos figura que no se mueve, le parecia aquella noche al señor de Iscar que habia perdido sus alas, y cada minuto se le hacia un siglo. Tal era el deseo que le punzaba de venir á las manos con su enemigo.

Las tres de la mañana serian, y faltaban aun dos mortales horas para que llegase el momento prefijado

para el combate, y ya su voz habia despertado al buen Nuño, que á su vez habia despertado al Cantor, y éste á los demas habitantes de la fortaleza. Ninguno sabia el intento de su señor sino el capellan del castillo, que habia escrito la carta de desafio, porque Hernando de Iscar no sabia leer ni escribir, ó lo que es lo mismo, no era caballero letrado que se decia entonces, y solo era entendido en los ejercicios de caballería. Se habia confesado la noche antes, como era uso generalmente de los religiosos caballeros si habia lugar para hacerlo antes de entrar en batalla ó aventurarse á algun peligro, sin que en esto diesen pruebas de menos valor ó desconfianza en su buena suerte. Hernando, buen caballero probado en muchos encuentros, tenia fama de ser tan diestro ginete como ágil en todo género de juego de armas: sabia que su contrario el de Cuellar era una de las lanzas mas temibles de la cristiandad, y asi por esto, como porque interesaba á su honra, tenia intencion de proponerle en el campo se desarmasen el lado izquierdo, quedando de este modo espuesto á los golpes el corazon. Era de creer que Sancho Saldaña no titubearia un punto en acceder á su proposicion, y en este caso la muerte de uno de los dos, ó tal vez la de ambos, era de presumir inevitable. Pero esto le daba muy poco cuidado á Hernando, que ganoso de satisfacer su agravio, y educado desde su infancia en las armas, estaba acostumbrado á considerar un duelo á muerte como una especie de pasatiempo. Su buen Nuño, que no daba mas importancia que su amo á la vida de un semejante suyo si la arriesgaba en regla, y segun la ley de las armas, aunque no sabia el intento de su señor, sospechaba lo que podia ser, y le habia

aderezado ya su armadura, sin olvidarse de la suy propia, persuadido á que su amo tendria tal vez nece sidad de su compañía. Habia reñido con el poeta ma de veinte veces el dia antes, y hecho la paz otras tan tas, y estaba entonces pendiente aun su última riña cuando el Cantor, tarareando unos versos muy cono cidos en aquella época, se llegó á hablarle.

—¿A qué diablos, dijo Nuño, vienes aqui á hace ruido? ¿Te parece á tí que es esta hora para oir tu música?

—Yo no sé para lo que es hora, respondió el poeta pero sé muy bien para lo que vengo.

—Pues habla, y sé breve, repuso el enojado Nuño

—Asi lo fueras tú tanto como yo, replicó el Canto con calma, y no que cuando tomas la palabra no de jas hablar á nadie, y eres capaz de estarte charland tres dias; y al fin, si hablaras bien, pase, pero...

—Si vienes á chancearte conmigo, interrumpió Nuñ poco agradado de las finezas de su antagonista, t puedes ir con mil santos á buscar otro á quien cansa con tus necedades, porque yo no estoy ahora de hu mor de broma.

—Ve ahí como nos equivocamos cuando uno menos lo piensa, repuso el poeta, que se divertia en irritarle yo te creía ahora del mejor humor del mundo, porque aunque en tu cara no se conoce nunca cuándo estás contento...

—Sí, replicó Nuño con ira, sí, estoy para hacer co rrer tras de mí los chicos de la calle: ¿habráse visto impertinente igual? Sino fuera... ¡vive Dios!

—He sufrido tres interrupciones sin quejarme, con testó el poeta, y todavia no te he interrumpido á tí una

ola vez y ya te amostazas: hé ahí lo que se llama te-
ıer buen genio.

—Tengo el que me da la gana, replicó Nuño con
nucho enfado.

La conversacion llevaba trazas de acabar mal, al
nenos por parte de Nuño, si el poeta, que no tenía el
nenor deseo de quimera, no la hubiera hecho tomar
listinto giro diciendo:

—Con estos dimes y diretes, mi buen Nuño, todavia
ıo te he preguntado lo que queria, y lo que es mas
sencial que nuestras cuestiones. ¿Sabes tú por qué
lon Hernando te ha mandado que apercibas sus armas
ara esta mañana á las cuatro?

—No sé, replicó Nuño con sequedad.

—Vaya, si lo sabrás, continuó el Cantor. ¿Quién sino
ú lo ha de saber, que mereces toda la confianza de
uestro amo, y conoces y averiguas ademas cuanto
asa á veinte leguas á la redonda?

Era este justamente el flaco de Nuño, que aunque á
a verdad merecia mucha confianza á su amo, él la
onderaba y exageraba sobremanera, dando á enten-
ler que no hacia cosa que no le confiase y sobre que
o le pidiese de antemano su parecer. No sabia enton-
es nada de cierto, como hemos dicho, pero no le pa-
eció oportuno ni honroso disminuir su importancia á
os ojos de su antagonista, y estaba decidido á dar por
jo lo que suponia.

—Yo no averiguo ni trato de averiguar nunca nada,
te engañó mucho quien tal te dijo.

—Sí, replicó el Cantor, no averiguas, pero lo sabes
odo.

—Si lo sé, repuso el severo Nuño, no es porque yo

me meta nunca donde no me llaman, sino porque hac
muchos años que poseo la confianza absoluta de mi
amos. En prueba de ello, me acuerdo que pocos dia
antes de tomar el Arrabal de Triana en el sitio de Se
villa el año de 1240, que andaba muy callado entr
todos como es uso y debe ser cuando se trata de la
cosas de la guerra, y no sabia nadie la intencion de
almirante sino el rey y algunos de los caballeros ma
principales, y los demas andaban olfateando sin atin
con nada, mi amo me dijo: «Nuño, buen ánimo, qu
pronto va á haber barro á mano: cuando llegue el cas
lanza en ristre y confianza en Dios». Lo que yo in
terpreté que queria decir, Triana será nuestro mu
pronto.

—¡Por Dios, Nuño! esclamó el Cantor: ¿qué tien
que ver aqui la toma de Triana con lo que hablamos
que no te he interrumpido solo porque no te enc
jaras?

—Es verdad, repuso Nuño, pues como digo, entor
ces y otras veces, el año de 1260...

—¿Otra vez? ¡por Santiago! interrumpió el poeta.

—No me interrumpas, ó sino callemos.

—No te interrumpo, sino que no respondes acor
de, y me vienes á contar lo que importó saber á n
abuelo.

—Tienes razon: convino Nuño, quizá por la primer
vez de su vida, en hablando de mi amo, quiero deci
del padre de don Hernando, pierdo los estribos: y bien
pregunta, dí, porque tampoco me has preguntado nada
y mal te podia responder.

—Sí, te lo he preguntado ya, repuso el impacient
poeta.

—¿Como? eso no, replicó Nuño, y no creo que me taches tambien de falto de memoria.

—Está bien: no gastemos mas tiempo. Te he preguntado ó te pregunto ahora, como tú mejor quieras, ¿para qué ha pedido sus armas?..

—¡Ah! sí, me acuerdo, dijo Nuño, es verdad: en una palabra, parece que hoy ha determinado mi amo que el señor de Cuellar purgue de una vez los males que nos ha causado; á lo menos ayer le llevé yo un papel que me entregó el capellan, y es de presumir... ya ves.

—Sí; ¿pero no te ha dicho don Hernando nada? preguntó el poeta.

—Hombre... sí, y no, me ha dicho, y no me ha dicho, repuso Nuño titubeando; pero yo sé que hoy van á ver quién se tiene mejor á caballo, en buena ley y con buenas armas.

—Pues Dios ayude á don Hernando, porque el de Cuellar es ligero como el viento, y fuerte como una encina de veinte años.

—Quita allá, dijo Nuño. ¿Dudas tú del ánimo de don Hernando? Le he visto yo cuando apenas tenia diez y siete años sacar á un hombre de la silla, y llevarlo enhastado en la lanza como si fuera una pluma.

—Ya lo sé, replicó el Cantor, que don Hernando no cede á nadie; pero aqui entre nosotros, el de Cuellar es hombre mas vigoroso, y la suerte está indecisa.

—Puede ser, replicó el veterano: pero la rabia que le tiene mi amo suplirá por las fuerzas, y allá veremos, y hágase lo que Dios quiera.

—Amen, replico devotamente el Cantor: tienes razon, Dios proteje siempre la causa de la justicia; *yo pasé cerca del impio y le vi en medio de su grandeza,*

volví la vista y ya habia desaparecido. ¿Pero tú sabes, continuó, que don Hernando está equivocado, y que doña Leonor no está en poder de Saldaña?

—¿Pues entonces en dónde está? preguntó Nuño como sorprendido.

—La bruja, ó lo que sea, que anda por estos contornos, prosiguió el poeta, la sacó de manos de los ladrones la misma noche que la robaron, y á la verdad que no sé qué es peor.

—¿De veras? preguntó Nuño con muestras de mucho contento. Trae acá un abrazo; es la mejor noticia que podias darme, á no ser que me la dieras de que estaba ya en el castillo.

—Hombre, tú eres raro, dijo el Cantor, y no entiendo por qué te alegras tanto de mi noticia, porque á mí no me parece muy buena.

—Porque tú no conoces á esa que llamas bruja, que no lo es ni piensa serlo, sino un angel del cielo.

—Luego tú la conoces? preguntó el poeta.

—¿Pues no la he de conocer, si fué la misma que me curó mis heridas cuando hace tres años quedé por muerto en el campo, y ella me recojió y me cuidó como si fuera su hijo? Te aseguro que por la noticia que me has dado te sufro hasta que me interrumpas, y te perdono todas tus impertinencias.

—¿Y tú sabes sin duda dónde vive?

—No, replicó Nuño, porque entré sin sentido, y salí con los ojos vendados y ya de noche, de modo que aunque me levanté un poco el pañuelo para mirar no pude ver señal alguna de habitacion.

Aqui llegaban, cuando el señor de Iscar, habiendo oido al trompeta del castillo, que tocaba las horas,

marcar las cuatro con su instrumento, volvió á llamar á Nuño, é interrumpió su conversacion.

—¿Qué tal la mañana, Nuño? le preguntó su amo con aire de buen humor.

—Algo fresca está, replicó el veterano; las mañanas de este mes son frias por lo regular.

—Tanto mejor, repuso Hernando; á bien que luego entraré en calor. Tráeme mis armas.

Nuño salió al momento por ellas frotándose alegremente las manos, diciendo entre sí:—Gracias á Dios que se nos proporciona algo que hacer, que por Santiago creí ya que me iba á pudrir aqui, y á tomarme de moho como una coraza vieja; pero hoy va á haber golpes sin duda, y aunque no sé si me tocará á mí algo, presumo que ha de haber para todos. Hablando así, tomó en la sala de armas la armadura de su señor, y volviendo donde él estaba la puso en el suelo, y principió á vertírsela con mucha calma.

—Vamos, Nuño, date prisa, le dijo su amo á tiempo que le ceñia el espaldar. ¿Qué espada me traes?... La de mi padre, supongo.

—Sí señor; la misma, repuso Nuño, con la que mató á orillas del Guadalquivir al africano Aliatar, que me parece que le estoy viendo acercarse todos los dias á nuestro campo en un ravicano árabe que corria como el viento, vestido de una piel de leon sobre que dormia, y en menos de media hora derribar de la silla dos ó tres de los mejores soldados nuestros que salian á ginetear. Pero no le valió con don Jaime, que peleó con él delante del famoso Perez de Vargas, y le hizo rodar por el suelo como una bola.

—Pues esa espada quiero yo hoy, dijo Hernando, y

veremos si tengo tan buen pulso y acierto como mi padre.

Dicho esto, y armado ya todo sino la cabeza, caló un casco de bruñido acero de donde volaban infinitas plumas. Nuño le calzó las espuelas, y con brioso y marcial continente salió del cuarto con el mismo deseo y denuedo que si fuese á recibir los aplausos de la multitud y las miradas de las damas á algun lujoso torneo. La alegría mas pura brillaba en los ojos de Nuño al verle, y la memoria de su padre, viniendo de repente á su imaginacion, humedeció los ojos del veterano acaso alguna lágrima, que se limpió con el revés de la mano.

—Señor, le dijo viendo que Hernando no le decia que le acompañase, ¿y yo no tengo hoy en qué ocuparme? ¿Me he de estar mano sobre mano aqui en el castillo como una gallina clueca?

—Amigo Nuño, le respondió su amo, por hoy no necesito tu compañía; solo tengo que ir, y mi brazo me bastará con el ayuda de Dios.

—Pero señor, ¿y si acaso os sucede algo?...

—En ese caso será de mí lo que Dios quisiere, replicó Hernando; solo te encargo que si dentro de dos horas no estoy de vuelta, te llegues hacia la ribera del Cega, junto al molino, donde acaso me encontrarás.

—¿Y no seria mejor, volvió á insistir el fiel Nuño, que yo os acompañase hasta allí? No creais, aunque me veis viejo, que si se trata de venir á las manos tarde yo en enristrar la lanza mas tiempo que el doncel mas aventajado.

—Lo sé, repuso su amo, pero por hoy no puedes

venir conmigo: he prometido ir solo, y si alguno me acompañase correria peligro mi fama.

—Entonces id con Dios, dijo Nuño, y él os de tan buena ventura como mereceis.

Con esto llegó Hernando á su caballo, que con su caparazon de batalla estaba ya á la puerta del castillo, de mano de un escudero, y saltando sobre él con tanta soltura como ligereza, tomó de las manos de Nuño la lanza y el escudo que éste le alargó, diciéndole:

—Si acaso, ya sabeis, señor, que el golpe de la visera es seguro y de buen empuje: la lanza baja y levantarla de pronto: no hay mas que hacer. Me acuerdo...

Iba á contarle tal vez alguna historia de su mocedad, pero Hernando, metiendo espuelas á su caballo, salió á galope, y el veterano le vió atravesar el puente levadizo sin detenerse, bajar la cuesta, seguir su carrera en el llano, y desaparecer de allí á poco como una exhalacion á lo lejos entre los pinares, dejando detras de él rastros de luz de su armadura, herida en aquel momento del sol que empezaba á aparecer en el horizonte.

—Estos jóvenes de ahora, se dijo Nuño á sí mismo cuando le vió partir, quieren guiarse siempre por sí, y no las mas veces aciertan. No que lo diga yo por mi amo, que asi sabe manejar la espada como el caballo, pero... Allá va, que apenas le alcanza el viento: Dios te guie y te dé victoria sobre tu enemigo.

Murmurando asi entre dientes, volvió al castillo muy apesadumbrado de tener que quedarse sin presenciar el combate, y mucho mas de no poder tomar parte.

Entre tanto el señor de Iscar sin sosegar su carrera atravesó el pinar, vadeó el rio Piron, y poco despues llegó al sitio aplazado para el desafio. Era en la ribera

opuesta del Cega, camino de Cuellar, en una especie de plaza llana y desembarazada de árboles, desde donde se descubria á corta distancia una torre dependiente de aquel castillo, convertida hoy dia en una pequeña aldea llamada Torre-Gutierrez. Tendió la vista el señor de Iscar buscando á Saldaña, y viendo que no habia venido aun, lleno de impaciencia echó pie á tierra de su caballo, y sentándose sobre una piedra se puso á aguardarle, maldiciendo de todo corazon su tardanza. A cada momento se levantaba y miraba por todos lados por si le veía venir, acrecentando su ira cada minuto que pasaba, y ansiando cada vez mas el momento de pelear. Por una parte temia que siendo el billete anónimo hubiese despreciado á su autor, teniéndole por caballero de poco nombre é indigno de medirse con él; por otra recelaba si sabedor de quién era seguiria resuelto, como ya habia dicho otra vez, á no enristrar lanza contra el amigo de su juventud.—¡Hipócrita! esclamaba hablando consigo mismo. Tal vez quieres engañar aun al mundo, dando á entender que respetas los lazos de la amistad, pero tú no me conoces aun; yo te arrancaré la máscara y haré que te vean tal como eres. Puede ser que no vengas á la cita, pero guárdate, porque te he de encontrar aunque te escondas bajo de tierra, y te he de coser á estocadas delante del mismo altar de la Virgen. ¡El amigo de mi juventud! continuaba con ironía. Ya hace mucho tiempo que no somos amigos, y por lo último que has hecho juro no reposar hasta cumplir mi venganza.

Agitado de estos pensamientos, y temeroso ya de que no viniera, estaba dudando si le aguardaria mas tiempo ó le daria por cobarde y mal caballero, é iria á

su mismo castillo á injuriarle y á castigarle como á un villano. Pero aun no habian dado las cinco, y solo su impaciencia podia llamar cobarde á Sancho Saldaña, que estaba reputado, como hemos dicho antes, por uno de los mas valientes guerreros del partido de Sancho el Bravo. El señor de Cuellar, que no tenia los motivos de su contrario para abrigar contra él ningun mal deseo, y no sabia siquiera ni se imaginaba con quién tenia que habérselas, habia tomado el lance con la indiferencia apática que era el tipo de su carácter cuando no se trataba de sus pasiones y de martirizarse á sí mismo. Por esto á las cuatro y media de la mañana se habia hecho armar de su page con mucha calma, y montando á caballo, solo se encaminó, mucho mas combatido de sus remordimientos, esperanzas y disgustos, que pensativo del desafio, á un mediano trote al sitio que señalaba el billete. No habia dado apenas la hora, cuando el enojado hermano de Leonor le vió con mucho contento que venia á lo lejos en un poderoso caballo brillantemente armado con muestra triste, aunque animosa y guerrera. Su alta estatura y ancha espalda parecian darle ventaja sobre su contrario, que aunque robusto y vigoroso era mas pequeño de cuerpo, y de formas menos atléticas. Su caballo, negro como el azabache, era tambien mas ancho y de mas alzada, y aunque la lanza de Hernando mostraba bien á las claras la pujanza del brazo que la blandía, el hasta de Sancho Saldaña marcaba á su señor por hombre de fuerzas estraordinarias. Nadie al comparar los dos campeones, viéndolos frente á frente, hubieran supuesto ventaja en ninguno de ellos, porque si bien imponia el hercúleo continente y grave mole del señor de Cue-

llar, el desembarazo, soltura y agilidad de Hernando podian suplir por su falta de fuerzas y de estatura, siendo igual el valor de entrambos, igual su edad, y estando este último particularmente deseoso de pelear. Caló la visera Hernando viéndole que se acercaba, siendo su intencion ahorrar palabras no dándose á conocer, montó á caballo, y fijando la lanza en tierra le aguardó con serenidad. Sancho Saldaña, ensimismado como de costumbre, no habia siquiera levantado sus ojos ni visto á su enemigo, que le esperaba, por lo que la visera alta y puesta la lanza en la cuja siguió marchando sin avivar el paso de su palafren.

Si tendré yo que ir á avisarte que estoy aquí, se dijo entre sí Hernando picado de su indiferencia; y sin aguardar mas tiempo alzó la voz llamándole, no sin aguijar su caballo y avanzar algunos pasos mas, lleno de impaciencia, hacia él, para obligarle á que le mirara. Saldaña alzó á su voz la cabeza, y llegando junto á él hizo alto, le echó una ojeada desdeñosa de arriba abajo que redobló el corage del señor de Iscar, y despues de haberle mirado muy despacio le dijo:—Mucha gana teneis de pelear, señor desconocido, á lo que parece. ¿Teneis alguna dificultad en darme á conocer vuestro nombre, ó quizá sois caballero novel, y aun no lo habeis hecho bueno ni conocido?

—Mejor que el tuyo mil veces, repuso Hernando fijando en él dos llamas, que tal parecian sus ojos al través de las barras de la visera. Mejor que el tuyo, y me estraña que preguntes mi nombre cuando sabes que no es uso de buenos caballeros preguntarlo antes de combatir.

—Mas me estraña á mí, replicó el de Cuellar sin al-

terarse, que solo por lograr prez ó por alguna imprudente promesa hecha á tu dama, pues no creo que me llames aqui por otro motivo, arriesgues tu vida conmigo en sitio tan solitario, á no ser que estés loco ó trates de no quedar delante de gentes avergonzado de tu vencimiento.

—Saldaña, gritó Hernando, lanza en ristre, y ahorremos de palabras, que donde están las manos no hay para qué servirse de la lengua. Solo exijo por condicion que el vencido ha de declarar la verdad de lo que se le preguntare.

—Inútil me parece esa condicion, respondió Saldaña desdeñosamente, porque tú serás el vencido, y yo no tengo nada que preguntarte.

—Otra tengo tambien que pedirte, repuso el de Iscar, y es que nos desarmemos las platas, y ofrezcamos á los golpes el corazon. ¿Te parece mejor que la otra?

—Sin duda, respondió el de Cuellar con su acostumbrada calma; asi despacharemos mas pronto, y el golpe será más seguro.

Y diciendo y haciendo, se aflojaron entrambos las lazadas de las armaduras, dejando descubierto el lado izquierdo, y arrojaron al suelo las piezas que lo cubrian. Hecho esto caló visera Saldaña, embrazaron ambos los escudos, y volviendo sus caballos á un mismo tiempo con maravillosa presteza tomaron parte del campo, y puestos á igual distancia, sin aguardar otra señal que la de su deseo, arrancaron el uno contra el otro lanza en ristre á toda la violencia de la carrera, envueltos en una nube de polvo. Llegaron uno junto á otro sin detenerse, y se pasaron de claro, habiendo apenas la lanza del de Cuellar rozado en el brazo dere-

cho de Hernando, y tocando acaso la de éste en el muslo de su enemigo. Siguieron corriendo con el mismo ímpetu hasta llegar á cierta distancia, donde pararon, y arremetiendo segunda vez se desvanecieron de sus puestos con la rapidez del rayo, y la lanza baja amenazando hacerse pedazos. Este segundo encuentro fue mas acortado que el primero y ventajoso para el de Cuellar, que encontrando el hombro derecho de su enemigo caló el hierro de la lanza entre la quebrantada armadura hiriéndole ligeramente, y le hizo bambolear en la silla, porque habiéndose encabritado el caballo de Hernando al recibir el golpe, hubo menester su señor de toda su habilidad para sostenerse. Pero la tercera vez, encontrándose con la misma furia, fue tal la embestida y la cólera del de Iscar, que su lanza saltó al aire en mil astillas, y el caballo de Saldaña, que con dificultad pudo sostener el choque, cejó, cayendo dos ó tres veces del cuarto trasero sin poder apenas tenerse, aunque esto no evitó que su amo rompiese con la punta de su lanza la visera de su enemigo, dejándole tan trastornado y aturdido que estuvo á pique de caer en tierra.

Quedó entonces Hernando á cara descubierta delante de Saldaña, el rostro encendido como fuego, y lanzando sobre él con los ojos rayos de ira, disponiéndose á volver su caballo y á llevar adelante su desafío. Pero el de Cuellar, que al punto que le vió le hubo conocido, enderezó la lanza y la afirmó en la cuja, pidiéndole que se detuviera, y acercándose á él al paso de su troton,

—¡Hernando! le dijo con muestras de pesadumbre; ¿y eras tú el que me proporcionabas nueva ocasion para cometer un crimen?

—¡Vil hipócrita! le respondió el de Iscar mas encolerizado que nunca. ¿Qué llamas tú un crimen, tú, para quien nada hay que sea sagrado en el mundo, tú, despreciador de la religion, traidor, robador de mi honra... vuelve, vuelve á enristrar la lanza, que por Santiago, si no fuera vergüenza mia, no había de aguardar á que te defendieras para enviarte al infierno, sino que así mismo te habia de atravesar mil veces el corazon.

—Sosiégate, Hernando, repuso Saldaña con tranquilidad, sosiégate, y óyeme...

—Nada tengo que oir de tí, interrumpió el de Iscar, ni nada tienes que hacer sino defenderte y prepararte á morir.

—Óyeme, replicó el de Cuellar con aire hipócrita, y dime: ¿qué te he hecho yo? ¿Qué agravio has recibido de mi?

—¡Infame! interrumpió Hernando segunda vez; ¿tienes valor para preguntarme qué has hecho, mal caballero? ¿A dónde está mi hermana? ¿Quién la ha robado sino tú? Pero para qué pregunto nada, añadió con mas cólera; defiéndete ó te mato.

—Todo está ya perdido; ¡ella me aborrecerá! profirió entre dientes Saldaña. Y yo, ¡qué diablos sé de tu hermana! repuso en seguida con aspereza; la he querido poseer, ella habria hecho mi felicidad, no te lo niego; pero hasta el mismo infierno se ha mezclado para desbaratar mis planes... pero... yo no queria deshonrarte... tenia intenciones de casarme con ella, y no creo...

—Acuérdate de lo que te dijo mi padre, que nunca mi sangre se mezclaria con la tuya, replicó Hernando: no, nunca, yo lo juro, aunque me fuese en ello mi

vida, y sea yo mas vil que el siervo mas abatido, ma
deshonrado que un cobarde, y me vea despreciado
escupido del mas villano si tal consiento jamas. D
traidor, ¿dónde está mi hermana?

—Te he dicho que yo no sé, respondió Saldaña,
te juro por mi honor...

—¿Lo tienes tú acaso? interrumpió el de Iscar: de
fiéndete, ó te declaro por cobarde y hago llamar mi
mas viles criados para que te maten á palos.

—¡Hernando! dijo entonces Saldaña mirándole tor-
vamente, y rechinando los dientes. Solo á tu herman
debes no estar ya tendido á mis pies en pago de tu
insultos. Sí, continuó con desesperacion, solo al temor
de que Leonor me aborrezca si ve en mis armas la san-
gre misma de su hermano. ¿Pero ya qué importa? ¿No
soy ya aborrecible á sus ojos y á los de todo el mun-
do? Pues ven, y luchemos hasta que no quede señal de
que haya existido ninguno.

Diciendo asi echó pie á tierra de su caballo, trémulo
de furor, y habiendo invitado á Hernando para que hi-
ciese lo mismo, se arrojaron los dos al suelo á un tiem-
po, y echando mano á la espada uno y otro, se aco-
metieron con mas furia y mas empuje que nunca.
Voló al primer golpe en dos pedazos el escudo del se-
ñor de Cuellar, que abolló de un revés el casco de su
contrario, y tiráronse algunos golpes mas, que acaba-
ron de deshacer mutuamente sus armaduras. Pero el de
Iscar, cansado ya de tan largo combate, empezó á ju-
gar de punta, mientras el de Cuellar, mas forzudo, le
fatigaba y acosaba á tajos y cuchilladas. Hacia ya
tiempo que peleaban, y estaban heridos por mil partes,
sudando y faltos de aliento, cuando de repente Salda-

ña, arrojándose sobre Hernando, le tiró á manteniente un golpe tal sobre la cabeza, que dividió el yelmo en dos partes, y echando un rio de sangre por ojos, orejas y narices, le derribó en el suelo sin movimiento. Quedó Saldaña en pie, victorioso del desafio; pero su vista empezó de alli á poco á desvanecerse, quedó inmóvil, apoyándose sobre la cruz de la espada, sus miembros se estremecieron, inclinó lentamente el cuerpo hácia adelante, dobló las rodillas, hizo dos ó tres esfuerzos inútiles para llegar hasta su caballo, y dando un suspiro cayó en tierra cubierto todo de sangre, y privado por último de sentido. El suelo estaba lleno alrededor de ellos de piezas de sus armas, esparcidas acá y allá en la fuga de la batalla; la lanza que Saldaña habia dejado para echar pie á tierra cimbraba clavada de punta á un lado del campo, el aire mecia acaso las plumas que habian saltado de los abollados cascos, y los caballos sueltos por el campo se entregaban á toda la alegría que inspira la libertad, mientras sus amos, tendidos uno frente de otro envueltos en sangre, yacían inmóviles, midiendo el campo con sus espaldas. El de Iscar yerto, al parecer, sin respiracion, cubierto el rostro de sangre, y restañado en ella el cabello, tenia los ojos aun entreabiertos, la espada en la mano derecha á toda la estension del brazo, y la palma de la izquierda abierta posada sobre la cabeza: el de Cuellar, como un torreon caido, ocupaba mas espacio, tendido sobre el lado derecho, cubierto el rostro con la visera, levantando el pecho á intervalos con fatiga, donde mostraba una ancha herida poco mas abajo del hombro sobre el corazon, que abria y cerraba sus labios arrojando un caño de sangre á cada respiracion.

En este tiempo, llenos de inquietud en uno y otro castillo, especialmente en Iscar, el fiel Nuño y el adamado Jimeno al ver la tardanza de sus señores ya habian montado á caballo, y seguidos de algunos soldados se encaminaban con mucha prisa al sitio de la batalla. Venia Nuño con un triste presentimiento de la suerte de su señor; pero no queriendo dar su brazo á torcer ni aun á sí mismo, todo se le volvía buscar razones para esplicar la causa de su retardo. Dando prisa á los otros que le seguian, y al mismo tiempo hablando como tenia de costumbre, iba respondiendo á las preguntas que estos le hacian, mandándoles sin cesar que callaran, siendo él, mas que nadie, la causa de que siguiera la conversacion.

—Ya os dicho, decía, que aguijeis y no me preguntеis mas: vamos, ¿qué diablos teneis, que no parece sino que habeis puesto una arroba de hierro á esos caballos en cada casco? ¡Cómo ha de ser! El amo, sin duda, se habrá detenido á componer alguna pieza de su armadura; y ademas, qué se os importa á vosotros; cuando no ha vuelto tendrá que hacer. Cuántas veces sucede que se le cae una herradura á un caballo, y tiene un hombre que echar pie á tierra y... toma, y toma, y otros mil percances: vamos, ¿por qué no andais al trote? ¡vivo! que no parece sino que teneis que pararos para hablar. En diciendo que os da por charlar pareceis una tarabilla. Lo que mas me alegro es que no haya venido el Cantor á interrumpirme y á fastidiarme. El pobre quería venir, pero yo no le he dejado; está lleno de cuidado por don Hernando... Pero sí, buen cuidado hay que tener; el niño no sabe andar solo... Entre todos cuantos calzan espuela no hay uno mas

animoso que él, ni que sepa mejor arrendar un caballo. Y... ¿quién sabe?... tal vez... ¡pero qué! el que no le conozca como yo puede pensar lo que quiera, pero yo... Sí, lo mismo le veria yo peleando con tres de los mil ginetes africanos que trajo el rey de Marruecos, que si le viera paseándose en una feria. En fin, cómo ha de ser, allá veremos: adelante, muchachos, no hay que embobarse.

Asi sin dejar de hablar, cuidadoso y metiendo prisa, atravesaba entonces el bosque, desesperado de no poder correr la legua que le quedaba con la ligereza del pensamiento. Jimeno por su parte, aunque mas cuidadoso de parecer bien que de lo que habia sucedido á su amo, no dejaba tambien de aligerar el paso, aunque sus reflexiones entonces tomaban muy distinto vuelo que las de Nuño. Pero todas estas disposiciones hubiesen sido tardías y de nada habrian valido á los caballeros, en particular á Saldaña, que por instantes se desangraba, y á quien hubieran hallado muerto sin duda, si el cielo no les hubiese deparado un socorro mas eficaz que cuantos podían aguardar de sus escuderos.

Una muger cubierta toda de una especie de dominó negro, ó de hábito con capucha, teniéndola echada en este momento hácia atrás, estaba de rodillas junto á Saldaña deteniendo la sangre de su herida con un lienzo blanco como la nieve, y le habia levantado la visera y quitado el casco para desahogarle. Su rostro pálido y mas ajado por el dolor y la penitencia que por los años, pues no parecia tener arriba de veinte y dos, tenia un no sé qué tan angelical y amoroso, que cautivaba y enamoraba con su ternura. Pero el sentimiento

que inspiraba era mas dulce y respetuoso que ardiente y apasionado, porque sin duda los pasatiempos de aquella jóven no eran de este mundo, y su alma ya habitaba en las celestiales mansiones de la paz y de la eterna felicidad. Su languidez, la ternura, el corte ovalado de su semblante, y sobre todo el velo místico, la mágica nube que hacia imaginar que la rodeaba, habria hecho doblar la rodilla al mas profano y adorarla como una divinidad. Todo parecia ya tributarla el homenage que merecia, el aire mecia blandamente sus abandonados rizos, mientras que el sol, reflejando allí sus rayos, doraba sus cabellos de un color de oro suave, y parecia coronarla con la aureola de los habitantes del paraiso. Tenia los ojos dulcemente fijos en el moribundo señor de Cuellar, y á cada instante acercaba sus labios á los suyos para recojer su aliento, pulsándole y registrándole las heridas, sin dejar por eso de acudir á Hernando de tiempo en tiempo, á quien habia lavado ya el rostro con el agua fresca del rio, pero sin que ni uno ni otro diesen muestras de volver en sí, no dando mas señal de vida que en su angustiada respiracion. El rostro de Hernando estaba morado como un lirio, con algunas manchas negras de la sangre que allí se le habia agolpado; y Sancho Saldaña, pálido como un cadáver, tenia aun fruncido el entrecejo, los ojos abiertos y el labio inferior cogido entre los dientes, mostrando la ira que los insultos de su contrario habian encendido en su corazon.

La hermosa desconocida, tan pronto ausiliando á uno, tan pronto á otro, si acaso manifestaba mas amor á Saldaña, no tomaba menos interes por el señor de Iscar, cuidando á entrambos con la misma piedad y la

ernura misma que si viese á su hermano en cada uno
e ellos. Ya les habia dado los socorros mas necesa-
ios, y sentándose junto á Saldaña, mientras le arregla-
a un nuevo vendaje dijo mirándole con cariño:

—Gracias doy al cielo que me ha enviado aqui para
brarte de la muerte del pecador. ¡En qué estado ibas
presentarte ante el tribunal de Dios! ¡Las penas eter-
as te aguardaban presentándote asi, lleno de críme-
es, impenitente! Mil maldiciones te seguian, cuyos
nprecadores hubieran ido alli tambien para acrimi-
arte. No yo, no; muchos agravios me has hecho, mu-
ho mal me has causado; pero nunca te he maldecido,
l contrario, á pesar del mal trato que he recibido de
, todo te lo he perdonado, porque al fin hartas maldi-
iones te han atraido tus desaciertos. Yo no he hecho
ino llorarlos.

Un suspiro que exhaló Saldaña en este momento
nterrumpió sus palabras. Y volviendo á mirarle, le vió
brir y cerrar los ojos, aflojar los dientes y mover ape-
as un brazo, señales todas de mejoría, y que hicieron
orecer una sonrisa de esperanza en los labios de la
esconocida. Hernando hizo tambien algun movimien-
o que la obligó á acercarse á mirarle, y abriendo des-
ues los ojos volvió en sí persuadido, en el delirio de
u imaginacion, que estaba aun combatiéndose con
aldaña.

—¡Hipócrita! decia con voz tan ahogada que ape-
as se le entendia: defiéndete... te daré la vida si me
onfiesas adónde has ocultado á mi hermana... ¿llora?...
no la oyes? ¡Ah! ya está aqui, ya, ya la libré de ese
niserable. ¡Pobre Leonor!...

La desconocida parecia enternecerse á cada palabra

de Hernando, que viéndola á su lado la habia tomado por su hermana, y se regocijaba de verla.

—No, Hernando, le respondió la dama cuidadosa de su salud, yo no soy tu hermana, pero puedes vivir tranquilo; Leonor está segura y libre de sus enemigos. No tardarás en verla á tu lado.

—¡Ah! esclamó Hernando haciendo un esfuerzo para levantarse, que no pudo lograr, y arrodillarse delante de ella: tú, angel del cielo, tú, que has bajado para dar esperanza á mi corazon, si lees en el de los hombres, verás en el mio que el deseo mas noble y mas digno de un caballero me ha movido á buscarla, juntamente con la amistad de un hermano. Habla, di ¿dónde está?...

Iba á responderle la desconocida, cuando sintiendo tropel de caballos que se acercaba, se levantó de repente, y cubriéndose el rostro con la capucha huyó prontamente á esconderse entre los pinares.

—Id, seguidla, gritó Hernando á Jimeno, que se acercaba; ella sabe adónde está Leonor.

—¿Quién? dijo el page; este hombre está delirando.

—Sí, alli va, esclamó el viejo Duarte persignándose ligeramente. ¡Es la maga! ¡ya desapareció!

Llegó Nuño de alli á un momento, y habiendo ambas tropas héchose cargo de sus señores, los acomodaron en unas andas que traían preparadas para el efecto, y paso á paso dieron la vuelta cada cual á su fortaleza.

CAPÍTULO XI.

Mas ¡ay! de aquel que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena,
la pesada cadena con que el mundo
oprime á sus esclavos.

(Jovellanos.)

Optabam esse anathema pro fratribus meis.

(San Pablo ad Rom. 9.)

A poca distancia de la cueva de los bandidos, y bajando las riberas del Piron, habia habido en los siglos del paganismo un soberbio templo de piedra, erigido sin duda por los romanos en honor de alguna deidad á quien habian consagrado aquel sitio. El furor de los siglos, y acaso la mano del hombre, mas destructora que la del tiempo, habia ido poco á poco demoliendo este monumento de la grandeza de aquellos conquistadores, y en la época de esta historia no quedaban ya otros vestigios aparentes que algunas piedras cubiertas de musgo, alguna columna rota ú otra infeliz muestra de su antigua magnificencia. Una parte de él sin duda en algun terremoto se habia hundido debajo de tierra, habiendo desaparecido de modo, que nadie habria po-

dido sospechar siquiera que entre aquellos escombros mansion al parecer únicamente de inmundos insectos estuviera oculta una habitacion, capaz bastante para servir de abrigo á algunos hombres en caso de necesidad. Pero una piedra facil de remover daba entrada á un arco oscuro que debajo de tierra tortuosamente se prolongaba hasta llegar á una espaciosa bóveda octangular, asilo tal vez en otros tiempos de algun religioso ermitaño, y no tan abandonada ahora que no se conociese que servia aun de lo mismo. Con todo el adorno de esta sepultura, si tal puede llamarse habitándola cuerpos vivos, probaba que quien la habia elegido en este tiempo por su morada miraba poco en las comodidades del mundo, y solo pensaba en la salud del alma y en el retiro. Un crucifijo de madera groseramente trabajado, estaba con dos clavos sostenido de la pared; delante de él y á sus pies venia á parar una lámpara que pendia por una cuerda del techo y á todas horas mezclaba su moribunda luz con la que escasamente el dia reflejaba en aquella estancia. Una pila de agua bendita en un ángulo de la bóveda, unas disciplinas salpicadas de sangre y un cilicio colgados de la pared, una cama de paja y algunos escaños de madera sin pulir completaban los muebles de este ignorado asilo del arrepentimiento. Pero ahora tal vez se notaba mas cuidado y compostura en el arreglo de la habitacion. La cama de paja parecia mas mullida y recojida que de costumbre, y algunos manjares, aunque pobres harto lujosos para quien se mantiene de lágrimas y de ayunos, daban á conocer que la persona dueña de aquel recinto habia recibo un huésped á quien trataba de festejar.

En efecto, la maga, como la llamaban en las cercanías, no habia descuidado nada de lo que estaba á su alcance, y que pudiera en algun modo minorar la molestia y pobreza de su mansion. Aqui fue donde Leonor, siguiendo los pasos de su misteriosa conductora, y obedeciéndola mas por temor que llevada de su voluntad, llegó la noche que en medio de la tormenta la libertó de manos de los bandidos. Ellas fueron las que pasando junto á Nuño le hicieron creer que era el guia que habia desaparecido; y Leonor, cerca de su fiel vasallo sin saberlo, fue tomada en la imaginacion de éste, á tiempo que trepaba con la maga á la altura donde estaba la entrada de su retiro, por el cuerpo del halconero volando á toda prisa camino de los infiernos. Iba Leonor demasiado sobresaltada para preguntar nada á su conductora, y cuando entraron en la bóveda, los diferentes sucesos del dia, el susto pasado, la duda de su situacion, y el miedo de aquel espantoso espectro, cuya desollada mano, fria como la losa de un sepulcro, tenia asida fuertemente la suya, oprimieron su corazon á un tiempo, de modo que no pudiendo llorar, ni respirar siquiera, fijó en ella los ojos con espanto á la débil luz de la lámpara, dió un suspiro y cayó desmayada sobre el escaño, donde le hacia señas que se sentara. Tantas sensaciones crueles, tantos sustos debilitaron sus fuerzas, encendieron su imaginacion, y la afligida dama, asaltada de una fiebre ardiente, habia pasado en un continuo delirio los dias en que tanto Saldaña como su hermano habian suspirado por ella buscándola con tanta ansia, aunque por tan diferentes motivos. Pero la Providencia, lejos de abandonarla, no contenta con haberla proporcionado una tan milagrosa

libertadora, hizo que hallase en aquella misma fantasma, que fija en su memoria le aterraba aun en medio de su delirio, la enfermera mas cariñosa. Una mano benéfica mejoró su salud suministrándola las medicinas mas necesarias, y mas de una vez hirió su oido una voz llena de suavidad y se le figuró en medio de su enagenamiento de espíritu que habia visto junto á sí algunas veces un angel que la consolaba. Al cabo de tres dias la calentura fue poco á poco disminuyendo, se disipó la confusion de su entendimiento, y Leonor, ya mas tranquila, se encontró sola y acostada sobre la paja, y mirando á su alrededor examinó el cuarto donde se hallaba.

La luz de la lámpara, la vista del crucifijo y la oscuridad de la bóveda no dejaron de sorprenderla por un momento, y olvidada de cuanto le habia sucedido, y no pudiéndose dar razon de cómo habia venido á aquel sitio, casi estuvo por creer que habia muerto ya para el mundo, y la habian enterrado en vida. Miróse á sí misma con asombro refregándose los ojos y tentándose por si dormia, y como por mas que hacia no podia adivinar cómo se encontraba alli sepultada, pensó un momento que todo aquello era un sueño ó un capricho de su fantasía. Pero aclarándose poco á poco sus ideas, empezó á recordar una tras otra cada una de sus desventuras, y completando el cuadro de todas ellas, recordó no sin temor la tormenta, la pavorosa fantasma, y reconoció la lámpara á cuya luz la habia visto en aquella misma caverna poco antes de desmayarse. Esta última reflexion no pudo menos de horrorizarla, pensando que aquella vision infernal vivia con ella, y que era sin duda su única compañera; pero

á despecho de su preocupacion, la vista del crucifijo y de los dos instrumentos de penitencia, el cilicio y la disciplina, asegurándola de sus temores, la hicieron tomar nueva esperanza, pensando que cualquiera que pudiese ser la persona que alli vivia, sus sentimientos eran religiosos, y que ya no la haria ningun mal quien la habia tenido tanto tiempo sin hacérselo en su poder.

—¿Qué miedo puedo tener, se decia á sí misma, de quien sin duda me ha cuidado en mi enfermedad, y sólo ha tratado de hacerme bien? ¿Acaso si esta habitacion no ofrece comodidades, no inspira una santa veneracion? No hay duda que fue algun angel el que me salvó de manos de los ladrones, y tomó aquella espantosa forma solo para aterrarlos. Pero si fue un amigo, ¿por qué no ha avisado á mi hermano para que viniese, ó enviase algunos criados que me trasladasen de aqui al castillo?

Combatida de estas reflexiones, no acertaba á decidir entre sí si era enemigo ó amigo su libertador, ya afligiéndose, ya consolándose, terminando solo sus incertidumbres y calmándolas en algun modo el pensamiento de que al cabo no se hallaba en poder de un impio, enemigo de su religion. Alzó su mente á Dios, y despues de haberse conformado devotamente con su voluntad, empezó de nuevo la curiosidad á punzarla cada vez mas, deseosa de saber quién era el dueño de aquella estancia tan triste.

—Daria, dijo, no sé qué por saber á quién tengo que agradecer el cuidado que de mí ha tenido.

Y levantándose y registrando á un lado y otro, no vió mas salida que un arco medio hundido á un lado de la habitacion, pero tan oscuro, y amenazando ruina

de tal manera, que no se atrevió á aventurarse por aquel camino. Llegó con todo dos ó tres veces mirando con curiosidad y retirándose con espanto, temerosa de hallar con el espectro aterrador que alli le habia conducido, y que ella se figuraba ver en cada sombra que ondulaba al reflejo trémulo de la lámpara. Por último, imaginó que veia una figura negra que se acercaba, cerró los ojos, volvió á abrirlos, y creyéndola ya mas cerca huyó de alli al momento, y sin volver la cabeza atras de miedo, se arrodilló temblando delante del crucifijo. Hacia un rato que estaba asi cuando repuesta de su temor, y dando por una ilusion la figura que la habia asustado, volvió la cara y halló detras de sí, en pie, inmóvil, el bulto negro. Estremecióse al verle sobrecogida; pero volviendo á mirarle creyó que ya otra vez le habia visto, y que debajo de aquella almalafa negra iba encubierta la misma muger que le habia anunciado su peligro el dia de la caza junto al monasterio. Esta idea le hizo cobrar ánimo, y levantándose le preguntó:

—¿Quién eres tú, que parece que te deleitas en asustarme?

—Soy, le respondió la misma voz dulce que entonces la sorprendió tanto, el instrumento de que Dios se ha servido para libertarte á tí y estorbar un crímen al pecador. No temas nada de mí, pues yo solo, cumpliendo con la voluntad del Señor, he tratado y trato de hacerte bien: soy la que ya no es conocida en el mundo, y la que tú has olvidado en tu corazon.

—¿Por qué usas conmigo tanto misterio? le preguntó Leonor con algo mas ánimo: si tu nombre me es conocido, ¿por qué me lo ocultas? ¿por qué me escon-

des tu rostro? Si temes que lo declare en el mundo, yo te juro por la honra de mi linage de callarlo hasta el fin de mis dias, y no confiar á nadie que te he conocido, ni aun á mi mismo hermano. ¿O has cometido algun crímen y temes por eso decirme cómo te llamas?

—Mis faltas, respondió la fantasma, han sido solo para con Dios, cuya bondad sin duda me las perdonará, y ningun ser en el mundo puede quejarse de mí. Hubo un tiempo, Leonor, en que la vanidad agitaba mi corazon, en que pude pagarme de la hermosura de mi cuerpo, y descuidé acaso la de mi alma; pero esto no es un pecado para con el mundo. Mi nombre fue ilustre, y yo fundé impiamente mi gloria en el valor de mis ascendientes, sin fundarlo en mis méritos para con Dios; pero hace ya tres años que mi mansion es ignorada del hombre como la guarida del lobo, que he ocultado mi rostro como el vergonzoso: mis dias pasan en la penitencia y en la meditacion, y he arrancado mi pensamiento de la tierra, y despreciado las comodidades que mis riquezas me prometian, para elevar aquel únicamente á Dios, y trocar estas por las eternas. Desde entonces, tú y todos los amigos del mundo me han olvidado, y yo he muerto para ellos en mi soledad.

La uncion religiosa de su discurso, su imponente presencia y la magestad melancólica de sus palabras inspiraron tal respeto á Leonor, que de haberla creido poco antes un espíritu del infierno, pasó á imaginarse que estaba delante de una santa, á quien solo faltaba morir para ir á sentarse en el paraiso. Postróse ante ella, y quizá le hubiese tributado adoracion si la maga, levantándola con dulzura, no la hubiese hecho avergonzarse de su intencion.

—Alzate de ahi, Leonor, le dijo; yo soy una pecadora como tú; y para que te desengañes y veas que no hay otro misterio que el que me fuerza á guardar un voto hecho por la salvacion del alma de un hombre, aun no saciado de sus delitos, mirame bien y reconóceme de una vez. Diciendo esto, se echó atras la capucha que le tapaba el rostro, y quedó descubierta delante de ella.

—¿No me conoces? prosiguió viendo que Leonor la miraba atónita sin hablarle ni recordar su fisonomía: seis años hace que no nos vemos. ¿Es posible que ya no te acuerdes de Elvira de Saldaña, la hermana de Sancho Saldaña, ó por mejor decir, la compañera de tu niñez?

—¡Elvira mía! ¿Eres tú? esclamó Leonor loca de alegría de haber hallado una amiga en su libertadora, echándola los brazos al cuello para estrecharla en su corazon.

Elvira la miró con cariño, dejándose abrazar de su amiga; pero sus ojos manifestaban la tristeza, y con los brazos caidos no la devolvió ninguna de sus caricias.

—Retírate, Leonor, la dijo con sentimiento, separándola con entereza, y no hagas con tus estremos que renazca en un corazon entregado enteramente á Dios ningun sentimiento mundano.

—¡Tú me arrojas de tí! esclamó Leonor sorprendida. ¿No eres ya mi amiga? ¿No me amas ya, ó acaso la enemistad de nuestros hermanos ha hallado tambien cabida en tu corazon?

—La amistad y la enemistad de los hombres, repuso Elvira con solemne y religioso ademan, sus odios, sus

pasiones, las sensaciones profanas de la ternura, nunca habitaron en el alma que se alimenta solo de las dulzuras espirituales, y que ya en la tierra se desprende de su deleznable cuerpo, y se eleva á contemplar la imágen de su Hacedor. No que la mia haya llegado aun á este grado de enagenamiento celeste á que alza Dios las almas de sus elegidos: no, todavia conozco en mí la debilidad de la criatura, prosiguió llena de emocion y sin poder contener una lágrima á su pesar: yo amo aun en el mundo: yo no he podido romper todavia los lazos de la sangre y de la amistad que hicieron las delicias de mi juventud: yo amo aun á mi hermano: amo al asesino del justo, del santo sacerdote que consoló á mi padre en la agonía de la muerte: yo te amo á tí tambien, Leonor, á tí, la amiga de mi infancia: me he descubierto á tí; he permitido que me abrazaras, no porque no conozca que he pecado faltando al voto que contrage delante de los altares... Dios me perdonará: yo ya no podia contenerme.

Atónita Leonor, habia contemplado la fisonomía de Elvira mientras hablaba, y sus ojos, brillantes con la luz de la inspiracion, su semblante magestuoso, y en que reflejaban al mismo tiempo uno por uno los distintos afectos que en su alma se combatian, la habian sorprendido de modo, que la alegría del primer momento se trocó en un respeto místico hácia su amiga. Con todo, las últimas palabras volvieron á despertar en su corazon los sentimientos de la amistad, y el enagenamiento con que Elvira las habia pronunciado le inspiró el dulce deseo de tranquilizarla.

—No sé, le respondió, qué votos son los que te obligan á ocultarte y vivir sola en esta especie de se-

pultura; pero pues Dios permite que en tu corazon abrigues aun un resto de ternura hácia tus amigos, y algun dulce recuerdo de lo que hizo en otro tiempo tu dicha, ¿por qué temes entregarte á sensaciones tan inocentes? He oido decir á los sacerdotes que Dios nos deja ese consuelo en todas nuestras adversidades.

—El único consuelo del santo, repuso Elvira recobrando su tono imponente, debe buscarlo en el Todopoderoso, y no en los consuelos pasageros de sentimientos terrenos, robados á la divinidad, en quien deben emplearse todos los de nuestra alma. Pero tú hablas por boca de Satanás, y tus palabras afectuosas tratan de seducirme. Yo he provocado la tentacion con descubrirme á tí. Tu discurso es inspirado sin duda por el enemigo.

—Te protesto, replicó Leonor atemorizada de oirla, que te he hablado con inocencia, y que he creido hacerte bien y sosegar tu conciencia diciéndote lo que creo. Yo no puedo imaginarme que sea un crimen amar á mis semejantes.

—Amarlos en Dios, no en ellos, esclamó Elvira con fanática indignacion. Pero tú no sabes lo que dices, añadió con mas suavidad; ¡y con todo es tan dulce ser amado de sus semejantes y amarlos!!!

Elvira quedó un momento suspensa, bajó los ojos, y derramó algunas lágrimas en silencio, mientras Leonor, sensible á sus emociones, la correspondia con su llanto entre intimidades y enternecida. Duró esta escena muda algunos minutos, hasta que Elvira, dominando su turbacion, levantó su hermosa cabeza con gravedad, alzó sus ojos al cielo, y esclamó:

—Dios mio, perdonadme si aun doy oidos al lenguaje de los mundanos; perdonadme si he cedido un

momento á las instigaciones de mi flaca naturaleza.—
Leonor, prosiguió volviendo á ella sus ojos cubiertos
de lágrimas y mirándola con agrado, yo te amo, y yo
he pecado por tí. Tres años hace que no me ha dirigi-
do su voz ninguna criatura humana, rara vez he visto
la luz del sol, mi única habitación en la tierra es esta
tumba, mi alimento las lágrimas de la penitencia, mi
cama el suelo, el alivio de mis pesares el ayuno y la
disciplina, y Dios ha sido mi único compañero en la
soledad. Tanto tiempo desterrada del mundo, tantas
macaraciones no han bastado aun á fortalecer mi alma:
miserable vaso de perdicion!!! Yo ofrecí delante de los
altares sacrificarme en vida á Dios para salvar á mi
hermano del infierno que le amenazaba. Yo le ví, yo le
veo aun sordo á la voz de mi padre moribundo que le
llamaba para darle su última bendicion, negándose á
recibirla, embriagado en los deleites de su manceba, y
maldiciendo al siervo que le interrumpia en sus place-
res para llamarle. Yo le ví cuando furioso, hirviendo
en toda la cólera del infierno, alzó el puñal, guiado por
los demonios, y lo hincó en el corazon del sacerdote
que piadosamente le reprendia. Yo le ví despues, cu-
bierto aun de sangre, reposarse en brazos de su Zorai-
da, y oí su risa y sus carcajadas emborrachándose en
el festin. El infierno se estremeció de júbilo, y los de-
monios alargaron sus manos para coger su presa; yo
los oí que reian, y me horroricé. Entonces me postré
delante de Dios, oré por el pecador, y ofrecí sepultar-
me en vida, cubrir mi rostro, y alejar de mí todas las
vanidades del mundo para espiacion de los crímenes
de mi hermano. Desde entonces cambié mis galas por
el cilicio, troqué la blandura de mi lecho por un poco

de paja, comí las raices de los árboles, los frutos si
vestres, y traté mi cuerpo como á un animal inmund
Víme odiada y maldecida de los habitantes de las cer
canías, creida bruja, y mirada como un agente de Sa
tanás; y yo para mas humillarme, y contener al mism
tiempo la curiosidad de las gentes con el temor, adul
su credulidad confirmándola con mi apariencia. Porqu
no solo prometí no cuidar de mi fama, sino que tam
bien ofrecí esponerla á las lenguas de las gentes y su
frir el oprobio con humildad. ¡Pero ah! ¡cuánto me h
costado vencerme, cuántas veces ha resonado en m
oido la voz de Satanás, que me incitaba á faltar á mi
votos para con Dios, y he querido volver al mundo
lisonjear mi vanidad publicando mi penitencia, y real
zar de nuevo los dulces vínculos de la sangre y de l
amistad que rompí para desterrarme, destrozando m
corazón! Yo recordaba, á pesar mio, los primeros dia
de mi juventud, y mis ojos se cubrian de lágrimas; y
habria dado el resto de mi vida por un momento d
consuelo, solo porque la mano de un semejante mio
aunque fuese desconocida, hubiera enjugado una ve
el llanto de mi amargura. El sol, que derrama su lu
para todos, estaba oscurecido para mí en esta bóveda
y si acaso alguna vez vivificaban sus rayos mis miem
bros yertos y debilitados, mi vista inspiraba el terror
los habitantes de las cercanías que huían delante de mi
y no hallaba una mirada de afecto, una muestra siquier
de lástima que compensase mis privaciones. ¡Ah! ¡tú n
sabes cuán duro, cuán amargo es este aislamiento de
mundo, cuán triste es verse aborrecida sin merecerlo

El sentimiento íntimo con que pronunció estas pala
bras mostró mas que nunca en este instante su agita

cion. Sus ojos se inundaron de lágrimas, inclinó su rostro al suelo con una espresion peculiar de tristeza y de santidad, y puesta una mano sobre el corazon, como para aliviar el dolor que la atormentaba, largo tiempo quedó sin poder hablar, interrumpiendo el silencio que reinaba alrededor de ella solo con sus sollozos y sus gemidos. La soledad y la lobreguez de la bóveda alumbrada apenas por la lámpara que ardia delante del crucifijo, y sobre todo el tono, ya místico y melancólico, que habia dado Elvira á sus espresiones, acaloraron de modo la imaginacion de Leonor, que sintió correr un sudor frio por su cuerpo, y tuvo que arrimarse á un ángulo de la estancia para sostenerse. Sus ojos llenos de piedad se fijaron, por último, en su amiga, que inmóvil delante del crucifijo y cubierta de su almalafa negra, clavados los ojos al suelo sin pestañear, y en su rostro pálido y desencajado reflejando acaso la amortiguada luz de la lámpara, tenia el aspecto de un cadáver vestido de la mortaja que se habia levantado de su ataud. En vano Leonor habia tratado algunas veces de interrumpirla; sus palabras se habian helado en su boca, dudosa si servirian mas bien para aumentar su dolor que para aliviarlo, y en este momento, sin saber qué decirla, obedecia á los sentimientos que Elvira comunicaba á su corazon llorando con ella, sin hallar otro medio de consolarla.

Duró un rato el silencio, y Leonor esforzándose se acercó á ella, y tomándola una mano, que apretó cariñosamente entre las suyas, la dijo:

—Hermana mia, si las caricias de una amiga pueden hacerte sobrellevar la carga del voto que has contraído, yo no te olvidaré nunca, yo vendré á verte todos los

dias, y hallarás en mí todos los cariños que echa de menos tu corazon. Yo, si es necesario para tu consuelo, participaré de tus penitencias, dividiré alegremente tu cama, y rogaré á Dios contigo. Tendrás al menos un ser en el mundo que te ame y te compadezca.

¡Leonor! repuso Elvira apoyando su frente en el hombro de su amiga, sin poder contener mas tiempo los impulsos de su ternura. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo he pasado sin que una voz dulce como la tuya regalase mi corazon! ¡Cuán largos se me han hecho los dias en mi soledad! Pero solo cuando se han pasado dias y dias en el desierto y en el silencio, cuando se ha sido un objeto de odio y terror para sus semejantes, cuando la naturaleza se ha mostrado á nuestros ojos yerma, sola, y sin ofrecer un arbol á cuya sombra reposarse de las fatigas de una larga y penosa peregrinacion, solo entonces se pueden valuar justamente las dulzuras, las delicias de la amistad. ¡Dichosos aquellos que sin pecar, ni faltar á los votos que contrajeron, pueden desahogar su alma en la de su amigo, y sentir caer en su corazon herido gota á gota el bálsamo suavísimo del consuelo! Pero yo, añadió empujando de sí á Leonor, y como horrorizándose de sí misma, yo he atraido sobre mi la maldicion de un Dios colérico contra el perjuro. La amistad en mí es un crimen; yo he jurado olvidar el mundo, olvidarme hasta de mi existencia. ¡Infeliz! ¡Infeliz! ¡Yo he quebrantado mis votos! ¡Ah, hermano mio! ¡Yo que los hice por tí, como si yo no tuviera nada que reconvenirme! El Señor ha castigado mi orgullo y debilidad. ¡Y tú tambien, Leonor, tú quieres sacrificarte por mí, y tomar parte en mis miserias y penitencias!... Dulce, dulcísimo sería

para mi, sin duda, tener conmigo quien comprendiese la voz de mi corazon... Dios mio, recibe benigno esta privacion, la mas cruel que puedo imponerme, en descargo de mis pecados.

—No, Leonor, continuó más tranquila, aunque en su voz trémula se notaba su agitacion; para tí seria un sacrificio inmenso, para mí una culpa imperdonable si yo continuase con tu amistad. Nosotras no volveremos á vernos; una casualidad fué causa que nos halláramos; esta bóveda no está lejos de la cueva de los bandidos; yo pasé cerca de ellos aquella mañana, y les oí hablar de mi hermano; curiosa de saber sus maquinaciones, me oculté á sus espaldas entre los árboles. Desde allí oí á su capitan que comunicaba su plan á uno de los suyos. ¡Ah! Dios condujo allí mis pasos para impedir á mi hermano que consumase el crímen que había pensado. Tú ibas á ser entregada á su voluntad para satisfacer su torpeza, ó á ser víctima de su furia. El Señor puso su fortaleza en mi corazon, eligiendo para salvarte de manos de los foragidos á una muger débil que los aterró con solo una máscara, como si hubiese llevado consigo un ejército poderoso.

—¡Oh! sí, esclamó Leonor, yo te debo mas que la vida, puesto que te debo mi honra. Tú que te espusiste tanto por mí, ¿cómo podré yo pagarte?

—Leonor, dijo Elvira con tono solemne, no blasfemes: solo al que vela sin cesar sobre los oprimidos debes tu salvacion; á él debes dar gracias en tus oraciones. Yo fui la mano de que se valió en su benignidad, y no corrí riesgo alguno, cubierta, como iba, con el escudo de su omnipotencia.

—Pues bien, la respondió Leonor, yo aqui contigo

se las tributaré, y mis oraciones, juntamente con las tuyas, volarán hasta su trono como una nube de aromas. Tu boca mas pura que la mia...

—Leonor, interrumpió su amiga, no adules mi vanidad; yo soy un vil gusano como tú delante del Altísimo ¿Quién osa hablar delante de él de pureza? ¿yo que he quebrantado mis votos solo por un momento de deleite mundano? ¡Ah!...

Diciendo esto, sus ojos salieron de sus órbitas, alzó ambas manos al cielo, y pareció como arrobada y fuera de sí algún tiempo. Poco despues dobló las rodillas delante del crucifijo, oró, besó la tierra y dió muestras de un verdadero arrepentimiento, y sintiéndose mas tranquila se levantó de nuevo y se acercó á Leonor, que habia contemplado su éxtasis en silencio.

—Es preciso que nos separemos, dijo con el acento melancólico que daba algunas veces á sus palabras; es preciso: yo cometeria un pecado imperdonable si te tuviese mas tiempo conmigo, y por otra parte, tú tienes un hermano que te ha buscado con ansia, y que ahora mas que nunca necesita de tu cuidado. Tienes cien lanzas en tu castillo que te defenderán de tus enemigos, y no te has obligado como yo á vivir sola, y á olvidar y á ser olvidada de tus amigos. Tu juventud no debe marchitarse en un destierro como la mia; tu corazon puede abrirse sin pecar á todas las sensaciones mas dulces que hacen las delicias de los mortales; el mio debe cerrarse aun para las mas inocentes; sí, Leonor, aun para las mas inocentes. Cuando yo te he visto estos dias enferma sobre esa paja, te he estrechado mil veces contra mi pecho, te he mirado como á mi única joya en el desierto, y he pecado. ¡Ah!

tú no sabes ahora cuánto, cuánto me cuesta separarme de tí; pero es preciso: seria en mí un espantoso crímen recibir otra vez una caricia tuya.

—¡Ah! esclamó Leonor conmovida, yo no te abandonaré, yo no me separaré de tí.

—No hay remedio, Leonor, repuso Elvira con resignacion: Dios me lo manda.

—Yo vestiré como tú un cilicio, respondió Leonor, y su clemencia te perdonará.

—Tu hermano está herido, dijo Elvira, y te llama tal vez en este momento desde su lecho.

—¡Herido! esclamó Leonor; vamos, sí, que yo le vea; ¡mi hermano herido! Pero continuó dirigiéndose á su amiga, tú me dejarás que venga alguna vez á llorar aquí contigo, á consolarte, Elvira mia.

—No, jamas, respondió Elvira haciendo un esfuerzo, jamas: cuando tú hayas salido de aquí olvídame; yo te lo pido por mi amistad. No mas, Leonor, continuó alargando su mano hácia su boca, viéndola en ademan de interrumpirla. No mas: olvídame: ¡cúmplase la voluntad de Dios!!!! La noche debe ya haber cubierto el mundo con su oscuridad, pues no penetra ninguna luz por las aberturas del techo. Tu hermano está herido, ven, sígueme.

Diciendo esto tomó de la mano á Leonor, que inquieta por la salud de Hernando no hizo mas resistencia, y guiándola á tientas por el arruinado arco por donde se salia de la bóveda, Elvira empujó una piedra que cedió dócilmente á su impulso, sintieron el aire del campo, y ambas tomaron tristemente el camino de su castillo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

SANCHO SALDAÑA

Ó

EL CASTELLANO DE CUELLAR

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO XIII

POR

D. José de Espronceda

TOMO III

MADRID
IMPRENTA DE REPULLÉS

AÑO DE 1834

Reimpresión.—Imp. LA EDITORA, San Bernardo, 19 y 21, Madrid, 1914.

Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar

CAPÍTULO XII.

Yo triunfaré de mi pasion insana,
yo desde ahora aborrecerle quiero,
le quiero aborrecer... ¡Oh! quién me diera
desenclavar del corazon mi afecto.

(Safo, en la tragedia de Pitaco.)
(Cienfuegos.)

La luna caminaba ya á occidente acompañada del ucero de la mañana, y todo estaba en silencio en el astillo de Cuellar. Saldaña habia vuelto de su pa-asismo, y sus heridas, aunque peligrosas, no habian do declaradas mortales por los maestros. Un calmante e proporcionó algunas horas de sueño, y á la hora de a mañana descansaba de las fatigas de su combate on mucho placer del viejo Duarte y su favorito Jimeno, ue se aprovecharon de este momento de reposo, el rimero para dormir, y el segundo para vaciar algunas otellas de buen vino y refrigerarse al lado de su cuo-

tidiana, como él llamaba á su concubina. No se oian los cantos ni las voces de los soldados, ninguna luz ardía en el castillo escepto las de las cuadras, y solo el ladrido de algun perro, ó la voz del vijía que anunciaba las horas mas cuidadoso de su relevo que de contemplar la diosa de las tres caras, interrumpian de tiempo en tiempo el silencio misterioso de esta hora de la noche, en que toda la naturaleza parece que se abandona profundamente al reposo. Solo una luz se vió cruzar de ventana en ventana y desaparecer, se oyó crugir una puerta que se cerraba, y poco despues la voz, las carcajadas de Jimeno, y el ruido que formaba el choque de los vasos anunciaron que aun la disipacion y el vicio estaban despiertos en el castillo. Pero este rumor fue poco á poco disminuyéndose, hasta que cesó enteramente, y otra vez se oyeron las pasos del centinela, que al parecer era el único que velaba en la fortaleza.

Tal creía él, al menos sin imaginarse que otro motivo que el de su deber pudiese desterrar el sueño de los ojos de ningun habitante del castillo, y muy ageno de pensar que el amor tenia aun abiertos los de la hermosa Zoraida, que mas que nunca combatida entonces de su pasion, y sentada en aquel momento á la reja de su estancia, miraba la luz de la luna sola y melancólica, mientras el orgullo y el cariño luchaban en su corazon. Con una mano apoyada sobre la reja, adonde se entretejian como hemos dicho algunas ramas de árboles, reclinada en los almohadones, apoyada su frente en la otra mano, y desnuda de todas sus joyas, pero mas hermosa que nunca, al rayo de la luna, que se quebraba alli penetrando con débil luz en la estancia, se entretenia, embebecida en sus pensamientos, en arrancar

algunas hojas que desmenuzaba distraida entre sus dedos, mientras la brisa de la mañana susurraba mansamente á su alrededor. En otro tiempo ella hubiera sido la primera á quien Saldaña habria llamado junto á su lecho, y sus palabras hubieran sido el mejor bálsamo para sus heridas. En otro tiempo ella habria cuidado de su reposo; pero ahora su amante no la habia nombrado siquiera, y si acaso se habia acordado de la desdichada Zoraida, habria sido sin duda para maldecirla, procurando arrojarla cuanto antes de su memoria, como á un objeto de odio y horror. Sola alli, y olvidada ya de todos aquellos que en otro tiempo la adulaban y deseaban parecer agradables á sus ojos para serlo á los de Saldaña, servida únicamente por una esclava de poca edad que dormia muy descuidada de las penas de su señora, si habia sabido lo que pasaba en el castillo, lo debia mas á su vigilancia y cuidado por el ingrato, que á ninguna noticia que le hubiesen dado.

Jimeno, el lindo Jimeno era el único que parecia compadecerla y la traía con frecuencia nuevas de su señor; pero ademas de que Zoraida recibia sus atenciones con desden, y que él no era muy de su gusto, sus noticias servian mas bien para irritar su orgullo que para dar esperanza á su corazon, no pareciendo sino, que en medio de la pesadumbre que mostraba el compasivo page al comunicárselas, se gozaba secretamente en atormentarla. Él fue el primero que avisó á la mora de las heridas de Saldaña, engrandeciendo y pintando el riesgo en que se hallaba su vida con tan vivos colores, y tan sin compasion de la pena que manifestaba Zoraida, que parecia mas entretenido en referir su

cuento que en observar su rostro, dando al mismo tiempo á su narracion cierto aire aparente de sencillez. Él fue el primero que cuando el señor de Cuellar volvió de su desmayo, tuvo el cuidado de venir á contarle como no habia preguntado por ella, ni habia dicho que la llamaran, siendo este el golpe mas cruel que podia recibir Zoraida, cuyo orgullo ultrajado ahogó un instante en su alma el sentimiento de su cariño; pero la situacion de Saldaña casi moribundo, y sobre todo la violencia con que á su despecho le idolatraba, triunfaron de todo, haciéndola olvidar por entonces sus desprecios, pensando solo en el riesgo en que se encontraba, y dispuesta á dar hasta su vida para salvarle la suya. El amor es generoso aunque vengativo, y él era al fin el único hombre á quien ella habia amado; era su primer amor, podia aborrecerle, vengarse de él, detestarle, pero amándole siempre, idolatrándole á su pesar, y olvidando todo en el momento de su peligro para protejerle, bien asi como un enemigo pundonoroso devuelve á su contrario la espada que le derribó su destreza, en vez de aprovecharse de su victoria para herirle desarmado. Tales eran los pensamientos de Zoraida, triste y desdeñada, pero deseosa aun de cuidar por sí misma del herido caballero que tan mal pagaba su amor, y creida que estando tan cerca de su última hora, no era aquella ocasion de mostrarse airada, sino de vengarse de sus desdenes probándole con su generosidad cuál era la muger que habia despreciado su ingratitud. De esta manera trataba la enamorada cautiva de disfrazar el vehemente deseo que la incitaba á ir á verle, esforzándose á sí misma, y queriendo cubrir á sus mismos ojos, bajo el velo de la caridad y la com-

pasion, lo que era solo un amor frenético vanamente contenido por el orgullo.

Ya varias veces habia hecho ánimo de levantarse para ir á verle, ya otras tantas su amor propio le habia impedido cumplir su resolucion, ya agitada del temor, ya del deseo, hasta que al fin la voz de la mas poderosa hizo callar la de las otras pasiones. Zoraida se levantó en pie de pronto, tomó una luz que ardia en la sala contigua á su tocador, cerró su puerta sin ruido, y con callados y ligeros pasos se dirigió á la estancia donde estaba Saldaña. Pintada la agitacion de su rostro, trémula, y deteniendo su marcha como si temiera que la sintiese el mismo á quien iba á buscar, llegó toda azorada á su cuarto, empujó con mucho tiento la puerta, alargó la cabeza á mirarle sin atreverse aun á entrar, y sintiendo por su respiracion que dormia, se resolvió por último, puso la luz sobre una mesa, y se arrojó sobre un sillon de respaldo que estaba á un lado, como cansada del trabajo que le habia costado vencerse para llegar hasta alli.

Saldaña reposaba entonces, si puede decirse que reposa el que en su sueño no halla descanso para su espíritu, su color pálido ademas por la mucha sangre que habia perdido, su cabeza que en la agitacion de su sueño habia cambiado varias veces de sitio, sin encontrar nunca la comodidad que buscaba, estaba caida fuera de la almohada al borde de la cama reclinada sobre su pecho, y su frente arrugada, sobre la cual caian algunos mechones de pelo, sus cejas fruncidas que le daban un aspecto feroz, y su respiracion anhelosa, probaban que estaba muy lejos de gozar en su sueño de tranquilidad. Su brazo derecho colgaba des-

nudo al suelo mientras tirado atras el izquierdo le caia doblado sobre la cabeza, y su cuerpo, torcido en una posicion bastante penosa, le hacian que casi descansase sobre su herida, lo que tal vez era causa en parte de la pesadilla que le fatigaba.

Es sabido que una muger dotada de sensibilidad se identifica de modo con las desgracias que le cuentan ó los males de que es testigo como si los padeciera ella misma, aún tratándose de un desconocido. Su fibra, mas delicada que la del hombre, corresponde á la voz de la compasion con la misma fuerza que siente la chispa eléctrica el que mas distante está de la máquina, por ligero que sea el contacto que le una con aquel á quien su golpe se comunique, y no hay duda que el mas dulce consuelo de nuestros pesares es la piedad y el cuidado de una muger. El carácter de Zoraida, á despecho de su altivez, era tan flexible al sentimiento y la melancolía, como á todos los arrebatos de la ira, siendo su alma de fuego. y no habiendo conocido nunca sino el último estremo de las pasiones, tan arrebatada en sus zelos como exagerada en su amor, sin que hubiese dique alguno que bastase á detener siquiera el torrente de su corazon. Los lazos que le habian unido á Saldaña eran los únicos que la unian al mundo, y aislada y cautiva casi desde su infancia habia cifrado en el señor de Cuellar todos los cariños de su alma, mirándole como á su padre, á su hermano á su amigo, á su amante, á su único protector en su cautiverio. Saldaña habia cometido crímenes por su amor, pero sin que ella hubiese tomado parte activa en ninguno, habiendo sido tal vez causa inocente de todos ellos; y aunque en su imaginacion sombría Zoraida se

ofreciese como una furia que le arrastraba al delito, mas bien dependia esta idea de que él necesitaba disculparse de algun modo, que no de que fuera cierta, y la enamorada mora no le debia á él sino desgracias. Su padre, alcaide de un castillo en las fronteras de Granada, perdió la vida á manos del padre de Sancho Saldaña, y ella vió perecer allí sus compatriotas al filo de la espada de los cristianos, mientras ya prisionera de ellos, un mar de fuego envolvia hasta las almenas de su fortaleza. Perdió su patria, sus riquezas, un padre anciano que era su único apoyo, y para colmo de su desventura se enamoró del hijo de su enemigo para verse despues en premio de su cariño despreciada y aborrecida. Pero ahora, viéndole postrado en su lecho, habia olvidado sus propios pesares, compadecida y enamorada mas que nunca del ingrato que la maldecia, y le contemplaba con ternura, mientras él mostraba en su fatigoso y agitado sueño el mismo fastidio, la misma inquietud, y el disgusto mismo que eran el tipo de su carácter mientras estaba despierto.

—Hé aquí, se dijo á sí misma levantándose de su asiento y acercándose á su lecho paso á paso para no despertarle, hé aquí solo y abandonado á mi voluntad, sin poderse valer á sí mismo, y sin tener á nadie que le socorra, el caballero mas poderoso é intrépido de Castilla, el terror de mis compatriotas, el despreciador de su cautiva, el que hace dos dias tuvo puesto el puñal á mi pecho para asesinarme. Héle aquí. ¿Quién me quitaria vengarme si yo no le amase aun con todo mi corazon? ¿Quién, sino estuviese yo ahora mas dispuesta á cuidarle y defenderle que á satisfacer mi venganza? ¡Cómo el ceño de su semblante descubre los tormentos

de su alma! El sudor de su frente es frio como un hielo, añadió llegando cuidadosamente una mano y estremeciéndose al tocarle. ¡Ah! ¡no parece sino que este frio penetra en mi corazon! ¡cuán mustio, cuán otro está de aquel que entre mis brazos se llamó tantas veces el hombre mas feliz de los hombres, de aquel en cuya boca recojia yo enagenada la dulce sonrisa del deleite en medio del placer de oirle que me adoraba! Su frente, entonces tersa como el marfil, brillaba aun libre de la nube de los pesares, sus ojos ardian de amor, y la palidez de sus mejillas mostraba mas languidez que tristeza; pero ahora. . ¡Cuánto sufres!.. ¡Cuántos tormentos han abrumado tu alma! y yo... yo con mi amor he sido causa de tus desgracias!.. Pero no me aborrezcas, no; yo te idolatro, Saldaña, sí, yo te idolatro, y te perdono tu ingratitud. Diciendo esto se habia arrodillado junto á la cama, y tomando entre las suyas trémulas la mano que Saldaña tenia pendiente, la llegó mil veces á sus ardorosos labios, y la cubrió de lágrimas y de besos.

—¡Con qué fatiga respiras, ídolo mio!.. ¡Ah! ¿Me oyes tú? ¡Suspira! continuó mirándole con dulzura; y sin soltar la mano que tenia cogida, y apretándola suavemente, ¡oh! ¡sí! tú me amas aun; las arrugas de su frente veo poco á poco que se disipan, su mano se estrecha contra la mia, sus mejillas se sonrosean... sus labios se abren como si fuera á hablar... yo tiemblo .. ¡Qué oigo!.. sí...—¿Me amas? dijo en este momento Saldaña con voz muy apagada: ¡perdóname!—¡Oh! ¡yo soy feliz! esclamó Zoraida fuera de sí de placer. Sí, yo te perdono con todo mi corazon, yo te he perdonado ya, ya he olvidado todo, todo ha desaparecido de mi

memoria como si las olas del mar hubiesen pasado sobre mis agravios. Tú, tú eres quien tienes que perdonarme.

—¡Leonor! ¡Leonor! esclamó Saldaña sin despertar con el acento mas tierno.

—¡Cielos! ¡qué oigo! gritó Zoraida soltándole la mano de pronto, y levantándose desesperada. ¡Ah! continuó con amargura: ¡ya me habia olvidado de mi rival, y creía que estaba soñando conmigo! ¡Y yo te habia perdonado! ¡yo! ¡Jamas! ¡jamas!

Todo el amor, toda la dulzura de la desgraciada Zoraida se trocó ahora en la mas espantosa furia al oir el nombre de su rival; sus ojos parecian querer salir de sus órbitas, los músculos de su rostro se contrajeron pintándose en él todas las señales de la locura, sus labios trémulos cambiaron su color de rosa en un blanco cárdeno como sobrecogida de un accidente, retorcia sus manos, y ya sin temor de interrumpir el sueño del herido, gritaba con el acento de la mas horrible desesperacion:

—¡Jamas! ¡jamas! ¡Yo me vengaré! ¡No, Leonor no será tuya jamas!

A sus gritos despertó Saldaña despavorido, abrió los ojos, y quiso incorporarse en el lecho. Por una transicion de ideas, muy natural en un hombre cuyos sentidos estan muy debilitados por cualquier causa que sea, y cuyo sueño han interrumpido de pronto voces ú otro repentino estruendo, Saldaña, que habia estado soñando con Leonor, aunque sin mudar de objeto, habia cambiado de decoracion en la última parte de su sueño, y creía que la maga, habiéndosela arrebatado de entre sus brazos, se esforzaba á ahogarle en los su-

yos como á una presa ya digna de los infiernos. Cuando despertó todavia confusa su imaginacion, y al ver los ademanes de la mora, y oyendo sus últimas palabras: *¡No, Leonor no será tuya jamas!* imaginó que era la maga quien se lo decia.

—¡Ah! suspiró Saldaña gritando con una voz sepulcral. ¿No has cumplido aun tu venganza? ¿no bastaba que la robaras, era menester quitarme con ella hasta la última esperanza que me quedaba?

—Sí, hasta la última esperanza, repitió Zoraida con amargura volviendo á él los ojos en que estaba pintado su frenesí: ¿y tú no me has robado á mí todo cuanto poseía? ¿mis padres, mi patria, mi inocencia, mi felicidad, mi esperanza? ¿No me robaste tú todo? ¡Y á pesar de eso te amé, á pesar de eso me dejé seducir de tus mentiras, y cifré en tí mi universo! ¡Oh! maldito el dia en que me engendraron, maldito el dia en que nací para idolatrarte y verme pagada con zelos y con escarnio. ¡Ojalá nunca hubiese lucido aquel dia!

—Muger infernal, esclamó Saldaña, que ya la habia conocido, ¿quién te dejó entrar aqui? Huye de mi presencia, y maldita sea la hora en que te conocí, demonio de mi persecucion: ¡huye! y no vengas á atormentar al enfermo en su lecho de dolor.

—Pluguiese al cielo, respondió la mora, que todo el infierno junto ardiese en tu corazon como arde en este momento en el mio, pluguiese al cielo que pudiera hartarte del veneno de que tú has inundado mi alma... ¡Ah! ¡yo reiría entonces viendo que tú dividias conmigo mis sufrimientos! ¡Ojalá veas en brazos de otro esa Leonor á quien amas! Tal vez está asi ahora mismo en brazos de otro, sí. Tal vez es un amante disfrazado á quien

ella adora esa bruja que te la robó. Sí, sufre, sufre como tú me haces sufrir á mí: es el único consuelo que me queda en mi desesperacion.

—Mientes, boca de Satanás, mientes, respondió Saldaña haciendo un esfuerzo que no pudo lograr para levantarse: mientes; Leonor no tiene ningun amante; no me amará á mí, pero no ama á otro ninguno tampoco.

—¿Y tú qué sabes? replicó Zoraida con una sonrisa sardónica; por lo menos te aborrece á tí, te aborrece, y yo estoy aqui para repetírtelo. No me mires con esa ira; no te esfuerces á levantarte; tú eres un caballero muy poderoso, pero ahora yaces en esa cama como si te hubiesen ligado con cien cadenas; yaces herido por la espada del hermano de la que adoras, que te aborrecerá mas por eso, porque tú tambien le has herido á él, y él la comunicará el furor con que te detesta.

—¡Muger! gritó Saldaña casi fuera de sí; ¿has venido á asesinarme?

—¡Ah! repuso la zelosa mora; no; ¡he venido á acabar de ser infeliz, á saber de tu propia boca que me aborreces!!!

—Pues sí, yo te aborrezco, replicó el herido; yo te abomino, instigadora de mis delitos: huye de aqui, furia vomitada por el infierno. ¡Duarte! ¡Jimeno! ¡García! echad de aqui á esta muger, que viene á mofarse del moribundo. ¡Duarte! ¿Qué, no hay aqui nadie conmigo?

El viejo Duarte, que al acostarse solo habia pensado dormir media hora, hacia ya una y media que roncaba en otra estancia al lado de la que ocupaba su amo cuando llegó su nombre á sus oidos, y conoció la voz de Saldaña que le llamaba. Púsose en pie al instante, y entró á ver qué le queria su señor, buscando alguna

escusa que darle por no haber estado velándole como debia, cuando su amo le alivió de este trabajo gritándole en cuanto le vió:

—Echa de aqui á esa muger, quítala de mi vista, y cuida que no vuelva otra vez á presentarse delante de mí.

—Zoraida, gritó dirigiéndose á ella, huye, huye de mi presencia, ó te mando quemar viva en la esplanada de mi castillo.

—Sí, yo me iré, respondió la mora con pesadumbre, yo me iré, no por miedo de tus amenazas, sino por que aun tengo compasion de tí. Saldaña, añadió mas tranquila, puede ser que yo haya sido tu perdicion, pero no hay duda que tú has causado la mia: adios.

Diciendo asi rechazó con orgullo la mano de Duarte, que habia hecho ademan de cogerla, salió del cuarto con magestad, y se retiró á su habitacion, donde poco despues, tranquilizándose su furor, derramó un torrente de lágrimas.

Entre tanto la mañana despuntaba ya en el oriente como si la calma y la serenidad de la naturaleza se deleitase en servir de contraste con las pasiones de los hombres, pintando el cielo del color del alba, y derramando por la haz de la tierra toda la luz y la alegría de una alborada de estío. Jimeno, que no habia oido nada de la escena que acababa de pasar en la habitacion de Saldaña, por tener su cuarto en la parte opuesta del castillo, dejaba en aquel mismo punto su lecho, mas cansado de las caricias de su manceba que cuidadoso de su deber, y estaba entonces arreglando muy detenidamente su tocador, operacion para él tan esencial como la de comer, todos sus cuidados, refiriéndo-

se mas al adorno de su persona que á ninguna otra cosa en el mundo. Con todo, como su obligacion era mostrarse aquel dia con semblante triste ante su señor, eligió el trage á su entender mas análogo con la pesadumbre que debia aparentar, y aunque tan puesto y pulido como si fuese de gala, se adornó con un estudiado descuido, bien asi como si dijésemos á la *negligé*. En esto estaba tarareando el antiguo romance

Rey Rodrigo, rey Rodrigo,
tu suerte yo bien querria;
si perdistes el ser rey
tambien hubiste á Florinda,

cuando sintió que andaban á su puerta, y poco despues entró García, el compañero de Duarte.—¿Qué me quieres, zorro viejo? preguntó el page: ¿vienes de embajador de alguna Silfide que suspira por mis pedazos?

—Si yo soy zorro, replicó García con enfado, á tí no te falta sino ser viejo, y has de saber que ni yo ni ninguno de mi casta ha servido á nadie de tercero en su vida.

—¡Ve ahí! no lo digo, replicó el page; el oficio que segun dicen ejerce todo un don Lope de Haro con su sobrina y el rey, y se enoja un pobre escudero que se lo achaquen como si fuera un insulto.

García meneó la cabeza, no muy gustoso de la desfachatez de Jimeno, y dijo:

– Lo que yo tengo que decirte es, que el señor de Cuellar pregunta por tí, que ha estado alli la mora, y le ha vuelto el juicio, segun me ha dicho Duarte, aunque yo me figuro que está hechizado, y me ha encargado que te llame y vayas aliá al momento.

—¿Zoraida ha ido á verle? murmuró entre sí el page: ¿y él la ha despreciado como acostumbra? ¡bueno! ¡soberbio! no parece sino que ella misma me ayuda: sí, vamos, continuó saliendo del cuarto y dirigiéndose al escudero.

—No será nada, sino que ese estúpido de Duarte, que no habla nunca sino para reñir, es mas á propósito para velar á un muerto que para cuidar un enfermo.

—Como tú, replicó García entre dientes siguiendo detras de él, valdrias mas para moza de un serrallo que para ser page de lanza.

El page entre tanto compuso su rostro, tomando la fisonomia mas triste que pudo, y cuando entró en la estancia de su señor podria habérsele comparado á un novicio, por sus ojos caidos y el recojimiento que aparentaba.

Saldaña estaba entonces con una calentura furiosa á causa de la cólera que habia tomado, y habiéndose recojido toda su sangre á su corazon, tenia una especie de ahoguido que le hacia respirar con dificultad. Sus ojos estaban cubiertos de un velo cristalino, su corazon se oía latir, y la ropa de su cama, toda revuelta, manifestaba los muchos vuelcos que en su inquietud habia dado á un lado y á otro. Jimeno se acercó á la cabecera, y habiendo mandado á Duarte que saliese á buscar el cirujano del castillo, le dió á beber un agua, á que mezcló algunas gotas del elixir que le habian recetado, hecho lo cual se sentó junto á él, y Saldaña pareció mas sosegado.

—Jimeno, le dijo con el acento sombrío de la desesperacion, ¿crees tú que habrá perdon para mí?

—¿Y por qué no? replicó el page. ¿Acaso habeis

echo algo nuevo en el mundo? Tal muger burlada, al homicidio cometido en un acceso de ira, no son, á i parecer, culpas imperdonables. ¿Pero á qué viene so? ¿os quereis morir?

—¡Morir! esclamó Saldaña: ¡ojalá, si no hubiese un fierno! ¡Ah! tú no sabes hasta qué punto me sobre-alta esta idea; ¡toda una eternidad!

—Tiempo os queda de arrepentiros, respondió el age, aunque sea en medio del camino que hay de qui á allá. Cuanto mas que si vos habeis burlado una uger, ha sido una enemiga de nuestra religion; de las tras podeis decir que pensabais casaros con ellas, y n cuanto á haber hecho morir á este ó aquel con mas menos justicia, nadie está libre de un momento de reflexion, y tal vez la muerte que les anticipásteis les brió el camino de la salvacion, quitándoles de come-r delitos que si hubieran vivido les habrian hecho allar cerradas las puertas del cielo.

—Es verdad, Jimeno, replicó el herido, que cogia on avidez cualquier escusa que minorase sus culpas á u entender, es verdad, y entonces yo no soy criminal, i debo temer el infierno: Zoraida ha sido la causa de mayor parte de mis delitos.

—Asi es, replicó Jimeno sin titubear; esa muger os recipita, y sobre ella, si acaso, debeis cargar el peso e vuestros pecados. Su suerte ha sido que no haya stado yo aqui cuando vino á atormentaros sin con-deracion á que estais herido. Si llego á estar pre-ente la echo al foso desde la ventana mas alta. Y es entira; ni ella os ama, ni os ha amado nunca; á la le convenia, es muger, y no hay muger que no ienta.

—¿Con que tú crees que aun puedo encontrar perdon? insistió el supersticioso Saldaña.

—¿Y qué os podia hacer pensar de otro modo? respondió el page.

—¡Qué! que mas de una vez, repuso el de Cuellar con sobresalto, he visto ahí, ahí mismo donde tú estás, un demonio que me escarnecía, y me anunciaba que no habia perdon para mí: yo he querido orar, y todos los rezos habian huido de mi memoria, y hasta mi lengua se resistia á pronunciar las pocas palabras sagradas de que pude acordarme, mientras él las hacia sonar en mi oido como blasfemias, y mofándose me cargaba de maldiciones.

—¡Ave María Purísima! esclamó el page haciendo la señal de la cruz; eso sería un delirio, una ilusion; pero no obstante, tomad esa reliquia, que os librará por lo menos de su presencia.

Diciendo esto sacó una medalla del pecho, y el impío Saldaña la tomó con religiosa codicia, y la besó respetuosamente.

—Siento algun consuelo, le dijo guardándola debajo de la almohada. ¿Y Leonor? ¡Ah! ¿no me amará jamas? No creo que peco con hablar de ella; mi fin es hacerla mi esposa. ¿Y cómo podré ya, si tal vez su hermano está enterrado á estas horas? Yo le ví muerto á mis pies. Pero él tuvo la culpa: todavia me irrito cuando me acuerdo de sus insultos.

—Cuando nosotros llegamos, repuso el page, había ya vuelto en si, y sus heridas no me parecieron muy peligrosas. Y las mugeres, ¿qué les hace eso? Leonor os amará porque sois hombre; no hay muger que se resista á un hombre de las prendas que vos teneis. En

alladolid maté yo al hermano de una que cortejaba, no me quiso menos por eso.

—Sí, pero Leonor no es de esas, repuso Saldaña on fuerza, no muy agradado de las comparaciones el page.

La llegada del cirujano interrumpió su conversacion, habiendo notado que su enfermo se había agitado emasiado para el estado en que se encontraba de ebilidad, le encargó que no hablase, y mandó que se uardase el mayor silencio en la estancia para no turbar l reposo de que tenia mucha falta. Poco despues llegó Velludo al castillo con dos prisioneras que habia echo la noche antes, á quienes dieron habitacion en parte del mediodia contigua á la de Saldaña, aunue no le dijeron nada de este suceso, pues en la situaion en que se hallaba, á voto de los cirujanos, cualuier sensacion fuerte, ora de alegría, ora de pesadumre, podia serle funesta.

CAPITULO XIII

Segismundo.

. . . . . ¿Qué
te suspende?

Lerbia.

. . . . . Hácia allí pasos
sentí y las ramas se mueven.
Veré quién es.

(Afectos de odio y amor.) *(Calderon.)*

Es opinion muy antigua que los hombres manifestamos nuestro carácter, nuestras pasiones, y yo estoy por asegurar que hasta el oficio en que nos ocupamos, en nuestro modo de hablar, de andar, de dormir, etc., y que si algunas escepciones hay, dependen mas bien del estado de ficcion en que vivimos en la sociedad, que no de que sea falsa esta asercion. Asi vemos generalmente, que á un enamorado se le conoce que lo está en sus distracciones, en sus ojos, ó demasiado alegres ó muy caidos, y en otras semejantes señales. Descúbrese á un ambicioso en su paso precipitado, su aspecto pensativo y mirada solícita é imponente: á un avaro, porque por guardar, guardará las manos en los

bolsillos hasta en los meses de mas calor, y en las ojeadas de desconfianza con que honra á los que le rodean; y pasando de las condiciones á los oficios, todo el mundo conoce á los escribientes de lotería en lo bulle bulle que son, y en la viveza ratonil de que estan dotados, y nadie equivocará un oidor con un escribano si compara la gravedad, gordura y mensurado continente del uno, con la mirada en acecho y el furtivo paso del otro. Con todo, como la duda es el principio del saber, y puede haber muchos contrarios á mi opinion en esta materia, no insistiré mas tiempo en convencerlos, no siendo esto de mi incumbencia, y habiéndose escrito ya tanto en el mundo sobre fisonomías, cráneos, etc., y solo les recomendaré el tratado de craneologia del doctor Gall, donde se convencerán de la razon que me asiste, puesto que no le asistió á él mas para asegurar que cada joroba de nuestra cabeza es un nido de vicios, de virtudes y de talentos.

Y asi, tomando el hilo de nuestra historia, sea esta mi opinion verdadera ó falsa, hubiera sido preciso ser muy menguado, torpe ó falto de juicio, para no conocer á primera vista que un corrillo de diez ó doce hombres que estaban aquella mañana juntos á poca distancia del castillo de Cuellar, sentados al pie de un árbol, eran gente *non sancta,* y un mal encuentro para un viajero. Sus caras, sus trages y sus armas indicaban bastante su oficio, y no quedará duda ninguna al lector del que ejercian viendo á Usdrobal con ellos y á otros dos ó tres mas, Zacarías, el bizco, y el catalan, conocidos antiguos de la cuadrilla. Su conversacion parecia muy animada, y todos ellos hablaban con admiracion del valor de su capitan, quien habia tenido la noche

antes una aventura, á su entender casi milagrosa, y á que habia dado dichoso fin.

—Yo no puedo menos de creer, decia el veterano de que ya hemos hecho mencion en la primera parte de nuestra historia, sino que el capitan es brujo, ó el mismo diablo, ¡Jesus me valga! pues á no ser asi no habria podido cogerla cuando ella iba saltando de pino en pino como acostumbra.

—Lo que es brujo, repuso el bizco, no creo que lo sea; pero Lucifer mismo no asesta mejor una flecha aunque sea contra un junco, ni tira con mas certeza; asi que, no me espanto que aun cuando la maga fuese volando, la haya hecho bajar sin hacerla mal con solo cortarle una ala.

—Sin un conjuro que dice *maleficium... demolire universa ejus,* ó lo que es igual, te demoleré los huesos, y otras cosas que yo le enseñé, cree mi humildad, caros hermanos mios, replicó Zacarías, que nada hubiera logrado á pesar de lo que decís.

—Puede ser, repuso Usdrobal, mi dulce y respetable maestro; pero el refran dice, y mejor lo sabeis vos que yo, á Dios rogando y con el mazo dando.

Para entender esta conversacion es preciso tomar el hilo de los hechos del buen capitan el Velludo, y retrocediendo algunas páginas, sabremos quiénes eran las prisioneras que trajo él mismo á Cuellar, y cómo y en dónde habian venido á sus manos.

El lector se acordará de la promesa que hizo el Velludo á Saldaña de proporcionar un guia esperimentado que les condujese á la cueva de la maga, despues que no pudo obligar á ninguno de su partida á hacerse cargo de esta empresa, por el temor que todos, escep-

o Usdrobal, habian tomado á la supuesta fantasma. Todos los hombres tienen su amor propio, y asi se ve que hasta los mas corrompidos y mas sin fé gastan su puntillo de honor de cuando en cuando, y toman á cuenta suya ciertas empresas, mas por miedo de ser achados de cobardes, viles ó tímidos, que por volunad propia. Tenia el Velludo ademas el conocimiento ntimo de su valor, muy probado y esperimentado en nil riesgos, y confiaba tanto en el aliento y arrojo de que estaba dotado, que no podia menos de sentirlo nucho cuando éste le faltaba en la ocasion, siendo un caso de este género motivo suficiente para estarse á i mismo reconviniendo toda la vida hasta que tomaba na especie de satisfaccion de su falta, acometiendo tra vez la misma empresa, ú otra de igual clase que freciese mas riesgo.

La vista tan inesperada de un espectro en su propia ueva le habia sorprendido tanto como si hubiese vis- de pronto todo el infierno junto, aunque para hacer sticia á su valentia, debe decirse que eran pocos los ombres de aquella época que á despecho de toda su emeridad no hubieran mostrado el mismo temor deante de una aparicion tan estraordinaria. El Velludo o pudo menos de sobrecogerse un momento, y la liereza de su aterrada imaginacion dominó por entones su corazon vigoroso; pero esto fue solo un instante, y poco despues, recobrando otra vez toda su enerja, no pudo menos de reprenderse su debilidad. Con odo ya era tarde; su prisionera se le habia escapado, or decirlo asi, de las manos, y tuvo que confesar su lta y oir los improperios é insultos de que le colmó desesperado Saldaña. Pero esto fue precisamente lo

que le obligó mas que nunca á decidirse á buscar l
pretendida maga, para resarcir lo que él llamaba s
honra á toda costa, ya volviendo á recobrar á Leono
ya tomando venganza de su robadora. Dudaba él
seria esta un ser sobrenatural, ó un cualquiera qu
oculto bajo aquel disfraz se habia arrojado á tanta te
meridad; si lo primero, quedaba en examinándolo di
culpada su cobardía; pero si se verificaba lo segund
en ese caso bien podia llamarse infeliz el autor de em
presa tan aventurada. Con este pensamiento, y má
que nunca irritado con los denuestos del señor Cue
llar, ansiaba mas que éste, si cabe, la llegada del sa
ludador que uno de sus súbditos le habia ofrecido tra
para que le sirviese de guia.

Consistia este oficio de saludador, que ha durad
hasta nuestros dias, y tal vez conserva su crédito au
hoy mismo en algunos pueblos, en una virtud secret
heredada en ciertas familias, que servia para curar l
rabia á los animales, hacer que á su voz se presenta
sen de repente cuando sus amos los habian perdid
gozando ademas los herederos de esta virtud de otr
varios privilegios para sí mismos, como el de ser ir
combustibles, y no poder recibir daño de las brujas c
quienes eran muy temidos. Distinguíase el verdade
saludador en tener dibujada naturalmente en la lengu
una rueda de Santa Catalina, ó bien debajo de ella u
cruz, aunque nadie todavia ha asegurado que ha
visto ni una ni otra señal. El respetable Feijóo prue
con su sano juicio los engaños de que se valian est
impostores para comer á costa de los inocentes q
les creían, y la mentira é impiedad de sus supuest
milagros. Ejercía regularmente asi este oficio como

de bruja la hez de la sociedad, sin que su ciencia y sus falsedades les sirviesen para otra cosa que para mal comer sin trabajar, siendo como eran los seres mas derrotados y despreciables.

El saludador que el bizco habia prometido por guia no gozaba en esta parte de mas privilegios que sus colegas en la facultad. Habia sido verdugo en Valladolid en su juventud, habiendo dejado fama en aquella ciudad de su destreza, habilidad é ingenio en el arte utilisimo de apretar gañotes, bien asi como el respetable tio del gran Tacaño, que era un *águila en el oficio*. Pero el tiempo, que derriba los torreones, allana los montes y aniquila los imperios mas populosos, habia ido poco á poco debilitando sus fuerzas y disminuyendo su agilidad, hasta el punto de haber tenido que nombrar por sucesor suyo á un su sobrino, mozo vigoroso y robusto, y que adiestrado por su tio no dejaba nada que desear á los conocedores en el arte gaznático, conviniendo todos cuando acababa de aciguatar á algun penitente en aquello de Horacio «que el águila altanera nunca engendró á la paloma tímida.» El verdugo cesante tomó entonces el oficio de saludador, que aunque bastante noble, no era sin duda tan vistoso como el primero, y andaba á la sazon por aquellos pueblos *¡cuantum mutatus ab illo!* haciendo, segun decian, curas tan prodigiosas como habia hecho maravillas en su antiguo arte. Sus heridas privaron á Saldaña de conocer á este bellísimo sugeto, que no pudo acudir á verse con el Velludo hasta de alli á dos dias por haber estado muy ocupado en curar un mulo rabioso, á quien no por miedo, puesto que su secreta virtud le protegia contra los furores del animal, sino

por lástima, no habia querido tomar el pulso, y que murió sin duda por haberle llamado tarde.

El Velludo, á quien ya faltaba tiempo para acometer su empresa, deseoso de acabarla solo y recobrar mejor de esta manera su fama y buena opinion con el señor de Cuellar, no dijo palabra á Usdrobal, que se habia ofrecido á acompañarle, ni á ninguno de su comitiva, y llamando á su perro salió al caer de la tarde con el buen hombre en busca de la fantasma, y determinado á embestir al mismo Satanás en persona. Fue esta misma noche aquella en que Leonor, por determinacion de Elvira, debia volver á su castillo y cuidar de su hermano, que aunque no tan mal herido como Saldaña, estaba de mucho cuidado.

Dejaron las dos amigas, como hemos dicho, el solitario asilo al oscurecer, sostenida Leonor del brazo de la generosa heremita, y caminaban muy despacio, no habiéndose aquella recobrado enteramente de su enfermedad, atravesando el sombrío pinar, tristes las dos y sin hablar palabra, Elvira esforzándose á contener las lágrimas que le arrancaba verse obligada por sus votos á separarse de la única persona en el mundo que pudiera compadecerla, y Leonor toda sobresaltada dividiendo los afectos de su alma entre su hermano y su amiga. Largo trecho habian andado, y no estaban ya lejos del castillo de Iscar, en cuyas almenas empezaba á platear el rayo de la luna naciente, cuando Leonor, sintiéndose fatigada, se sentó junto á un pino para descansar, mientras Elvira en pie y atenta al menor ruido, temblaba por su amiga al mas ligero murmullo del viento.

—Vamos, le dijo; Leonor, anímate; estos bosques

son de mal agüero para tí, y tras de cada rama puede esconderse un hombre.

—Elvira mia, replicó Leonor, aqui ya no hay miedo; estamos muy cerca de nuestro castillo, y los bandidos no se atreven á cometer sus villanías tan cerca de donde á un grito mio podian hallar su castigo.

—Tu castillo, repuso Elvira, está muy lejos aun para que oigan tus gritos, y el gefe de los bandoleros es atrevido como un bridon de batalla. Anímate: ¿no oyes voces que se acercan? añadió poniendo el oido al viento: huyamos, Leonor, continuó con tono imponente, aunque sobresaltada; Dios ha puesto el recelo en mi corazon; sino obedecemos su voz él castigará nuestro orgullo.

Leonor sobrecogida se levantó con precipitacion á pesar de su debilidad, y tomando el brazo de Elvira, ambas amigas aceleraron el paso.

No se habia engañado la hermana de Saldaña; la voz que llegó á sus oidos no era otra que la del Velludo, que venia en su busca renegando del respetable saludador. Tenia éste el mismo acierto para atinar con las habitaciones de brujas, que no sabia, y de que no le habian dado las señas, que para curar la rabia á los mulos, y era ademas tan cerril como sus pacientes, y tan cachazudo cuanto bastara para hacer desesperar otro ánimo menos impaciente que el del capitan.

El camino que habia tomado era precisamente el opuesto al que llevaba á la bóveda de Elvira, y mas de dos horas hacia que andaban descarriados de acá para allá por el bosque, y á pique en la oscuridad de la noche de romperse la cabeza si tropezaban, sin que el sabio saludador hubiese encontrado siquiera vestigios

de lo que buscaba. Iba el Velludo dándose á todos los diablos con la torpeza del guia, y mas enojado con él casi que con la maga, maldiciéndole é insultándole á cada mal paso que se encontraba.

—¿Dónde demonios, le dijo, me llevas por aqui, sin saber tú mismo dónde vamos, arca de mentiras, que Dios confunda?

—A buscar la bruja, respondió el saludador con calma y con una voz ronca como un tambor destemplado: voy mirando hacia arriba por ver si la veo volar.

—Si en vez de haber sido tú verdugo tantas veces, guindando hombres que valian mas que tú, replicó el capitan, hubiera querido Dios que hubieses sido solo una vez paciente, no andarias engañando á los tontos que te creemos.

—Cuando yo era verdugo, replicó el pobre hombre, nunca se me quejó ningun amigo que fuese á parar á mis manos, y sino ahí está el manco tu primo, que si viviera podria decirlo, que cuando me monté sobre él me dijo que no habia ningun hombre de armas que montase mejor que yo, y otras cosas que callo, porque no le toca á un hombre alabarse.

—En efecto, repuso el Velludo distraido con el recuerdo de su primo, no me descontentó el modo como le ahorcaste. ¡Era mucho hombre mi primo! ¡qué lástima que cayese en tus manos tan jóven!

—A muchos he puesto la cuerda al cuello, repuso el saludador, pero no he visto ninguno de mas hígados que tu primo. Cuando le bajé la gola para ponerle el collar, no parecia sino que se iba á afeitar segun lo grave que estaba. ¡Ah! continuó con sentimiento. Pasó ya aquel tiempo en que yo era el miembro mas lucido

de justicia que habia en la corte; mi juventud se ha rozado y ha perdido su vigor como una cuerda á fuerza de usarse; mi cuerpo es débil como los palos de una horca vieja, y yo ya no veré alrededor de mí un inmenso concurso admirando mi habilidad; no representaré ya el segundo papel en la fiesta, despues del hombre que confiaban á mi cuidado. ¡Infelices racimos de la de palo, ¡cuánto echareis de menos al misericordioso Soguilla! ¡hi! ¡hi!

Decia esto llorando con tanta pena, que el Velludo no pudo menos de sonreirse.

—Buen Soguilla, le dijo, sino fuera por el respeto que un verdugo decano se merece de los hombres de bien, juro que yo te habia de enseñar á ser saludador, y á servir de guia por caminos que no conoces. ¿Pero qué sombra es aquella? Ya se deslizó detras de aquel pino. ¡Una muger! ¡la maga! ella es: tú por un lado y yo por el otro.

Dos bultos parecieron en este momento y se ocultaron al punto, refugiándose tras de los árboles por no ser vistos, la maga y Leonor, habiendo oido con mucha claridad las últimas palabras del Velludo, que penetraron en su corazon, helando hasta el tuétano de sus huesos. Leonor especialmente mas atemorizada se asió al brazo de su compañera sin saber qué hacerse, mientras ésta, mas acostumbrada á semejantes azares, miraba á un lado y á otro buscando por dónde huir, esforzando á su amiga y rogando á Dios que las librase de aquel peligro. Seguramente Elvira podria haberse escapado de su enemigo, siendo el principal intento de este, cuyos penetrantes ojos ya habian descubierto á Leonor, no meterse con la maga, sino era preciso,

hasta haber recobrado su prisionera, y no siendo el saludador, hombre gordo y ya viejo, un obstáculo muy temible. Pero la idea de abandonar á su amiga no podia abrigarse en el noble corazon de Elvira, resuelta mas que nunca á sacrificarse por ella, libre ya de temor en el momento mismo del riesgo, y poniendo toda su confianza en Dios con todo aquel fuego celeste que elevaba tanto su alma.

—Leonor, le dijo á su amiga, no huyas, porque sería inútil, y colócate tras de mí. Si mi presencia quiso Dios que aterrase una partida de foragidos, ahora con su poder hará que á mi vista retroceda ese bandolero.

—Mi castillo está cerca; yo gritaré, replicó Leonor, y acaso podrá oirnos el centinela.

—No muestres nunca tu miedo al que te persigue, repuso Elvira; antes que te oyeran serías presa de ese mal hombre. El Señor está con nosotras, él nos asistirá.

En esto estaban, cuando oyeron decir al Velludo *¡ella es!* &c., y se escondieron por instinto detras del pino. Era esta la única esperanza que les quedaba en aquel apuro, y acaso el terror que inspiraba la vista de Elvira no habria dejado de producir su efecto, si el capitan no estuviese ya prevenido y determinado á hacerla frente y á averiguar quién era, no obstante que en secreto sentia cierta especie de repugnancia conforme se iba acercando. Su guia, no tan valiente como él, ni con mucho, procuró quedarse algunos pasos detras abriendo los ojos y la boca como espantado, y buscando por todas partes la temerosa bruja que él no habia visto, y que se le figuraba que iba á echar á volar de pronto como una perdiz sale de entre las viñas á poca distancia del cazador.

Por último, el Velludo hizo la señal de la cruz, y se arrojó hácia ellas con el hacha en la mano gritando:

—Por la Vírgen de Covadonga, entrégate, aunque seas el mismo diablo, ó te mato.

Tendió hácia él Elvira su mano derecha con magestad, y acaso su imponente y negro aspecto hubieran enfriado la resolucion del bandido, si Leonor que vió el hacha en alto amenazando descargar su golpe sobre su amiga, no se hubiese soltado de ella y echádose á los pies del Velludo, pensando salvarla de esta manera de una muerte inevitable á su parecer. Conoció con esto el capitan su fuerza y la debilidad de sus contrarios, por lo que bajando el hacha les intimó que se entregasen á discrecion, jurando que él no les haria daño alguno, ni las ultrajaria en ningun modo, siempre que no tratasen de huir ni hacer la menor resistencia.

—Déjanos en libertad de continuar nuestro camino, respondió Leonor, y yo te prometo por la fé de caballero de mi hermano darte por nuestro rescate mas oro que has visto en toda tu vida.

—Despues hablaremos de eso, replicó el Velludo; veamos antes quién es esta bruja, que me ha hecho pasar mas vergüenza que he tenido en toda mi vida.

Y diciendo y haciendo se acercó á Elvira, que, dotada naturalmente de ánimo, y arrebatada de su celestial entusiasmo, no habia hecho movimiento alguno, y solo temia por su amiga, á quien ya veía sin remedio en poder de su hermano, á pesar de sus esfuerzos para salvarla.

—Álzate esa capucha, dijo el Velludo, y enséñanos esa cara.

—Huye, malvado, respondió Elvira, y teme el castigo del cielo si llegas siquiera á tocarme.

—¡Hola! replicó el capitan; voz muy dulce tiene la maga. Torpe has andado si eres el diablo en tomar voz de muger para asustar á nadie. No me estorbeis el paso, señora, prosiguió hablando con Leonor, que se habia abrazado á sus rodillas para detenerle.

—Dejadla por Dios, dejadla, gritaba esta; ella no hace mal á nadie; ya me teneis á mí, llevadme á Cuellar, matadme; pero dejad, respetad el secreto de esa muger.

—Nada de eso; y no os abraceis al lobo aunque os parezca manso, respondio el Velludo. Yo he jurado que le habia de quitar las ganas, á quien quiera que fuese, de venir á asustarme á media noche á mi misma casa, y lo cumpliré... ¡Vaya! ¡fuera! añadió; y empujando á Leonor á un lado, y desasiéndose de ella, se acercó á Elvira, y á pesar de sus amenazas le echó la capucha atras y le descubrió el rostro, trayéndola por fuerza á donde daba la luna:

—¡Una muger tan jóven y tan hermosa, gritó el Velludo atónito de su descubrimiento, y andar asi en este trage por estos andurriales!!! ¡Eh! ¡Zamacuco! continuó llamando á su guia, que no hacia mas que abrir los ojos hecho un bausan, hasta el punto que él mismo pensó que se le rasgaban hasta la cabeza. Cuida de esa otra dama mientras yo examino esta... ¿Quién eres? le preguntó volviéndose á ella.

—Si te dijese mi nombre pecaría; nadie, repuso Elvira con dignidad.

—¿Qué hacias en estos desiertos?

—Nada.

—Secretos tengo yo, respondió el capitan, que te arian hablar, y han hecho soltar la lengua á hombres e bigotes muy ásperos, puesto que determinado ve- ia á enviarte esta noche á dormir al otro mundo; pero res una muger, no puedes defenderte, y me das lásti- a. Por lo demas, no me importa saber quién eres; l oficio de bruja acabó, y por ahora vendrás conmigo hacer compañía á tu amiga en el castillo de Cuellar, onde no te faltará tambien alguno que te agasaje.

—Mis pecados, repuso Elvira en tono solemne, me an traido á este punto; cúmplase la voluntad de ios.

Entre tanto Leonor habia tratado de huir á su casti- o, y alarmar si era posible la guarnicion con sus gri- os, cuando el Velludo, volviendo con Elvira asida de n brazo hácia ella, se interpuso en su camino con la resteza de un rayo, y la detuvo por el vestido.

—No, ahora no será como la otra vez; Belcebú habia e venir, y nos las habíamos de ver él con sus tizones yo con mi hacha.

—¡Ah! esclamó Leonor. ¿No hay quien me favorez- a? ¡Los hombres de armas de mi castillo ahi mismo, y o me oyen! ¡Casi los siento hablar, y no me oyen!!!

—Y aunque os oyeran sería lo mismo, replicó el elludo, mandándolas que le siguiesen: venid conmigo; o no soy cruel, y sentiria tener ahora que serlo si os mpeñaseis en no obedecerme.

Tenia el Velludo algo en su voz que naturalmente nponia, aunque se esforzase en dulcificarla, y asi por sto, como por ser toda resistencia inútil, ambas cedie- on á su voluntad, Leonor llorando y ofreciéndole mil soros por su rescate, y maldiciendo su suerte casi

desesperada, y Elvira sin hablar palabra y con estóic
resignacion.

—¿Qué diablos hacias ahí, papanatas? dijo el Vellud
al saludador abriendo como él la boca con una mueca

—¡Toma! repuso el misericordioso Soguilla con s
voz bronca. ¿Y qué he de hacer con una bruja que s
echa á volar? Dí que hubiera sido un lobo rabioso,
le hubieras visto mas manso que una borrega.

—¡Ojalá! replicó el capitan con sorna.

Tales fueron las aventuras de aquella noche, y ta
era el asunto de la conversacion que hemos interrum
pido para contarlas, por lo que volviendo á nuestro
bandidos, que aguardaban á su capitan, añadiremo
otra persona al corro á quien en otro tiempo no ha
brian querido tener tan cerca por su oficio de verdug
y que ahora departia con ellos agradablemente, merce
al que ejercia de saludador.

—Si no hubiese sido por mí, dijo éste en adicion
lo que habia dicho Usdrobal, poco le hubieran valid
vuestros consejos, señor Zacarías; pero yo huelo la
brujas lo mismo que olía en mi tiempo cuando iba
haber ocupacion en mi oficio, y ensebaba los cordele
de modo que al hombre de menos gusto le habri
dado tentacion de ahorcarse, y mas de una vez estuv
yo por hacer la prueba.

—Si la hubieses llegado á verificar una sola ve
dijo Usdrobal, no habrias ido esta noche á caza d
brujas. ¿No es cierto?

—No lo puedo negar, repuso gravemente el saluda
dor, y para ser tan mozo hablais con mucho tino.

—¿Pero la bruja voló, ó no voló? preguntó el vete
rano tinieblas.

—Como una garza, contestó Soguilla; pero yo la ice caer á los pies del Velludo por mi virtud de salu-ador, puesto que por mas que hice no pude hallarla l pescuezo.

—Pero el vuestro por poco que se busque no será ificil hallarlo. ¿No es cierto? preguntó Usdrobal con ucha seriedad burlándose del enorme cerviguillo que escubria el ex-verdugo.

—Sin duda, replicó Soguilla mirándole con atencion; volviéndose á los otros continuó: ¿este mozo ha es-udiado?

—Es un girifalte, repuso el bizco, y sabe latin.

—¡Oh amigo! para verdugo no hay cosa como saber atin.

—Hasta ahora no he estudiado mucho, respondió Usdrobal; pero mi maestro es el benignísimo y piado-ísimo señor que aqui veis, y señaló á Zacarías, por lo ue podeis esperar que si no llego á verdugo llegaré á horcado, y en cuanto á saber latin, ya sabeis que irve lo mismo para uno que para otro.

—No os mofeis del humilde siervo de Dios, repuso l maestro con su acostumbrada dulzura.

Usdrobal se levantó, volvió la espalda al corro, y mpezó á cantar con aquella apariencia indiferente y legre que le era natural:

Cuando miro una horca
con su colgajo,
guiño el ojo, me rio
y aprieto el paso.
Por mi consuelo
murmurando entre dientes
morir tenemos.

Á pesar de su buen humor y natural alegre, Usdrobal sentia en aquel momento cierta inquietud y desasosiego por una de las prisioneras, á quien sin saber por qué habria querido dar libertad de buena gana ó verla á lo menos, y sin que él pudiese darse razon á sí mismo, se alegraba entre tanto interiormente de que Saldaña estuviese imposibilitado de entenderse con ella por sus heridas. Este interes por Leonor, que á no calcular la distancia del rango que los separaba podria acaso atribuirse á otro afecto mas vehemente que el de la compasion, le ponia pensativo de cuando en cuando, determinándole á abandonar el servicio del Velludo, incitado ademas por su buena índole y sentimientos nobles, que le hacian desagradable el género de vida que habia abrazado, mas por necesidad que por inclinacion. Su mala cabeza y carácter abandonado se lo habia hecho sobrellevar sin pesadumbre hasta entonces, pero su corazon se resentia de la villania de su oficio, mientras su imaginación, engrandeciendo á sus ojos el brillo que rodea al guerrero de buena fama y mostrándole facil el camino de la gloria que podria abrirle su lanza hallándole en otro estado mas noble le hacia desear la ocasion de señalarse públicamente por algun rasgo marcado de caballerosa bravura.

Combatido estaba de estas imaginaciones, cuando vió venir al Velludo, que salia del castillo mano á mano y hablando amigablemente con un hombre alto y tan seco que parecia que solo le quedaba el pellejo segun lo correoso que era, el rostro muy tostado del sol, bigote entre cano y caido, pelo del mismo color nariz larga y tan colorada como si la hubiesen dado de bermellon, lo que le daba trazas de no disgustarle

el jugo de la uva, en confirmacion de lo cual sus ojos lucian con aquel brillo vidrioso que marca comunmente á los borrachos de profesion. Traía en la cabeza un gorro de pieles, y envuelto en una ancha capa, solo dejaba ver sus piernas cubiertas de planchas de hierro puestas unas sobre otras á modo de tejas, lo que daba muestras que venia armado, y en sus movimientos y contoneo jaqueton se conocia que estaba muy pagado de sí mismo, y que miraba con desprecio á los otros, todo lo cual confirmaban su mirada de lástima y su labio inferior caido naturalmente. Era nada menos que el jefe de la compañía aventurera que el señor de Cuellar pagaba y mantenia en su castillo, aragonés de nacion y con mucho renombre de buen soldado y buen bebedor, amigo de la guerra, de las mozas, y sobre todo de la bota y de los valientes, habiendo reunido una compañia volante con la que andaba al pillage, ó servia al que mejor le pagaba, no reconociendo más ley que su espada, más rey que el dinero, ni mas órdenes que su voluntad. Rayaba ya en los cincuenta años, y era muy grande amigo del Velludo, por haber sido soldados juntos en su mocedad, y no obstante que el aragonés tenia en mucho más su oficio de aventurero que el de bandido, no por eso dejaba de mirar con mucha consideracion á su amigo, que tenia tan bien sentada su fama como el que mas, y en un momento á una voz suya podia poblar todos aquellos bosques de un ejército de bandoleros.

Llegaron adonde estaba Usdrobal, y el Velludo viéndole pensativo le dijo:

—¿En qué piensas, buena alhaja, que estás ahí que pareces un asno viejo?

El aragonés echó una mirada á Usdrobal de arriba abajo con aquella apariencia insultante de compasio que le era propia, y volviéndose al capitan le guiñó e ojo empujando la barba hacia él con un gesto qu equivalía á preguntar ¿qué mozo es ese? y á que e Velludo contestó mirándole de reojo y echando háci fuera ambos labios como si fuera á silbar, dándole entender que el mancebo tenia el alma bien puesta, que era mozo de manos. Todo esto fue obra de u momento, y Usdrobal, sin echarlo de ver, dirigiéndos á su capitan dijo:

—Estaba pensando que vale mas ser cabeza de rato que cola de leon, pero que en caso de ser cola de un ú de otro, vale mas serlo del rey de los animales.

—No entiendo á qué viene eso, replicó el Velludo pero creo que tienes razon sino dices mas.

—Viene, replicó Usdrobal, á que yo quisiera ma bien ser arriero que burro; pero ya que siempre he d ser burro, quisiera serlo de un señor mas bien que d un molinero.

—Todo eso está muy bien, respondió el capitan pero si no te esplicas mas claro, te quedarás siend burro toda tu vida.

—Á mí el abad de San Bernardo me enseñó á espli carme por rodeos; pero aunque algo torcido en mis es plicaderas, soy muy recto, y siempre voy por el camin derecho, *via recta,* cuando se trata de obrar; asi que ahora pregunto, ¿qué querriais mas, ser quien sois, ser señor de Cuellar?

—Ser señor de Cuellar, repuso el capitan sonriéndo se. ¡Pareces tonto!

—¿Y si os hiciesen rey, lo prefeririais á eso?

—¿Quién lo duda?

—¿Y en caso de servir, á quién serviriais mejor, al ey ó á Sancho Saldaña?

—¡Tòma! al rey.

—Pues vos mismo habeis desatado mi duda, y ya stoy resuelto á servir como soldado aventurero entre os hombres de armas del señor de Cuellar y á dejar ugar para otro en vuestra partida.

Frunció el Velludo las cejas, sus ojos se iluminaron e pronto, y lanzó una mirada de cólera sobre Usdro- al, irritado de que éste le tuviese á él por tan poco ue se creyese ser cola de raton hallándose en su ser- icio, mientras su compañero el aragonés con su acos- umbrado desdeño le dirigió la palabra.—¿Y qué hom- re eres tú para alistarte bajo mi bandera? ¿Ni qué apel has de hacer tú entre veteranos, que al menor le ega la barba al cinto?

—Ocuparé el lugar, repuso Usdrobal, que ocupa un ombre en todas partes, y rayaré donde raye el mas lto.

—Eso sí, replicó el Velludo, y cualquiera á quien yo dmito en mi partida es muy capaz de romper una anza con el mejor de tu compañía.

—¡Con el mejor de mi compañía! respondió el ara- onés sonriéndose, y volviendo á Usdrobal continuó: sabes montar á caballo?

—Como un moro granadino.

—¿Enristras bien una lanza?

—No sé quién eres, pero si quieres saberlo por tí ismo, me remito á la prueba, y no hay mas que hacer.

—¡Puede! replicó con calma el aventurero. Dí, Ve- udo, ¿qué te parece de lo que dice este almogarabe?

—Que dice bien, replicó el capitan, y que es muy capaz de hacer lo que dice; pero ven acá, niño, continuó hablando con Usdrobal, ¿qué ventolera te ha dado de dejar tan pronto mi compañía?

—¿No soy yo libre de hacer lo que mejor me convenga? preguntó Usdrobal.

—Sin duda eres libre; pero sabe que pierdes mucho en dejarme, primero porque aqui conmigo no tienes mas gefe que á mí, y en entrando en el cuerpo de aventureros tendrás mil que no lleguen á la suela de mi zapato.

—¡Pasito, amigo, pasito! replicó el aragonés; tú y yo nos conocemos y basta.

—No hablo por tí, continuó el Velludo; y ademas como iba diciendo, sabe que este raton, si toca este cuerno, y señaló al que llevaba á la espalda, reune en veinte y cuatro horas mas de mil valientes bajo sus órdenes, á quienes paga con mas rumbo que puede pagar en su vida el mismo rey en persona.

—Todo eso tambien lo sé, replicó Usdrobal, y y siempre os respetaré; pero por ahora he determinado sentar plaza de aventurero, si me admiten, en las lanzas de ese castillo, y faltaria á un voto que he hecho sino cumpliese mi resolucion.

—Pues hijo, á mí no me haces falta; Dios te guie, para que veas que te quiero bien, este amigo es el gefe de la compañía, y el que te ha de admitir en ella.

—Á mí me basta tu recomendacion, repuso el aragonés; la estatura no es mala, es mozo, parece robusto añadió mirándole con despacio, y justamente está vacante la plaza de un buen muchacho que antes de ayer bebiendo conmigo, por broma le fui á dar de plano co

a espada y le rajé la cabeza hasta la barba sin querer de una cuchillada. ¡Un buen muchacho!

—Pues sí, amigo, yo te le recomiendo, respondió el capitan, y adios, que voy á recoger mi partida; adios, Usdrobal.

—No, eso no; cuenta con lo que se habla, y trae la bota antes de que te vayas, dijo deteniéndole el aragonés, que estoy seco de hablar, y este muchacho no se ha de separar de tí como si fuera un nadie.

—Y mucho menos sin despedirme de mi piadosísimo maestro, añadió Usdrobal.

—Pues entonces venid conmigo, respondió el Velludo, y si han dejado algo lo beberemos en buena paz y compañía.

Diciendo asi llegaron al corro, y hallando la bota todavía bastante provista, empinaron el codo hasta vaciarla, y Usdrobal se despidió de sus compañeros. Zacarías lloró, gimoteó, y le rogó que no abandonase la paz del desierto por los placeres mundanos; los demas camaradas no mostraron la mayor pena por su partida, y aunque las libaciones fueron copiosas, todos se pusieron en pie al echar el último trago, y el Velludo se despidió de su amigo el aventurero y de Usdrobal, retirándose con su gente, mientras estos volvieron paso á paso al castillo.

Poca bebida era aquella para hacer dar traspies al aragonés, que tocante á vino era una cuba sin fondo, y cuando mas llegaba á ponerse alegre; pero aquel día habia recibido un amigo íntimo, y su lengua, algo trabada, se resentia del fino agasajo que le había hecho, por lo que todo el camino vino hablando á Usdrobal acerca de sus deberes.

—Sí señor, decía, la sibordunacion, y la desciplina, y buen empuje cuando se trata de enris... enris... enristrar lanza.

—No tengais cuidado, que no me quedaré atras, respondió Usdrobal interrumpiendo un romance que venia tarareando entre dientes.

—Está bien: porque el hombre ha de ser mulo, y cuando llegue el caso un trago de vino y á ellos.

Con esta conversacion entraron en el castillo, donde Usdrobal fue alistado en la compañia, y le dieron las armas del difunto á quien habia relevado, que él se vistió, muy contento de verse ya hombre de armas, y sobre todo de estar cerca de la hermosa Leonor, decidido á favorecerla en todo, y libertarla si fuese necesario á costa de su propia vida.

CAPÍTULO XIV.

.....
Tanto que dije entre mí:
¿Todo el mundo se me atreve?
¿Tan dejada te parezco?
¿Eres tú tan insolente
que aunque me prometas reinos
mis favores te prometes?

(Romancero.)

Y A hacia ocho dias que estaba Usdrobal con sus ventureros muy apreciado de todos ellos por su áni-o resuelto y humor alegre, su semblante franco y na-ral descaro, habiéndole hecho hallar muchos amigos el castillo. Estas amistades en tan breve tiempo no arecerán estrañas al que haya vivido algun tiempo tre militares, donde la franqueza y familiaridad del to hace que la amistad se estreche é intime casi á imera vista; pero mucho menos raro parecerá si tras-dándonos á aquellos tiempos en que ser valiente era cualidad única que se exigía para ser estimado de dos, consideramos que tanto los compañeros de Us-obal como los demas habitantes de la fortaleza eran mbres que se pagaban mas de un rasgo de resolu-

cion y un trago á tiempo, que de una accion filantró
pica, viendo en cualquiera de estas dos cosas todo l
que necesitaban para elegir un amigo. La mayor part
de los soldados aventureros no tenian nada que echa
á Usdrobal en cara, porque si éste habia dejado
ejercicio de bandolero para tomar aquel, ellos habia
tenido otros oficios en su vida de igual especie ó peo
toda la compañia, siendo generalmente compuesta d
hombres sin oficio ni beneficio, estrangeros, mercena
rios y desertores.

Usdrobal, siempre fijo en su empresa de salvar
Leonor, que era el principal intento que le habia traid
á hacerse hombre de armas entonces, no desdeñó l
amistad de ninguno, y al contrario puso de su part
cuanto pudo para grangearse la de muchos mas, pen
sando, como general prudente, en hacerse aliados den
tro de la misma plaza que pretendia embestir, antes d
ponerla sitio. Con este fin, y valido de su flexibilida
de carácter, bebia con los unos, hablaba con los otros
y se mostraba generoso con todos, gracias al diner
que le valió su estancia con el Velludo, sin descuidar
se al mismo tiempo en ir reconociendo el terreno, vi
sitar la fortaleza, y siempre tratando de averiguar dón
de estaba detenida la hermana de Hernando, deseos
de verla y comunicar con ella sus planes. Pero á pesa
de su vigilancia y buen deseo, sus esfuerzos tocante
este punto no hubieran producido acaso ningun resul
tado, si los zelos y el despecho de una muger vengati
va no hubiesen venido justamente á favorecer sus pro
yectos. Zoraida, mas irritada que nunca contra Salda
ña, habia sabido ya, gracias al page, que no se habi
descuidado en decírselo, quién era una de las prisio

eras, y mas interesada que nadie en hacerla desapa-
ecer del castillo antes que Sancho se recobrase ente-
amente de sus heridas, no habia cesado de meditar
n punto desde entonces el modo de cumplir su de-
eo. Su conocimiento de todas las comunicaciones se-
retas, escaleras ocultas &c., de un castillo en que
abia pasado tantos años, las riquezas que poseia, y
obre todo su audacia y carácter emprendedor, hacian
e ella el mejor aliado que Usdrobal podia desear, y
ue su buena suerte le proporcionó.

Sabia muy bien Zoraida que de todos los servidores
e Saldaña los mas fáciles de sobornar con dinero y
as aptos para aquella empresa eran los aventureros,
ya mas de una vez habia tratado de descubrir á al-
uno de ellos su plan, puesto que su poca influencia
on el señor de Cuellar habia disminuido su crédito
tre aquellas gentes, y esta consideracion hubo de
ntenerla algun tiempo. Muchas veces habia ojeado
s individuos de la compañia, buscando entre ellos
guno á quien confiarse, y aunque la muestra y apa-
ncia de todos los manifestaba muy capaces de to-
ar á su cargo cuanto bueno ó malo se les encomen-
se, esto mismo la hacia dudar, temiendo que si la
scubrian, su venganza quedaria sin cumplirse, y Leo-
r para siempre en poder del señor de Cuellar. Con
do, ya habia observado á Usdrobal, y los ojos de lin-
de los zelos la habian hecho en parte descubrir sus
enciones, habiéndole oido hacer varias preguntas
erca de la habitacion que ocupaba la prisionera, que
nque hechas al parecer con indiferencia, y solo como
r mera curiosidad, Zoraida las imaginó sospecho-
s, y mucho mas cuando informada de que era un

soldado nuevo, no pudo menos de figurarse que e
aquel hombre de armas estaba disfrazado acaso
amante de Leonor, que se habia alistado aventurer
con el fin de salvarla. Este pensamiento, y mas qu
todo la buena cara y modales naturalmente francos d
Usdrobal, acabó de engañarla, afirmándola en la ide
de que siendo el amante oculto de dama tan principa
tenia de ser caballero, no pudiendo menos de serlo u
hombre de continente tan desembarazado y fisonomí
tan resuelta, por lo que mas animada que nunca s
decidió á hablarle en secreto, y asegurarse de est
modo si era ó no cierta su presuncion.

Por su parte Usdrobal no habia dejado de informa
se de quién era aquella estrangera tan bella que pare
cia tan triste, y no faltó tampoco quien le contase l
que deseaba, y punto por punto le refiriese sus amore
con Saldaña, y los desdenes que ahora sufria. Esta na
rracion le originó el pensamiento de aliarse con
hermosa mora, pensando con razon que sin duda, mo
vida de sus zelos y por su propio interes, habia d
desear con ansia verse de cualquier modo libre de s
rival, y que su proposicion de alianza para este cas
sería aceptada con gusto. Muchos deseos tenia de ha
blar y franquearse con ella, y aunque la prudencia t
vez exigia que él no fuese el primero en romper
valla, como esta cualidad no era la que mas brillab
entre las que Usdrobal poseía, lo hubiera ya hecho
no mediar, á su parecer, una consideracion que
irritaba y afligia al mismo tiempo. No sabiendo si Le
nor amaba ó no á Saldaña, y no pudiendo por es
contar con su voluntad para el proyecto que meditab
traíale pensativo esta idea, y á veces hasta le pon

tan furioso como si él la amara verdaderamente, y zeloso de ella desconfiase de su constancia.

Pero cuando ya tranquilo se detenia en pensar en los medios de que el de Cuellar se habia valido para poseerla, en el odio que habia oido decir se profesaban las dos familias, y en la fama que tenia Saldaña en aquellos contornos, su ira se aplacaba y su pesadumbre se desvanecia, conociendo cuán poco fundadas iban sus conjeturas, y asegurándose cada vez mas en que el servicio que trataba de hacer á Leonor era en aquellas circunstancias el que mas le agradeceria. No obstante, deseaba verla, y ya algunas veces habia intentado penetrar en su estancia; pero ésta, colocada precisamente en el primer tramo del edificio, y á la otra parte en el fondo, estaba vigilada por los servidores mas leales de Saldaña, quien al momento que supo el nombre de su prisionera, lleno de gozo habia nombrado los que le habian de guardar, con orden de no dejar acercar á nadie sino á su page favorito y á las damas que le sirviesen. Añadíase ademas, que Usdrobal, que no sabia fijamente la habitacion y no queria hacerse sospechoso, miraba como otros tantos espías suyos á cuantos subian y bajaban por la escalera principal, única que él conocia que condujese hasta allí. Enojado con tantas dificultades no sabia que hacerse, aprobando y desechando cuantos recursos le ofrecia su imaginacion, mas por miedo de empeorar la situacion de Leonor que por temor de su vida, aunque sabia que Saldaña no tardaria mas tiempo en mandarle despedazar vivo que el que tardase en conocer su intencion.

En esto estaba, cuando un dia á tiempo que se pa-

seaba por un corredor, solo, mirando á un lado y á otro por ver si descubria algun secreto pasadizo ó escalera que le llevase adonde queria, sintió que le tiraban suavemente de un brazo, y volviendo á ver quién era, vió una niña de poco mas de diez años, que en lengua árabe y con señas muy espresivas le suplicaba que le siguiese, que le tenia que comunicar un secreto. Era Usdrobal demasiado amigo de aventuras para que dudase en seguir la que se le presentaba, y aunque avisos de aquel género eran en los castillos de aquel tiempo señales de dicha á veces, y muchas otras de muerte, lo que él menos pensó fué en lo que podia sucederle, dispuesto á arrostrar cualquier peligro, y pronto á todo con tal de satisfacer su curiosidad. Como Usdrobal no conocia la lengua en que le hablaba la niña, ni la preguntó nada, ni se detuvo un momento, sino embrazando su espada siguió con ligereza los veloces pasos de la esclavilla, que despues de haberle hecho subir por una escalera de caracol, muy estrecha, cortada en el mismo muro del edificio, que conducia á uno de los torreones que flanqueaban la fortaleza, le hizo atravesar una galería muy oscura, abrió despues una puerta, y quedándose ella afuera para que él entrase primero, Usdrobal se halló como por encanto en una habitacion soberbiamente adornada.

Una muger pálida, y en cuyas mejillas se marcaban aun los surcos que habian formado lágrimas muy recientes, estaba sentada sobre dos almohadones moriscos, cubierta de una almalafa de seda, cuya capucha caida dejaba ver su rostro, que tan magestuoso como afligido, inspiraba á un mismo tiempo el respeto y la compasion. Usdrobal conoció en ella á la hermosa

ora á quien habia visto algunas veces, y de cuya istoria ya le habian informado, y habiéndola saluda- o respetuosamente, quedó en pie y á cierta distancia, guardando, para romper el silencio, á que ella habla- e primero. Zoraida estuvo un rato callada como du- ando el giro que daria á su discurso, y no sabiendo ómo empezar, alzó en seguida los ojos, y habiéndole chado una mirada de curiosidad, sin duda con inten- on de leer en su corazon y penetrar de este modo el isterio que á su parecer se escondia en aquel jóven, on acento tranquilo, aunque melancólico, dijo

—Aunque el puesto que ocupais en este castillo os ace parecer á los ojos de todos solo como un simple oldado, yo no puedo menos de creer que vuestra san- re es ilustre, y que vos sois otra cosa que lo que apa- ntais.

—Mi sangre, señora, respondió Usdrobal, puede ser sangre de un rey, ¿quién sabe? porque yo no he co- ocido á mis padres, y en cuanto á mostrar otra cosa ue lo que soy, puedo aseguraros que aunque no muy ejo, he corrido ya tantas aventuras, que muchas ve- s hasta yo mismo me desconozco.

—¿Pero vos sois caballero, preguntó Zoraida, no es erto?

—Si no lo soy, repuso Usdrobal, me siento capaz de rlo, y estoy pronto á acometer la empresa mas árdua que pudiera un caballero gloriarse.

—No me he engañado, dijo la mora, que dió por erta su conjetura al oir el tono altivo que usaba Us- obal en su espresion, no me he engañado, y os ase- ro que quien quiera que seais, podeis hablar franca- ente conmigo. Yo soy una muger, sin ningun ausi-

lio en el mundo; vivo, por decirlo asi, sola en el uni
verso, pero mi alma es noble, y mi corazon es ta
vengativo como generoso. Vos deseais quizá toma
venganza de otros agravios, yo de los mios; tal ve
nuestro enemigo es uno mismo; reunamos nuestra
fuerzas y conspiremos de mancomun contra él. Si soi
un caballero, os bastará que una muger desgraciada o
reclame por su defensor; si sois un villano, riqueza
tengo, podeis disponer de todas.

—(Pues señor, bien va el negocio. prudencia. Si es
tuviera aqui mi maestro, pensó Usdrobal, no dejari
pasar en blanco esta palabra; pero ya que esta muge
me cree caballero, portémonos como tal.) Yo, señora
continuó dirigiéndose á Zoraida, no comprendo bie
vuestro discurso, y os suplico que sino lo tomais á ma
os espliqueis mas claro: vuestra situacion me mueve
favoreceros, y asi no teneis nada que disfrazar. E
cuanto á las riquezas que me ofreceis, os las agradez
co, porque soy mas amante de la gloria que del dinero

—No os ocultaré nada, replicó Zoraida, siempre qu
me deis vuestra palabra de caballero, pues sin duda l
sois, visto vuestro proceder generoso, de no comunica
á nadie lo que os dijere, caso que no querais ser cóm
plice de mis designios. Dádmela, y acaso no sentire
tenerme por aliada.

—Yo os doy la palabra mas sagrada, repuso Usdro
bal, que un caballero pudiera dar, y os prometo co
tarme la lengua antes de que ella revele á ningun v
viente vuestro secreto, cualquiera que sea, aunque fu
se vuestra intencion asesinar á mi mismo padre si l
tuviera.

—Me basta, respondió la mora; voy á abriros mi co

razon. El señor de este castillo fue en otro tiempo mi amante; ahora es mi mayor enemigo. Me ha despreciado, me ha humillado, se ha olvidado enteramente de mí, y yo le he amado como nunca se amó, y he desoido la voz de mi orgullo mas de una vez para perdonarle. Yo he sufrido sus desprecios sin dar siquiera una queja, le he visto apartarse de mí, y sola con mi dolor, tal vez he tenido compasion de su tristeza olvidándome de la mia: mis lágrimas han corrido en silencio, mi amor por él he sentido que se aumentaba con su desden, y lejos de pensar en vengarme de su inconstancia, me he esforzado á hacerme mas agradable á sus ojos, á consolarle, determinada á sacrificar mi vida por hacer su felicidad. Sí, yo estaba determinada á morir; lo estoy ahora mismo mas que nunca, pero vengada. Nuevos ultrajes, horribles insultos, insufribles zelos han venido ahora á amargar con su ponzoña mi corazon, y él va á ser feliz en brazos de otra muger. ¡Oh! no. Él dividió conmigo sus placeres en otro tiempo; él me ha hecho hartarme de hiel; justo, muy justo es que los dos ahora agotemos juntos hasta las heces la copa de la amargura. No, no; se engaña, si mientras yo viva, cree el infame con los halagos de otra muger disipar los tormentos que le abruman; Zoraida se los hará sentir mas crueles; ¡nunca muger ninguna, ninguna, los calmará con sus caricias! Pero esto para vos es nada, continuó mas tranquila; vos ni nadie en el mundo pueden volverme la paz; nadie calmará nunca mis sufrimientos; todo lo mas que puedo esperar de vos es que ayudeis mi venganza. ¿Qué importa? es bastante: ¿conoceis á Leonor de Iscar? ¿sois acaso su amante?

—Soy, señora, respondió Usdrobal, cuya alma sen-

sible habian conmovido las palabras de la hermosa mora, soy quizá el hombre que mas culpa tiene de que esta dama esté ahora prisionera y en poder de vuestro enemigo. Soy quien sin saberlo la traje al punto en que ahora se ve; pero ya, arrepentido de lo que hice, estoy resuelto á morir ó á libertarla, y nada habrá, por peligroso que sea, por dificil que parezca de superar, á que no me arroje, y que yo no arrostre, siendo esta la pena que me he impuesto por el delito que cometí. Acepto con gusto vuestra oferta, y desde ahora juntos formaremos nuestro plan, y juntos lo pondremos en planta: digo que acepto tanto mas gustoso vuestra alianza, cuanto que solo y sin conocer este castillo, mi empresa hubiera sido mas perjudicial á esa dama que provechosa, puesto que tampoco hubiera cedido yo un punto en llevarla adelante por temor del riesgo que podia correr. Hablad, señora, disponed de mí; mi brazo y mi corazon son vuestros, y con todo, antes que dispongais cosa alguna haced de modo que yo hable un momento con ella, solo un instante; es quizá lo mas esencial.

Zoraida quedó un momento pensativa ingeniando cómo Usdrobal pudiese ser introducido donde habitaba Leonor, movió la cabeza varias veces como aprobando ó desaprobando sus propios pensamientos, y dijo:

—Todos los secretos de este castillo, y particularmente los de la estancia que habita Leonor, me son muy conocidos. Alli he vivido yo en dias mas felices; alli era mi paraiso; alli pasó una parte de mi vida como un sueño venturoso entre delicias y amores, y halagada de la esperanza mas lisonjera. ¡Ah! ¿por qué no fue eterno mi sueño? Sí, yo conozco todo lo que alli hay; pero aunque sería facil llegar hasta alli sin ser visto,

para hablarla sería preciso que os vieran, y entonces era tiempo perdido. ¿Cómo haremos?... Yo habia pensado valerme de vos para que sorprendieseis de noche á los que la guardan, introduciéndoos en la habitacion por una escalera oculta; pero para que la hableis sin que ella esté avisada, y no os vean, no hallo medio. Vos decís que es lo mas esencial; yo creo lo mas esencial que sea pronto. Si Saldaña, que está ya casi recobrado de sus heridas, llega á ir á verla, y Leonor accede á sus deseos y se entrega á su voluntad, no conteis ya con salvarla, continuó con furor; no, porque entonces yo misma la asesinaré.

—Es imposible, repuso con calor Usdrobal, que Leonor no aborrezca á un hombre tan endiablado.

—¡Ojalá! respondió la mora. Teneis razon en lo que decís; y á pesar de todos sus defectos, ¿no le amo yo? ¿por qué otra no podria amarle?

Aqui llegaban de su conversacion, cuando la esclava avisó á su señora que el primoroso Jimeno pedia licencia para entrar á hablarla.

—Amigo, dijo entonces Zoraida, vienen á interrumpirnos; retírate y no te alejes, porque quisiera verte despues.

Usdrobal la saludó con respeto, y salió de la sala atónito de la energía de aquella muger, y muy gozoso de su aventura. Al llegar á la puerta halló á Jimeno que iba á entrar, y que le echó una insolente mirada de arriba abajo como estrañado de verle alli, y á que Usdrobal contestó con otra que manifestaba no menos altivez y desprecio.

—¿Qué tal? se dijo á si mismo el page; para el tonto que fie en mugeres. Este será algun capricho de Zorai-

da; algo grosero es para preferirlo á un hombre como yo; pero ahí está el caso, probar de todo.

Diciendo asi se estiraba la gola, alisaba los pliegues de su justillo, y repasaba minuciosamente su tocador, disponiéndose á presentarse delante de una muger á quien trataba de cautivar con sus gracias el presuntuoso, y como casi seguro de su triunfo entró arreglándose el bigotillo rubio, que empezaba á cubrirle el labio, con pasos muy medidos y elegantes, y fingiendo la tristeza conveniente á la que, según él, tambien aparentaba la mora. Esta correspondió con una ligera inclinacion de cabeza al gentil saludo de Jimeno, quien despues de las generales de entrada se sentó frente de Zoraida, en uno de los bordados cojines que rodeaban la sala, con muestras de pesadumbre, ya mirándola dulcemente, y ya bajando los ojos con fingido rubor, como si tuviera algun secreto que le fatigara, y su timidez, cortándole la palabra, le impidiera comunicárselo. El orgulloso continente de Zoraida parecia haber recobrado toda su magestad delante de un hombre á quien ella estaba acostumbrada á mirar como un simple vasallo, y vuelto el rostro á otro lado ni aun se dignaba contestar con una mirada á las ojeadas humildes y amorosas del page, que sentado como estaba parecia al mismo tiempo estudiar las actitudes mas amables y caballerosas para agradarla.

—¿Qué causa os ha traido á verme? ¿teneis alguna noticia que darme? preguntó la mora sin volver siquiera la cabeza á mirarle, y con el acento mas desdeñoso.

—No sé, respondió el page no sin malicia, aunque con tono sumiso, si he llegado en ocasion y hora en

ue vos hubierais deseado que nadie os interrumpiese, ero nada os extrañe que yo cumpla con mi primer eber viniendo á presentar á vuestros pies el homenage ebido á la reina de la hermosura.

—Jimeno, replicó Zoraida, vuestro lenguaje afectado e incomoda; esas intempestivas y miserables galan- rías usadlas con las mugeres á quien pretendais agra- ar, y que se paguen mas de palabras que de los ver- aderos sentimientos del corazon.

—Veo, señora, respondió el page, que no quereis erdonarme la interrupcion que he tenido la desgracia e causar, sin querer, con mi venida tan poco á tiem- o. Cuando la imaginacion está ocupada de otros ob- tos, y acaso se acaba de oir el lenguaje del corazon, vista mas agradable nos fastidia, y las palabras mas ulces y lisonjeras nos parecen frias, insulsas, si las omparamos á las que acaban de halagar nuestro oído. o me estraña en efecto que llameis intempestiva mi alantería.

—Vois sois insolente, Jimeno, respondió Zoraida on magestad: esplicaos, aclarad esas suposiciones ue vuestra malicia...

—Respeto mucho, contestó el page sin desconcer- rse en el mismo tono, los secretos de las damas, y ucho mas cuando no tengo ningun derecho para sa- rlos. Vos, supongamos, cualesquiera que sean los uestros, ¿qué razon ni qué facultades tengo yo para trometerme en ellos? Conozco el motivo de vuestros sares, y las injusticias que estais sufriendo. ¿Qué ne de particular que trateis acaso de consolaros, y vengaros al mismo tiempo del único modo que una uger se puede vengar? No que yo crea...

—Basta, Jimeno; al momento salid de aqui, repu
Zoraida levantándose con dignidad: aun no me juz
tan infeliz que esté en el caso de sufrir los insultos
un miserable vasallo del señor de Cuellar.

—Perdonad, señora, respondió el page inclinándo
delante de ella con un movimiento fino, y como arr
pentido de su ligereza; no os irriteis con un homb
que no sabe lo que dice, agitado, como está, de r
sentimientos diversos y de la pasion mas loca: no
altereis; permitidme que os haga una sola pregunta
me retiro.

Conocia muy bien Jimeno la situacion de Zoraid
que ya en el castillo conservaba solo el prestigio
lo que fue, y estaba espuesta á la desvergüenza
soldado mas ínfimo, ya sin apoyo ni valimiento alg
no, la poca consideracion que le quedaba, consistie
do solo en el dominio que habia ejercido sobre Salc
ña, de quien ya sabian todos que era entonces abor
cida. No era el page tampoco tan generoso que resp
tase la desgracia cuando se trataba de su prop
interes, ó de callar un chiste malicioso; pero aunq
como la mayor parte de los hombres viciosos, para
todas las mugeres fuesen iguales, tocaba esto á su v
tud, y no al genio de cada una, por lo que conocien
el astuto page demasiado bien el imperioso carác
de Zoraida, y prometiéndose hacerla su conquista pa
agradar su amor propio, y satisfacer asimismo su
viandad, cuando la vió enojada varió al momento
camino, y mostrándose arrepentido de lo que hal
dicho, tomó el tono del rendimiento en vez del de
ironía.

—Jimeno, respondió la mora, os conozco acaso

nasiado bien; no me puedo quejar de vos, y habeis enido ó fingido tener lástima de mis desgracias; pero o sé por qué, á pesar mio, no puedo agradeceros el nteres que habeis tomado por mí: vuestras palabras oy han sido tan insufribles y altivas, como en otro iempo eran aduladoras y bajas. Tal vez vuestra pregunta me descontente; con todo, no importa, hacedla; a sufriré en pago de los servicios que me habeis hecho, y aun puede ser que os responda.

—(Yo te bajaré ese orgullo, pensó el page.) Siempre e sido y seré, continuó en alta voz, vuestro amigo y uestro defensor; siempre os he defendido, y aun me e atrevido por vos á contravenir á las órdenes espreas de mi señor; ahora mismo, mas que nunca, estoy dispuesto á todo por agradaros. ¡Cuántas veces he reconvenido á Saldaña de su inconstancia, y le he tachado entre mí mismo de hombre de poco gusto, cuando desdeñaba tanta hermosura y virtudes tan raras en uestro sexo!

—Haced vuestra pregunta, replicó Zoraida, y no reitais tantas veces que soy desdeñada de nadie. Decid o que querais sin volver á esa charla insignificante, sada solo en este pais de mentira y de hipocresía.

—Está bien, repuso Jimeno, y puesto que me lo permitís, perdonad mi impertinente curiosidad, y decidme quién es ese soldado jóven que vuestra esclava hizo alir de este cuarto al momento en que yo iba á enrar.—Zoraida no pudo menos de turbarse al pronto no abiendo qué responder, mientras el page, con los ojos ajos y al parecer sin mirarla, no dejó escapar la senacion que su pregunta le habia causado, y que él atribuyó á motivos muy diferentes de los que realmente

eran. Zoraida no obstante se recobró al punto, y repu
so con altivez:—A nadie en el mundo tengo que da
cuenta de mis acciones; el hombre que poseía ese de
recho me ha dejado libre y señora de mi voluntad.
bien, es un soldado que yo he hecho llamar para ha
blarle de cosas que me interesaban. ¿Estais satis
fecho?

—Me basta, replicó el page con su acostumbrad
malicia; soy discreto, y habeis hecho bien en hablarm
con confianza. He entendido y me voy: podeis hacer
llamar.

Diciendo asi hizo muestras de salir de la habitacion
El rostro de Zoraida se encendió de repente, arrebata
da de cólera contra el vil que la sospechaba, y aunqu
se esforzó á contenerse como mejor pudo, pareci
como se suele decir que le iba á deshacer con los ojo
Mas el temor de perder quizá el único apoyo que
quedaba, la obligó á sujetar la furia en su corazon
quedando inmóvil delante de él sin querer dejarle i
ni acertar á detenerle tampoco. Jimeno conoció la lu
cha en que se hallaba su alma, y como él se juzgab
muy superior á Usdrobal en todo, no dudó que le ser
facil triunfar, atribuyendo el supuesto capricho de
hermosa mora mas á un movimiento de venganza qu
á una pasion naciente. Volvióse, pues, á ella, tom
otra vez su apariencia cortés y respetuosa, y dijo:
Siento retirarme dejándoos enojada conmigo. Per
teneis razon y conozco que me he propasado. So
franco no obstante, y digo que á la verdad siento qu
un hombre de nacimiento tan bajo... Perdonad, señor
yo me retiro, y á pesar de todo creed que seguiré sie
do como hasta aqui vuestro fiel amigo y vuestro defe

r mas acérrimo. Cualquier favor, cualquier servicio
ıe exijais de mí...

—Jimeno, interrumpió la mora, estais acostumbrado
pensar mal de las mugeres, y asi no es estraño que
ınseis mal de mí. ¡Creeis que ese soldado es mi
ıante! podeis creer lo que querais, pero al menos,
osiguió reprimiendo sus lágrimas, al menos no me
sulteis.

—Sirvan de disculpa mis pocos años á mi indiscre-
on, repuso el page fingiéndose enternecido, y perdo-
d á un hombre que os adora, añadió arrojándose á
s pies, que os mira como su único bien, unos zelos
ı duda mal fundados, pero que son señales de la ver-
d con que os amo.

—Levantad, Jimeno, del suelo, respondió Zoraida
n ceño, que perdeis el tiempo en mentir.

Alzóse el page mirándola con asombro, indignado
eriormente de sus razones, mientras la hermosa
ora, puesto entre sus labios el índice de la mano iz-
ierda y clavados los ojos al suelo, parecia profunda-
ente ocupada de algun proyecto.

—Jimeno, le dijo al cabo de un rato de silencio, si no
ıeis mala voluntad á una muger que nunca os dió
otivo de enojo, si sois tan noble de corazon como os
ctais de serlo por vuestros antepasados, creo que no
reis capaz de faltar á la confianza que de vos se haga.

—Y mucho menos, repuso el page, á la que vos me
zgueis digno de merecer. El fuego inestinguible en
e esos hermosos ojos...

—Basta, Jimeno, interrumpió Zoraida; os he dicho
e no mintais, y que no me pago de insípidas galan-
ías.

—¡Galanterías! ¿Cómo podeis equivocar el lenguaje del amor puro con el de la galantería? Zoraida, disponed de mí, hablad, confiadme vuestros deseos, y yo os probaré que es verdad cuanto he dicho.

—¿Teneis libre entrada en el cuarto de Leonor de Iscar?

—(Mia eres, Zoraida), pensó el page, y hablando en alta voz prosiguió: El conde me ha enviado varias veces á saber de ella, y á darla amorosa recados de su parte.

—¿Recados amorosos de parte suya? esclamó Zoraida con ira: ¿vos los habeis llevado? ¿y qué le decia? ¿y ella le respondia con cariño sin duda?

—Con cariño no, repuso el page malicioso, pero...

—¿Qué? acabad.

—Los oye al menos con gusto, y siempre pregunta con cierto cuidado por su salud. Pero vos sois una rival temible, y ella...

—Por Dios, Jimeno, de una vez, acabad.

—Ella cree que el conde os ama todavia, á pesar que él jura qué...

—Asi, lentamente, Jimeno, repuso Zoraida con amargura, asi, que cada gota de hiel de tu lengua amargue por sí sola mi corazon.

—¿Quereis por último que os lo diga? replicó el page bajando los ojos y encogiendo los hombros; pues él jura y protesta que os aborrece.

—Lo sé, lo sé, replicó Zoraida con voz interrumpida por sus sollozos; sí, Saldaña me aborrece, y yo... yo tambien le odio con todo mi corazon, prosiguió con ira Zoraida, si me amas de veras, si tan siquiera te parezco bien, ayúdame en mi venganza, satisface mi resentimiento, y toda, toda yo seré tuya.

—¡Oh dia feliz! ¡dia feliz! esclamó Jimeno: habla, dí; mi brazo y mi corazon son tuyos; pronto estoy á vengarte, habla, y este puñal te vengará de Saldaña.

—Tú, contra tu propio señor...

—Zoraida, yo te adoro, replicó el page.

—Júrame, respondió la mora, guardar silencio de lo que voy á confiarte: te creo falso, Jimeno, pero el deseo que tienes de mí, pienso que te hará leal. ¡Sahara! Sahara! prosiguió, llamando á su esclava, que entró al momento en la estancia; dile á ese soldado que entre.

Salió la esclava á llamar á Usdrobal, mientras Jimeno se decia á sí mismo:

—Ya cediste, Zoraida: ¡ay de tí si me engañas! Duró algunos minutos el silencio, y la hermosa mora, fijos sus penetrantes ojos en él, parecia querer leer en su alma. Jimeno no pudo resistir su mirada, y bajó dos veces los suyos, pero animado de su descaro, volvió á alzarlos, y alargando su mano derecha hácia ella le dijo:

—Dame tu mano Zoraida, y recibe la mia en prueba de que despues que te vengue no se han de desasir nunca: dámela en prueba de que me amas.

—¡Que yo te amo! replicó la mora: ¿y cuándo lo he dicho yo? Cuando tú me vengues seré tuya, sí, pero sin amarte.

—No importa, repuso el page; estréchete yo solo una vez á mi corazon, palpite yo de placer en tus brazos, y nada me importa que no me ames.

—Recibe no obstante mi mano, respondió Zoraida, en fé de nuestra alianza.

Tomó el page la mano trémula de la mora y la apre-

tó entre la suya, pero al ir á estampar en ella sus labios, Zoraida la retiró de pronto como avergonzada de su humillacion. En este momento se abrió la puerta y entró Usdrobal con aquel desembarazado continente que le era propio: el page dió á atras dos ó tres pasos alejándose de Zoraida, y ésta se reclinó sobre los almohadones.

—Venid, caballero, le dijo; tenemos otro aliado, y vuestra empresa puede decirse segura; ya he hallado medio para que hableis á Leonor.

—¡Caballero! dijo á media voz el page mirándole con desprecio; no me parece muy caballero el que vive en compañía de villanos.

—Sino fuera el respeto que se merece una dama, repuso Usdrobal, que habia entreoido lo que decia el page, ya os hubiera yo dado á conocer que sino soy caballero, valgo tanto como el que mas.

—Con la lengua ó á traicion, replicó el page, sin duda, como es uso de los de tu ralea.

—Jimeno, gritó Zoraida, ¿quereis ausiliar mi venganza ó no? ¿qué, venís aqui con miserables rencillas á enemistaros?

Estas palabras templaron el furor que se habia apoderado de los dos mancebos, é hicieron que el uno retirase la mano que sobre la cruz de la espada tenia, y el otro del puño de la preciosa daga que llevaba al cinto, y Zoraida continuó:

—Si hemos de llevar á cabo esta empresa, unámonos, tengamos paz y solo pensemos en ella. Motivos poderosos de amor quizá os hacen parecer lo que no sois, Usdrobal; pero aunque yo no quiero descubrir quién seais, sé positivamente que vuestra intencion es

hablar con Leonor y sacarla de este castillo. Ninguno mejor que vos, Jimeno, puede favorecerle en su intento, y si lo logra, si llega á arrebatársela para siempre á Saldaña, yo me doy por satisfecha de mi venganza.

—¿Y vos me cumplireis en ese caso lo que me habeis ofrecido?

—Sí, repuso la mora; ó moriré, ó lo cumpliré; yo os lo prometo de nuevo.

—Está bien, replicó el page: soldado, tú la hablarás ahora mismo. Sígueme.

En diciendo así, Usdrobal y Jimeno saludaron á la hermosa mora, que contestó con una inclinacion de cabeza, salieron del cuarto, y se encaminaron por desusados y ocultos pasadizos á la habitacion de la desdichada prisionera de Iscar.

CAPÍTULO XV.

Padece, llora, esperimenta y gusta
de tu llanto y dolor, muerte y tormento,
que es justo premio de venganza justa
un tal castigo para tal intento:
si hay cuchillo de fuerza mas robusta,
verdugo sea el amor de tu contento,
porque entre ese dolor, rabia y discordia,
aprendas á tener misericordia.

(Ber. Poema.)

Abiertas aun las heridas, pálido, débil y apoyado en el brazo de su favorito page, dejó Saldaña el lecho donde habia pasado diez dias esperando la muerte en la agonía de la desesperacion, y con pasos poco seguros se dirigió á la habitacion de Leonor. Vanamente Jimeno y los cirujanos trataron de disuadirle de dar este paso, manifestándole el flaco estado de su salud, y el peligro que corria á cualquiera acaloramiento ó incomodidad que tomara.

—El mayor mal que me aflige, respondió el herido, no está en vuestra mano curarlo, y ninguna incomodidad puede haber que iguale al tormento de mi imaginacion.

Con esto, y viéndole resuelto á levantarse y á ir á

ver á sus prisioneras, nadie osó oponerse á su voluntad, y el tétrico Saldaña, lleno el corazon de temores y esperanzas, envió recado de su visita.

Entre tanto Leonor, que habia hablado ya con Usdrobal, animada con la esperanza de salir de alli pronto, parecia mas alegre que de costumbre, sabedora que habia un hombre que se interesaba por ella en donde menos podia presumir encontrarlo. Desde que se vió prisionera, rodeada de personas desconocidas, y todas ellas indiferentes á su dolor, no habia tenido otro consuelo que sus lágrimas y las religiosas palabras con que tal vez confortaba su ánimo la generosa Elvira, que por fortuna se encontraba en la misma estancia con ella. Pero esta muger fanática, sin dejar ver su rostro á nadie, persuadida de que Dios permitia todo aquello en castigo de la falta que habia cometido dejándose ver de Leonor, rara vez se acercaba á hablarla, embebecida en sus oraciones, y creida en que cometia un pecado cuando, movido su corazon por un sentimiento dulce, pero mundano, dirigia la palabra á su amiga. No obstante, su natural ternura vencia á veces su fanática obstinacion, y buscando palabras con que aliviarla de sus pesares, proporcionaba á la doncella de oscar los únicos momentos de dulzura que gozaba en su carcel; carcel decimos, si tal puede llamarse la estancia mas elegante y mejor alhajada que habia en el castillo, puesto que aunque privadas de libertad, todo era abundancia á su alrededor, y varios espaciosos jardines con ricos surtideros de aguas, y poblados de sombríos árboles, á que daban las puertas de aquella estancia, les proporcionaban delicioso paseo, mientras las doncellas que las servian y algunos juglares se es-

meraban en divertirla. ¿Pero qué vale el beber en oro, y verse servido de mil esclavos atentos al menor movimiento del obsequiado cautivo, si al fin no puede pasar de un término prefijado, sino respira el aire puro de la libertad?

La mayor pena que abrumaba el corazon de Leonor, era entonces verse imposibilitada de asistir á su hermano, que tal vez necesitaba de su cariño y la nombraba á cada momento. Esta idea no se apartaba un punto de su imaginacion, y el llanto, que humedecia sus ojos con frecuencia, era mas bien un tributo al amor fraternal, que una prueba de la debilidad de su sexo. Olvidada de sí misma, habia tenido mas alegría al hallar alli un protector, por la esperanza de llegar á tiempo para cuidar de su hermano viéndose libre, que por su propio interes, solo el temor de algun infame atropello haciéndole sentir por sí su cautividad. En vano trataba de distraerla el juglar con sus cantos, y sus historias, y la demas turba de histriones que corrian en aquella época los castillos con sus músicas y bailes á la morisca. La herida de su hermano no se apartaba de su memoria, y su situacion y el atropellado amor de Saldaña no dejaban descansar un instante su corazon. Elvira, encerrada á todas horas en un oratorio que alli habia, rara vez como hemos dicho humillaba hasta nuestro suelo sus pensamientos, todos ellos empleados en la contemplacion de las cosas celestes. Tal era, por último, el estado del ánimo de las dos amigas, cuando una de las mugeres de la servidumbre entró y anunció la visita del señor de Cuellar. Turbóse Leonor al oir su nombre, no hallando palabras con que dar el permiso que le pedian de parte del que podia

visitarla sin él, y volvió el rostro á Elvira, que en aquella sazon entraba, habiendo oido las últimas palabras de la camarera.

—Decid, respondió ésta, al señor de Cuellar, que hace mal en pedir permiso para visitarnos, cuando tiene el suyo y el del demonio para cometer todo género de crímenes y de villanías.

—Señora, respondió la doncella, si yo doy ese recado, es bien seguro que el conde me hará castigar...

—¡Pero ojalá Dios se complazca en perdonarte, oh Saldaña! prosiguió Elvira en uno de sus arrebatos de entusiasmo, sin atender á la respuesta de la camarera. ¡Ojalá, y que descargue sobre mí el peso de su ira, y cumpla yo de esa manera mis votos.

Diciendo asi bajó la cabeza, cruzó ambas manos sobre el pecho, y pareció que elevaba al cielo alguna súplica por el pecador. La doncella permaneció un momento delante de ella sin atreverse á interrumpirla; pero viendo que no debia esperar mas respuesta, volvió á preguntar á Leonor, la que, vuelta ya de su turbacion, dijo:

—Id y decidle que el cautivo está á merced del que le cautivó, y no es á él á quien toca conceder permiso cuando éste solo lo pide por cumplimiento, sabiendo que nunca es agradable la presencia del amo para el esclavo.

Esta respuesta tuvo al fin que contentar á la camarera, la cual, muy de mala gana y temerosa, salió á llevársela á su señor. Pero antes de que ella llegara, el lindo page, que irritado de su tardanza habia ido con licencia de Saldaña á saber qué habia, se atravesó en el camino, y la camarera con muy buen cuidado en

cuanto le vió descargó en él el peso de su comision contándole lo que habia pasado, y encargándole que fuese á referirlo á Saldaña.

—Reina mia, la dijo el page con un cortesía burlesca, paréceme que vos quereis que meta yo el dedo en la lumbre y comeros vos las castañas... pero no... no os pongais colorada por eso: ¿qué no haria yo por una hermosa jóven á quien solo la falta de una media docena de muelas y la sobra de algunos años puede hacer parecer un tanto desagradable?

—Insolente, deslenguado, gritó la camarera indignada de la verdad con que el page la habia hablado, y murmurando un millon de maldiciones se retiró, dejando al desvergonzado Jimeno riéndose de su furia.

Quedó un momento en seguida algo pensativo el buen page, y torciendo el camino en vez de volver adonde estaba su amo, de una carrera atravesó algunos corredores y desapareció.

De allí á poco se oyó una voz cerca de las habitaciones al oriente de la fortaleza, como si hablara con alguien á quien tratara de consolar, mientras que otras voces respondian y seguian la cuestion, al parecer con calor, segun se podia conjeturar per el tono vehemente y la precipitacion con que á veces resonaban en alto, y á veces se percibia apenas el murmullo de las atropelladas palabras. Duró este diálogo solo un instante, se oyó cerrar una puerta con ímpetu, se sintieron los pasos de un hombre que corria por aquellos tránsitos, y poco despues se vió al page que volvia con la misma prisa que habia desaparecido. Llegó en seguida adonde estaba Saldaña, y cambiando las palabras de la camarera, le dijo que Leonor no tenia di-

cultad en recibirle, siempre que como caballero ofre-
iese no abusar de su posicion.

—¡Consiente al fin en verme! esclamó Saldaña: ¡pero
ene desconfianza de mí! ¡Cómo ha de ser! ¡harta ra-
on tiene para desconfiar!

—Eso prueba que está ya medio rendida, replicó
meno; animaos, señor, que á buen seguro que no se
s escapa esta vez.

—Si vuelvo á oirte hablar con esa irreverencia de la
ue no eres tú digno de besar el polvo que pisa, juro
ue te he de hacer arrepentir para siempre de tu indis-
reccion.

—Perdonad, señor; yo no he querido ofenderla, con-
estó el page; y bajó la cabeza en señal de sumision;
ero una maliciosa sonrisa que pasó por sus labios
aba al mismo tiempo á conocer el placer que sentia
n incomodarle. Con esto se asió de su brazo el heri-
o para sostenerse, y meditando lo que habia de decir,
egó á la habitacion de las prisioneras. Levantóse Leo-
or de su asiento, saludándole con dignidad: entróse
n el oratorio Elvira sin descubrirse, y el page acercó
no de los sillones detras del herido caballero para
ue se sentase, hecho lo cual salió de la habitacion
ientras éste apenas osaba alzar los ojos, y parecia
char dentro de sí con sus remordimientos, y sin ha-
ar palabras con que empezar. Sentáronse los dos por
timo: hubo aun una pausa, hasta que el caballero
zó los ojos, y fijándolos en Leonor con cierta timi-
ez, rompió por fin el silencio pronunciando con débil
oz este frase, que apenas fue inteligible.

—Yo os he agraviado, Leonor, y vos sin duda me
orreceis.

—Mentiria, repuso Leonor con firmeza, si no os dijera que vuestra conducta para conmigo es muy agena de un hombre que profesa la orden de la caballeria. Vos habeis puesto en peligro mi honra, me habeis entregado á una horda de bandidos, y por último, me teneis ahora prisionera en vuestro castillo contra toda razon y justicia.

—Verdad es, Leonor; y asi no podré nunca aspirar siquiera á merecer vuestra estimacion, replicó Saldaña algo mas animado; pero si el amor puede disculpar mis errores; si los tormentos que padezco, y que vos sola podeis calmar; si el hastío con que vivo, la angustia que me acongoja y la desesperacion que me ahoga alcanzan una mirada de lástima de vuestros ojos; si, en fin, basta ademas mi arrepentimiento de lo que os he hecho sufrir, creo que lejos de merecer vuestro odio, merezco siquiera vuestra compasion.

—Mi compasion: la teneis, Saldaña, replicó Leonor conmovida. ¿Quién habrá, que como yo os conozca, y no os compadezca? Vos libre y poderoso, y yo cautiva, huérfana y ultrajada en este momento, me tengo mil veces por mas dichosa que vos; mi alma es inocente y mi corazon es puro; pero si estais de veras arrepentido, ponednos en libertad á mi amiga y á mí, y tal vez, sino está corrompido vuestro corazon, os cause un nuevo gozo hacer esta buena obra.

—Eso no; ¡nunca! respondió Saldaña muy agitado; cien muertes antes, cien infiernos padezca yo antes que te separes de mí, Leonor. ¡Nunca! Yo besaré el polvo que pises, te serviré de rodillas, te adoraré como se adora á la Vírgen que está en el altar...

—¡Silencio, impio! interrumpió una voz suave, pero

en acento terrible, detras de Saldaña. ¡Silencio, y no profanes con tu boca de podredumbre el puro nombre de la Santa Madre de Dios!

Volvió Saldaña los ojos airados á ver quién era la que con tanto atrevimiento le interrumpia, y halló en pie á su espalda á Elvira envuelta en su almalafa, que salia entonces del oratorio.

—¿Quién eres tú, la preguntó Saldaña con enfado, que te atreves asi á insultarme? Mal haces si crees que ese disfraz que llevas te da permiso para abusar de esa manera de mi paciencia.

—Las amenazas, los tormentos, los mas crueles martirios, repuso Elvira, que puedas imaginarte, son para el penitente aureolas de gloria y nuevos soles que le guian en el camino escabroso de la virtud. Nada temo, Saldaña, y todo lo temo por tí: mira, mírate un momento y te horrorizarás de tí mismo. Tu conciencia te remuerde: contínua guerra se hace en tu corazon; en él habita tu desdicha; en él se albergan el odio, la envidia, el temor, la rabia y la desesperacion; sobre tu frente está grabada la marca del réprobo: mil maldiciones te abruman, mil funestos recuerdos te acongojan, oro que toques se te volverá ceniza, y la flor mas pura perderá su aroma y se marchitará tan solo con que tú llegues á olerla. Saldaña, el lobo hambriento que se espone á la furia de los pastores y los mastines, que en tiempo de nieves busca trabajosamente alimento para él y para sus hijos que le esperan con ansia en la camada, y que vuelve sin él mordido y fatigado y aullando, es mil veces mas venturoso, es mil veces mas dichoso que tú. ¡Ah, Saldaña! recuerda los primeros años de tu juventud cuando era aun ino-

cente tu corazon, recuérdalos, y llora, llora lágrimas eternas de arrepentimiento.

—Muger fantástica, replicó Saldaña, cuando yo me presente á dar cuenta á Dios de mi vida, sé muy bien el modo de disculparme; y aqui en la tierra el amor es harta buena defensa de mis mayores delitos. Sí, Leonor, prosiguió volviendo la espalda á Elvira; pero esta muger tiene razon; nadie es mas desdichado que yo: todos los hombres en medio de su desgracia tienen algun dulce recuerdo que los halague, algun sueño de oro para el porvenir, alguna persona, en fin, que los ame, y que llore con ellos su desventura. Pero yo, Leonor, oidme, continuó con pesadumbre, yo no tengo nada, nada que me consuele; mis recuerdos eran penosos, negro y tormentoso contemplaba mi porvenir: ni una estrella, ni una luz, por débil y amortigüada que fuera, alumbraba mi peregrinacion; todo era noche, todo era un abismo, un caos inmenso donde á cualquier parte que volvia la vista me hallaba siempre conmigo solo, solo y sepultado en la oscuridad. Un recuerdo dulce como el aroma de las flores me quedaba aun, un recuerdo que podia traer á mi memoria sin horrorizarme ni estremecerme. Tú, jóven hermosa y pura; tú, á quien yo habia amado ya cuando mi corazon era bueno; tú sola podias hacer mi felicidad; tú eras la llama de mi existencia; yo te veia en todas partes, para mí no habia ya soledad, porque tú siempre me acompañabas. ¡Ah! yo necesitaba de tí, de tí para que fueses el rocío de mi alma; pero tú me desdeñabas. ¿Qué me quedaba que hacer? Robarte para poseerte; ahora yo soy tu esclavo: ¿qué quieres de mí, dí, mi sangre? estoy pronto á derramarla toda por tí,

ñadió arrojándose á sus pies. ¡Oh! dí que me amarás, lo siquiera por lástima. El hombre que fuese al patí- ulo cargado de crímenes, y que mas te hubiese inju- ado, ¿no mereceria de tí, si en eso le iba la vida, que dijeras yo te perdono? ¿y para salvar mi alma de la erna condenacion, no me dirás yo te amo?

—¡Hermano mio! esclamó Elvira con entusiasmo, chando atras su capucha, y descubriendo el rostro: o te amo! ¡yo soy tu hermana, que te ama con todo i corazon! ¡Ah!, si tú tienes necesidad de amor, yo e ofrezco el mio, puro, amor de hermanos, lleno de rnura, de ilusiones y de verdad.

—¡Elvira! gritó Saldaña espantado y retrocediendo gunos pasos con susto. ¡Por Santiago! ¿eres tú Elvi- ? ¡Qué horror! ¡qué horror! ¡Eres tú, que has dejado tumba para venirme á ofrecer el amor de hermana! lvira!...

—No, esclamó Leonor, no es una aparicion; reco- raos, Saldaña; es vuestra hermana, que se ha sacrifi- ado generosamente por vos, que os ama, que ha llo- ado dia y noche por vos durante tres años en un de- erto: ella os hará feliz; vedla, abrazadla, aconsejaos on ella; podeis todavia ser feliz: no lo dudeis. Yo no s aborrezco, y os perdono todo. Dejadme ir de aqui: i hermano está herido. El cariño de vuestra hermana s hará completamente feliz.

—Elvira, esclamó con humildad Saldaña, perdó- ame.

—Pide á Dios tú perdon, no á mí, repuso Elvira on magestad: arrepiéntete de tus crímenes, deja libre esa mujer, y no vuelvas á pensar en ella, puesto que o es para tí.

—¡Oh! eso no, replicó Saldaña: ya es tarde par
que me arrepienta; mis súplicas han sido otras vece
desoidas, y yo ya estoy condenado; ya es tarde, cor
tinuó con horrible desesperacion: no, yo no volveré
humillarme, yo no dejaré la prenda mas segura de m
felicidad, la gloria de mi vida, la muger que tanta pen
me ha costado tener conmigo, por un arrepentimient
sin fruto, que lejos de aliviar mis penas, hará que se re
doblen, prolongando con ellas mi desesperacion: Leo
nor ya es mia, será mia, y ya es tarde para arrepen
tirme.

—¡Profanacion! ¡Blasfemia! esclamó Elvira alzand
ambas manos al cielo.

Pero otra voz resonó de pronto en la estancia, y to
dos se estremecieron.

—Ya es tarde, sí, repitió Zoraida entrando á desho
ra, desencajados los ojos, y trémula de furor. Traía e
cabello desgreñado y suelto, el rostro pálido de colo
de cera, y en su agitacion incesante y sus movimiento
convulsivos parecia latir toda de cólera; sus mirada
eran de fuego, y su estatura, que parecia realzada co
la ira, le daban un aspecto hermoso, sí, pero imponen
te y terrible. Quedaron todos suspensos: Leonor s
apartó amedrentada, Elvira se persignó, y Saldaña s
puso encendido de rabia, lanzando sobre ella miradas
capaces de infundir terror á otra muger de menos áni
mo que Zoraida. Pero ésta, sin titubear por eso, pro
siguió:—Sí, la maldicion de tu Dios y del mio ha caido
ya sobre nosotros dos. Mírame, Saldaña, y estremécе
te. Tú eres el alma condenada, y yo soy el demonio
que te atormento y te persigo; el demonio, que cuenta
tus horas, que sigue tus pasos, que convierte en hie

el manjar mas dulce en tu boca, que te ha guiado en el crímen, que turbará tus placeres, que reirá junto á tí cuando sufras: mírame, tú me has abandonado, tú has querido alejarte de mí; pero en vano, porque yo estoy condenada á velar sobre tí para afligirte, ahora en la vida, y luego en la eternidad. No le ames, muger, prosiguió dirigiéndose á Leonor, no le ames; su lengua es engañosa, su corazon es malvado, y él te engañará y hará del tuyo un infierno, como ha hecho del mio, y como hace que sea cuanto está junto á él; no le ames, sino quieres como yo hundirte con él en el abismo de su perdicion. Mira, yo era feliz, continuó con acento melancólico; yo era inocente como tú; como tú he sido robada; me amó, le amé, y ya fui viciosa, criminal y despreciable por todo el mundo. ¡Ah! y yo le amaba con mas ternura que tú; yo le amaba como una madre al hijo que tiene al pecho, como la huérfana al hombre que le sirve de segundo padre, como una hermana á un hermano, como una mujer adora al idolo, al Dios de su corazon. ¡Él me ha despreciado, él me ha visto derramar lágrimas, y se ha mofado de mi dolor, y yo le amaba todavia, y yo le amo!!

—¡Bruja de maldicion, calla! replicó Saldaña rechinando los dientes. Verdaderamente que tú eres el demonio que me persigue, pero yo te enviaré á los infiernos para que allá me aguardes, y me dejes al menos de atormentar en vida. ¡Mi daga! Por Dios que me he olvidado de traerla, continuó echando mano á su cintura, donde la llevaba ordinariamente. ¡Mi daga! ¿Y qué importa? ¡Mujer infame! entre mis manos te ahogaré.

—Teneos, Saldaña, gritó Leonor poniéndose entre él y la mora. ¿Qué vais á hacer? ¡Siquiera por mí, por vuestra hermana! ¿Vais á cometer otro asesinato? ¿Es accion digna de un caballero poner la mano en una muger?

—Si tienes algun temor de Dios, detente, gritó Elvira, y acuérdate que con esas mismas manos que quieres ahogarla la has colmado de caricias impuras en otro tiempo.

—Ven, ven y despedázame, esclamó Zoraida, que no habia retrocedido un paso al verle venir hácia ella. Te engañas si piensas por eso libertarte de mí. Hiéreme, y abre tú mismo mi sepultura; hazla bien honda, bien profunda, sepúltame tú mismo, y arroja sobre mí un monte; mi espectro ensangrentado saldrá de allí; de dia me verás en los rayos del sol, en la sombra de cada árbol; oirás mi voz en el crujido de cualquier puerta, sentirás mis pasos detrás de tí; de noche en la luz sangrienta de la luna, delante de tí; yo vendré á tu cama, y perturbaré tus sueños; te despertaré, y me verás, y mi mano fria con la muerte sentirás que te hiela tu corazon. Aun mas: yo evocaré las sombras de los que murieron por tu injusticia, la de tu padre. ¿Qué, te amedrentas? ¡Con qué placer te veremos en la agonía cuando juntos tantos espectros oigas el rechinamiento de dientes, y el crujido de huesos, y sus aullidos, y los veas saltar en derredor de tu cama, en tí fijos sus ojos brillantes como ascuas, y sientas frio y temblor hasta en el tuétano de tus huesos!

—¡Oh! ¡basta! ¡basta! gritó Saldaña aterrorizado, dejándose caer sobre una silla medio exánime y sin aliento. ¡Jimeno, esclamó, sácame de aquí! yo muero...

Y dejando caer la cabeza, la debilidad en que estaba, y la agitacion que habia tomado, le causaron un parasismo, y quedó como muerto.

—¡Oh Dios! yo he causado su muerte, gritó la mora con el acento de la desesperacion, y salió precipitadamente del cuarto.

Leonor y Elvira acudieron á socorrerle, y tomándole ésta una mano sintió el hielo de la muerte en la paralizacion de su pulso.

—¡Oh hermano mio! esclamó: ¡ojalá Dios te vuelva á la vida, y te dé tiempo de arrepentirte! Caiga su maldicion sobre mí; yo te amo, hermano mio, vive tú, y muera yo por tí. ¡Oh! Es un desmayo, él volverá en sí. Tú tornarás á ser virtuoso; tú tenias en tu infancia todos los gérmenes de la virtud en el alma. El vicio la ha cubierto de sombras y de nieblas perpetuas. Pero escrito está que Dios no quiere la muerte del pecador.

Entró Jimeno al momento, acompañado de otros dos escuderos, y tomando el sillon en brazos le llevaron á su estancia, acostáronle en su cama, y habiéndole los cirujanos hecho volver en sí con algunos espíritus que le aplicaron á la nariz, encargaron el silencio y se retiraron.

CAPÍTULO XVI.

Mendo.

¿Cómo te has de resistir?

Blanca.

Con firme valor.

Mendo.

¿Quién vió
tanta dureza?

.....

Mendo.

¡Ó qué villanas crueldades!
¿Quién puede impedirme?..

García.

Yo.

(García del Castañar: de Rojas.)

APENAS habian retirado á Saldaña, cuando la zelosa mora, pesarosa ya de lo que habia hecho, lloraba y lamentaba por él con la misma ternura que si hubiese perdido el único bien de su corazon. Entró, pues, en su cuarto acongojada sobre manera y arrepentida, y sin poder sujetar sus lágrimas, llamó á su esclava, que entró al momento á saber lo que tenia que mandarle.

—Corre, le dijo, pregunta si ha vuelto en sí el señor de Cuellar; vuela, y vuelve al momento.

Partió la esclava al punto: Zoraida se sentó pensa-
va, clavó en el suelo sus hermosos ojos, derramó al-
unas lágrimas, y prorrumpió por último hablando con-
go misma:—¿Y qué estraño es que me aborrezca?
i yo fuera mas dulce, mas humilde con él, acaso me
naria... Si yo le amara de veras, ¿no desearia su
licidad antes que la de ningun otro, primero que la
ia? ¿Y por qué le he de martirizar? No, yo no le amo,
el amor es solo nuestro interes. Sí, en vez de decir
o te amo, debería decir yo me amo á mí misma
nto que te quiero esclavizar para mí. Saldaña, per-
óname; he hecho mal en atormentarte, pero no me
orrezcas, ¡qué oiga yo en tus últimas palabras que
e perdonas!..

Diciendo asi, su corazon generoso habia olvidado
a los desdenes del caballero, y hasta se habian borra-
o completamente de él los zelos que poco antes le
ormentaban. Lloraba Zoraida, y lloraba lágrimas de
ompasion, sin ver en él otro hombre que su amante
spirando por culpa suya en aquel momento. Ella mis-
a maldecia su furor, se tachaba de injusta, y solo de-
aba que viviera, que viviera, y no mas, aunque no la
nara, aunque se viera siempre despreciada por él,
ara no tener nunca que echarse en cara á sí misma la
uerte del hombre á quien, á pesar de todo, amaba
on toda su alma. La esperanza de lograr el amor de
persona amada es la última que abandona un cora-
on enamorado de veras, y á veces es tal la ilusion que
forma el amante, que halla en la mas insignificante
irada representado un sentimiento que está solo en su
razon. Zoraida, pues, encontraba medios de inter-
etar en favor suyo la misma conmocion que esperi-

mentaba Saldaña cuando la veía, y la indignacion y
rabia que su presencia le causaba eran, á su entende
obra de los remordimientos que le traían los recuerd
de lo pasado, mas bien que fruto de su impaciencia
su odio, mas temerosa siempre de hallar indiferenc
en él que de granjearse su aborrecimiento. Todas esta
razones, si tal pueden llamarse los delirios de una pa
sion, hacian que ahora llorase de veras por el mismo
quien antes habia sofocado con sus maldiciones; per
esta dulzura, esta generosidad no debian ser de larg
duracion en su carácter, y mucho menos si algun ma
intencionado atizaba con astucia la hoguera de sus ze
los. Su corazon en este momento podia compararse
una nube de tormenta preñada de rayos, pero que he
rida del sol parece bordada de suaves colores, hast
que impedida del viento arroja al choque el incendi
que ardía en su seno.

No tardó mucho tiempo Jimeno en venir á verl
disfrazando su dañada intencion con el cuidado d
saber de ella. Entró en su cuarto poco despues d
la esclava que trajo la noticia de la salud del se
ñor de Cuellar, caido y triste el semblante, los ojo
algo llorosos, y adornado con poco esmero, como
las penas que traía en su alma le quitasen el gust
hasta para vestirse. No obstante, aunque la capilla co
ta que llevaba al hombro y lo restante del trage pare
cia puesto con desaliño, se notaba que habia mas ar
en aquel aparente descuido cuando no tanto com
pudiera haber empleado en acicalarse y pulirse.

—¡Qué desgraciada eres, Zoraida! ¡Y qué desdich
do soy yo viendo lo que padeces!

Zoraida no respondió nada á ninguna de estas e

clamaciones que el page pronunció con aire teatral, y arrojando al mismo tiempo un suspiro que parecia que se le arrancaba el pecho. Sentóse en seguida como abrumado de su dolor, y apoyando su frente en una mano, ya bajaba los ojos, ya los alzaba con dolorosa espresion al cielo, ya echaba, volviéndolos á Zoraida, lánguidas y amorosas miradas.

—¿Está mejor? ¿Cómo le habeis dejado? preguntó Zoraida con voz apagada. En su situacion os necesita á su lado mas que yo al mio.

—Ciertamente, repuso Jimeno moviendo la cabeza con ironia, era eso lo que debia yo aguardar de tí, que me echases atentamente de tu habitacion cuando precisamente vengo á libertarte la vida, y á sacrificarme por tí. Pero, sí, tienes razon, añadió levantándose, no soy aqui necesario, soy mas útil al lado del señor de Cuellar; de alli por lo menos no me echan; puedo oir planes terribles que me horrorizan; por eso, ¿qué te importa á tí? Tenia algunas cosas que decirte, y que creí que desearias saber; pero ya veo que no, ¡cómo ha de ser! yo lo siento por tí... pero... me iré...

—¡Jimeno! gritó Zoraida con impetuosidad, tú tienes una alma de hierro, y parece que te han elegido para darme tormento y añadir á cada instante nuevas inquietudes á las que sufro. Si te interesas verdaderamente por mí, ¿por qué me haces así morir de ansia y de impaciencia, sin hablar de una vez? ¿y si me odias y eres el instrumento de que mis tiranos se sirven, hiéreme, y no temas que me queje, que ni un ¡ay! saldrá de mi boca cuando entre tu puñal en mi corazon.

—¡Zoraida! tú me injurias cada vez que me hablas, respondió Jimeno, y á cada insulto tuyo devuelvo yo

un beneficio; pero no gastemos el tiempo en conversaciones frívolas; sabe que Saldaña ha dado orden para que te encierre esta noche, y allá donde nadie pueda oir tus gritos... tal vez para que no se asuste con ellos su Leonor... desempeñe su oficio nuestro preboste.

—¡Y qué es la muerte para quien no tiene nada en el mundo! esclamó Zoraida con sentimiento. Yo la deseo, yo la deseaba, como desea el aire el viajero de los desiertos. Yo nada tengo, nada pierdo, ni una lágrima caerá sobre mi sepulcro; mi madre... ya no me llorará, ni yo tampoco tengo por quien llorar. Aguardo, pues, la muerte con resignacion.

—¡Sí, cierto, la muerte á veces es un bien; pero tú tan jóven aun, tan hermosa! ¡Es triste, Zoraida, es triste á la verdad morir tan jóven! repuso el page en tono muy afligido.

—No sé, replicó la mora con pena, pero con serenidad, si es triste ó no morir jóven; para mí la vida acabó ya hace mucho tiempo, y estar encerrada aqui ó en la tumba, me es indiferente.

—¿Y olvidas de esa manera tus sufrimientos, tu venganza, tu amor, y la rival que te ofende? insistió el page desesperado de ver su conformidad.

—¿Para qué decís eso? preguntó la mora. ¿Quereis, cuando voy á morir sin remedio, hacer que sienta la muerte y disipar el tédio que tengo á la vida, y que es lo que presta resignacion á mi alma?

—No, repuso Jimeno. Quiero inspirarte un deseo tal de vivir, que busques los medios de escapar á tus verdugos. Mi espada está pronta á defenderte de todos, pero no basta. Piensa, Zoraida, que Saldaña te sacri-

ca á tu rival mas que á su odio: que solo para complacer á Leonor...

—¡Jimeno! interrumpió Zoraida encendida en cólera e repente, ¡calla, y no vuelvas á entrar en mi alma la esesperacion!

—Para complacer á Leonor, continuó Jimeno sin interrumpirse, y hacerla ver que todo, hasta la muger ue mas ha amado hasta ahora, todo lo abandona por la. La dirá que te ha arrojado de su castillo, que en ano le pediste de rodillas que te dejara un rincon, un alabozo para vivir á su lado, bajo un mismo techo, dirá además que se enterneció, pero que solo por la, solo por su Leonor, por su esposa, lo hubiera poido hacer.

—¡Maldicion! esclamó Zoraida: ¡y ella!...

—Ella entonces, prosiguió el page sin titubear, le gradecerá una prueba tan ponderada de su cariño, le irará en un principio con lástima, se acostumbrará or último á su lenguaje, se envanecerá con su triunfo obre una muger á quien yo sé positivamente que me, y un enlace pacífico terminará las desavenenas de las dos familias, y trocará en amistad el odio el caballero de Iscar. Zoraida, tal es el fin que tenrán los amores de Saldaña, y que tú, muerta ó viva, as de saber en donde quiera que estés, ora en la tiea, en el paraiso ó en el infierno, porque hasta alli sonarán las canciones del dia de la boda, y los besos que le dé Leonor.

—El mismo angel de las tinieblas, respondió la mora, o es capaz de afligir y de atormentar como tú. Pero o no seré ludibrio de esa muger, no: yo moriré, pero engada. Antes que el puñal de los asesinos me arran-

que la vida que aborrezco, ella perecerá. Dame un medio, Jimeno, de martirizarla, dame un medio; piensa, inventa el mas terrible, el mas bárbaro, para que yo me regocije en mi triunfo. Que yo la vea espirar á los ojos de su amante, y que él trate de salvarla y no pueda, y llore y se desespere. Tienes razon, es cruel, muy cruel, morir sin venganza. ¿Qué mas quisieran ellos? ¡Con qué tranquilidad gozarian sin que yo nunca les estorbara! ¡y ella habia de besar los mismos labios que fueron mios! Veneno encontré solo en ellos, veneno que ha llenado mi corazon de amargura; podria quizá vengarme con dejarla que lo probase; pero no yo lo he agotado ya todo, y alli no quedan mas que dulzuras. ¡Muerte! ¡muerte! Jimeno, toda yo soy tuya, toda soy tuya si la asesinas.

—(Asi te quiero yo, pensó Jimeno: irritarte es el único modo de vencer tu tenacidad.) Cuando he venido aqui, no he venido, continuó en alta voz, solo á traerte malas noticias ni á gozarme en tu afliccion como me has dicho. Te amo de veras, y una pasion tan vehemente como la que te domina por ese ingrato ha echado ya hondas raices en mi corazon. Yo te idolatro, yo he buscado la felicidad y la he hallado en esta agitacion incesante, en los zelos, en la misma desesperacion del amor. Sabe que he aguzado el puñal antes de venir aqui para clavarlo, si preciso fuera, hasta en el mismo Saldaña. Pero es preciso no perder tiempo de aqui á algunas horas habrás bajado á tu sepultura. Ese soldado aventurero que tú crees amante de Leonor debe esta noche sacarla de aqui, si ella consiente...

—¿No consintió cuando se hablaron? preguntó la mora con inquietud.

—No, repuso el page, no; á lo menos se mostró indecisa, y parecia que le costaba trabajo salir de aqui. En fin, Zoraida, tú te libertarás de la cólera de Saldaña, quedarás vengada ó libre de tu rival, y triunfarás por último de tus enemigos. ¡Oh! sí! has de ser mia, y has de serlo ahora mismo.

Diciendo asi se arrojó á ella con tal impetuosidad, que sin que pudiese impedirlo la cubrió de besos, teniéndola estrechada en sus brazos.

—Déjame que en esa boca de delicias estampe yo mil besos... en esa cara de angel... Yo te adoro. ¡Zoraida! ¡Zoraida! ¿Por qué te resistes?

—¡Infame! gritó la mora retorciendo los brazos y defendiéndose con toda la furia de su carácter. En todo mientes... Yo tuya... te aborrezco. Eres mil veces mas odioso para mí y mas falso que todos. Huye de mí... Sé generoso...

—No, Zoraida; te tengo bien asida para que te escapes: grita, que nadie te responderá; llama á quien quieras, solos estamos aqui; cede. Eres mia, eres mia...

La infame victoria del page parecia estar decidida: nadie respondia á los gritos de su víctima; en vano habia luchado con él con toda su fuerza, en vano trataba aun de defenderse; su pecho latía alborotado de cólera y de fatiga, y la falta de aliento y de vigor para resistir no hacian dudoso su vencimiento: un esfuerzo mas, y el triunfo era de Jimeno. Pero éste, fatigado tambien, trémulo y sudoroso, quedó en el instante de su caida suspenso un punto para tomar aliento, y dió tiempo á la mora de recobrar su serenidad. Levantóse, pues, de pronto, y antes que él tuviera lugar para sujetarla, echó mano al puñal del page arrancándoselo

del cinto, y retirándose algunos pasos avanzó en se guida determinada á clavarlo en su corazon. Sucedi esto en menos tiempo que el que hemos tardado e contarlo, y solo lo tuvo el page para parar el golp asiéndola fuertemente del brazo. Entonces empez una nueva lucha, mas terrible si cabe que la primera Cambió Zoraida con la presteza del rayo el puñal á s mano izquierda con intencion de herirle, viéndose asid de la derecha, y sin duda hubiera logrado su intent si el page, en tan inminente peligro, no hubiera hech uso de toda su fuerza, empujándola de sí con tant ímpetu, que haciéndola vacilar dos ó tres pasos at dando de espaldas, logró derribarla segunda vez.

Arrojarse entonces sobre ella, arrancarla el puñal sujetarla completamente, fue obra de un solo punto.

—Vencí, Zoraida, gritó el perverso Jimeno: lucha defiéndete, haz lo que puedas para estorbarme mi triun fo, desdéñame cuanto quieras, ya eres mia. ¿Quié habrá que te arranque de entre mis brazos?

—Yo, gritó Usdrobal, que abrió en este momento l puerta y quedó horrorizado de la terrible escena que s presentaba á sus ojos. Zoraida casi sin conocimiento desgreñado el cabello, el semblante lívido, y desenca jados los ojos, parecia ahogada de furia; el page d rodillas sujetándola, y con el puñal en la mano, des compuesto el vestido y pálido de voluptuosidad: los almohadones, las sillas derribadas por todas partes, y todo en desorden.

—¡Favor, favor! gritó Zoraida.

—El demonio, dijo Usdrobal, no hace cosa igual Pardiez, el caballero, que no es accion muy noble la que acometeis.

—Maldita sea el alma del que me interrumpe, gritó el page levantándose muy colérico, y encaminándose á Usdrobal con el puñal en la mano.

—Sosegaos, el caballero, repitió Usdrobal con ironía y desenvainando al mismo tiempo su espada; reportaos, y sino juro por el sol que nos alumbra que os arranque el alma de una estocada: mirad que estoy bien armado.

—¡Villano! repuso el page, que á pesar de su ira conoció la ventaja de su enemigo y contuvo el paso, si fueras caballero...

—Mil veces mas que tú, replicó la mora: ¡infame! ¡vil! ¡valiente con las mugeres! Acércate, acércate á mí ahora, ¡cobarde!

—Ya veo, repuso Jimeno con su acostumbrada ironía, que te defiende tu amante. ¡Tu amante! ¡Un soldado! ¿Y qué podia esperarse de una muger como tú, sino que te entregaras á un aventurero.

—Reportaos, Jimeno, y no insulteis á una muger desvalida delante de mí, replicó Usdrobal: soy solo un aventurero, soy lo que represento y no mas; pero preferiria mil veces ser un vil verdugo á ser un noble de tu ralea.

—¿Qué he hecho yo, Dios poderoso? ¿qué he hecho yo, esclamó la mora, para que me castigues con tanta crueldad? Usdrobal, continuó poniéndose delante de él de rodillas, no me abandoneis, defendedme; todo el mundo me ultraja y todos me desamparan. ¡Tened compasion de mí! ¡Yo soy sola, y hasta el vasallo mas ínfimo se me atreve!

—Levantaos, Zoraida, levantaos de ahí, replicó Usdrobal: soy de nacimiento villano, pero yo os defen-

deré del caballero que os atropelle. Y vos, señor admirado page, si teneis algo de hombre en vuestro corazon, si no sois tan bajamente cobarde como pareceis, venid, yo os desafio y os reto de forzador, y os tacho de infame si no sois capaz de seguirme.

—Si tú mismo confiesas, repuso el page aliñando sus vestidos al mismo tiempo, que tu nacimiento no es noble, ¿qué gloria ganaria yo con derramar la sangre de un miserable aventurero? Vete de aqui, y da gracias que no llamo á algunos compañeros tuyos para que te harten de palos.

—La primera voz que des te cuesta la vida, respondió Usdrobal cogiéndole fuertemente de un brazo.

—Suelta, canalla, replicó el page desasiéndose con indignacion.

—Juro á Dios, repuso Usdrobal dejándole, que casi me da vergüenza de medir mi espada contigo, porque á fé mia que me pareces una muger.

Era el page á pesar de todo valiente, y el último insulto quizá el único que le sacara fuera de sí.

—Vamos, le dijo, donde quieras, y ya que te empeñas, te enseñaré yo mismo el respeto que se merece un noble de un villano como tú eres. Adios, Zoraida; cuando concluya con este galan veremos quién te defiende.

—Vamos, y basta de amenazas, señor page, que mucho será que os libreis de mis manos.

Diciendo asi salieron del cuarto, dejando á la hermosa mora privada de sentido, y todavía descompuesta, la ira y el cansancio de la pasada refriega, habiéndola hecho caer en un accidente del que tardó mucho tiempo en volver.

CAPITULO XVII.

Cien mil siglos le parecia cada hora de las que faltaban hasta la dichosa que esperaba.

(Guerras de Granada.)
(Perez de Hita.)

Luego que Usdrobal y el page salieron de la habitacion de Zoraida, llegaron sin hablar palabra hasta la torre de Oriente, que estaba á un estremo del gótico corredor, donde habia una escalerilla de piedra cortada por fuera en el mismo muro que conducia á las obras esteriores de la fortaleza.

—Aguárdame aqui, dijo el page, mientras subo á mi cuarto á tomar mis armas, que no creo que nos hayamos de batir con armas tan desiguales como son un puñal y una espada.

—Cierto que no, repuso Usdrobal; pero no creo escusado que yo os acompañe, y si es preciso os ayude á vestir la armadura; porque sea dicho con franqueza, á lo menos, no me fio mucho de vos.

—Mas que yo de tí, replicó el page, te puedes fiar de mí, puesto que prostituyo y empaño el lustre de mi nacimiento hasta el punto de aceptar tu desafio. Por lo

demas, no me creas tan cobarde que no me considere capaz de dar una leccion con las armas á un villano presuntuoso para que nunca mas ose retar en su vida al noble de menos brio.

—Las mismas manos tengo que tú, respondió Usdrobal, y el mismo número de dedos en ellas: anda y trae tus armas, que no quiero que nadie me tache de desconfiado. Aqui te espero: si no vuelves antes de un cuarto de hora, ya que la echas de noble, te declararé no solo cobarde, sino bastardo.

—A pensar como se debe de las mugeres, nada tendria de particular que lo fuese, repuso el page sonriéndose con su acostumbrada impudencia. Adios, continuó, y cree no necesito de nadie para hacerte arrepentir de tu orgullo.

Quedó, pues, Usdrobal no solo tarareando un romance con su natural buen humor como si fuese á un baile, y el page se encaminó á su cuarto con el mismo descuido, pero no tan tranquilo, resentido como estaba su amor propio con la resistencia que habia opuesto Zoraida á su mal intento.

—¡Quién lo creyera! se iba diciendo el page. Es la muger mas rara que hay en el mundo: ¡Qué! ni santa Lucrecia, esa que contaba aquel monje que tanto se habia resistido al Cid, tiene que ver con esa maldita fiera; y eso que nada me quedó que hacer con todo, si hubiese yo cerrado la puerta, y no que ese mulo de carga se sopló de rondon como si hubiese entrado en su cuadra. ¡Maldito sea! ¡ja! ¡ja! continuaba riéndose; pero qué bien fingí: vamos, no puedo menos de reirme cuando me acuerdo que yo lloraba.

Hablando asi llegó á su cuarto, y tomando sus ar-

las, conforme se las iba vistiendo se le ocurrió un ensamiento que no solo le obligó á no seguir adelante oniéndoselas, sino que aflojándose las correas se quió la coraza que ya se habia ceñido, y la volvió á cocar donde estaba.

—¡El diablo me lleve por majadero! esclamó. ¡Vive ios! ¡irme yo ahora muy á lo caballero á rajar la caeza á un miserable villano, que se considerará muy onrado con que me digne abrírsela en dos partes omo si fuese una calabaza! ¡Pardiez, que soy mas stúpido que Duarte, el escudero de mi señor! ¡Como no pudiese vengarme de él y de ella de otra manera! o señor, el jayan ese la echa de hombre de pro, y ene humos de caballero. Y á la verdad tiene motivos e creerse tal, viéndose tan favorecido de las damas. Vive Dios que es el rival mio y el del señor de Cuellar, que se lleva de calle las dos princesas, como si valiee mas él solo que nosotros dos juntos!

Con todo, su favorita es Leonor, ha venido aqui por la. Tengo en mi mano mi venganza sin peligro de uedar mal. Protegeré su empresa, me congraciaré de se modo con Zoraida, aunque no se le cumpla lo que esea. ¿Porque quién quita que un hombre ruede por na escalera abajo, ó que le suceda cualquier otra osa? Luego, él es el único que estorba aqui... en haendo que no vuelva á parecer por acá, todo está conuido. ¡Ea! ¡viva el ingenio! Buen chasco te vas á llear, novel paladin, continuó cerrando la puerta y diriéndose á buscarle. Aun no sabes tú la culebra que te oy á liar.

Pensando asi, y meditando mil planes á cual mas érfidos, enderezó sus pasos el lindo page al sitio don-

de le aguardaba Usdrobal ya algo impaciente, muy d
vertido con sus perniciosos pensamientos, riéndose sol
ya de la que le esperaba al aventurero, ya de lo bie
engañado que iba á quedar en cuanto le hablara. Pe
antes de llegar á él reprimió su alegría, y ocultando
natural descaro de su semblante bajo la máscara de
humildad, se acercó á Usdrobal en ademan triste, l
brazos cruzados, y los ojos bajos con muestra de arr
pentido. Miróle Usdrobal, y no pudo menos de adm
rarse de verle venir sin armas, con el mismo trage qu
antes traía, y con aspecto tan melancólico, cuando e
peraba que volviese armado y con la arrogancia y
indiferencia propias de su carácter y de un hombre qu
venia á reñir.

—Por el alma de mi padre, le dijo, que estamos ad
lantados: me habeis tenido aqui de planton media ho
aguardándoos, y os venís lo mismo que os habeis id
¿Que es eso? Paréceme ademas que volveis mas pe
sativo que os fuísteis. ¿Habeis quizá reflexionado qu
la espada de un villano corta tanto como la de un gra
señor? ¿ó sois acaso de los que dicen que mas va
que digan aqui huyó que aqui murió?

—Ni lo uno, ni lo otro, repuso el page, y sabido
en el castillo que no soy hombre que huya á nadie
cara. Pero cuando se ha cometido una mala accio
no creo que el mejor medio de arrepentirse sea atrav
sar de una estocada al que se opuso á ella. Puedo ten
cuantos defectos se quieran; en un momento de cóle
puedo llegar á ser criminal; pero mi corazon es buen
y cuando conozco que no obré bien, no soy de aqu
llos que tratan de sostener á todo trance una co
injusta.

—¡Juro á Dios, respondió Usdrobal, que me he llevado chasco contigo, y que creí que tenias todo bueno menos el alma! Pero ya que dices tú lo contrario, no habrá mas remedio que creerte. Pero en fin, ¿á qué viene todo eso?

—Viene, replicó el page, á que sería yo un mal hombre si aceptara tu desafio y no estrechara de veras mi amistad con quien sin duda es mas que lo que parece, aunque puesto que no lo sea, es digno de ella por su virtud.

—Es la primera vez, replicó Usdrobal, que me oigo elogiar de ese modo; hasta ahora solo me habian alabado por mi mala cabeza, pero ya veo que me falta poco para ir al cielo, si he de creer lo que dices.

—Yo he hecho mal, continuó el page, en haber atropellado á una muger sola y sin defensa.

—Eso sí, interrumpió Usdrobal, y merecias que te asaetearan vivo. Si hubiera sido con su consentimiento, pase, que no soy yo tan escrupuloso que me hubiera metido á estorbarlo; pero por fuerza, juro por todo el infierno que es una infamia.

—Es cierto, una infamia, repitió Jimeno sin mudar de color, y harto arrepentido estoy de ella; pero la ocasion, el amor, algunas palabras acaso mal entendidas... ¿Quién podrá decir que no ha pecado en su vida?

—En resumidas cuentas, replicó Usdrobal, todo eso se reduce á que no te quieres batir conmigo, ¿no es cierto?

—Asi es, repuso el page, pero no por miedo que tenga, porque te juro que no le he conocido nunca, y ocasiones vendrán en que veas que no miento, sino porque tú no me has hecho nada, ni creo tampoco que

yo te haya dado á tí ningun motivo de queja. En cuanto á Zoraida, estoy pronto á pedirla humildemente perdon, á darla cuantas satisfacciones me exija, y lejos de creer que me humillo con hacer esto, estoy seguro que me ensalzo á tus ojos, ó me equivoco mucho.

—¿Qué quieres que te diga? replicó Usdrobal; aunque siempre mi opinion es, cuando se trata de batirse, dejar las esplicaciones para despues, creo no obstante que tienes razon. De todos modos, ¿qué mas podia yo prometerme, aunque te hubiese vencido, que lo que tú me ofreces de buena gana? Por otra parte, como tú has dicho, no tengo ninguna queja de tí. Con que no hay mas sino dar esto por acabado, y como si no hubiese sucedido nunca.

—No basta, repuso el page; yo quiero ser tu amigo, y para probártelo te voy á cumplir la palabra que te di de proteger la fuga de Leonor esta misma noche.

—¡Oh, eso sí, esclamó Urdrobal; eso primero que todo, y aqui tienes mi mano y mi corazon.

—Ahí tienes la mia, respondió Jimeno alargándola.

—Apretáronselas mutuamente los dos recien hechos amigos, Usdrobal con toda la sinceridad de su alma, y el page con toda la doblez de la suya, pero en apariencia con el afecto y la cordialidad de un verdadero amigo de corazon.

—Esta misma noche, prosiguió el page, la sacarás de aqui; voy ahora mismo á proporcionarte todos los medios posibles para que tu empresa tenga buen éxito. De aqui á dos horas estarás en este mismo sitio, que es el mas solitario del castillo, y donde podemos hablar con la confianza de que nadie nos oiga: aqui en todas partes hay mucho que recelar, añadió mirando á

n lado y á otro y bajando la voz; sin vèr nosotros á adie puede haber quien nos espíe. Cada pared de stas esconde un eco que repite nuestras palabras: á n lado y á otro se puede esconder mucha gente sin er vistos. Acércate, continuó tomándole una mano y iaciéndole que tocase la pared: ¿ves este muro de pie-lra y sólido al parecer? pues está hueco, y entre las iedras de este lado y las del otro hay un pasadizo ue siguiendo toda la muralla da vuelta á la fortaleza, iene salidas y comunicaciones con todas las habita-iones y las escaleras. Pero hay muy pocos que conoz-an estos secretos. Yo mismo no sabia nada de ellos, asta que Zoraida me los comunicó para que pudieses acar á Leonor sin peligro.

—Mas te agradezco ese favor que si me hicieras rínCipe, repuso Usdrobal encantado de la franqueza el page.

—Te aseguro que no tendrás nada que agradecer-ie, respondió Jimeno, y que todo lo hago únicamente or hacer algo bueno en mi vida. Esta noche, como a diciendo, yo te introduciré en uno de esos pasadi-os, y haré de modo que Leonor esté preparada para ue te siga sin hablar palabra ni meter ruido á una eña que tú darás. Saldrás por el mismo camino por onde entraste; bajarás una escalerilla de caracol que stá á la izquierda, á la primera vuelta que forma el allejon, y con una llave que te daré, abrirás una puer-a que da al campo y...

—Son demasiadas señas esas para que yo me acuer-e, interrumpió Usdrobal, y lo mejor será, puesto que aminas de buena fé, que tú mismo me sirvas de guia. tí te conocen y te respetan aqui mas que á mí, y sa-

brás responder á las atalayas que acaso encontraremos en el camino.

—Juro por las barbas de todos los difuntos habidos y por haber, repuso el page, que no hay peligro ninguno, y que asi no me salgan todas las cosas como deseo si esta aventura tiene mal fin.

—Con todo, replicó Usdrobal, siempre he oido decir que adonde menos se piensa salta la liebre, y no creo que andarse sin guias por andurriales, atajos, escaleras y pasadizos no conocidos, sea muy prudente. No que yo desconfie de tí, ni tema por mi vida tampoco, sino que á la verdad, sentiría que esa pobre muchacha se pudriera aqui para siempre.

—Muy prevenido eres, respondió el page, y á fé mia que no te creí tan prudente; pero en fin, si ha de calmar tus temores que yo te acompañe, dálo por hecho, que no solo iré contigo, sino que te daré cuantas seguridades exijas de mi persona. Y ahora, adios hasta la noche, que de aqui á dos horas me aguardarás en este mismo sitio.

—¡Oye! dijo Usdrobal; antes de que te vayas démonos prendas para que no podamos uno á otro engañarnos, ni descubrir nada sin que corramos peligro los dos.

—¡Por Santiago! esclamó el page, que desconfias demasiado de mí, y te juro á fé de noble que no te engaño.

—No acepto ese juramento, porque no te lo puedo devolver, replicó Usdrobal, no siendo noble como tú; cuanto mas que lo que yo te propongo tanto vale para mí como para tí. Ni tú ni yo nos conocemos tanto que podamos fiarnos absolutamente uno de otro, y cuando

de buena fé se procede no duelen prendas. Esto no lo sabe nadie sino tú y yo; si se descubre tiene la culpa uno de nosotros, y es muy justo, ya que los dos entramos en la intentona, que no la pague uno solo.

—Natural condicion de villanos, repuso el page, es desconfiar de todos. Pero no me importa, y como tú has dicho, no duelen prendas cuando se obra bien. Ahí tienes esa sortija de oro, en que estan trabajadas las armas de mi familia, y que vale mas que cuanto tú puedas darme; y sacándosela del índice de la mano derecha se la entregó á Usdrobal.

—Pues yo en cambio, respondió Usdrobal, te entrego este relicario en que va un pedazo de la verdadera cruz, que trajo al convento en que me crié un peregrino de Tierra Santa, y que vale sin duda mas, añadió besándolo devotamente, que toda la nobleza de que pueden jactarse todos los rico-hombres de España. Lo he llevado conmigo desde niño, y me ha libertado de mas de un riesgo.

El page lo recibió con indiferencia, y se lo guardó en uno de los bolsillos del follado ó calzon de seda plegado que se usaba entonces. Hecho esto se despidieron segunda vez, y cada uno fue á ocuparse de lo que tenia que hacer. Quedó Usdrobal un momento entre pensativo y alegre, persuadido de que habia tomado cuantas medidas podia dictar la prudencia, y muy pagado de sí mismo, siendo quizá esta la primera vez de su vida que habia obrado con precaucion.

—Si tratara de engañarme, se decia á sí mismo, y me prenden, yo le juro que le han de colgar á mi lado. Pero no hay cuidado, y si hubiera tenido intencion de venderme, no hubiera andado tan facil en darme tantas

seguridades. ¡Pobre Leonor! Lo mismo es acordarme de ella que siento un no sé qué como si estuviera enamorado. ¿Y por qué no la he de amar? Tan hermosa, tan jóven, tan dulce como es, ¿qué estraño tiene que yo la ame? Pero lejos, lejos de mí esta idea; mi nacimiento y mi posicion en el mundo son obstáculos insuperables para que nunca se realice mi atrevimiento. No, yo no la amo; yo soy únicamente un esclavo fiel que la serviría toda mi vida de rodillas solo por merecer una mirada suya. ¡Ah! continuó suspirando; ¡por qué no fueron nobles mis padres! y ya que no... Pero no pensemos mas que en servirla siempre; servirla siempre para que al menos no me mire con odio.

En estas imaginaciones bajó al patio, donde sus compañeros se divertian en varios juegos de fuerza y de ligereza, y metiéndose entre ellos procuró distraerse y aturdir el ánimo con las voces y la alegría de la multitud.

—¡Duarte! gritó Saldaña despertándose al escudero que siempre le acompañaba. ¿En dónde está Jimeno?

—Señor, respondió el viejo, que no tenia mucho cariño al buen page, para la falta que hace, lo mismo da que esté aqui que en Roma; estará por ahí haciendo piruetas.

—¡Animal! replicó Saldaña, no te pregunto qué hace, sino dónde está.

—Vuestro padre no me llamaba nunca animal, repuso Duarte, ni ese fue el nombre con que me bautizaron.

—¿Dónde está el page?

—Le iré á buscar si quereis, continuó levantándose con mal gesto. ¡Vive Dios! añadió murmurando entre

dientes, que no parece sino que el demonio del títere ese nos ha de traer á todos revueltos.

—¡Largo de ahí! á buscarlo, gritó Saldaña imperiosamente, y basta de refunfuñar.

—Voy allá, repuso el escudero con calma, y echó á andar hácia la puerta; pero no había aun llegado á ella, cuando vió al page que venia, y mirándole con el peor ceño del mundo, se puso á un lado para dejarle entrar.

—¿Qué me miras, mulo? le preguntó Jimeno en voz baja riéndose de su gesto.

—Aqui está ya la alhaja, gritó Duarte á su señor; y salió del cuarto gruñendo un millon de maldiciones contra el niño mal criado que no respetaba sus canas.

—¿En dónde has estado, Jimeno? preguntó Saldaña con impaciencia: ¿te parece regular dejarme aqui solo con ese bárbaro de Duarte, que si le pido agua me trae un ungüento, y que siempre lo trueca todo?

—Permitid, señor, replicó Jimeno con humildad, que os diga que aunque teneis razon en lo que decís, he ido á cumplir con vuestras órdenes.

—¿Y qué órdenes he dado yo, repuso Saldaña, si me acabo ahora mismo de despertar?

—En cuanto volvísteis en vos, la primera cosa que me dijísteis, contestó el page, fue que mandara matar á Zoraida, y...

—¿Y la has muerto ya? preguntó el de Cuellar con sobresalto.

—Aun no, repuso Jimeno; pero he dado las órdenes convenientes, y esta noche...

—¡Infame! esclamó Saldaña con ira. ¿Quieres car-

garme mas delitos que los que tengo? ¿quieres que cumpla lo que me ofreció, y que me vea á todas horas perseguido de su aparicion? Corre al momento, y juro á Dios que el primero que la toque al pelo de la ropa que le mande yo arrancar el corazon por mano del verdugo, y colgarle de una almena para espantajo.

—Señor, replicó el page, cuando salí de aqui á obedeceros pensé justamente en lo que acabais de decir ahora mismo, y no dí las órdenes con tanta premura que corra esa muger todavia ningun riesgo, habiéndome contenido esta reflexion, y persuadido de que no os faltarian medios mejores de libraros de ella para siempre sin peligro de vuestra conciencia, porque al fin claro está que es forzoso que no la volvais á ver.

—Eso sí, respondió Saldaña, y para eso el mejor medio es que se vaya de aquí, ó echarla por fuerza sino quiere irse.

—De ningun modo, señor, repuso el page: en primer lugar porque su tenacidad es tal, y son tan maravillosas sus artes, que aunque se la llevasen al fin del mundo volvería, y si la encerrasen hallaria medio de salir aunque fuese de las entrañas de la tierra, porque ó mucho me equivoco, ó en su desesperacion ha hecho pacto con los demonios: cuanto mas, que dado caso que no volviera, iría publicando por todas partes, con gran descrédito vuestro, lo que no es capaz de imaginarse el diablo, y quizá perderiais vuestra fama.

—Tienes razon, Jimeno, respondió Saldaña, y no hay remedio. Es lo que ella me ha dicho; es el demonio de mi persecucion.

—No hay duda, repuso el page, y lo que acabo de averiguar lo confirma.

—¡Maldicion! esclamó Saldaña. ¿Qué ha hecho esa condenada muger?

—Señor, respondió Jimeno, ha ideado un plan diabólico, y que siento tener que decíroslo, porque os va quizá á irritar demasiado, y lo primero es cuidar de vuestra salud.

—¡Maldito! pues si lo has apuntado ya, ¿quieres dejarme asi en la incertidumbre para que padezca lo mismo sin satisfacer mi curiosidad?

—He hecho de modo, poniéndome en su confianza, que no tendrá efecto, á pesar de sus arterías, replicó el page. ¡Pero es horrible! ¡es un plan!...

—¡Demonio! ó calla, ó habla del todo, ó por Santiago te estrello contra la pared, gritó Saldaña enderezándose en la cama lleno de cólera.

—Queria evitaros un disgusto, respondió Jimeno, que se deleitaba en enfurecerlo; pero ya que lo tomais por empeño os lo diré; sosegaos.

—Pues dilo, y sé breve, que ya que he de vivir atormentado, mas vale que sea por hechos que por imaginaciones, repuso Saldaña, dejándose caer en la cama.

—El caso es, señor, que cuando salí de aqui, dudoso si obedeceria vuestras órdenes, ó las miraria como un acto de acaloramiento de que pudierais arrepentiros despues, oí gritos hácia la habitacion de Zoraida. Curioso de ver qué era, me encaminé hácia alli, aunque las voces me parecieron tan espantosas y lúgubres que necesité de todo mi ánimo para no volver el pie atras. Llegué por fin á la puerta, y hallándola cerrada me puse á escuchar asombrado de lo que oía. Era ella que evocaba á los demonios con los conjuros mas terribles que ha usado en su vida la bruja mas detestable, y con

las mas sacrílegas maldiciones que pienso oir jamas. Con todo, como hablaba en lengua estraña, solo pude entender muy poco; pero juraría que oí vuestro nombre y el de Leonor.

—¿Mi nombre y el de Leonor? esclamó Saldaña estremeciéndose involuntariamente: sigue, Jimeno, sigue.

—Sí señor, continuó el page, oí vuestro nombre y el de Leonor. Poco despues bajó la voz, y me pareció que estaba hablando sola; pero bien pronto sentí otra voz que la respondia, y que yo creo que era el demonio, que habia acudido á sus gritos y estaba hablando con ella.

—¡Jimeno! gritó Saldaña afectando serenidad, aunque en su rostro estaba pintado el terror; sería una ilusion tuya; es imposible, deliras.

—No señor, nada de eso, prosiguió el page; yo mismo lo pensé asi en un principio, pero... ¿Os poneis pálido? ¿qué teneis? Callaré.

—No, no es nada; sigue, nada tiene de estraño que esté algo pálido.

—Despues me convencí, continuó Jimeno, de que era verdad. Oí, pues, como iba diciendo, que la hablaban, y entonces algun angel me hizo adivinar lo que maquinaba esa muger infernal, y entendí que trataba nada menos que de envenenar á Leonor.

—Por todo el infierno, esclamó Saldaña lleno de ira, que es la bruja mas horrible que nunca he oido. Sal y haz que la quemen viva, y que echen sus cenizas al viento.

—Pensad, señor, repuso el page, en lo que vos mismo dijísteis antes, y que si la haceis matar de orden vuestra...

—Tienes razon; no hay remedio, interrumpió Saldaña; será menester que yo huya, que sea yo el que me vaya ó me mate. ¡Maldita, maldita sea! ¡Envenenar á Leonor! ¿No te estremeces tú, alma de Cain? añadió mirando á Jimeno. ¿No te asombra de que haya quien sea capaz de envenenar á una muger tan hermosa y tan inocente?

—En verdad, repuso el page, que no estoy menos horrorizado que vos, pero ya no hay que tener cuidado; soy yo el que ha de hacerlo, y ya os podeis imaginar que me he valido de este ardid para evitar que lo hiciera otro.

—Tú eres malo, Jimeno; eres sin duda mucho mas malo y mas perverso que yo, dijo Saldaña mirándole de hito en hito; y el page, á pesar de la seriedad que exigia el asunto, no pudo menos de agradecerle el cumplimiento haciéndole una cortesía. Pero Saldaña sin notarlo, continuó:—Yo, si hubiese oido lo que tú me cuentas, entro y la clavo el puñal mil veces hasta la guarnicion. Es menester ser verdaderamente malo para disimular y mentir hasta ese punto.

No cambió de color por eso Jimeno, ni en ningun movimiento suyo hubiera podido conocer el observador mas escrupuloso que estaba mintiendo en aquel momento, antes por el contrario, y sin aparentar la turbacion mas ligera, respondió á Saldaña con su acostumbrada desfachatez:

—Vos me llamais malo únicamente porque en vez de cometer un crímen para impedir otro, me he valido de la astucia y hecho caer en el lazo á nuestra enemiga. He pensado asi inutilizar sus encantos, y aunque no se me oculta que por sus malas artes vendrá á des-

cubrir mi enredo, tenemos tiempo entre tanto en delatarla por bruja al tribunal eclesiástico, y poner fin de esa manera á sus tramas.

—¿Pero tú crees de veras, preguntó Saldaña, que esa muger haya hecho pacto con el demonio?

—¿Y vos lo dudais? replicó el page. Estoy tan seguro de lo que digo, como que no hay médico en el mundo que pueda averiguar de qué estan compuestos los brebajes que ha preparado, y yo mismo la he oido hablar con el diablo, y ella misma me lo ha confesado.

—¿Y estás tú pronto á sostener de todos modos la acusacion? replicó el conde.

—Á prueba de hierro y de agua, y á pie y á caballo si tiene algun campeon, contestó el page aludiendo á las diferentes pruebas que en aquel tiempo se hacian en las causas de magia.

—Pero si ese pacto es verdad, como dices, insistió Saldaña, ¿cómo has podido tú engañar á una muger que protege el diablo?

—Señor, replicó Jimeno, Dios pone á veces una banda en los ojos del mas perspicaz, y le hace que caiga en el hoyo que evitaria un ciego.

—Asi será, respondió el de Cuellar, ó tal vez que tú eres mas diablo que el diablo mismo. De todos modos, quisiera saber de qué artería te has valido.

—Del amor.

—¿Del amor? preguntó el conde con estrañeza: ¿y ella te ama á tí?

—No señor, repuso el page, pero yo he fingido que la amaba; ella me ha creido necesario para poner en ejecucion su designio, y lo ha fingido tambien.

—Pardiez que es la primera vez que me rio hace seis años, esclamó Saldaña con una sonrisa diabólica. Algo ratera me parece tu superchería; pero en fin, yo me lavo las manos, es cosa tuya, y á tí te tocará responder por tu alma, que no á mí. Yo te agradezco tus servicios, Jimeno, y te los agradeceré mucho mas cuando me vea libre de su persecucion.

—Pues para ello, respondió Jimeno, es menester denunciarla al tribunal cuanto antes. Ademas de que estoy seguro de que es bruja, y de mi serenidad al acusarla, su opinion no es la mejor en todos estos contornos, y habrá miles que atestigüen en contra de ella. No tiene aqui á nadie, es una estrangera de la maldita religion de Mahoma, y á poco que se estienda y publique lo que ella es, se verá odiada de todos y se aprobará su sentencia de muerte como justa y bien dada por el tribunal. Ninguno saldrá en su defensa, sufrirá la prueba de las barras, y si por algun artificio pasase por ellas sin quemarse, reiteraré la acusacion y la sostendré á todo trance.

—El plan es como tuyo, dijo entonces Saldaña; pero en fin, yo no tengo nada que ver contigo, líbrame de ella y haz lo que quieras.

—Podeis contar con que mañana en todo el dia quedará el castillo desocupado de esa mala hembra, contestó Jimeno.

Quedó Saldaña sumido en uno de aquellos letargos mentales en que caia siempre despues de cualquier conversacion en que su ánimo tomaba algun interés, como si revolviese en su imaginacion todo lo que se habia dicho. Calló el page, y hubo un largo rato en que reinó el mas profundo silencio en la habitacion.

La luz amortiguada del crepúsculo, pronto ya á oscurecerse, penetraba apenas por las altas ventanas de la estancia entre los vidrios de colores, y casi no se distinguian los adornos del cuarto, confuso todo con las sombras de la noche, que se acercaba.

—Esta es la hora más terrible para mí, dijo el supersticioso Saldaña; en cada sombra veo un fantasma. Si yo pudiese rezar... ¿oyes? tocan á la oracion; recemos, Jimeno.

La campana de alguna iglesia del pueblo marcaba entonces efectivamente la hora de esta devocion cuotidiana, y sus lúgubres y prolongados sonidos sucediéndose lentamente, llegaron á sus oidos en aquel punto. Muchas veces tanto Saldaña como su page los habian oido sin sentir el temor secreto que en aquel momento turbó de repente su corazon, y ambos á dos murmuraron un Ave María con mucho recogimiento. Entraron poco despues dos criados, y colocaron dos lámparas de plata encendidas sobre una mesa de tres pies con remates de bronce, y saliendo en seguida la luz cambió los pensamientos de los dos malvados haciéndoles volver á tomar el camino de que se habian separado por un instante.

—Voy, señor, dijo Jimeno, con vuestro permiso, á dar orden que de ningun modo se ejecute la sentencia que fulminásteis contra Zoraida. Nuestras gentes son de suyo ejecutivas cuando se trata de cumplir mandatos de este jaez, y no sería estraño que adelantasen la hora.

—Sí, ve al momento, respondió Saldaña; sería la mayor desgracia que podia sucederme que esa muger muriese por orden mia. Como tú has propuesto ya es otra

cosa; yo nada tengo que ver, y asi no podrá venir despues á echármela en cara y á maldecirme.

—¿Quereis que llame á García ó á Duarte que os acompañen? preguntó el page.

—No, de ningun modo, respondió Saldaña; que esten ahí cerca por si se me ocurre algo. Quiero estar solo.

Hízole Jimeno una cortesía respetuosa al retirarse, y saliendo de la habitacion se dirigió en seguida al sitio donde Usdrobal debía aguardarle; pero no había andado muchos pasos, cuando dándose una palmada en la frente, como si se hubiese acordado de pronto de alguna cosa, volvió atras muy de prisa, torció varios corredores á derecha y á izquierda, bajó algunas escaleras, y llegando por último á las salas bajas que habitaban los hombres de armas, entró en una de ellas y llegó al cuarto ó pabellon del gefe de los aventureros.

—¿Qué hace tu capitan? preguntó el page á uno de los soldados que estaban alli á la puerta.

—Ahí dentro está, repuso éste, refrescando el paladar con unos cuantos amigos.

—¡Martin Gutierrez! gritó el page llamándole.

—Adelante el que sea, respondió una voz ronca desde adentro con arrogancia. Oyéronse en seguida dos ó tres juramentos y dos ó tres puñetazos, al parecer dados sobre una mesa por alguno que queria sin duda tener razon, y echaba mano de las ya dichas para probarlo.

—Ahí está la gente que busco, se dijo el page á sí mismo entrando sin mas cumplimientos, y bien seguro de que no por eso aquellas buenas gentes se enojarian. Pensando asi llegó adonde estaba el capitan y

otros dos ó tres subalternos suyos jugando en un tablero á un juego llamado *Alquerque,* y que era muy parecido al que hoy se llama de tres en raya, con un pellejo de vino al lado, que no era mucho menor la bota de que se servian. El adorno del cuarto consistia en una mala mesa de pino en que ardía un candil, dos ó tres escaños ó bancos cojos, y varias piezas de armaduras, como escudos, yelmos y espadas colgadas por las paredes. Gozaba el page de mucha consideracion en el castillo, merced al favor de Saldaña; asi que, en cuanto entró todos se pusieron en pie menos el capitan, que le miró de arriba abajo, con aquella manera de perdonavidas que le era natural, al tiempo de saludarle.

—Hola, señores, dijo el page, parece que se pasa el tiempo alegremente.

—A estilo de gente de guerra, repuso el capitan; vos no querreis catar de esto, continuó alargándole la bota, porque eso no es sino para la gente cruda.

—Os equivocais, capitan, replicó el page aceptando el convite, y sin hacer ningun melindre, á pesar de su aparente delicadeza. Donde vos poneis la boca, no debe tener escrúpulo de ponerla el mismo rey en persona.

Y venciendo su repugnancia á beber por donde tantos habian bebido, empinó la bota con la misma soltura que pudiera hacerlo el bebedor mas acreditado. Tomóla en seguida el que estaba al lado, que se la presentó al capitan, quien no habiéndola recibido por cortesía, le hizo señas que bebiese y corriese la rueda, lo que se obedeció puntualmente.

—¿Y qué os trae por acá, señor Jimeno? preguntó el veterano saboreándose.

—Una orden secreta que hay que comunicaros, replicó el page.

—¿Hay que hacer alguna correría?

—No hay necesidad siquiera de salir del castillo para cumplirla.

—Lo siento, respondió el veterano; atiza esa torcida, continuó volviéndose á uno de sus amigos, que nos vamos á quedar á oscuras.

—No es cosa mayor, dijo el page; pero es importante que suceda, y ademas pide mucho sigilo, por lo cual será bueno que os hable á solas.

—¡Ea, muchachos! fuera de aqui hasta luego, que voy recibir órdenes, gritó Martin Gutierrez á sus amigos.

Salieron todos obedeciéndole, y habiendo quedado solos el capitan y el page, dió éste dos ó tres vueltas por el cuarto como receloso de que alguno oyera, cerró la puerta con mucho cuidado y se acercó al capitan, que le miraba con desprecio, como si le parecieran todas aquellas precauciones ridículas ó cobardes.

—Gran novedad debe haber, señor Jimeno, le dijo, que no parece sino que se trata de ponernos en emboscada.

—Pues de eso se trata, señor Gutierrez. El señor de Cuellar me manda que os diga pongais esta noche en uno de los nichos de la escalerilla del norte que va á la estacada, dos ó tres hombres de aquellos que merezcan mas vuestra confianza. La cosa no es nada, no se trata mas que de echar un hombre al otro mundo antes que le llegue la hora.

—¿Y para eso dos ó tres hombres? replicó el veterano sonriéndose con aire maton; por el alma de mi

padre que se han vuelto gallinas los hombres de este siglo.

—No es eso, señor capitan, no es eso, respondió el page, sino que no se quiere meter ruido sin necesidad.

—Á mí poco me importa, repuso el capitan; pero pensé que era asunto de mas empeño. Con todo, estoy convenido con el señor de Cuellar en servirle por dos años mas, y obedeceré.

—¿Y qué hombres me dais? preguntó el page.

—Os llevareis ahí dos muchachos de pelo en pecho, y el chico nuevo que llaman Usdrobal, que con eso se estrenará.

—No, ese muchacho de ningun modo, repuso el page; tiene muchos humos de caballero, y quizá lo echaría á perder.

—Para eso, como querais, cualquiera es bueno.

—Sí; pero sobre todo á ese muchacho, insistió el page, no hay que decirle ni una palabra.

—¿Y á qué hora? preguntó el capitan.

—Á eso de media noche.

—Está bien; es una pequeña álgara, dos ó tres ginetes que salen á correr la tierra, una sorpresa de poca importancia.

—Cuento con ellos, repuso Jimeno.

—Á no dudarlo, contestó el capitan.

—En dando yo dos palmadas, ¡firme! en el que vaya á la izquierda bajando la escalerilla, y ahora adios.

En diciendo esto el page, se despidió precipitadamente como el que habia fallado en mas de un cuarto de hora á la cita y temia llegar tarde. Entre tanto Usdrobal hacia ya mucho tiempo que le aguardaba im-

paciente y desesperado con su tardanza, ya temiendo si se habria arrepentido de sus ofertas, ya buscando razones con que escusar su retardo. La noche habia cerrado ya enteramente, tan oscura que apenas se divisaba una estrella en el firmamento.

El lector que por curiosidad haya visitado alguno de los castillos antiguos que han luchado hasta hoy con el transcurso de los siglos y el furor de los hombres, y que todavía elevan sus almenadas torres y sus murallas ya casi destruidas como un monte de piedra, llenando de lúgubre magestad sus contornos, puede formarse facilmente una idea exacta del edificio en que pasaban los sucesos que acabamos de referir (1).

Todo alli era sombrío como el dueño de la fortaleza; la noche parecia mas oscura en aquellos corredores, por cuyas altas claraboyas apenas penetra la luz del dia; el eco de los pasos resuena á lo largo con temeroso ruido, y la palabra se repite, por bajo que se hable, sordamente en todos los ángulos del muro, como si mil seres invisibles habitasen por todas partes, y respondiesen con tristes gemidos á la voz humana. No era Usdrobal supersticioso, pero la oscuridad que le rodeaba, la soledad, el ruido pausado del eco que resonaba sus pasos, y sobre todo la hora, podian haber cubierto de melancolia el corazou mas alegre por naturaleza. No era él ya tampoco aquel jóven de buen humor que por nada tomaba pena, que á todo se acomodaba, y que con tanta indiferencia vivia en la cueva de los ladrones como en el mas suntuoso palacio.

---

(1) El autor de esta novela ha recorrido detenidamente las salas del castillo de Cuellar, pueblo de su destierro.

Nunca habia deseado hasta entonces saber de quién era hijo, y hubiera dado con gusto la mitad de su vida por conocer al padre que le engendró, y saber si era ó no de nacimiento ilustre, y podia pretender con razon los altos destinos á que se sentia inclinada su alma, y que halagaban tanto su fantasía. Veíase entonces mezclado con la escoria mas vil de la sociedad, sin nombre, sin hechos de armas gloriosos, y este pensamiento, y el recuerdo de Leonor, humedeció sus ojos con una lágrima de amargura. Quizá ella le miraria como un bandido y le despreciaria, creyendo que solo el vil interes y las demas pasiones bajas podian tener cabida en su alma. Su última conversacion con ella harto se lo habia probado, y demasiado habia visto en sus ojos que le miraba con indiferencia, y como á un hombre de inferior gerarquía, y cuyo deber era sacrificarse por ella. Deseaba volver á hablarla antes de poner en ejecucion el plan que tenia de salvarla aquella noche, y este deseo que se aumentaba en él cada instante, y á cada idea que se le ocurria, poniéndole tan impaciente como si le pinchasen mil alfileres, le hacia que esperase á Jimeno con mas ansia, falto ya casi de sufrimiento. Llegó por fin el suspirado momento, y Usdrobal sintió pasos de alguno que se acercaba.

—¿Quién eres? le dijo: ¿eres tú, Jimeno?

—El mismo, repuso el page, que sacando una linterna sorda de metal, de que venia provisto, deslumbró de repente al aventurero, é iluminó parte del corredor.

—Ya era hora de que vinieras, que me has hecho esperar aqui un siglo.

—Mas esperan, replicó el page, los que estan aguardando al Mesías, y aun les queda mas que esperar.

—Vamos, ¿y traes buenas noticias? ¿has preparado ya todo?

—Todo está ya dispuesto, y es bien seguro que no le prepararon mejor su fuga al rey don Alonso cuando volvió disfrazado de Alemania; bien me puedes agradecer la noche que vas á pasar con tu dama en cuanto salgas de aqui.

—Jimeno, respondió Usdrobal en un tono de voz que manifestaba su enojo, guárdate de gastar malicias á costa de esa dama, porque rompemos aqui mismo las amistades.

—Te creía mas prudente, repuso el page con calma, y no creí que era esta ocasion de que te incomodaras conmigo. Pero en fin, tengamos paz, que los buenos amigos se sirven unos á otros y luego se baten.

—Asi es, respondió Usdrobal, y ya que te has empeñado en servirme, sírveme por completo, y haz de modo que yo la hable un momento.

—¿Á quién? preguntó el page.

Usdrobal apenas se atrevia á nombrarla, pero el page le quitó ese trabajo.

—¡Ah! continuó diciendo, sí, á Leonor; ya veo que estais muy enamorados los dos.

Si el rayo de luz de la linterna hubiera reflejado en el rostro de Usdrobal en aquel momento, tal vez los colores que se asomaron en él habrian confirmado al page que por lo menos no habia mentido en la mitad de lo que habia dicho.

—Tu malicia te engaña, repuso Usdrobal con seriedad; has de saber que Leonor de Iscar ni me ama ni me puede amar, que ella es como el sol, y yo como el mas miserable gusano que vivifican sus rayos. En fin,

¿puedes hacer que la vea? continuó despues de una pausa tomada sin duda para suspirar.

—Veré, respondió Jimeno: sígueme.

Echó á andar el page alumbrando delante con su linterna, que iba disipando poco á poco las sombras segun pasaban, y Usdrobal á corta distancia le seguia melancólico y pensativo.

Cuando hubieron llegado cerca de la habitacion de Leonor, el page se acercó muy quedito á Usdrobal, y le dijo al oido que le aguardara alli mientras iba á disponer que él entrase.

—Jimeno, le respondió Usdrobal, yo te creo mi mejor amigo si me proporcionas esta entrevista; te confesaré que no soy digno siquiera de servirte de escudero, y que todos los dias de mi vida te obedeceré y te seguiré á todas partes adonde quieras llevarme.

—No es cosa para tanto, repuso el page con frialdad, y te aseguro que no tienes nada que agradecerme.

Y dejándole solo, continuó entre sí.—Si tú supieras que estás como el que van á ahorcar, que le dan cuanto pide, qué poco te gustaría esta entrevista. Yo te juro que será la útima que tengas en adelante. No volverás otra vez á estorbarme.

Entró hablando asi en la habitacion de las prisioneras, y cerrando tras de él la puerta desapareció. Media hora haria que le esperaba Usdrobal, cuando sintió la voz de Jimeno, y oyó poco despues que siseaban llamándole. Acercóse con tímidos pasos y embargado el aliento, no por miedo que tuviera, sino porque iba á hablar á la muger que amaba, y no es de aquellas empresas, aunque á primera vista parezca lo contrario, que necesitan menos determinacion, y mucho mas en

a situacion de nuestro aventurero. Llegó por fin á la puerta sin atreverse á entrar, indeciso como si el natural arrojo del desembarazado mozo hubiese cedido á la timidez del amante.

—Entra, le dijo el page, que parece que estás entumido, y no metas bulla.

Usdrobal no contestó una palabra, pero obedeció su mandato entre dudoso y resuelto lleno de placer, y al mismo tiempo con un peso sobre el corazon.

La estacion, como se ha dicho, era de verano, y el calor solía refrescar algun tanto en la tarde. Las nubes que habian cubierto el cielo al entrar la noche se habian disipado á la salida de la luna, y aparecía la bóveda azul á intervalos, sembrada por una parte de nubecillas blancas, entre las cuales, como bajo un velo finísimo de encage, giraba la luna derramando su amortiguada luz, y solo á un estremo del horizonte se descubrian aun algunos celages negros. Varias puertas de la habitacion daban, como se ha dicho, á un suntuoso jardin. En una de ellas sentada Leonor tomaba á aquella hora el fresco mas cuidadosa por su hermano, que distraida con su situacion, que ocupada en admirar el hermoso espectáculo que desenvolvia la noche á sus ojos. El page habia tenido cuidado de hacer retirar á todos los que la servian, y Usdrobal pudo entrar hasta allí sin que le sintiese ella misma. Estaba sentada en una de las gradas de piedra que conducian al jardin, vuelta de espaldas á la puerta por donde Usdrobal entró, y éste no pudo menos de suspenderse y pararse al verla y al oirla cantar con aquella voz argentina que tanto le llegaba al alma el siguiente romance, que era entonces muy conocido:

¿Hay pena mas cruda,
hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar?

Diránle en las armas
bizarro y audaz,
será con las damas
donoso y galan.
¿Qué importa?—En el mundo
no hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar.

Dirán que en su escudo
grabados estan
mas timbres que lleva
arenas el mar;
que pecho le pagan
cien pueblos y mas;
que puede mil lanzas
al rey presentar;
y que en sus castillos
su bandera ondea
que allá en la pelea
tembló el musulman.
¿Qué importa?—En el mundo
no hay mayor pesar
que del que se odia
verse requebrar.

Habia escuchado Usdrobal su canto mirándola sin pestañear, estático y sin movimiento, parado á corta distancia de ella, como si fuera una estátua de hierro. Veíase en sus ojos la ternura y la melancolía, y hubiera dado cuanto hay de bueno en el mundo porque

aquel momento feliz de ilusiones hubiese sido el último de su vida. El que ama interpreta todo cuanto ve y escucha, y Usdrodal en la cancion que acababa de oir creyó leer el corazon de Leonor, y se confirmó en la idea de que ya que no fuese amado, no tenia al menos rival. Distraido con esto, apenas se acordaba ya del objeto de su venida, si otro tenia que el de verla, y hasta que Leonor se levantó de su asiento no recobró su memoria.

—Señora... le dijo con voz balbuciente.

—¡Oh! mi buen amigo Usdrobal, le respondió Leonor con suavidad, mucho me alegro de veros antes de que llegue la hora de salir de aqui, porque á decir la verdad tiemblo que os suceda alguna desgracia.

La frente de Usdrobal pareció iluminarse de alegría, siendo el cuidado que Leonor mostraba por él mas de lo que se atrevia á esperar.

—Mi intencion al venir aqui, repuso Usdrobal bajando los ojos, ha sido únicamente tranquilizaros, y disipar cualquier temor que pudieseis tener de que saliera mal nuestra empresa.

—Os habeis portado conmigo mejor de lo que podia esperar, replicó Leonor, y mucho mas no teniendo, como no teneis, motivo alguno para favorecerme.

—Señora, repuso Usdrobal, era mi deber volveros la libertad que yo mismo ayudé á quitaros tan infamemente. Y aunque es verdad que á vuestros ojos debe parecer estraño que un miserable bandido, un villano de nacimiento, y cuyos criminales hechos vos misma presenciásteis, trate de hacer una obra buena en su vida, no obstante, mi corazon no es malo, y yo... La voz le faltó al llegar aqui, y sus ojos caidos y el color

encendido de su rostro mostraban bien á las claras los afectos de su alma. Leonor los interpretó de otro modo, y no vió en todo esto sino la vergüenza que el recuerdo de su mala accion le causaba.

—Yo he olvidado ya todo en cuanto á vos toca, respondió Leonor con dulzura, y sería muy injusta si os aborreciese.

—¡Oh! no, no me aborrezcais nunca, gritó Usdrobal arrojándose á sus pies de pronto: yo soy feliz con solo eso, con solo que me perdoneis, con solo que os digneis mirarme como al perro á quien echais el pan debajo de la mesa, sin odio, y con lástima.

—¿Qué haceis, Usdrobal? repuso la dama con altivez, habiendo descubierto en sus desconcertadas acciones la causa de tantos servicios. Levantaos.

Usdrobal se puso en pie, y se retiró atras dos ó tres pasos con respetuoso ademan, y sin alzar los ojos, como si temiese empañar el brillo de aquel sol con sus miradas atrevidas.

—Perdonad, le dijo, si os he enojado con lo que he hecho; puedo jurar que no ha sido mi intencion ofenderos.

—Tal creo, replicó Leonor; pero desde aqui en adelante cuando hayais cumplido vuestro ofrecimiento de sacarme de aqui, ya que tan gran servicio quereis hacerme, yo os haré pagar al precio que querais, y no volveremos á vernos mas.

—¡Pagar! ¿Con dinero? murmuró Usdrobal; y una lágrima de fuego quemó al mismo tiempo sus párpados y se secó en sus encendidas mejillas.

Miróle Leonor, y no pudo menos de conmoverse y estrañarse de la delicadeza de aquel villano.

—¿Y á qué hora, le preguntó, vendreis por la noche?

—Entre doce y una, respondió Usdrobal con acento melancólico. La seña serán tres golpes en esta pared que se abre, continuó señalando á un ángulo del cuarto; vos respondereis con otros tres, abriré yo entonces, y me seguireis.

—¿Y no correis ningun riesgo? preguntó Leonor.

—Creo que no, replicó Usdrobal; y aunque así sea, ¿qué vale la vida cuando se ha de pasar sin brillo y en el olvido, cuando se ha nacido para arrastrarse eternamente como la culebra, que ni aun puede mirar al águila que se remonta?

En diciendo asi quedó un momento pensativo, alzó despues los ojos, y los fijó en Leonor con una espresion tal de ternura y pena que habria conmovido un marmol. Leonor no le miraba. Saludó en seguida y se retiró, dejándola llena de esperanza y de temor hasta que sonase la hora.

No bien hubo salido cuando halló al page en la antesala, que le aguardaba.

—¿Qué tal? ¿está todo ya concertado? le preguntó este con su maliciosa sonrisa.

—Todo, respondió Usdrobal con sequedad.

—Pues ahora á descansar hasta luego.

—¿Falta mucho tiempo? preguntó Usdrobal con impaciencia.

—Tres horas lo menos, repuso el page. Parece que no sales muy satisfecho.

—¿Qué te importa? replicó Usdrobal bruscamente; pero reconociendo la falta que cometia hablando así con quien tanto le favorecia, añadió:—No, descontento no; pero siento tener que aguardar tanto tiempo.

—Pues no hay mas remedio que tener paciencia, contestó Jimeno.

—Si tu sangre te escaldara como á mí el corazon no me darias esa respuesta. ¿Vendrás á buscarme?

—Sí. ¿Adónde?

—Ni yo lo sé, respondió Usdrobal. En cualquier parte. Estaré... paseando en la esplanada del castillo.

—Pues hasta luego.

—Adios.

Date Due

F6-41

863.59
E774
t. 1-3

42079